

John Tanner

**NARRACIÓN DE SU
CAUTIVERIO Y AVENTURAS
CON LOS INDIOS DE
NORTEAMÉRICA DURANTE
TREINTA AÑOS**

CLÁSICOS DE HISTORIA 491

JOHN TANNER

NARRACIÓN

DE SU CAUTIVERIO Y AVENTURAS

CON LOS INDIOS DE NORTEAMÉRICA

DURANTE TREINTA AÑOS

*A narrative of the captivity and adventures of John Tanner
(U.S. interpreter at the Saul de Ste. Marie)
during thirty years residence
among the indians in the interior of North America.*

Prepared by Edwin James, M. D.
Editor of an Account of Major Long's Expedition
from Pittsburgh to the Rocky Mountains.

London 1830

<https://books.google.es/books?id=mQ8AAAAAQAAJ&hl=es>

Traducido y abreviado en
Nemesio Fernández Cuesta
*Nuevo Viajero Universal. Enciclopedia de viajes modernos.
Recopilación de las obras más notables sobre
descubrimientos, exploraciones y aventuras,
publicadas por los más célebres viajeros del siglo XIX*

Tomo III. América. Pág. 3 a 62

Madrid 1861

<https://books.google.es/books?id=dnSIaV3uCvIC&hl=es>

ÍNDICE

Introducción.....	6
1. El rapto de Juan Tanner.....	13
Recuerdos de la primera infancia de Tanner. Kentucky. Caverna de Elk-Horn. Blancos atacados por los shawnees. Cabellera de un indio cortada por un blanco. Recuerdos de escuela. Navegación en el Ohio. Cincinnati. Big-Miami. Primeros trabajos de una quinta americana. Niño robado por los indios. Amenazas de muerte. Marcha penosa. Combate. Nuevo peligro de muerte. Aldea shawneese. Traficantes europeos. Estrecho. Mujer blanca. Sangenong.	
2. La mujer jefe.....	16
Adopción. Manito-o-Geezhik. Kish-kau-Ko. El halcón. Los totems. Sementeras indias. Golpe de tomahawk. Campamento de caza. Pesca de anzuelo. Maltrato. Expedición contra los blancos. Escenas de embriaguez. Mackinac. Net-no-Kwa. Venta de un niño blanco. Taw-ga-we-ninne, el cazador. Interior de una familia de ottawwaws.	
3. La nueva familia de Tanner.....	18
Punta de San Ignacio. Palomas. Primera cacería de un joven. Epidemia. Caza de las martas. Mercaderes franceses. Escenas de embriaguez india. Muerte de un padre de familia. El asesino en los funerales de la víctima. Lago Moose. Pesca de truchas y ratas almizcladas.	
4. Pe-twawe-ninne, el Fumador.....	21
Hambre. Incendio en el desierto. Jóvenes extraviados. Hospitalidad. Paso de un lago. Oración al Gran Espíritu. Autoridad de una mujer india. El lago de la Lluvia. El lago de los Bosques. El lago Winipeg. Tempestad en un lago americano.	
5. La visión de la anciana.....	23
Indios hospitalarios. Campamento en medio de los búfalos. El Assinneboin. Trampas para coger castores. Plegarias y cánticos nocturnos. Apariciones. Moose. Peshan-ba y sus tres jóvenes.	
6. La canoa de cuero.....	26
Marcha al través de las nieves. Esteras de puk-kwi. El lago de agua clara. Sunjegwun. Educación de un cazador. Los indios galopines. Factoría europea y orgías indias. Expedición guerrera. Fiesta de las primeras frutas. Travesía peligrosa. Comercio de peletería.	
7. Los bisontes.....	28
Correspondencia india. Caza de alces. Disfraz de los salvajes. Caza de bisontes. Cosecha de azúcar de arce. Niña robada. Muerte de Sag-git-ton. Depósito de pieles.	
8. Supersticiones indias.....	30
Indios inhospitalarios. Oso dado por el Gran Espíritu. Trampas para conejos. Escasez. El pequeño asineboin. Indios extraviados en una noche de invierno. Pembina. Pieles robadas. Tratantes europeos. Violencias y artificios. Primeros amores de un indio. Orgía salvaje. Campamento de invierno. El mal cazador.	
9. El hambre en el desierto.....	34
Cantos y sueño profético de una vieja india. Encantos. Hambre. Marcha difícil a través de los lagos, islas y pantanos. Comidas de calzado y de cortezas de árboles. Franceses hospitalarios.	
10. Primera embriaguez de Tanner.....	36
Piernas torcidas, el jefe. El pequeño gavilán y la tortuga. Amputación india. Kosh-bin-ne-kait, el manco. Pa-bah-me-win, el portador. Un jefe otawaw. Pesca de doris. Gaviotas y cuervos marinos salados. Costumbres de los bisontes. Repudio indio.	
11. La cabaña incendiada.....	38
El tratante Aneel. Peligro de quedarse helado cazando. Caza de los alces. Falsedades de un cazador. Preceptos religiosos.	
12. Un charlatán del desierto.....	41
Recolección de azúcar de arce. Nieves y escarchas de primavera. Preparativos guerreros. Campaña perdida. Encuentro en el estanque de los castores. Hospitalidad. Aldea imaginaria. La pradera. El médico ventrílocuo.	

13. La pasión de la caza.....	44
Derecho de caza. Canadienses hospitalarios. Arces de río. Escenas de embriaguez. Desafío a la caza de conejos. Ciento ochenta caballos robados. El caballo golpeado y la mujer abandonada.	
14. La caza.....	46
Miseria y peligros. La grulla blanca. Encantos de la vida salvaje. El hombre helado. El viejo cazador. Costumbres del alce. Observaciones sobre el alce y el caribú.	
15. Escenas de embriaguez.....	49
Proposición de matrimonio. Tráfico, embriaguez y robo. La mujer embriagada. El ojibbeway descubierto. Alces forzados en la caza a pie por las nieves. Epizootia entre los castores. Ayuno por pundonor.	
16. El A-go-kwa.....	51
Ozaw-wen-dib, la cabeza amarilla. La danza de la mediación. Viuda y huérfanos socorridos. El fratricidio. Los fantasmas indios. Aparición. Caballo dado por un fantasma. La ladera de la caza de los bisontes. La colina pedregosa. Casamiento indio. Recolección de arroz silvestre. Epidemia desconocida. Sordera. Pensamiento de suicidio. El suicidio entre los indios.	
17. El juego entre los indios.....	56
Viaje de Clorke y de Lewis a las montañas pedregosas. Juego del mocasin. Juego del beg-ga-sah. Apuesta del blanco. Mis-kwa-bun-o-kwa, la aurora. Nueva proposición de matrimonio. Presentimiento de una vieja india. La flauta de los indios. Casamiento y dote.	
18. Usos guerreros de los indios.....	59
Preparativos de guerra contra los sioux. Mala reputación de los muskegoes. La línea negra de los bisontes. La iniciación de los guerreros. Campamento de los indios. Operaciones adivinatorias. Recuerdos de los muertos. Autoridad de los jefes.	
19. Expedición malograda.....	62
Profeta muskegoe. El jebi. Ta-bush-shah, el embrollón. Leyes de guerra violadas. Lucha oratoria. Deserción contagiosa. Costumbres del puerco-espín. El gamo rojo. Venganza india. Regalo peligroso. Singular costumbre de cambio. Osa blanca. Caza de los osos. El lago de la Joroba del Bidente.	
20. Religión de Waw-be-no.....	67
Ironía india. Pundonor indio. Tambor y sonaja de los indios. Juglar americano. Salamandra vegetal. Celos de cazador. Creencias de los indios sobre el trueno. Entrada en campaña. Adivinación nocturna. Ojibbeways muertos. Caballos robados. El Trueno rojo. El poste de los prisioneros. La montaña jefe. El ánade negro. Grito de guerra. Deserción. Contribución de guerra. Vuelta de una campaña sin resultados.	
21. Costumbres del desierto.....	72
Dialecto de los Asinebainos. Robo de caballos. Costumbre singular. Interior de una familia de asinebainos. Hospitalidad. Oso gris. Disputas. Caballo robado en represalias. Cobardía de un indio.	
22. El Gran Espíritu.....	77
La montaña de la Tortuga. Indios en campaña. Carestía. Trofeo sin combate. Ofrendas de guerra. Tesoro descubierto. Revelación de la voluntad del Gran Espíritu. Preceptos de la religión de los Shauneses. El apretón de manos del profeta. Asesinato de perros. La carne del Profeta. Prácticas minuciosas. Mejora en las costumbres públicas.	
23. Las dentelladas.....	80
Peligros y temores de la frontera. Noche de terror. Los sioux. El viejo alce. Cazadores cegados por la nieve. Terror pánico. Orgías. Las dos narices cortadas. Proyectos de suicidio.	
24. Holocausto materno.....	83
Expiación y venganza. Cobardía de un indio. Riña nocturna. Quejas contra los blancos. Abnegación maternal. Combate. Un guerrero solo contra una partida. Presentimientos. Proyectos. Un misionero. El indio bautizado. El duelo entre los indios. Rivalidad de caza.	
25. Correspondencia india.....	86
Medicina de caza. Figurillas de animales. Sortilegio. Funerales. Guerra entre los blancos. Muerte de un jefe. El dedo encorvado. Rivalidad nacional. Revelación nueva de la voluntad del Gran Espíritu. El lago del Espíritu. Predicciones realizadas. Ojibbeways asesinados. Cultivo del trigo. Invasión de lobos.	

26. Despotismo de un tratante.....	89
Apodos indios. Falta de concurrencia. Castores de plata. Riña con un tratante. Violencias y raterías.	
27. El profeta antropófago.....	91
Nueva revelación del Gran Espíritu. Escena nocturna de terror. Sueño. Cantos grabados sobre corteza de árbol. El nuevo enviado del Gran Espíritu. Salvaje incrédulo. El profeta que se comió a su mujer.	
28. Los saludos indios.....	93
Cultivo de trigo. Embriaguez e incontinencia de un profeta. Establecimientos de los escoceses en el río Colorado. Los intérpretes y los empleados de la frontera. Costumbres de los colonos escoceses. Epidemia introducida por los europeos. Guerra contra los sioux. La escopeta rota. Ceremonias para saludarse. Antiguas enemistades resucitadas. Juegos de niños y riña sangrienta.	
29. Campaña infructuosa.....	96
Marcha guerrera. La pradera incendiada. Vuelta de una campaña. Caballo muerto. La ley del tali3n entre los indios. Grandes fríos. El perro sentenciado. El hijo dos veces robado. Naufragio. Las bayas azules. Extraño atentado de una suegra con el yerno. Hijos abandonados por su madre.	
30. Adopci3n india.....	99
Fuerza de una nutria. Rivalidad entre los blancos de las dos compa3as. Hambre. Preparativos para una ausencia larga. Tratantes de las dos compa3as. Viaje a Detroit. Encuentro de Kis-ko-ko. Recuerdos y detalles de familia. Asesinato. Justicia india. Funerales. El asesino adoptado por la madre de la v3ctima.	
31. La familia Tanner.....	101
Habitantes del Kentucky. Eduardo Tanner. Los dos hermanos. Vestidos de los blancos. Lucía Tanner. Regreso a los indios. La segunda mujer. Mackinak. El Arrozal. Navegaci3n penosa. Expedici3n del Mayor Long. Compa3a americana de pieles. Trabajo entre los blancos. Hijos negados a su padre. Golpe de estado de un capitán americano. Asesinato. Padre abandonado. Tratante francés. Mujer culpable. Tanner intérprete.	
32. Apéndices.....	105
Fiestas. Ayunos y sueños. Totems. Astronomía. Mímica y poesía.	

Introducción

Juan Tanner, cuyas memorias encierran treinta años pasados entre los indios del interior de la América del Norte, y las cuales se dieron a luz en Nueva York en el año de 1830, no es un personaje imaginario. Su relato poco novelesco, su sencillez y su forma en los pensamientos, debe aparecer verídico y no dejar ninguna duda acerca de la existencia del narrador y buena fe del editor americano, pues no es posible inventar de esta manera.

En la literatura como en la política, la inexperiencia y la excesiva habilidad se suelen tocar. No hay novelista principiante o consumado, que no adornara más que Tanner las escenas de la vida salvaje; pero Tanner nos las presenta en toda su desnudez y originalidad.

La literatura de oficio no sabe explicarse con tanta sencillez ni aun cuando se la propone.

Una relación semejante tiene en su favor más de un título, y publicada en Filadelfia en el año de 1823, se atrajo agudas y mordedoras críticas de la revista de Edimburgo.

Los redactores creyeron sorprender a Juan Dunn Hunter en flagrante delito de supuestas memorias y le acusaron de extraña erudición. Inventaron también mil patrañas alusivas a las novedades de la librería, y el pobre Juan Hunter solo se reservó el derecho de tratarlos de antropófagos literarios, apropiándose una amarga invectiva de lord Byron; pero volvamos a Juan Tanner.

Como Juan Hunter, es un niño de origen europeo, criado desde sus primeros años por los indios de la frontera, y como aquel pasa toda la adolescencia, toda la juventud, y los primeros años de la edad madura, en medio de las miserias y delicias de esa vida salvaje, de la que tantos ejemplos nos demuestran cuán difícilmente se olvidan sus costumbres para volver a emprender el camino de la vida civilizada.

Uno y otro son arrebatados a sus familias a fin de calmar el espíritu de una pobre india privada del hijo más querido. Hunter, cogido por los kickapoos o kansas, no tardó en ser adoptado por los osages; Tanner, hecho prisionero por los shawnees, pasó pronto a la nación de los ottawwaws. Una grande conformidad de incidente une ambas relaciones. Cualquiera que sea el atractivo de la vida salvaje del desierto, ¿no es, aun en sus más notables pinturas, una continuación uniforme de hechos casi idénticos, ya ofreciendo una grande abundancia, ya una serie de privaciones valerosamente soportadas, ya los elevados rasgos de una guerra de partido, con poéticas creencias y bizarras tradiciones? La vecindad de la raza europea ha venido a añadir a estas costumbres seculares algunos vicios más y escenas de un género distinto de drama. Mas tarde hablaremos del progreso en los desiertos de América.

Basta que hagamos constar aquí, que la inevitable conformidad entre los principales puntos de ambas relaciones, no podrían hacer pesar en justicia sobre una, las críticas más o menos merecidas por la otra. Para cumplir con los deberes que nos impone nuestro oficio de editores, quizá podríamos tomar armas en la revista de Edimburgo para combatir al escritor que se permitía pintar antes que Tanner las costumbres y vida de las tribus errantes de la América del Norte.

Un buen traductor debe enamorarse del modelo y ser el más exclusivo de los escritores. Nunca seremos buenos traductores a tal precio. Desde luego deseamos declarar que la lectura de la relación de Juan Dunn Hunter, comparada con los relatos de todos los antiguos viajeros y el incontestable de Tanner, nos ha convencido de que fueron muy severas las críticas pedregosas que aun no ha rebatido. Tal vez, como lo ha sospechado Mr. Philarète Chasles, cuya autoridad es de gran peso, Hunter no haya permanecido entre los salvajes todo el tiempo que declara; pero, aun concedido esto, debemos protestar contra las acusaciones fundadas en una experiencia muy europea de los secretos de la retórica, o en sabias nociones muy por encima de la experiencia de los indios.

Ni Hunter ni Tanner saben leer ni escribir; el primero lo declara así, añadiendo que dictó su relación a su amigo Edward Clark, quien le opuso cuestión si Tanner tuvo la misma confianza en

Mr. Edwin James, escritor estimado con justicia. Pero por mucha desconfianza que uno tenga de sí propio, ¿cómo se puede evitar la tentación de la elegancia literaria completamente ajena a la cuestión, ni responder de los escritos dictados por un hombre salvaje y ajeno a las bellas letras? Al traducir su relato, ¿quién no dejará escapar, no ya un pensamiento, sino una palabra puramente europea?

Mr. Edwin James, en un concienzudo prefacio explica con qué rigor evitó las alteraciones del relato hecho por Tanner, y sin embargo, más de una vez el traductor francés advirtió en la relación americana frases de todo punto inadecuadas, y muy ajenas a los pensamientos de los salvajes.

El traductor francés atenúa, de la manera mejor que puede, aquellas faltas muy secundarias, y un poco de reflexión hizo comprender a éste, que en el mismo caso las cometería equivalentes y tal vez más graves, por cuya razón se encerró en los más estrechos límites de su deber sin aspirar a corregir lo más mínimo del original. Al público no le interesa la convicción del traductor, necesita pruebas sin réplica; pero, para el charlatanismo a la moda, la suspicacia es muy legítima, y Juan Tanner necesita un certificado auténtico de su vida. Oigamos a las autoridades irrecusables.

Mr. Gustavo de Beaumont, en el cuadro de costumbres americanas que acaba de publicar con el título de *María, o la esclavitud en los Estados Unidos* consagra un apéndice de cerca de cien páginas al estado antiguo y a la condición presente de las tribus indias de la América del Norte. Aquel resumen de un interés vivo y tan notable por el talento del escritor como por la fuerza y nobleza de sus pensamientos, sólo se apoya en testimonios incontestables, invocando en primer lugar el de Juan Tanner, vuelto a la vida civilizada después de haber pasado treinta años en medio de poblaciones salvajes.

Mr. Alexis de Tocqueville, compañero de expediciones de Mr. Gustavo de Beaumont en la América del Norte, también acaba de publicar un escrito de gran mérito formado del mismo viaje. El libro de *La democracia en América*, colocado ya a gran altura por la opinión de los talentos más aventajados de Francia e Inglaterra, está destinado a dominar, durante mucho tiempo, las discusiones relativas a las formas gubernativas que el espíritu del siglo trata, más que nunca, de poner en cuestión. Es una meditación política del orden más elevado y cuyos menores detalles prueban tanta conciencia como madurez. Mr. Alexis de Tocqueville, estudiando sin espíritu de partido la marcha de la civilización en América, examina con detención el estado actual y el porvenir probable de las tribus indias que habitan el territorio que posee la Unión. La autoridad de Tanner es invocada en las piezas justificativas y entre los testimonios más concluyentes. Pero la predisposición que existe en pro de la duda, motivada por los artificios sin número de la literatura contemporánea, puede resistir todavía a la opinión de los dos viajeros franceses, cuya buena fe, quizá se ha dejado sorprender por sagaces apariencias de verdad. Apresurémonos, pues, a decir, que Mrs. de Beaumont y Tocqueville encontraron a Tanner a la entrada del lago Superior, que conversaron largamente con este americano, y que les pareció, más que un hombre civilizado, un verdadero salvaje; por cuya razón no se atrevieron a poner en duda ni el más leve detalle de su narración.

Las memorias han sido publicadas con arreglo a un ejemplar que pertenece a Mr. de Tocqueville. En la primera página se lee la nota que sigue: «Comprado a Tanner en el Steam-boat, el Ohio, en agosto de 1831.

Un lector experto no podría desconocer, en medio de los defectos de esta obra, la prueba irrecusable de su autenticidad. La ausencia de todo arte y la sencillez a que encierra la relación, jamás han tenido igual. Hubiéranse podido agrupar con más arte los personajes, colocándolos y clasificándolos de una manera mas elegante y precisa; pero el editor americano se ha abstenido escrupulosamente, y el traductor francés ha sabido resistir a la tentación de presentar la verdad por medio de imágenes mejor coordinadas.

Las humildes memorias de Juan Tanner aparecen, pues, tal como él las dictó. Cien veces habíamos leído la novela de la vida salvaje; pero he aquí la realidad.

«Según lo que puedo juzgar, dice Washington Irving, el indio de ficciones poéticas es como el pastor de la novela pastoril, una personificación pura, de atributos imaginarios.» Esta crítica general del profundo escritor es justa, pero no alcanza a Tanner, puesto que ningún rasgo poético se encuentra en sus memorias.

Esta relación, tal cual se halla en su original sencillez, contradice a cada línea el espíritu filosófico del siglo XVIII. Es la respuesta más perentoria que podemos dar a tantos moralistas que confundieron sin cesar el estado natural con el salvaje, como se lo reprochó a todos con mucha razón Mr. de Chateaubriand.

Parece que una verdadera fatalidad persiguió a los escritores del siglo pasado, siempre que quisieron buscar en el ejemplo de los indios un argumento en contra del cristianismo y del orden social.

Ni Montesquieu ni Buffon pudieron eximirse de esta ley general, y sería muy fácil señalar errores extraños en sus páginas elocuentes. Si nos remontáramos a Montaigne para provocarle a una lucha de razón, sería muy probable que no alcanzase la victoria con sus argumentos. Ninguna reputación de hombre pensador tiene más que perder que la de J. J. Rousseau, en el estudio de las revelaciones de Tanner.

Cada recuerdo autógrafa ataca un sofisma del gran escritor, y ningún hecho por ligero que aparezca en sus memorias deja de ser una réplica dirigida a uno de los pasajes de *[El contrato social](#)* o al *Discurso sobre la desigualdad de condiciones*.

Las felicidades del estado natural y la imposibilidad de imponer un yugo a los salvajes que no necesitan nada, están reducidas a su justo valor por un adversario, tanto más peligroso, cuanto su demostración carece de forma, y habla, por sí sola, a todas las imaginaciones.

También debemos decir que Raynal y los demás filósofos que le sucedieron no podrían oponer resistencia a la argumentación apremiante del que no los conoce.

Tanner habrá prestado un inmenso servicio a las ciencias morales, desembarazando el estudio de éstas, de la multitud de vulgaridades respecto de los salvajes que van desnudos, que solamente viven del producto de sus cacerías, y que están en paz con la naturaleza entera después de haberse alimentado.

Poivre, cuya reputación de administrador colonial durará más que su reputación de filósofo, decía que el Norte de América está habitado por pequeños pueblos salvajes y miserables, que carecen de agricultura, pero que gozan de libertad, y menos desgraciados que la multitud que pretende ser civilizada, y que, menos impuesta que ellos en la ley natural, por verse privada de los derechos que ésta ofrece, hace esfuerzos impotentes para proporcionarse la felicidad, que sólo emana de una buena agricultura.

La lógica que encierra este discurso no es muy brillante, y se contradice a sí misma en la extensión de su largo período; pero es un tipo bastante exacto de los razonamientos que Tanner está llamado a destruir. Hallándose, desde hace algunos años, entre los hombres de su color, el intérprete del salto de Santa María, que soñó, durante tanto tiempo, con su regreso a la vida civilizada, sin poder sacudir el yugo de la vida salvaje, ¿no es acaso en esta cuestión de alta moral el mejor testigo y el más desinteresado? ¿Quién conoce mejor que él a las gentes que Voltaire se complacía en oponer a la sociedad cristiana?

Semejante obra dictada por un galo a un romano de la frontera, sería hoy el más inapreciable tesoro histórico, y creemos que no nos falta razón al decir que para el moralista las memorias de Tanner pueden revelar mucho respecto al estado social de nuestros mayores, antes que se instituyese la monarquía francesa.

Al estudiar, con *[Tácito](#)*, las costumbres germánicas se agolpan a la mente más de una semejanza admirable, entre las costumbres de los bárbaros del territorio romano y las de los últimos pueblos de la América del Norte: las notas de este libro revelarán muchos puntos de contacto.

Algunos periódicos han dicho que la academia de ciencias morales y políticas había nombrado una comisión para estudiar a los desgraciados indios chorrúas, a quienes una

especulación vergonzosa expone a la curiosidad del pueblo de París, mientras otros infelices chippeways llegaban a Londres para ser escudriñados por aquel público. Es dudoso que esta pesquisa haya producido resultados; pero este libro es el que debe llenar las intenciones de la academia.

Las memorias de Tanner son los postreros anales de un pueblo que la Providencia parece haber condenado a desaparecer del suelo de sus abuelos. Estos hombres, cuya raza se disipará en breve, son los descendientes de aquellos que acogieron y amaron a los primeros colonos franceses. Desde el día en que el Norte de América fue abandonado sin rivalidad a la colonización inglesa, pesa sobre este pueblo el anatema de su ruina inevitable.

Bajo la protección francesa pasaban lentamente por medio de la persuasión, y no por medio de la fuerza, desde su estado social a las costumbres civilizadas. Se necesitaba un siglo más y el apoyo del catolicismo, para terminar aquella pacífica conquista; pero estrechados hoy entre los súbditos e hijos emancipados de la Gran Bretaña, su suerte ya no es dudosa. ¿Sois indios? Debéis morir; pero no con las armas en la mano. Los últimos representantes de aquellos pueblos belicosos perecerán diezmados por el agua, el fuego, las enfermedades europeas, las necesidades ficticias, y entregados a un fanatismo mercantil, que afortunadamente desconocieron sus padres. Desde la publicación de las memorias de Tanner, muchos tratados, bastante sospechosos, han impuesto nuevas fronteras a los winnebagoes, a los potowatomies, a los ottawwaws y ojibbeways de esta relación.

Entre el Alabama y el Missisipi apenas quedan sesenta mil indios, tristes restos de las naciones de los chikasas, de los chactaws y de los crees. En 1831, algunos indios, pidiendo limosna a los viajeros, encontraron a Beaumont y Tocqueville cerca del lago Ontario. Estos mendigos eran los únicos que quedaban de los iroqueses. Las mismas tribus indias dicen que se disuelven ante la civilización cual la nieve ante el sol. Creemos que esta comparación no es del todo exacta, porque los indios no se derriten ante ningún astro luminoso; pero sí van a perecer en las tinieblas del sofisma y del procedimiento. Así es como acaban las naciones en el siglo XIX.

El argumento, por excelencia, de los ingleses contra los indígenas de la América del Norte, data de los relatos hechos por los colonos que abandonaron las orillas del Támesis. Juan Smith, primer historiador de la Virginia y autor de una crónica interesante, decía hace más de dos siglos: «Saben utilizar tan poco sus tierras, que ésta no puede ser bastante fértil.» Desde entonces, ¿cuántas veces y bajo cuántas formas no se ha reproducido ese axioma tan fácil de destruir? ¿Los indios cazadores no tienen derecho más que al espacio de tierra suficiente para su vida agrícola? Hace poco decía un orador oficial desde la tribuna del congreso americano: «En todos los actos de las colonias y del Estado, nos hemos apartado del principio fundamental de que los indios no tenían ningún derecho al suelo o a la soberanía, en virtud de su antigua posesión. Todos los actos están de acuerdo con semejantes principios, porque los indios no han cambiado sus costumbres por las de otras razas de hombres que introdujeron entre ellos tantas necesidades y tantos vicios nuevos, y además las sutilezas de una legislación, que no podrían comprender, los declarara excluidos de todo derecho a conservarla intacta, y sí a compartir las tierras de sus antepasados. Si de vez en cuando un magistrado más formalista, un administrador más hábil, salvando las apariencias, fingen pagar tributo al derecho de gentes, por medio de un embuste más, en vano tratan de ocultar con la máscara de la magistratura el abuso de la fuerza, pues sólo añadirán a la injusticia muchos quilates de maldad dándole la hipocresía por compañera y auxiliar.

¿Cómo podrían sobrevivir aquellos pueblos indefensos a la combinación del sofisma y de la fuerza material? La sombría libertad americana no es más que la expresión exacta de la tiranía, y ésta hiere sin la menor consideración a los infelices indios.

La unión americana se ha creado un lenguaje particular para justificar su conducta, respecto a los hijos de los antiguos dueños del territorio, porque las palabras expulsión, confiscación y destierro, no cuadraban bien con su excesiva delicadeza. En defecto de aquellas emplea otras cuyo efecto es igual; pero la frase es mucho más humana, en la apariencia, y de esta manera se salva el

honor nacional. Cuando un pueblo poderoso acoge estas frases de doble significación, es que ya se halla familiarizado con el cinismo de sus actos. *Removal* (eliminación) será una palabra que se use en la política para condenar a los gobiernos cautelosos.

¡Qué cuenta tan estrecha dará algún día al tribunal de la historia la república anglo-americana que, colocada entre dos razas de hombres, y llamada por la Providencia a civilizarlas por medio del cristianismo, sólo se ocupa en oprimirlas, y en buscar el medio a propósito para que aquellas se destruyan mutuamente! ¡No satisfecha de su conducta pretende mentir al universo y aparecer a los ojos de las naciones con los atavíos de la religión y de la humanidad!

Parece que sus esclavos negros son llamados a participar de los derechos del ciudadano; pero en los hechos los excluye inexorablemente de sus menores goces, sin eximirlos nunca de los deberes que los compensan. A los indios ya sabemos con qué actos fraudulentos los priva del suelo de sus mayores. No siempre puede cubrir las apariencias la mala fe americana, y el principal sofisma del «*Removal*» descansa sobre los pretendidos derechos de los pueblos laboriosos en detrimento de los pueblos cazadores. Existe una nación indios civilizados por los realistas americanos del Sur, refugiados entre aquellos durante la guerra de la independencia. Los pocos representantes de la familia europea son mestizos y ejercen el poder. Estos indios de raza mixta, tienen esclavos negros como los republicanos de la unión americana, y sus hijos reciben una esmerada educación en colegios, y combaten la invasión europea por medio de la prensa. *Le Phénix cherokee et avocat des indiens* es su periódico oficial, redactado e impreso por hombres de su raza, en su ciudad naciente de Nueva-Echota. Los cherokees ya no son un pueblo de cazadores, sino una nación agrícola, y sólo piden a la Unión el ser tan dueños de su territorio como los Estados del suyo. Aquel territorio lo deben a tratados solemnes, propuestos por la república y aceptados por la buena fe de estos, siendo el mencionado territorio una insignificante partícula del imperio de sus mayores. Los oradores del Congreso encuentran con dificultad palabras para calificar tan extravagantes pretensiones.

Los cherokees forman una población de doce mil almas nada más, y en el nuevo derecho de gentes de América, las naciones débiles quedan sin garantías y sin protectores. La Unión no podría tolerar una república de San Marino, como la ha tolerado tanto tiempo Europa. Esta confederación, que cuenta cincuenta años de existencia, se cree muy superior, en civilización, al monarca absoluto que soportaba al molinero de Sans-Souci. ¿Por qué no recurrir a los tiempos pasados para arrastrar, en su marcha irresistible, una fusión provocada, tarde o temprano, por una comunidad de intereses legítimos? Ese derecho de las naciones civilizadas para arrojar de la superficie del suelo a los pueblos salvajes, se ha convertido, en la mayor parte de hombres procedentes de Inglaterra, en un axioma sencillo del derecho público. El mismo capitán Ross proclama tal justicia en la relación de su segundo viaje de descubrimientos en las regiones árticas y, según su parecer, es una ley general y equitativa. Todos los lamentos de una falsa filantropía nada podrían conseguir. Vale más morir lentamente por medio de los efectos del ron, que perecer bajo el acero y el fuego de la conquista española; pues aquella no es más que una muerte voluntaria. No tratamos de justificar los excesos de Cortés y Pizarro; pero compárese el estado actual de los indios de la América española y los de la América inglesa, y veremos qué pueblos obedecen mejor en el día la ley evangélica. En medio de todo existe en los Estados de la Unión un corto número de hombres generosos que protestan, con su conducta más que con sus escritos, contra las vergonzosas tretas, cuyos relatos llegarán a ser el más deplorable capítulo de la historia de las repúblicas americanas. Pero en los Estados de la Unión la mayoría es la que impone la ley, reservándose el privilegio de desobedecer esta misma ley, sin tolerar a la minoría, ni aun el derecho de la discusión.

Los partidarios de los indios sólo se permiten en favor de estos algunos poemas, como el de Mr. Maclellan, o incompletas y tímidas proposiciones. El editor de las memorias de Juan Tanner, Mr. Edwin James, quisiera que la república se encargase de la educación de todos los niños indígenas, y al destruir su idioma, destruyera, de una vez, sus creencias y sus costumbres; pero sin que tratemos de discutir la barbarie que encierra esta humanidad, que trata de destruir a una nación,

diremos que si los hijos de los indios pudieran olvidar su origen, ¿los prejuizados americanos se lo dejarían acaso olvidar, cuando se sublevan, con el mayor desprecio, ante la menor sospecha de origen africano, y se lanzan en busca del rastro más invisible de una alianza con sangre de los esclavos?

Mr. [Gustavo de Beaumont](#) con toda la elocuencia de un corazón generoso, y con el eminente talento de escritor, ha sabido destruir los vergonzosos argumentos y la deslealtad americana, y ha logrado poner en relieve las consecuencias y las astucias de aquella guerra de procedimientos. El porvenir juzgará como él a los jueces de los postreros indios, demostrando la nulidad de tantos contratos destruidos por sorpresa; pero desgraciadamente los interesados ya no existirán. Juan Tanner, en el proceso que se presentará al tribunal de la historia, sólo será escuchado como testigo; pero su declaración será altamente decisiva.

En las revelaciones de este hombre, que tanto ha sufrido, no hay amargura cuya causa no se halle perfectamente explicada. A veces le hiere el brillo de la verdad, que no se niega a entrever; pero esa luz es tan vaga, que no deja ningún rastro en sus recuerdos, ni la menor preocupación altera la sinceridad de su relato, siendo éste el mérito principal de sus memorias. Si unimos a lo dicho la excesiva sencillez y la importancia del testimonio, se comprenderá que es uno de los libros más interesantes que se han publicado por la prensa americana.

Se acerca el día en que la historia americana se dividirá en dos épocas, como la del antiguo mundo. Los pueblos indígenas del territorio de la Unión, todos pertenecerán a la historia antigua, y no dejarán ningún rastro en la moderna.

Lescarbot, Charlevoix, Lafitau, la Houtau, Lepage del Pratz, los viajeros y misioneros serán consultados por el analista, cuyos estudios sobre los rastros que se borran tal vez estén principiados. La Inglaterra también ofrecerá a sus meditaciones los relatos de Juan y de William Smith, los de Lawson, de Stith, de Beberley, y otros muchos testigos oculares.

La Unión le abandonará documentos oficiales con cierta de confianza, y Tanner le ofrecerá el cuadro más acabado de los últimos tiempos de la decadencia.

Ya hemos dicho que la falta de pretensión literaria, y el desaliño del libro que ofrecemos, son la garantía más completa de su indisputable originalidad. Al leer este libro se siente el efecto de una grande admiración hacia Mr. de Chateaubriand y la mente se inclina a las ingeniosas ficciones de Cooper. No existe un hecho ni una observación en los recuerdos del hombre más ajeno a la literatura, que no esté en perfecta armonía con los cuadros del primer escritor de nuestra época, así como con las escenas del más célebre novelista americano. Ya se había advertido la armonía que existe entre el autor de *El último de los mohicanos* y el de los Natchez y la igualdad con que describieron la vida salvaje; pero Tanner nos ha demostrado claramente que aquellas descripciones son copias exactas, tomadas del natural. Los relatos de los viajeros franceses, tan observadores y tan picantes en sus narraciones, y las narraciones pesadas pero útiles, de los primeros colonos ingleses, apenas difieren de los recuerdos de Tanner. Hay más privaciones, días peores y nuevos vicios pasajeraamente satisfechos. La población que el padre Lafitau señaló como una desproporción en el número de los dos sexos ha disminuido, y el contacto de los más depravados colonos, ha ejercido una fatal influencia en las costumbres de los pueblos más allegados a la frontera; pero las creencias, las supersticiones, las costumbres en paz y guerra, los juegos, las construcciones, los utensilios y hasta los trajes se encuentran en el siglo XIX, tal como los modificaron, ligeramente, los primeros colonos europeos. Las naciones indias han sufrido grandes cambios; mas las individualidades se encuentran con poca diferencia en el mismo estado. Para traducir la relacion de Tanner se hubieran podido plagiar muchas frases de Charlevoix y de la Hontau; algunas notas probarán lo que decimos. Existe más analogía entre las costumbres de los indios modernos, y las que indican los más antiguos cronistas de los pueblos americanos, que entre las barricadas del año de 1830 y las de 1588.

¿Cuáles son, en efecto, las innovaciones más significativas que han observado los viajeros? Los indios usan para la caza fusiles o escopetas europeas, desde hace más de dos siglos. Los traficantes les suministran calderas de metal y mantas de lana, y este tráfico principió el día en que

los primeros que vagaban por los montes, atravesaron los bosques seculares de América, y aun el primer historiador de la Virginia, el capitán Juan Smith, hace observar que los trajes que allí se introdujeron tenían grande analogía con los de los indios, pues sus capas se diferenciaban muy poco de las irlandesas. Algunos utensilios debidos a los cambios verificados con los europeos, hicieron más sencillo su trabajo, sin añadir nada a su bienestar, porque sus nuevas necesidades exigen más trabajo. Antes del trato con los europeos, los indios sólo destruían la cantidad de animales precisa para su manutención y trajes, y descansaban luego dejando que la caza se reprodujera en aquel vasto continente. Hoy se amengua diariamente aquel territorio por la avidez comercial de los anglo-americanos, ofreciéndoles «el agua de fuego» enviada por el gran espíritu para la ruina de los hombres rojos, y los excitan a inmensas devastaciones que agravan todos los años su miseria, y para satisfacer sus necesidades de hoy el trabajo es más rudo y continuo, y los hombres cumplen, ahora por necesidad, con los deberes que en otro tiempo pertenecían exclusivamente a las mujeres.

Mr. de Chateaubriand resume de una manera admirable el estado de aquella raza de hombres. «El indio, dice, tiene en su contra todas las calamidades del hombre del pueblo bajo de nuestras ciudades, y todas las estrecheces del salvaje. Hoy sin cubrir su desnudez atestiguan su miseria, y sólo son mendigos a la puerta de un comercio... ya no son los salvajes de los bosques.» Este cuadro es tan cierto como afflictivo. Compárense los escritos del barón de la Hontau a los del padre Charlevoix y a las memorias de Tanner, y se hallarán menos alteraciones entre los indios de la América del Norte, que en el mismo espacio de tiempo en el pueblo de Europa más reputado de estacionario.

¿Qué podrán oponer a estas revelaciones, hechas por el hombre más ajeno a todo espíritu de sectas, los optimistas de la doctrina del progreso? Quizá no les den ninguna importancia a causa del uso establecido en todas las convicciones exclusivas, de sacrificar al triunfo incierto de una teoría dudosa, las generaciones presentes, y pueblos enteros. Así se comprende que al subir al poder los partidos de economía política o de filosofía en conjunto, den un resultado calamitoso para la sociedad, aun aceptando, en aquellos, individualidades dignas del mayor elogio. Y si no veamos lo que hacen con su influencia actual y en favor de la Francia los entusiastas partidarios del sistema de Mr. Say renovado por [Adam Smith](#). La doctrina del progreso es concienzuda y honrosa. El progreso es, a la vez, un derecho y un deber.

Sólo nos resta mencionar las dificultades que nos ha opuesto la traducción de estas memorias; la primera y más grande ha sido la de poder resistir a la tentación de mejorar el original, pues, como dice el editor americano, era preciso valerse de las mismas palabras de Tanner, de sus impresiones y de su modo de ver y juzgar. Era preciso respetar la integridad del pensamiento, la rudeza del lenguaje, y no olvidar que se reproducían las ideas de un hombre, cuyo espíritu de rectitud era evidente; pero cuyas nociones del bien y del mal no difieren muchas veces de las de los europeos.

Tanner, entrando de nuevo en la senda de la vida civilizada, revela una gran tendencia a la religión natural y habla del Gran Espíritu, como los filósofos de las poblaciones pequeñas hablan del Gran-Todo y del Ser Supremo; pero por eso no deja de creer en los sueños y en las apariciones, sin tratar de ocultar sus debilidades y su credulidad. A veces se quiere crecer a los ojos de sus lectores, por medio de pretensiones que forman un cúmulo de desatinos, en los cuales la traducción no tiene ninguna parte.

Algunos han tratado de reproducir los pensamientos de Tanner tan literalmente como lo permitían ambos idiomas; pero a veces se presentaban al traductor frases mas adornadas, o si se quiere, más sublimes que en el original, y siempre se ha respetado el texto, porque era mirado como un documento histórico. Querer dar talento al niño criado entre los salvajes y en medio de los bosques, a más de ser una sinrazón, hubiera sido de muy mal gusto; pero en cambio, la abnegación del traductor es digna, si no de loor, al menos de indulgencia, porque en una narración como la presente, tan excepcional, es muy fácil que se deslice alguna frase local o alguna particularidad que los intereses o el clima introducen en una sociedad naciente. Los puristas de Inglaterra no quieren que su idioma se haya comprendido en la declaración de independencia americana. Confiamos al

cuidado de los *reviewers* (revisteros) de Londres y Filadelfia la discusión, con el autor de la gramática americana, Mr. Noah Webster.

Las notas que acompañan a las memorias de Tan-ner se han tomado de los apuntes de los viajeros. Es de temer que algunos nombres propios ofrezcan gran dificultad para su lectura; pero el traductor no ha querido alterar el texto original, en la cuestión de nombres propios.

Los nombres de las tribus están impresos tal como se publicaron en Nueva York. Un apéndice muy extenso de la edición de Mr. Edwin James, encierra varios opúsculos de este eminente escritor, respecto a la vida salvaje, y algunas poesías indias en el segundo tomo de esta obra.

Nos ha parecido inútil reproducir los distintos dialectos y traducciones de libros santos, por cuyo motivo no nos queremos extender más en esta introducción.

1.

El rapto de Juan Tanner.

Recuerdos de la primera infancia de Tanner. Kentucky. Caverna de Elk-Horn. Blancos atacados por los shawnees. Cabellera de un indio cortada por un blanco. Recuerdos de escuela. Navegación en el Ohio. Cincinnati. Big-Miami. Primeros trabajos de una quinta americana. Niño robado por los indios. Amenazas de muerte. Marcha penosa. Combate. Nuevo peligro de muerte. Aldea shawneese. Traficantes europeos. Estrecho. Mujer blanca. Sangenong.

El primer acontecimiento de mi vida que recuerdo distintamente es la muerte de mi madre. Tenía dos años, y muchas circunstancias de esta pérdida causaron sobre mí tan fuerte impresión, que todavía no se han borrado de mí espíritu. En cuanto al nombre del paraje donde habitábamos, me han dicho era a orillas del río de Kentucky, muy lejos del Ohio.

Juan Tanner, mi padre, emigrado de Virginia, había sido ministro evangélico. Poco tiempo después de la muerte de mi madre, fue a establecerse en un sitio llamado Elk-Horn (Cuerno de alce). Había allí una caverna, que visitaba a menudo en su compañía. Llevábamos dos antorchas, y encendíamos una al entrar, avanzando hasta que se consumía; entonces retrocedíamos, y antes de consumirse la segunda estábamos a la entrada de la caverna. Elk-Horn era a veces atacado por partidas de indios shawnees que mataban a los blancos y degollaban o robaban los rebaños y los caballos. Una noche, mi tío paterno, acompañado de algunas otras personas, se acercó a tiro de fusil del campamento de esos indios, y mató uno, cuya cabellera trajo; los demás se arrojaron al río y consiguieron librarse.

Mientras residíamos en Elk-Horn sobrevino un acontecimiento, a cuya influencia he atribuido la mayor parte de las desgracias de mi vida. Mi padre, al partir una mañana bastante lejos, parece recomendó a mis hermanas Ágata y Lucía que me enviasen a la escuela. Hasta la tarde no se les ocurrió cumplir con este encargo, y como el tiempo estaba lluvioso, insistí en quedarme en casa. Cuando volvió mi padre y supo que no había ido a la escuela, me mando por un puñado de cañas y me zurró más de lo que yo creía merecer. Cobré antipatía a mis hermanas; pues hicieron recaer toda la culpa sobre mí, siendo así que nada me habían dicho por la mañana, y desde ese día la casa paterna me fue menos cara, y repetía a menudo: De buena gana me iría a vivir con los indios...

No sé cuánto tiempo vivimos en Elk-Horn. Cuando partimos, dos días de marcha con caballos y vagones nos condujeron al Ohio, donde mi padre se proporcionó tres barcos chatos que mostraban no pocos agujeros de balas y manchas de sangre; pertenecía a algunos hombres muertos por los indios. En uno embarcamos los caballos y las reses vacunas; en otro las camas y bagajes; y en el tercero, los negros. Los dos primeros se ataron juntos; el de los negros seguía. Nosotros bajamos el Ohio, y dos o tres días bastaron para llegar a Cincinnati.

Delante de esta ciudad zozobró el primer barco en medio del río; lo cual, visto por mi padre, se lanzó entre las reses y cortó los tiros; así pudieron dirigirse todas a tierra. Los habitantes de

Cincinnati venían a socorrernos, pero mi padre se limitó a darles las gracias, pues el peligro había pasado.

En un día fuimos de Cincinnati a la embarcación del Big-Miami. En la otra orilla debíamos formar un establecimiento; había allí un poco de tierra desmontada y una o dos cabañas de madera, abandonadas a causa de los indios. Mi padre las rodeó de una empalizada. Era a principios de la primavera, y los primeros trabajos tuvieron por objeto preparar un campo a recibir grano. A los diez días de nuestra llegada nos dijo mi padre que los indios andaban por allí cerca, y me ordenó que no saliese; encargó también a mi madrastra que no dejase salir a ninguno de los niños y marchó a sembrar grano con los negros y mi hermano mayor.

Tres niños, además de mí, quedaron en casa, y mi madrastra, para mejor retenerme, me confió el más pequeño, que contaba solo algunos meses; pero no tardé en fastidiarme, y me puse a pellizcar al chiquitín de modo que chillase. Entonces su madre me dijo que le cogiese en brazos y le pasease por la casa. Obedecí, sin cesar de pellizcarle, y ella no tuvo más remedio que darle el pecho. Aprovechando la ocasión, salí y pronto me encontré en la llanura. A corta distancia de la casa y cerca del campo se elevaba un nogal donde iba yo a menudo a recoger nueces del año anterior; y ahora, para llegar hasta allí, sin que me viesen, fue preciso tomar algunas precauciones. Creo aun ver a mi padre, en el momento de ocultarme detrás del árbol, en medio del campo, con el fusil en la mano, mientras los demás trabajaban. «¡Qué deseos tengo de conocer a esos indios!» decía yo para mis adentros.

Mi sombrero de paja estaba ya casi lleno de nueces, cuando oí ruido; me volví, y eran los indios. Un anciano y un joven se apoderaron de mí, y me llevaron; uno de ellos cogió mi sombrero, lo vació y me lo puso en la cabeza. No recuerdo lo que pasó después; seguramente me había desmayado, porque no gritaba. Me encontré al fin bajo un coposo árbol, que debía hallarse muy lejos de casa. No vi ya al anciano; los que me acompañaban eran el joven y otro indio pequeño de estatura y regordete. Sin duda había hecho resistencia o irritado a aquel hombre, pues me condujo a parte, tomó su tomahawk y me indicó que alzase los ojos. Comprendí en sus gestos y en la expresión de su fisonomía que me decía mirase el cielo por última vez, pues iba a matarme. Obedecí, pero el indio joven que me había robado detuvo el tomahawk suspendido ya sobre mi cabeza. Suscitóse un vivo altercado entre aquellos dos hombres; mi protector lanzó un grito, muchas voces respondieron, y vi acudir apresuradamente al anciano y otros cuatro indios. El anciano pareció dirigir palabras severas al que me había amenazado. Luego me cogió de la mano, el joven se colocó al otro lado, y empezamos a andar; el indio regordete nos seguía. Yo retardaba su marcha, y creí notar que temían ser alcanzados; varios de ellos estaban de centinela a alguna distancia de nosotros.

Había cerca de una milla de la casa de mi padre al sitio donde me hicieron entrar en una canoa de corteza de *hickory*¹ oculta entre los matorrales, a orillas del río. Saltaron dentro los siete, atravesaron inmediatamente el Ohio, y fueron a desembarcar en la ribera izquierda del Big-Miami, cerca de su embocadura. Abandonaron allí la canoa, no sin poner antes los remos de manera que se les distinguiese desde el río. A corta distancia habían escondido en los bosques mantas y provisiones; pero, aunque me ofrecieron un poco de carne de venado, no podía comer. Se descubría distintamente la casa de mi padre, y reían mirándola y mirándome; jamás he sabido lo que decían.

Después que comieron, continuaron su marcha, quitándome los zapatos por figurarse que sin ellos iría más de prisa. Aunque vigilado de cerca, no había perdido la esperanza de escaparme; y mientras me llevaban, traté de fijar la atención, sin que lo advirtiesen, en objetos que pudieran servirme de indicios a la vuelta; también procuré apoyar el pie con fuerza en las yerbas largas y en la tierra blanda para que quedasen huellas de mis pasos. Tenía proyectado huir durante su sueño. Cuando anocheció, el anciano y el joven me colocaron en medio de ellos, de tal modo que la misma manta nos cubría a los tres; y era tal mi fatiga, que al momento me dormí; al otro día, cuando

1 Nombre de la mayor parte de los nogales particulares de América, y que forman un género aparte, designado por algunos botánicos con la denominación científica de *carya*.

desperté, ya los indios se disponían a partir. Cuatro días caminamos de esta suerte, dándome los indios apenas de comer, y esperando siempre escaparme; pero por las noches el sueño se apoderaba enteramente de mí. Los pies descalzos se me habían hinchado, y el anciano, advirtiéndome en ello, me sacó muchas espinas y astillas de madera, y me dio un par de mocasines que me produjeron algún alivio.

De ordinario iba entre el anciano y el joven, y me hacían a menudo correr hasta que mis fuerzas se agotaban. En muchos días no comí nada o casi nada; el cuarto, después de dejar el Ohio, encontramos un gran río que creo desagua en el Miami. Era ancho y tan profundo que no podía atravesarlo. El anciano me tomó en sus hombros y me condujo a la otra orilla, llegándole el agua a los sobacos. Conocí que no podía pasarlo solo, y toda esperanza de fuga se desvaneció. Me puse entonces a correr en el bosque, y espanté a una pava salvaje, cuyo nido estaba lleno de huevos. Los metí en el pañuelo y volví al río. Los indios se rieron al verme, cogieron los huevos y encendieron lumbre para cocerlos en una pequeña vasija de cobre. Tenía hambre, y miraba con ansia aquellos preparativos, cuando el anciano acudió del sitio en que habíamos desembarcado, y tomando la vasija, arrojó en las brasas el agua y los huevos, y dirigió por lo bajo algunas palabras al joven. Calculé que nos perseguían, y luego he sabido que era exacto; probablemente algunos de mis amigos me andarían buscando en la otra orilla. Los indios recogieron a toda prisa los huevos, y se dispersaron en los bosques, obligándome a correr con toda la velocidad de mis piernas.

Uno o dos días después encontramos una partida de veinte a treinta indios que iban a los establecimientos europeos. El anciano les habló mucho tiempo, y más adelante supe que eran guerreros shawneeses. Instruidos de que nos perseguían los blancos a orillas del Miami, marcharon contra ellos, y se empeñó un combate, de que resultaron no pocos muertos por ambas partes.

Nuestra caminata al través de los bosques era penosa, y a los diez días de aquella entrevista llegamos al Maumee. Los indios, sin perder tiempo, recorrieron la espesura y examinaron los árboles, llamándose y respondiéndose. Se eligió pronto un *hickory*, y de su corteza se fabricó una canoa, donde entramos todos, y seguimos la corriente hasta la grande aldea de shawneeses, en la embocadura de un río. Al desembarcar, muchos indios acudieron, y una joven se abalanzó a mí gritando, y me pegó en la cabeza; varios de sus amigos habían sido muertos por los blancos. Muchos shawneeses parecían querer quitarme la vida; pero el anciano y el joven lograron disuadirlos. Conocía que hablaban de mí, y el anciano, que sabía unas cuantas palabras inglesas, me mandaba a veces traer agua, encender lumbre, o desempeñar cualquier otro servicio de poca monta.

Al cabo de dos días volvimos a entrar en la canoa, y a corta distancia los indios se detuvieron cerca de una factoría donde tres o cuatro traficantes sabían inglés. Hablaron conmigo, y me dijeron que deseaban rescatarme para devolverme a mi familia; pero, no queriendo consentir en ello el anciano, los traficantes me aseguraron que debía estar contento de ir con los indios y que dentro de diez días irían por mí a la aldea. La bondad de su trato fue causa de que sintiera amargamente su separación, si bien me consoló la promesa de que nos veríamos pronto.

A poco de partir entramos en el lago, y por la noche los indios sólo se detuvieron para acampar. Al salir el sol lanzaron un grito, algunas luces aparecieron en la orilla, y una canoa vino luego a tomar a tres de nuestros compañeros. No recuerdo lo que pasó desde entonces hasta nuestra llegada al Estrecho². Primeramente remamos en medio del río, después nos acercamos a la orilla, donde vi una mujer blanca hablar con los indios; pero no entendí nada de su conversación. Había en la ribera otros blancos, sin duda franceses.

Hacia el medio día bajamos a los bosques, y sacamos la canoa a tierra. Los indios descubrieron un árbol grande y hueco, con una abertura por un lado, y allí guardaron sus mantas, la vasija y varias otras cosas. En seguida me obligaron a entrar a gatas, y taparon la abertura. Les oí unos instantes, quedando luego todo en calma; el silencio duró mucho tiempo. Si no hubiese renunciado ya a toda esperanza de escapatoria, pronto habría tenido que reconocer la imposibilidad de salir de mi cárcel.

2 Pequeña ciudad en el condado de Wayne, situada en la orilla derecha del río del mismo nombre.

Pasadas algunas horas, oí levantar los trozos de madera con que se me encerraba; iba a amanecer. Al través de la oscuridad distinguí una gran yegua, de color pardo oscuro, y dos jacas bayas traídas por los indios. Me hicieron montar en una, colocaron sus bagajes en las otras dos, y a los tres días estábamos en Sangenong. Allí nos dejaron otros dos indios; era la aldea del anciano y del joven; y en lugar de dirigirse en línea recta a su casa, abandonaron los caballos, y una canoa nos condujo ante la habitación del anciano, especie de cabaña construida de madera, como muchas de las de Kentucky. Una anciana corrió a nosotros; y en cuanto el viejo le dijo no sé qué al oído, se puso a gritar y abrazarme, ahogándome, o poco menos.

2. La mujer jefe.

Adopción. Manito-o-Geezhik. Kish-kau-Ko. El halcón. Los totems. Sementeras indias. Golpe de tomahawk. Campamento de caza. Pesca de anzuelo. Maltrato. Expedición contra los blancos. Escenas de embriaguez. Mackinac. Net-no-Kwa. Venta de un niño blanco. Taw-ga-we-ninne, el cazador. Interior de una familia de ottawwaws.

Al día siguiente fui conducido cerca de un pequeño recinto, rodeado de estacas, a los dos lados del cual se extendía un espacio de terreno vacío y llano. Allí se sentaron todos los indios, la familia y los amigos del anciano a un lado, y los extranjeros al otro; los amigos habían traído regalos: azúcar, trigo, varias especies de granos, tabaco y otras cosas. Los indios se pusieron luego a bailar, arrastrándose con ellos alrededor de la cerca. Su baile era vivo y alegre, y de vez en cuando me ofrecían algunos de los regalos; pero, en cuanto me aproximaba al otro lado, se entretenían en quitarme lo que me habían dado. Pasamos así gran parte del día, hasta que se agotaron los presentes; en seguida cada cual se marchó a su casa.

Acababa de ser adoptado por la familia del anciano Manito-o-Geezhik. Había perdido, poco tiempo antes, al más joven de sus hijos, y su mujer le dijo que no podría vivir si no se lo devolvía; equivaliendo esto a pedirle un prisionero de la edad de aquel para adoptarlo. Manito-o-Geezhik, con su hijo mayor, Kish-kan-ko, y dos hombres más de su nación, salieron inmediatamente para ver de complacerla. Hacia la parte superior del lago Erie se les reunieron tres jóvenes, de sus parientes, y los siete marcharon a los establecimientos del Ohio. La víspera de mi rapto, los indios, habiendo llegado a la embocadura del Big-Miami, pasaron el Ohio y se ocultaron frente a la casa de mi padre. Trabajo le costó al anciano contener el ardor de los jóvenes guerreros, que, impacientes por no distinguir ningún niño, querían hacer fuego sobre los trabajadores.

Mi adopción se verificó junto a la tumba del hijo de Manito-o-Geezhik. Mi nueva familia me dio el nombre de Shaw-shaw-wa-ne-ba-se (el halcón) y no me llamaron de otra suerte mientras permanecí entre los salvajes. Mi madre india se llamaba Ne-keek-wos-ke-cheem-e-kwa (la nutria); este animal era su *tótem*.³

La primavera comenzaba apenas cuando llegamos a Sangenong; me acuerdo que las hojas estaban aun pequeñas, y que los indios sembraban sus granos. Terminada la siembra, dejaron la aldea y se fueron a cazar. En los cantones destinados a este ejercicio, eligieron un punto donde abundaban los gamos, y fabricaron una larga empalizada de ramas verdes y arbustos. Yo era de los que más trabajaban. Empezaba a sentirse el calor, y habiéndome quedado solo un día, me dormí, vencido por la sed y el cansancio. De repente me pareció que oía gritos, quise levantar la cabeza y no pude. Recobrándome, vi a mi lado a mi madre india y mi hermana, y noté que tenía la cabeza empapada en agua. La anciana y su hija gritaban, y al fin advertí que tenía la cabeza hinchada y casi rota. Parece que el anciano Manito-o-Geezhik, habiéndome sorprendido en mi sueño, me hirió con

3 Los *totems* forman una especie de blasón, cada familia tiene el suyo.

el tomahawk y me arrojó en medio de las zarzas. De vuelta al campo, dijo a su mujer: «Anciana, el niño que te traje es inútil y le he matado; lo encontrarás en tal sitio.» La india y su hija corrieron, y descubriendo señales de vida, prorrumpieron en gritos; me estaban vertiendo agua en la cabeza cuando volví en mí.

En pocos días me encontré casi bueno de aquella herida, y torné a trabajar en la empalizada; pero esta vez cuidé de no dormirme. Procuraba ayudar a los indios en sus faenas, y obedecer todas sus órdenes, sin embargo de lo cual era tratado con extremada dureza, sobre todo por el anciano y dos de sus hijos, She-Mung y Kwo-ta-she. Mientras estuvimos en aquel campamento de caza, uno de ellos me puso una brida en la mano, indicándome por señas una dirección. Comprendí que me pedía un caballo y le traje el primero que encontré. Cuando volvimos de caza, me obligaron a llevar, durante todo el camino hasta la aldea, una pesada carga de carne de venado. Mi madre india, que parecía compadecerse de mí, me solía dar algo sustancioso que comer, a hurtadillas del anciano. Los jóvenes, cuando hacía buen tiempo; iban a pasear y yo tenía que cargar con la canoa. Si desempeñaba mal este servicio, al momento sentía menudear los golpes sobre mis espaldas; casi todos los días era apaleado. Otros indios, extraños a nuestra familia, mostraban interés hacia mí, y en la ausencia del anciano, me daban algunas veces de comer.

Cuando se hubo recogido el grano, los indios fueron a cazar a orillas del Saugenong, donde continué pasando hambre. Veía a los cazadores comiendo; pero al llegar yo, me ocultaban lo que comían. Por la noche, dormía siempre entre la lumbre y la puerta, y los que entraban y salían me daban de ordinario un puntapié; cada vez que iban a beber, me arrojaban un poco de agua. El anciano me trataba con mucha crueldad; pero en algunos casos, era mas bárbaro que de costumbre. Un día se levantó, tomó sus borceguíes y salió; entrando luego de repente, me cogió por los cabellos, me arrastró afuera y me embadurnó el rostro en un montón de excrementos humanos, como pudiera hacerlo a un gato; después me suspendió en el aire y me lanzó a lo lejos sobre la nieve. No me atrevía a moverme, y al fin mi madre adoptiva vino con agua para lavarme. Debíamos cambiar de campamento, yo tenía que llevar una pesada carga, y como no hubiese podido limpiarme del todo, los indios lo notaron y quisieron saber qué me había pasado. Se lo conté con ayuda de signos y de algunas palabras de su lengua, y parecieron compadecerse de mí, dándome algo de comer, y antes lavándome.

Mi madre, que generalmente me trataba bien, se oponía a menudo a que el anciano me castigase, formándose un baluarte con sus brazos, y entonces ambos recibíamos golpes. A fines del invierno, Kish-kau-ko, joven de unos veinte años, partió con oros cuatro indios de su edad, a una expedición guerrera. El mismo Manito-o-Geezhik, después de la cosecha del azúcar, volvió a la aldea, reunió algunos hombres e hizo sus preparativos bélicos. Un año hacía que estaba con los indios y empezaba a entender su lengua. El anciano me dijo al irse: «Voy a matar a tu padre, a tu hermano y a todos sus parientes.» Kish-kau-ko tornó primero, gravemente herido; según su relato, había llegado con su partida hasta el Ohio, donde, después de esperar algún tiempo, hicieron fuego a un barco que bajaba por el río, matando un hombre y obligando a los demás a salvarse a nado. Kish-kau-ko se había herido con su misma lanza yendo en persecución de los fugitivos, y los indios traían la cabellera del hombre que habían matado.

El anciano Manito-o-Geezhik volvió pocos días después con un sombrero blanco que conocí, por una marca que tenía, era el de mi hermano. Me dijo que había dado muerte a toda mi familia, a todos los negros, a todos los caballos, y que me traía aquel sombrero en prueba de la verdad de su relación. Yo creí que todos mis amigos habían sido degollados, y este pensamiento disminuyó mis deseos de volverme. Así pasaron dos años, cada día con menos esperanzas de fuga, aunque sin olvidar lo que me habían ofrecido los mercaderes ingleses del Maumee.

Los indios se emborrachaban con frecuencia, y entonces se les ocurría siempre matarme. Para no ser víctima de su embriaguez corría a esconderme en los bosques, no osando presentarme ante ellos sino cuando habían entrado en razón. En ese año, lo mismo que en el primero, sufrí hambre, y aunque solían socorrerme indios extraños a la familia, no era bastante. La anciana me trataba con

bondad, como también sus hijas y Be-nais-sa (el pájaro) su hijo más joven, casi de mi dad; pero Kish-kau-ko y sus dos hermanos eran crueles y estaban sedientos de la sangre de los blancos.

Durante mi estancia en Saugenong, no vi blancos más que una vez. Pasaba un barquichuelo, y los indios me condujeron a él en una canoa, suponiendo con razón que mi aspecto miserable excitaría la compasión de los hombres de mi color. Me dieron pan, frutas y otros regalos; pero todo me lo quitaron, excepto una manzana.

Dos años después de mi rapto, los agentes ingleses convocaron una gran reunión en Mackinal. Acudieron a ella sioux, winebagoes, menomonees e indios de otras tribus distantes, lo mismo que ojibbeways y ottawwaws. Cuando el anciano Manito-o-Geezhik volvió, supe que había encontrado en Mackinac a su parienta Net-no-kwa, mirada, a pesar de su sexo, como principal jefe de los otawwaws. Esta mujer había perdido un hijo poco más o menos de mi edad, y habiéndosele hablado de mí, quería comprarme para que le reemplazara. Mi anciana madre india, la nutria, cuando lo supo, protestó con vehemencia contra tal venta. Le oí decir: «Mi hijo murió, me ha sido devuelto, y no estoy dispuesta a perderlo otra vez.» Pero no se hizo caso de sus protestas, desde que Net-no-kwa vino a nuestro campamento con mucho whisky y otros regalos. Mandó ante todo llevar a nuestra habitación un barrilete de whisky, mantas, tabaco y demás objetos que traía, pues conocía perfectamente las disposiciones de aquellos con quienes iba a negociar. Hubo cierta resistencia hasta que se vació el primer barril y empezó a circular el segundo; en seguida fui entregado en manos de Net-no-kwa.

Esta mujer, ya entrada en años, era de un exterior más agradable que mi primera madre india; me tomó por la mano y me condujo a su cabaña, donde conocí al momento que iba a ser tratado mucho mejor. Me dio de comer con abundancia, me hizo vestir decentemente, y me dijo que fuese a jugar con sus niños. Residimos poco tiempo en Saugenong. Net-no-kwa no quiso detenerse conmigo en Mackinac; pasamos por- allí de noche para llegar a la punta de San Ignacio, donde me confió a algunos indios durante su permanencia junto a los agentes ingleses. Terminados los negocios que la llevaban a Mackinac, proseguimos nuestro viaje, y en breves días estuvimos en Shab-a-wy-wy-a-gun. El grano estaba ya en sazón, y después de una corta parada, subimos por el río tres días; desembarcamos, y antes de llegar al sitio en que debíamos construir cabañas para el invierno, nos fue preciso acampar tres veces.

El marido de Net-no-kwa era un ojibbeway del río Colorado, a quien llamaban Taw-ga-we-ninne, el cazador. Tenía diez y siete años menos que Net-no-kwa- y había repudiado su primera mujer a fin de unirse a ésta. Siempre se mostró bueno e indulgente conmigo, tratándome más bien como igual que como inferior. Su importancia en la familia figuraba en segundo término, pues todo pertenecía a Net-no-kwa, y estaba encargada de la dirección de los negocios. El primer año me impuso algunas tareas, como cortar leña, llevar caza o agua, y hacer otros servicios que no suelen exigirse de ordinario a niños de mi edad; mas ella me trataba constantemente con tal esmero, que me sentía contento y dichoso, sobre todo comparando mi actual condición con la conducta seguida por el anciano Manito-o-Geezik.

3.

La nueva familia de Tanner.

Punta de San Ignacio. Palomas. Primera cacería de un joven. Epidemia. Caza de las martas. Mercaderes franceses. Escenas de embriaguez india. Muerte de un padre de familia. El asesino en los funerales de la víctima. Lago Moose. Pesca de truchas y ratas almizcladas.

En los primeros días de la primavera, Net-no-kwa y su marido se dirigieron con su familia a Mackinac. Como el año anterior, se me ocultó en la punta de San Ignacio para no arriesgarse a perderme si dejaban que los blancos me vieran. A nuestra vuelta, los vientos contrarios nos

detuvieron a veinticinco o treinta millas del punto de partida, a orillas del lago cerca de una punta muy extensa, llamada Me-nau-ko-king. Allí acampamos con algunos otros indios y mercaderes. Las palomas abundaban en los bosques, encargándose de cazarlas los niños de mi edad. No había matado en mi vida ninguna pieza de caza ni siquiera disparando un arma de fuego. Mi madre acababa de comprar en Mackinac un barril de pólvora y Taw-ga-we-ninne poseía una pistola grande de arzón. Enardecido por su indulgencia, le pedí esta arma para ir a matar palomas. Mi madre me apoyó, diciendo: «Es tiempo de que nuestro hijo aprenda a ser cazador», y mi padre (así llamaba a Taw-ga-we-ninne) me dio la pistola cargada: «Ve, hijo mío, me dijo, si consigues matar alguna caza, en el momento tendrás una escopeta y te enseñaremos a cazar.»

Desde que soy hombre me he encontrado en situaciones difíciles; pero nunca he deseado tanto salir bien como en aquel primer ensayo de caza. Apenas dejé el campamento cuando encontré palomas, y muchas vinieron a posarse en los bosques a corta distancia. Preparé la pistola, y la levanté a la altura del rostro, casi en contacto con mi nariz. En seguida apunté y tiré del gatillo. Me pareció oír una especie de zumbido semejante al ruido de una piedra lanzada con fuerza. La pistola había ido a caer a algunos pasos detrás de mí, y la paloma yacía al pie del árbol donde se había posado.

Sin pensar en mi cara estropeada y llena de sangre corrí al campamento con mi paloma y en actitud triunfal. Las ligeras heridas, resultado de aquella prueba, no tardaron en estar curadas, y en vez de la pistola se me dio una escopeta, pólvora y plomo, permitiéndome ir a cazar pájaros. Uno de los indios me acompañaba para ver cómo tiraba. Por la tarde maté tres palomas, sin errar un solo tiro. Desde entonces empezaron a tratarme con mas consideración.

El verano y gran parte del otoño habían pasado cuando volvimos a Shab-a-wy-wy-a-gun. Al llegar encontramos a los indios atacados de sarampión, y Net-no-kwa, conociendo la naturaleza contagiosa de esta enfermedad, no quiso exponer a su familia, y atravesó la aldea para ir a acampar a la otra orilla; pero, a pesar de todo, no se libró del contagio. De diez personas que componían la familia, incluso dos mujeres jóvenes de Taw-ga-we-ninne, sólo Net-no-kwa y yo quedamos en pie, bastando apenas para cuidar a los enfermos.

Murieron muchos indios en la aldea; pero de los nuestros ninguno sucumbió. Cerca del invierno empezaron a restablecerse, y llegamos por fin al sitio donde habíamos invernado el año anterior. Allí me enviaron a armar lazos a las martas, como los demás cazadores. El primer día partí temprano, trabajé sin descanso, y volví muy tarde, no habiendo armado más que tres lazos, mientras que un buen cazador en un día puede armar de veinticinco a treinta. A la mañana siguiente no hallé mas que una marta. No fui más feliz los otros días, y los jóvenes se burlaban de mi mala suerte y de mi torpeza.

Taw-ga we-ninne se compadeció de mí, y me dijo: «Hijo mío, iré a ayudarte a armar los lazos.» Cumplió su promesa, y empleó un día en ese trabajo. Desde entonces cogí tantas martas como los demás; si bien éstos no perdían ocasión de recordarme el auxilio que había recibido de mi padre. El invierno pasó como el anterior, y en atención a mi creciente habilidad en la caza, en el tiro y en los lazos se me dispensó de toda ocupación propia de mujeres.

En la primavera siguiente, Net-no-kwa, según su costumbre, se dirigió a Mackinac. Llevaba siempre un pabellón en su canoa, y se me ha asegurado que cada vez que llegaba a Mackinac, la fortaleza le saludaba con un cañonazo. Yo tenía entonces trece años. Cuando partíamos, oí a Net-no-kwa hablar del proyecto de ir al río Colorado a visitar a los parientes de su marido. Oyendo esto, muchos otawwaws se decidieron a acompañarnos. Entre ellos, llamó sobre todo mi atención Waha-ka-zee, jefe de la aldea de Waz-gun-uk-ke-zee. La partida se componía de seis canoas.

En lugar de dejarme esta vez en la punta de San Ignacio, los indios desembarcaron por la noche en medio de los cedros, y la anciana me condujo a casa de un comerciante francés que consintió, por consideración a ella, en tenerme oculto muchos días. Precaución inútil, pues luego, cuando íbamos a continuar nuestro viaje, los vientos contrarios nos detuvieron cerca de la punta que ocupan hoy los misioneros, y me dejaron enteramente libre.

Durante mal tiempo los indios se emborracharon. Mi padre, ebrio, pero pudiendo todavía caminar, hablaba con dos jóvenes que se paseaban juntos; de repente cogió a uno de la manga de la camisa y se la rompió sin querer. El joven, cuyo nombre era Sus-gut-law-gun (madera medio podrida) se irritó, y dando a mi padre un violento golpe le derribó en el suelo; tomó luego una piedra bastante abultada y se la arrojó a la cabeza.

Viendo esto, temí por mi seguridad, pues sabía que Me-to-saw-gen, jefe ogibbeawy, estaba en la isla al frente de una partida contra los blancos, y que había buscado ocasión de matarme. Corrí, pues, a esconderme en los bosques, donde pasé el resto del día y toda la noche. Por la mañana, hostigado por el, hambre, me acerqué a nuestra cabaña al través de los cedros para observar lo que sucedía y cerciorarme de si podía entrar en ella. Vi al fin a mi madre que me llamaba y buscaba en los bosques; corrí, y me llevó con mi padre, que estaba herido mortalmente.

Taw-ga-we-pinne, al verme, dijo: «Me han muerto.» Hizo que me sentase a su lado con los otros niños y nos habló mucho. «Hijos míos, exclamó, voy a dejaros, y siento quedéis tan pobres.» No nos ordenó, como hubieran hecho otros, matar al indio, su asesino. Era demasiado bueno para querer exponer a su familia a los peligros de semejante intimación. El joven que había herido a mi padre siguió con nuestra partida, aunque Net-no-kwa le advirtió que no respondía de su vida si iba al río Colorado, donde los parientes de su marido eran muchos, poderosos y vengativos.

Al llegar al salto de Santa María embarcamos todos nuestros bagajes en un buque mercante que se dirigía a lo alto del lago Superior y continuamos en nuestras canoas. El viento era flojo, anduvimos más de prisa que el buque y lo esperamos diez días en el punto donde revienta la cascada. Por último ancló a corta distancia de la orilla. Mi padre y sus dos hijos fueron en canoa a buscar los bagajes, y el más joven se hirió al saltar a bordo; por la noche se le hinchó la pierna y no pudo salir de la cabaña.

Ocho o diez días después empezamos a atravesar la cascada, llevando a Ke-wa-tin a cuestas, en una manta atada a dos palos; pero estaba tan delicado que teníamos que pararnos a cada instante. Dejamos las canoas en la factoría, y hubo que construir otras más pequeñas. Cuando iban a concluirse, mi padre me envió con una de sus mujeres a buscar no sé que olvidado en casa de los mercaderes, y a la vuelta encontramos a Taw-ga-we-ninne expirando. Me miró sin poder pronunciar una palabra y a los pocos instantes cesó de vivir.

Junto a él estaba su escopeta. Por la mañana, al separarnos, se sentía mejor; y sólo principió a empeorar a la tarde. Entonces les habló así: «Voy a morir; pero ya que os dejo, mi matador partirá conmigo. Esperaba vivir lo suficiente para criaros hasta que fueseis hombres, y es fuerza que muera, quedando vosotros pobres y sin nadie que os sirva de amparo.» En seguida quiso salir con la escopeta para dar muerte a su asesino, sentado a la sazón delante de la puerta de su cabaña; pero Ke-wa-tin se puso a gritar diciendo: «Padre, si estuviese bueno, te ayudaría a matar a ese hombre, y después protegería a mis hermanos contra la venganza de sus amigos; pero ya ves mi situación. Todos seremos degollados si das muerte a ese hombre.» Taw-ga-we-ninne respondió: «Hijo mío, te amo demasiado para negarte nada.» Dicho esto volvió a entrar, soltó la escopeta, mandó que fuesen por mí y expiró. La anciana compró un ataúd a los mercaderes, que trasladaron el cuerpo de mi padre a su establecimiento, para enterrarle en el cementerio de los blancos. Sus dos hijos y el joven que le había matado acompañaron el cadáver, faltando poco para que el asesino sucumbiese a manos de uno de mis hermanos; pero el otro le detuvo el brazo en el momento de herir.

No tardamos en proseguir nuestra marcha al río Colorado. Mi hermano Ke-wa-tin iba en una litera, como antes, siempre que era preciso sacarle de la caoa. Habíamos pasado dos cascadas, y llegamos a la tercera, llamada del Moose, cuando dijo: «Voy a morir aquí, no puedo ir más lejos.» Net-no-kwa resolvió hacer alto, y el resto de la partida continuó su camino; quedamos sólo la anciana, una de las jóvenes esposas de Taw-ga-we-ninne, Wa-me-gon-a-biew, Ke-wa-tin y yo, el más joven de los tres hermanos.

Era a mediados del verano. El agua del lago Moose es fresca y clara, como la del lago Superior. En la parte más ancha se distinguía una canoa de una a otra orilla. No había más que dos

personas en estado de trabajar; y como yo era muy joven y no tenía experiencia de la caza, temíamos fundadamente carecer luego de todo. Sirviéndonos de una red igual a las que se usan en Mackinac, cogimos la primera noche ochenta truchas y peces blancos.

Algún tiempo después encontramos castores, y matamos seis, como también nutrias y ratas almizcladas. Entre nuestras provisiones había un poco de trigo y grasa, y así, con los productos de la caza y la pesca lo pasamos bien. Pero al acercarse el invierno, la anciana nos dijo que no se atrevía a permanecer durante esa estación en sitio tan apartado de las habitaciones de los blancos y de los indios. La delicadeza de Ke-Wa-tin era tal, que fue preciso ir con mucha lentitud. Cuando llegamos a la cascada, las aguas empezaban a helarse; vivió dos meses más, y la anciana, haciéndole enterrar junto a su marido, colocó uno de sus pabellones sobre la tumba.

4.

Pe-twawe-ninne, el Fumador.

Hambre. Incendio en el desierto. Jóvenes extraviados. Hospitalidad. Paso de un lago. Oración al Gran Espíritu. Autoridad de una mujer india. El lago de la Lluvia. El lago de los Bosques. El lago Winipeg. Tempestad en un lago americano.

El invierno encrudecía, y principiábamos a sentir la pobreza. Nos era imposible a Wa-me-gon-a-biew y a mí, matar toda la caza que necesitábamos. Él tenía diez y siete años, yo trece, y aquella no estaba abundante.

Aumentándose el frío cada día, trasladamos nuestra cabaña a los bosques para poder mejor calentarnos. Trabajo nos costó, a mi hermano y a mí, evitar el hambre. Íbamos a cazar a dos y tres jornadas de nuestro techo, y de ordinario con escaso éxito. En uno de nuestros senderos de caza habíamos construido un campamento de ramas de cedro, en medio del cual hicimos tantas veces lumbre, que al fin se incendió todo el recinto mientras dormíamos. Las ramas de cedro metían un ruido parecido a disparos de pólvora; pero logramos salir sanos y salvos de aquel peligro.

Al volver tuvimos que pasar un río tan rápido, que no se helaba jamás enteramente. Intentamos, sin embargo, atravesarlo, primero yo, en seguida él; pero tratando de deslizarse sobre el hielo, se puso hecho una sopa, mientras que yo no me mojé más que las piernas. Se nos entumecieron las manos; mi hermano se asustó y dijo que quería morir. Sin medios de encender lumbre, y viendo cómo se iban helando nuestros mocasines y vestidos, empecé también a creer que la muerte se aproximaba; pero no fui del dictamen de mi hermano indio, el cual parecía resuelto a sentarse y esperarla con paciencia. Me moví cuanto pude a orillas del río, en un sitio de donde el viento había barrido la nieve. Por último encontré un poco de madera podrida, bien seca, y conseguí sacar fuego. Inmediatamente procuramos deshelar y secar nuestros mocasines, y luego reunimos más madera; de suerte que, cuando fue de noche, teníamos una buena lumbre y vestidos secos. Es verdad que nos quedamos sin cenar; pero era una dicha no sufrir como habíamos sufrido.

Al amanecer nos pusimos en marcha, y a corta distancia encontramos a nuestra madre que nos traía vestidos y algún alimento. Nos esperaba la víspera al ocultarse el sol, y sabiendo que debíamos pasar un río peligroso, había andado toda la noche, temerosa de que hubiésemos sido arrastrados al través del hielo.

Tal fue nuestra vida durante cierto tiempo; estábamos medio muertos de hambre, cuando un muskegoe, o indio de las lagunas, llamado el Fumador, vino a casa de los mercaderes, e informado de nuestra extremada pobreza, nos invitó a seguirle a su país, donde cazaría para nosotros, y nos volvería a traer en la primavera. Marchamos hacia el Oeste dos días enteros antes de llegar a su habitación, en un sitio nombrado We-sau-ko-ta-see-be (río del bosque quemado.) Nos recibió bajo su propio techo, y nada nos faltó mientras permanecimos a su lado. Esta es aun la costumbre de los indios que viven lejos de los blancos; pero los ottawwaws y los demás indios, vecinos de los

establecimientos, han aprendido de los blancos a no dar sin recibir. Si alguno de los que pertenecían entonces a la familia de Net-no-kwa, tropezase, al cabo de tantos años, con un individuo de la familia de Pe-twaw-we-ninne, el Fumador, le llamaría hermano y le trataría como tal.

Hacía pocos días que habíamos vuelto a la cascada, cuando otro hombre, de la misma banda de los muskegoes, nos invitó a acompañarle a una grande isla del lago Superior, donde hallaríamos en abundancia los artículos de caza y pesca necesarios para nuestro sustento. Seguámosle, pues, y partiendo al amanecer desembarcamos antes de la noche, no obstante soplar viento contrario. En la concavidad de las rocas a flor de agua que rodean la isla, había más huevos de gaviotas que los que podíamos llevar.

Un día fue preciso para ir desde la orilla a un gran lago donde desagua un riachuelo. Encontramos en él castores, nutrias y otra mucha caza. Mientras permanecemos en aquella isla, tuvimos provisiones abundantes; pero la dejamos para volver a la cascada, formando un convoy de diez canoas, ocho de las cuales pertenecían a la familia de Wa-ge-mah-wub, a quien llamábamos nuestro cuñado, y que era en efecto pariente lejano de Net-no-Kwa. La noche había estado serena, y el agua no hacía ni una arruga cuando partimos de la isla a los primeros albores de la mañana. Apenas habíamos navegado unas doscientas varas, todas las canoas se detuvieron, y el jefe, con voz muy alta, dirigió una plegaria al Gran Espíritu para que mirase con ojos favorables nuestra travesía.

«Tú has hecho este lago, decía, y nos has hecho también a nosotros, que somos tus hijos. Tú puedes mantener en calma esta agua hasta que la hayamos atravesado sanos y salvos.» Oró así durante cinco o seis minutos, y arrojó luego en el agua una corta cantidad de tabaco; ejecutaron lo propio de cada canoa, y todos partieron de nuevo juntos, entonando el anciano una canción cuyo sentido no recuerdo; sólo sé que era religiosa. Había olvidado mi lengua materna, y apenas retenía algunas vagas nociones de la religión de los blancos.

Acuérdome que esta invocación del jefe al Gran Espíritu me pareció muy expresiva y solemne; los indios se mostraban conmovidos. Expuestos en un lago inmenso, en sus frágiles canoas, sentían vivamente su dependencia del poder que gobierna los vientos y las olas, y remaban en silencio y con actividad. Mucho antes de que anoheciera, desembarcamos sanos y salvos en la gran cascada, sin que la superficie del lago se agitase un solo instante.

Desde aquel día me dejaron en absoluta libertad de ir y venir; hubiera podido huir de los indios; pero consideraba a mi padre degollado con toda mi familia, y sabía la vida de trabajo y de privaciones que me esperaba entre los blancos; sin amigos, sin dinero, sin propiedad, reducido a todas las miserias de una indigencia extremada. Entre los indios veía a todos aquellos a quienes los años o la debilidad impedían cazar, seguros de encontrar auxilio; esto me consolaba respecto del porvenir, por cuanto me decidí a no dejarlos, al menos, por entonces.

Otra vez estábamos en la cascada, de donde la benévola hospitalidad de los muskegoes nos había sacado dos veces. Net-no-Kwa resolvió proseguir hasta el río Colorado; y ya adoptada su determinación, supo de un mercader que uno de sus yernos, el cual se había separado de ella en el Moose, por no permitirle el estado de Ke-wa-tin ir más lejos, había perecido a manos de un anciano en un arrebato de embriaguez; los mercaderes condujeron a la viuda al lago de la Lluvia, donde suplicaba a su madre que se le reuniese. Era un motivo más para dirigirnos al río Colorado, y decidimos partir sin demora.

Prestamos nuestra canoa a los mercaderes, y llevaba fardos hacia el expresado río. Otros barquichuelos iban a seguir el mismo camino, y Net-no-Kwa pidió pasaje para nosotros hasta el sitio en que debíamos encontrar la canoa. Hallámosla, en efecto, y como los mercaderes se negasen a devolvérsela, Net-no-Kwa la cogió y empezó a llenar con nuestros bagajes; los mercaderes no osaron ya resistir. Jamás he visto ningún indio, hombre o mujer, ejercer una autoridad semejante a la de Net-no-Kwa, pues hacía siempre lo que quería, tratárase de indios o de blancos. Esto consistiría probablemente en que sus fines eran siempre justos.

En el lago de la Lluvia vimos a la hija de la anciana cuidada por algunos indios, pero muy pobre. Net-no-Kwa habló mucho tiempo con ella de nuestra posición, de nuestras desgracias, de la

muerte de su marido, y de la de Ke-wa-tin. Los dos hijos que le quedaban eran aun muy jóvenes, decía, pero empezaban a ser capaces de algo, y ya que había venido de tan lejos para ir a cazar castores en el río Colorado, no pensaba retroceder.

Fuimos primero al lago de los Bosques, que los indios llaman Pu-be-Kwaw-wang-gaw-sau-gi-e-gun (el lago de las colinas de arena.) No comprendo el nombre que le han dado los blancos, pues no abundan los árboles en sus alrededores. La violencia del viento nos hizo correr muchos peligros, y las olas azotaban con tal fuerza nuestra canoa, que apenas bastaba yo, provisto de una gran caldera, a vaciar el agua a medida que penetraba.

Al fin del año llegamos al lago de Agua cenagosa, que los blancos denominan Winnipeg. Allí Net-no-Kwa, no pudiendo resistir más a la larga serie de disgustos de que había sido víctima, se puso a beber contra su costumbre ordinaria, y no tardó en emborracharse. Pareciéndonos el viento favorable, nos decidimos, con la inexperiencia y sencillez de nuestra edad, a llevar la anciana a la canoa y pasar al otro lado del lago. Los mercaderes nos dijeron que el viento nos sería contrario, pero no hicimos caso. Como soplaba de tierra, las primeras olas no eran altas, si bien pronto empezaron a azotar con violencia la canoa, amenazando llenarla. Era más peligroso retroceder que avanzar. El sol no tardó en ocultarse, y el viento se volvía cada vez más terrible. Nos considerábamos perdidos, y prorrumpimos en gritos.

De repente la anciana despertó de su embriaguez, se levantó y dirigió en alta voz una plegaria al Gran Espíritu, empezando a remar con asombrosa actividad, animándonos y diciendo a Wa-megon-a-biew cómo se debe dirigir la canoa. Por último, nos acercamos a la orilla, y reconociendo el sitio donde íbamos a desembarcar, manifestó vivas alarmas: «Hijos míos, exclamó, creo que vamos a perecer. El mar hacia esa parte está cubierto de escollos, y nuestra canoa se hará pedazos. Sin embargo, no nos queda otro recurso que seguir; quizá, aunque no se distinguen las rocas, logremos pasar entre ellas.»

Poco después la canoa encalló en la arena, y al momento saltamos al agua para ponerla fuera del alcance de las olas. Acampamos, y apenas se encendió lumbre, hubo su rato de broma alusiva a la embriaguez de la anciana, y al terror que manifestó cuando volvió de su letargo. Por la mañana nos convencimos de que la orilla era como ella nos la había descrito. En la oscuridad de la noche desembarcamos en un punto donde no hubiera osado ejecutarlo a la claridad del sol el indio más atrevido con semejante viento.

Permanecimos allí parte del siguiente día, que estuvo sereno y hermoso. Al anochecer, habiéndose secado nuestros bagajes, dimos la vela hacia la embocadura del río Colorado. La oscuridad era completa cuando llegamos y, distinguiendo una cabaña, desembarcamos cerca de ella sin encender lumbre ni meter ruido, pues ignorábamos qué clase de gente habitaba allí. Por la mañana vinieron a despertarnos, y era precisamente la familia de uno de los hermanos de Taw-ga-we-ninne.

5.

La visión de la anciana.

Indios hospitalarios. Campamento en medio de los búfalos. El Assinneboin. Trampas para coger castores. Plegarias y cánticos nocturnos. Apariciones. Moose. Peshan-ba y sus tres jóvenes.

Algunos días después subimos todos juntos al río Colorado, y en cuarenta y ocho horas estábamos a la embocadura del Assinneboin, donde acampaban muchos ojibbeways y ottawwaws. Reuniéronse los jefes para tomar en consideración nuestro estado y convenir en los medios de auxiliarnos. «Nuestros parientes, dijo uno de los jefes, han venido de una comarca remota; esos dos jóvenes no pueden suministrarles cuanto necesitan, y no debemos consentir que permanezcan en la miseria, hallándose en medio de nuestras familias.» Todos los hombres ofrecieron, uno tras otro,

darnos parte de lo que cazasen. Subimos luego el Assinneboin, y la primera noche acampamos entre búfalos.

Por la mañana se me permitió acompañar a algunos indios que fueron a la caza de estos animales; encontraron cuatro, y mataron un macho. Diez días empleamos en subir el Assinneboin, y en sus orillas se mataron bastantes osos. El río es ancho, bajo y sinuoso; su agua está turbia, como la del río Colorado; pero el fondo del primero es de arena, y el del segundo de cieno. Ambos están cubiertos de álamos, encinas blancas y otros árboles de considerable altura. Sin embargo, las praderas se hallan poco distantes, extendiéndose a veces hasta el borde del agua.

Nos detuvimos en un sitio llamado Cascada de la Pradera, que dista por tierra setenta millas de la embocadura del Assinneboin; por agua está mucho más lejos. Los indios aconsejaron a un mercader que nos acompañaba construir allí su casa para pasar el invierno; en cuanto a nosotros, nos esparcimos por las cercanías con objeto de cazar castores en los riachuelos.

Los indios designaron un punto lleno de estos animales, y donde nadie podría cazar, excepto Wa-me-gon-a-biew y yo. Mi madre me dio entonces tres trampas, y me enseñó a armarlas. Al día siguiente encontré castores en dos de ellas, y no sabiendo cogerlos, cargué con las trampas. La anciana acudió en mi ayuda, envanecida al ver mi buena suerte. Siempre había sido buena para mí, y se ponía de mí lado cuando los indios querían mortificarme o maltratarme.

Estábamos tan bien provistos como el resto de la banda; porque, si nuestra caza no bastaba, teníamos la seguridad de compartir la de algunos de nuestros amigos. Los indios que pasaron el invierno con nosotros ocupaban dos cabañas, y nosotros la tercera; pero al fin de nuestra permanencia en aquellos parajes, los crees, parientes de los ojibbeways y los ottawwaws, construyeron otras cuatro. Su idioma difiere algo del de estos, y no se entiende al principio. Su país linda con el de los assineboinos, y aunque no son parientes ni aliados naturales, reina la paz a menudo entre ellos y se mezclan unos con otros.

Después de residir allí tres meses, la caza fue escaseando y el hambre empezó a afligirnos a todos. El jefe de nuestra banda, llamado el pequeño Assineboin, nos propuso cambiar de campamento, y fijó el día de la partida; pero entre tanto se aumentó nuestra angustia. La víspera del día convenido, mi madre habló mucho de todas nuestras desgracias, de nuestras pérdidas y de la miseria excesiva que pesaba sobre nosotros. A la hora acostumbrada fui a acostarme como hacían los más jóvenes de la familia; pero pronto me despertaron las plegarias y cánticos de la anciana, que continuó orando en alta voz gran parte de la noche.

Por la mañana muy temprano nos despertó para que nos dispusiésemos a partir; y luego, llamando a Wa-me-gon-abiew, le dijo a media voz: «Hijo mío, la noche última dirigí plegarias y cánticos al Gran Espíritu, y mientras dormía se me apareció en forma humana y me habló así: *Net-no-kwa, mañana tendrás un oso que comer. Hay, cerca del camino que vais a atravesar, y en tal dirección* (se la explicó) *una pradera redonda de donde sale una especie de sendero; allí está el oso.* Ahora, hijo mío, deseo sigas esta dirección, sin decírselo a nadie, y es seguro que encontrarás el oso.»

Pero el joven, que no era muy obediente, ni se cuidaba de las palabras de su madre, salió de la cabaña y contó el sueño a los demás indios: «La anciana, les dijo, asegura que comeremos hoy un oso; pero no sé quien lo matará.» Net-no-kwa lo oyó, y llamándole, le riñó, aunque sin poder conseguir que fuese a caza.

Dirigímonos todos al sitio donde debíamos acampar aquella noche; los hombres iban delante, con parte de nuestros bagajes, que dejaron al llegar para ir a la caza; y algunos niños que los habían acompañado quedaron cuidándolos hasta la venida de las mujeres. Yo era del número; tenía mi escopeta y pensaba siempre en la conversación de mi madre y de Wa-me-gon-a-biew. Por último resolví ir en busca de la pradera que ella había visto en sueños, y sin confiar a nadie mi proyecto, cargué la escopeta para la caza del oso, y retrocedí.

Encontré luego a una de mis tías, mujer de uno de los hermanos de Taw-gawe-ninne, que nos había mirado con no muy buenos ojos, por considerarnos como una carga para su marido.

Preguntóme a donde iba de aquella suerte, y si había tomado la escopeta con objeto de matar a los indios. No, le respondí; y calculando que debía hallarme cerca del sitio en que, según las indicaciones de mi madre, Wa-me-gon-a-biew, habría de dejar el sendero, salí de él y observé todas las instrucciones de la anciana. Al fin llegué a lo que tenía las apariencias de haber sido en un tiempo estanque; era una plazoleta redonda y abierta en medio del bosque, con su alfombra de césped y unos cuantos arbustos. Dije para mí: «Esta debe ser la pradera de que ha hablado mi madre.» También había dicho que al tiempo de ver el oso había distinguido una columna de humo que se elevaba de la tierra, y como estaba seguro de hallarme en el sitio designado, creía ver a cada instante surgir el humo. Cansado de esperar, di algunos pasos, y de repente me hundí en la nieve hasta medio cuerpo. Desembarazándome fácilmente de este mal paso, continuaba mi marcha, cuando recordé haber oído hablar a los indios de osos muertos en sus cubiles, y se me ocurrió que quizá hubiese caído en uno de estos. Me volví y vi la cabeza de un oso; apunté y salió el tiro. En cuanto se disipó el humo me acerqué y quedé convencido de que estaba bien muerto; pero no pudiendo sacarle por mí solo, emprendí la vuelta al campamento. Encontré de nuevo a mi susodicha tía, que siguió con sus zumbas:

—¿Has matado un oso —me preguntó—, para volver tan pronto y tan aprisa?»

Y decía yo en mis adentros: «¿Cómo sabe que he matado a un oso?» Sin embargo, nada le contesté, y no tardé en entrar en la cabaña de mi madre.

—Hijo mío —me dijo la anciana al cabo de algunos minutos—, mira en esa vasija, y hallarás un poco de carne de castor que me dieron después que partiste; deja la mitad a Wa-me-gon-a-biew, que no ha vuelto aun de la caza, ni ha comido nada hoy...

Comí mi ración, y cuando quedé solo con Net-no-kwa, me aproximé y le dije al oído:

—Madre, he matado un oso.

—¿Qué dices, hijo mío? —preguntó llena de júbilo.

—Que he matado un oso.

—¿Estás seguro de ello?

—Seguro.

—¿Está bien muerto?

—Sí.

Me miró fijamente unos instantes, luego me tomó en sus brazos y me prodigó tiernas caricias. El oso no tardó en venir a alegrar nuestra campestre cocina, y como era mi primer triunfo, se le coció entero, y todos los cazadores de la banda fueron convidados al opíparo festín, según la costumbre india.

El mismo día uno de los crees mató otro oso, y de él tocaron buenos pedazos a mi madre. Durante algún tiempo no nos faltó caza abundante en esta nueva residencia; allí fue donde Wa-me-gon-a-biew mató su primer bisonte, y con ese motivo la anciana dio otra fiesta a toda la partida. Poco después los crees nos dejaron y se volvieron a su país. Era gente servicial y hospitalaria, y los vimos alejarse con sentimiento. Fuimos en seguida derechos al paraje donde habíamos dejado al mercader, y llegamos el último día de diciembre.

Nos quedamos algún tiempo solos junto a la casa del mercader, de quien recibimos pronto un mensaje. Yendo a reunirnos con él encontramos a Pe-shan-ba, jefe guerrero de la nación de los ottawwaws, que había venido del lago Hurón hacía muchos años. Le dijeron que una anciana ottawwaw, sola con dos mujeres, dos hijos jóvenes y tres niños estaba reducida a la mayor miseria, por la muerte de los hombres de su familia en las orillas del Asineboin. Tenía tres compañeros, que los indios llamaban sus jóvenes, aunque uno de ellos fuese quizá más viejo que él; y eran Waus-so (el relámpago), Sag-git-to (el que asusta a todos los hombres), y Sa-mug-wub (el que extiende sus alas). El de más edad, Waus-so, guerrero distinguido, cayó enfermo y le dejaron a alguna distancia.

Pe-shan-ba nos seguía de lugar en lugar, según las indicaciones de los indios. Era un anciano de alta estatura y hermoso continente; reconoció a Net-no-kwa por una de sus parientes, y preguntó quiénes éramos. «Son mis hijos», respondió Net-no-kwa. Mirándome entonces Pe-shan-ba con

particular atención me dijo: «Ven, hermano.» Luego descubriendo su pecho, me enseñó la cicatriz de una herida profunda y peligrosa. «¿Te acuerdas de un día en que jugando con escopetas y flechas me hiciste esta herida?» Viendo mi embarazo, continuó divirtiéndose algún tiempo en contarme los pormenores de aquel acontecimiento, y me sacó por fin de incertidumbre, diciendo que no era yo, sino uno de mis hermanos quien le había herido. Habló de Ke-wa-lin y se informó particularmente de la época y circunstancias de mi rapto, posterior a su marcha del lago Hurón.

6.

La canoa de cuero.

Marcha al través de las nieves. Esteras de puk-kwi. El lago de agua clara. Sunjégwun. Educación de un cazador. Los indios galopines. Factoría europea y orgías indias. Expedición guerrera. Fiesta de las primeras frutas. Travesía peligrosa. Comercio de peletería.

Partimos en los primeros días del año al país de Pe-shan-ba; había mucha nieve, y como nuestro camino cruzaba casi siempre praderas abiertas, no podíamos andar cuando el viento soplabá con fuerza. Al principio nos faltaban víveres; pero pronto encontramos gran número de bisontes gordos y muy buenos. A pesar del espesor de la nieve y no obstante lo rudo de la estación, estos animales podían aun, por medio de sus cuernos, descubrir el césped y hallar así suficiente de alimento.

Habíamos dejado nuestras esterás de puk-kwi⁴ por no permitirnos llevarlas lo largo del viaje. Cuando reinaba mal tiempo, construíamos una pequeña cabaña cubierta de tres o cuatro pieles de bisontes, que la helada convertía luego en abrigo a prueba de nieve y viento. Durante el buen tiempo acampábamos por lo común sin más resguardo que nuestra ropa.

Pe-shan-ba y Sa-ning-wiab llevaban a cuestas uno de los niños de nuestra hermana. Nuestro viaje, con toda la diligencia que la temperatura permitía, duró cerca de dos meses y medio. A la mitad del camino pasamos por delante del almacén y el fuerte de Mouse-River. Nos dirigíamos al Noroeste y llegamos en fin a un sitio llamado Kan-wan-ko-mig-sah-kie-gun (el lago de agua clara) de donde parte un riachuelo que denominan Sas-kaw-jawun (el Agua dulce). No es el manantial ni un brazo del gran río Sas-kaw-jawn (Saskut-chawin) que está más lejos hacia el Norte. El lago de Agua clara no es tampoco el manantial principal del pequeño Sas-kaw-jawn, que empieza a bastante distancia al Norte.

La choza de Pe-shan-ba estaba a orillas de este lago, y allí vivía hacía muchos años con los tres hombres de que ya se ha hablado. Había dejado a su mujer en el lago Hurón. No sé si los tres indios eran casados, pero sí que no tenían consigo a sus mujeres. A poco de llegar nosotros, abrió su sunjégwun⁵ y sacó muchas pieles de castor, peleterías, cecina y otros objetos que entregó a las mujeres, diciéndoles: «Por mucho tiempo hemos desempeñado nosotros oficios propios de vuestro sexo; no es razón que esto continúe. Desde hoy más os toca a vosotras preparar las pieles, acecinar las carnes y hacer nuestros mocasines.

La anciana se encargó particularmente de lo que pertenecía a Pe-shan-ba; le llamaba su hijo, y le trataba como tal. Su hija y su nuera cuidaron de los tres jóvenes, y Wa-me-gon-a-biew y yo estuvimos bajo la vigilancia particular de nuestra madre. En la caza era yo el compañero de Pe-shan-ba, que fue siempre bueno para mí, y parecía complacerse en enseñarme a ser gran cazador.

El invierno estaba muy adelantado cuando llegamos a orillas del lago. Sin embargo, la estación seguía tan fría aun, que el agua se congelaba en cuanto la poníamos fuera de la choza. Los días de caza salíamos con el alba para no volver a entrar sino después de puesto el sol. A mediodía el sol se elevaba apenas hasta la cima de los árboles, y eso que estos son allí muy bajos, y en corto

⁴ Es el *typha califolia* de los botánicos.

⁵ Lugar de depósito, sagrado para los indios antes de sus relaciones mercantiles con los europeos.

número. Abundan los castores y otras especies de caza. El país de los mandanes, a orillas del Missouri, no se encuentra muy distante, y un hombre pudiera ir en cuatro días de Mouse-River a las aldeas de aquellos.

En el momento en que las hojas comenzaban a brotar, partimos con todas nuestras peleterías, y mucha carne y colas de castor acecinadas, a la factoría de Mouse-River. No hay allí cedros ni abedules propios para la construcción de canoas, y así tuvimos que hacer una de pieles cosidas y bien estiradas; estas canoas duran poco en la época de los grandes calores. Queriendo Met-no-kwa y Pe-shan-ba volver al lago Hurón, nos embarcamos con cuanto nos pertenecía en aquella canoa de cuero, cuya cabida era de unas cinco toneladas.

Empleamos muchos días en bajar por el pequeño Sas-kaw-jawun, a cuya orilla había una aldea de asineboinos, donde pasamos varias noches; ninguno de nosotros los entendíamos, a excepción de Waus-so, que había tenido ocasión de aprender su lengua. Entramos luego en el Asineboin, y no tardamos en llegar a las cascadas, donde había una aldea de cincuenta cabañas de assineboinos con algunos crees.

Como empezaban a faltarnos víveres frescos, se decidió que emplearíamos uno o dos días en coger esturiones, que se crían allí en abundancia. Acampados cerca de los assineboinos, vimos una anciana cortar un pedazo de la cabeza de un esturión que se acababa de sacar del agua y comérselo crudo, sin ninguna especie de aderezo. Aquel pueblo nos pareció generalmente sucio y embrutecido; aunque quizá mucha parte de nuestra repugnancia deba atribuirse a la natural aversión de los ojibbeways respecto de los galopines⁶.

En dos días fuimos de las cascadas a Mousc-River, donde las dos compañías de la bahía de Hudson y del Noroeste tienen establecimientos. Allí, Pe-shan-ba y sus amigos se pusieron a beber, y a los pocos días no les quedó nada de las peleterías que habían logrado recoger en una caza larga y constantemente feliz. De una sola vez cedimos cien pieles de castor en cambio de licores fuertes; por seis pieles de castor nos daban una cuartilla de ron; pero los mercaderes le mezclaban mucha agua.

Después de algunos días de licencia se trató de construir canoas de madera para continuar el viaje; pero entonces los assintboinos, los crees y todos los indios de las cercanías con quienes los mandanes habían hecho la paz, fueron invitados a unirse a estos últimos para atacar a una puebla que los ojibbeways llaman A-guch-a-ninnes, y que dista dos días de jornada de los mandanes. Waus-so, noticioso de ello, decidió ir a incorporarse con los guerreros que se reunían en Mouse-River. «No quiero, dijo, volver a mi país sin llevar algunas cicatrices más; deseo ver el pueblo que ha matado a mi hermano.»

Pe-shan-ba y Net-no-kwa procuraron disuadirle; pero no quiso escucharles, y su entusiasmo no tardó en comunicarse al primero. Después de reflexionar dos días, dijo a la anciana: «No puedo resolverme a entrar sin Waus-so en el país de los ottawwaws. Sa-ning-wub y Sag-git-to desean también acompañarle al país de los mandanes, y yo seré de la partida. Esperadme a orillas del lago Winnipeg; allí estaré a la caída de las hojas. Tened dispuesto un barril de ron, porque mi sed será mucha.» Aun no se habían concluido las canoas cuando marcharon. Wa-me-gon-a-biew les acompañó, y yo quedé solo con tres mujeres y tres niños.

Inmediatamente me puse en camino hacia el lago Winnipeg, con Net-no-kwa y el resto de la familia, teniendo aun que servirnos de la canoa de pieles. A poco de dejar la factoría de los blancos, descubrimos un esturión en medio de las hondonadas arenosas; le maté sin dificultad; era el primero que moría a mis manos, y la anciana creyó deber celebrar con tal motivo la fiesta de Oskenetabgawin, o de las primeras frutas, aunque no hubiese en los alrededores a quien convidar.

La embocadura del Asineboin es un punto muy frecuentado por bandas de guerreros sioux, que se ocultan en la orilla y hacen fuego sobre los que pasan. Nos acercamos con precaución resueltos a esperar que oscureciese. Era media noche cuando evitando cuidadosamente ambas orillas, nos dejamos arrastrar de la corriente para entrar en el río Colorado. No bien habíamos

6 A podo aplicado a estos indios, porque asan la carne con asadores de madera.

empezado a surcar sus aguas, cuando se oyó el chirrido de un búho en la orilla izquierda del Asineboin; respondió otro en la derecha, y casi al mismo tiempo sonó un tercer chirrido en la orilla del río Colorado que está frente por frente de la embocadura. Net-no kwa dijo entonces con voz apenas perceptible: «Estamos descubiertos», y nos indicó que guardásemos el más profundo silencio. Procuramos ir por en medio del río; yo iba en la proa, bajando la cabeza cuanto podía para reconocer y evitar todo género de aproximación.

De repente vi una leve arruga en el río, tras un objeto bajo y negro, que me pareció la cabeza de un hombre, el cual atravesaba a nado la corriente. Se lo mostré a las mujeres, y decidimos perseguirle y ver de matarle. Cogí, pues, un fuerte arpón y principiamos nuestra caza; pero el ganso con sus polluelos, no era otra cosa aquel bulto, se alarmó y desapareció. Conociendo nuestro error, intentamos volver al camino que antes seguimos; pero fue imposible entrar de nuevo en la corriente favorable. Hoy por hoy no estoy seguro de si nuestro susto provino de tres búhos o de una banda de guerreros.

Retrocedimos muchas millas para esperar a los mercaderes que debían pasar diez días después de nosotros. Entre tanto cogimos muchos gansos, patos y cisnes. Maté un alce, y como era el primero, hubo otra fiesta, aunque no teníamos a quien convidar. Llegaron los mercaderes y los seguimos hasta la factoría del lago Winnipeg, donde permanecimos dos meses. Cuando dieron la vuelta al Asineboin, los acompañamos en una canoa de corcho, comprada al efecto. Teníamos una buena provisión de pieles de castor, y Net-no-kwa no olvidó el encargo de Pe-shan-ba. Dio seis pieles por una cuartilla de ron. Yo había cazado la mayor parte de aquellos castores; en un mes maté lo menos ciento; pero entonces no conocía su valor.

7.

Los bisontes

Correspondencia india. Caza de alces. Disfraz de los salvajes. Caza de bisontes. Cosecha de azúcar de arce. Niña robada. Muerte de Sag-git-ton. Depósito de pieles.

A orillas del Asineboin, una o dos jornadas más distante que la cascada de la pradera, hay un sitio llamado Ke-new-kan-neshe-way-boaut (lugar donde se posa el águila gris); los indios se detienen allí a menudo. Vinos, al pasar, pequeños postes fijos en el suelo, y con trozos de corteza de abedul, en dos de los cuales estaban dibujados osos. En los demás se distinguían varias figuras de animales. Net-no-kwa conoció al momento los *totems* de Pe-shan-ba, de Wau-so y de sus compañeros. Estas señales servían para darnos a entender que habían pasado por allí, y para indicarnos los medios de reunirnos con ellos. Dejamos, pues, a los mercaderes, y conforme a la dirección marcada por Pen-shan-ba, lo encontramos con su partida a dos jornadas del río.

La expedición para la que buscaban a los mandanes aliados se frustró, por falta de acuerdo entre las diferentes bandas; suscitáronse disputas, y los a-guch-a-ninnes se quedaron en paz en su aldea. Nuestros guerreros, volviendo inmediatamente a la factoría de Mouse-River, habían acabado sus canoas, y bajaron por el río hasta donde reconocimos sus totems.

Encontramos en su campamento gran cantidad de caza; habían matado también muchos castores y los alces abundaban en las cercanías. Envióme cierto día Pe-shan-ba con las dos mujeres jóvenes a buscar algunos trozos de un alce que había muerto a sus manos; y pareciéndole a aquellas grande y gordo, decidieron quedarse para acecinar la carne antes de llevarla. En cuanto a mí, tomé el camino de nuestras cabañas con un cuarto de carne fresca. Tenía la escopeta, y reparando en una multitud de alces, la cargué, me escondí y empecé a imitar el chirrido del alce hembra: al momento un enorme macho corrió derecho a mi escondite con tal impetuosidad, que, alarmado por mi seguridad, emprendí la fuga. El animal en cuanto me descubrió, se puso a huir en dirección opuesta.

Reflexionando entonces que los indios se burlarían de mí, pensé hacer una nueva tentativa y no ceder, esta vez, a ningún sentimiento de pusilanimidad; elegí mejor mi escondite, y repetí el reclamo, hasta que logré atraer y matar al alce. De vuelta al campamento, al salir de un bosquecillo y en medio de una pradera, vi a un oso que se adelantaba hacia mí. Creí al principio que era un oso negro de la especie común, y resolví matarlo; pero, en vez de huir, como hubiera hecho perteneciendo a esa especie, seguía derecho hacia mí, de donde deduje que era un oso gris, y eché a correr. Cuanto más corría, más se acercaba la fiera; y a pesar del miedo, me acordé de las lecciones de Pe-shan-ba, el cual me había advertido no tirase jamás a un oso gris sin poder inmediatamente refugiarme en un bosque, y en caso de que me persiguiese, no hacer fuego sino a bocajarro. Tres veces torcí la cara y apunté; pero viéndole demasiado lejos, proseguí mi marcha, logrando a fuerza de velocidad dejarle atrás en el camino. De repente oí detrás de mí la voz de Wa-me-gon-a-biew. No volví a ver el oso, y mi hermano me dijo que todo mi terror provenía de un disfraz.

Net-no-kwa, inquieta por mi larga ausencia, le envió a buscarme, y viéndome salir del bosquecillo, se le ocurrió echarse por la cabeza un vestido negro. Sin duda el miedo me había cegado, pues era fácil conocer la verdad. Los ancianos de nuestra familia reprendieron a Wa-me-gon-a-biew, y su madre le dijo que si le hubiese matado nada tendría que reprocharme, según los usos de los indios.

Seguimos cazando los castores y matando gran número de ellos hasta que el hielo llegó a tener demasiado espesor, y entonces fuimos a perseguir los bisontes en la pradera. Cuando la nieve empezó a endurecerse, los hombres anunciaron la intención de dejarme con las mujeres e irse ellos al lago de Agua Clara a construir canoas. También debían por el camino cazar los castores. Antes de irse quisieron suministrarnos algunas provisiones. Waus-so salió solo y mató un bisonte; pero por la noche el tiempo se puso tan frío y borrascoso, que los bisontes acudieron a abrigarse en el bosque donde estábamos acampados.

Net-no-kwa nos despertó de madrugada, gritando que cerca de la cabaña había multitud de esos animales; y los cuatro guerreros y Wa-me-gon-a-biew salieron sin meter ruido a ocupar sus respectivos puestos. Riéronse no poco al verme preparar mi escopeta, y no quisieron permitir que los acompañase; pero, cuando marcharon, la anciana, siempre dispuesta a favorecerme, consintió me colocase en acecho, junto a la choza, en un punto por donde su sagacidad le indicaba que pasaría el ganado. Los indios hicieron fuego, sin matar ninguno; y como cruzasen a mi alcance la llanura, les tiré y tuve la suerte de matar una hembra. Era mi primer bisonte, por lo cual mi madre manifestó la satisfacción más viva.

Poco después los indios me dejaron con Net-no-kwa, una de las mujeres y tres niños; antes de partir habían matado muchos bisontes, cuya carne curamos al humo. Conocí que también yo podía cazar los toros salvajes, y durante algún tiempo no nos faltaron víveres. Un día una hembra que había herido, se lanzó contra mí, y me costó trabajo evitar su acometida trepando sobre un árbol; estaba furiosa, no tanto a causa de su herida, como por la persecución de los perros.

Hicimos azúcar⁷ la primavera siguiente a diez millas más arriba del fuerte de Mouse-River. El tiempo se había serenado, y los castores empezaron a reaparecer. Para matarlos, me ponía en acecho, y les tiraba no bien salían de sus chozas. Un día, habiendo muerto a uno, corrí a cogerle, y atravesé por el hielo faltando poco para hundirme. Los bisontes abundaban tanto, que, cazándolos a pie, maté algunos a flechazos, sin más ayuda que la de perros bien enseñados.

Cuando los árboles empezaron a reverdecer, Pe-shan-ba y los otros hombres volvieron en canoas de corteza de abedul trayendo consigo muchas pieles de castor y otras de gran precio. La anciana deseaba vivamente visitar el lago Hurón, y tal era también el voto de Pe-shan-ba; pero Waus-so y Sa-ning-wub no querían. Además Sag-git-to estaba muy enfermo hacía algún tiempo, de una úlcera o tumor cerca del ombligo. Después de embriagarse muchos días seguidos, experimentó violentos dolores en el vientre, que se le hinchó y abrió. Pe-shan-ba dijo a Net-no-kwa: «No está

⁷ Es el mismo jarabe conocido antes en París con el nombre de azúcar del Canadá, y que se vendía a precios exorbitantes. Se extrae de la savia de los arces.

bien que Sag-git-to muera aquí, lejos de todos sus amigos; ya que no ha de vivir mucho tiempo más, lo mejor, en mi opinión, es que marchéis al lago Hurón con él y los niños. Llegaréis a las cascadas (Salto de Santa María) antes que Sag-git-to expire.» Nuestra familia se separó, pues, y Net-no-kwa emprendió su marcha al lago Hurón con Sag-git-to, Wa-me-gon-a-biew, las otras dos mujeres, una niña que había comprado, los tres niños y mi humilde persona.

La niña había sido robada en el país de Bahwetgo-wenin-newug, por guerreros ojibbeways, que la vendieron a Nel-no-kwa. Los indios Falls, que habitan en esa comarca, cerca de las montañas pedregosas, hablan un idioma distinto del de los sioux y de los ojibbeways; estos últimos y los crees tienen más relación con los Pies-Negros que con los indios Falls. La niña Bahwetis, comprada por Net-no-kwa, contaba entonces diez años y había aprendido la lengua de los ojibbeways.

Al llegar al lago de la Lluvia teníamos diez paquetes con cuarenta pieles de castor cada uno. Net-no-kwa cambió algunas otras peleterías por ron, y estuvo borracha uno o dos días. Encontramos allí muchas canoas de mercaderes que se dirigían al río Colorado. Wa-me-gon-abiew, de edad entonces de diez y ocho años, no queriendo volver al lago Hurón, resolvió tomar el camino del Norte. La anciana trató de disuadirle; pero se metió en una de las canoas que partían hacia allí, y no salió a pesar de los esfuerzos de su madre. Grande fue el disgusto de Net-no-kwa, y no pudiendo decidirse a perder a su hijo único, determinó ir con él.

Confundiendo poco en la honradez de los mercaderes, no quiso dejarles sus pieles de castor; por lo tanto las llevamos a un sitio apartado del bosque, y se hizo allí un *sunjegwun* o depósito, según el uso de los indios. En seguida retrocedimos, y empezamos una marcha penosa. A la caída de las hojas murió Sag-git-to. Nos hallábamos entonces aislados, pues ni un solo indio, ni un solo blanco había a cuatro o cinco jornadas de nosotros. En el momento de partir, teníamos que hacer otro depósito, y la tierra estaba demasiado pantanosa para permitirnos enterrar las pieles, producto de nuestras últimas cazas. Construimos, por consiguiente, el *sunjegwun* con troncos de árboles tan apretados, que ni un ratón pudiera penetrar, y allí pusimos, además de las peleterías, cuantos objetos embarazaban nuestra marcha. Si algunos indios de aquella distante comarca hubiesen encontrado nuestro depósito, no lo habrían abierto, y no temíamos que los mercaderes se adelantasen hasta un lugar tan solitario y tan pobre.

Los indios que viven lejos de los blancos no han aprendido a valorar sus pieles a un precio bastante alto para que se decidan a robárselas mutuamente. En la época de que hablo, y en la comarca donde me encontraba a la sazón, he visto a menudo a los indios dejar muchos días sus trampas en los bosques sin ir a visitarlas ni temer por ellas. Sucedió muchas veces que un hombre, al volver de caza, no traía sus trampas, y otro hombre le decía: «Voy a cazar en tal dirección ¿Dónde están tus trampas?» Y después de servirse de ellas, otro y hasta cuatro o cinco se servían sucesivamente, restituyéndolas luego a su legítimo dueño.

8.

Supersticiones indias.

Indios inhospitalarios. Oso dado por el Gran Espíritu. Trampas para conejos. Escasez. El pequeño asineboin. Indios extraviados en una noche de invierno. Pembina. Pieles robadas. Tratantes europeos. Violencias y artificios. Primeros amores de un indio. Orgía salvaje. Campamento de invierno. El mal cazador.

Como había nevado y el tiempo se había puesto tan frío que no permitía cazar los castores, empezamos a sufrir hambre; Wa-me-gon-a-biew era entonces nuestro principal apoyo, y trabajaba con todos sus fuerzas para hacernos vivir. En una de sus largas excursiones en busca de caza, encontró una cabaña de ojibbeways que tenían carne en abundancia, y aunque supieron su miseria y

la de su familia, le dieron solamente de comer la noche que pasó con ellos. Al volver al día siguiente mató una morsa joven sumamente flaca. Agotado este débil recurso, levantamos nuestro campo, para establecerlo cerca de los indios inhospitalarios encontrados por Wa-me-gon-a-biew.

Estaban abundantemente provistos de víveres, pero nada recibimos de ellos sino a cambio de nuestros adornos de plata⁸ y de otros objetos de valor. Cito la avaricia e inhospitalidad de aquella familia, porque no había visto aun un solo ejemplo de ella entre los indios. Ordinariamente se hallan todos dispuestos a partir sus provisiones con cualquiera que acude a ellos por necesidad.

Tres días hacía que nos estábamos cerca de los indios, cuando mataron dos morsas y nos invitaron a Wa-me-gon-a-biew y a mí a comer con ellos. No nos sirvieron sino el peor pedazo de pierna, y nosotros les compramos un poco de carne gorda a cambio de adornos de plata. La paciencia de la vieja Net-no-kwa se había acabado y nos prohibió a todos comprarles nada. Todo el tiempo que pasamos cerca de aquella cabaña, sufrimos los tormentos del hambre.

Una mañana Net-no-kwa se levantó muy temprano, tomó su hacha y se fue; por la noche no volvió; al día siguiente, a una hora muy avanzada, hallándonos acostados en la cabaña, entró, meneó por el hombro a Wa-me-gon-a-biew, y le dijo:

—Levántate, hijo mío, eres un corredor ágil, demuéstranos con qué rapidez puedes ir a buscar los víveres que el Gran Espíritu me ha dado la noche última. Le he rogado y le he cantado toda la noche; esta mañana, acababa de dormirme, cuando se me ha aparecido, y me ha dado un oso para alimentar a mis hijos que tienen hambre. Encontrarás dicho animal en un bosquecillo en medio de la pradera, parte inmediatamente; el oso no huirá aun cuando te vea llegar.

—No, madre mía —respondió Wa-me-gon-a-biew—, ahora es muy tarde; el sol va a ponerse, y será difícil seguir el rastro en la nieve; mañana partirá Shaw-shaw-wa-ne-ba-se con un cobertor y una caldera; por el día iré yo a matar al oso; mi hermano se me reunirá y pasaremos la noche en el punto en que hayamos encontrado el oso.

La vieja no cedió a la opinión del cazador, y de aquí se siguió un altercado y palabras duras, porque Wa-me-gon-a-biew tenía poco respeto a su madre y, lo que apenas se hubiera atrevido a hacer otro indio, se burlaba de sus pretensiones de comunicarse con el Gran Espíritu; le hizo burla sobre todo por lo que había dicho de que el oso no huiría al verle acercarse. La vieja ofendida reprendió fuertemente a su hijo, salió de la cabaña, refirió su sueño a los demás indios y les indicó el sitio en que se encontraría el oso: convinieron con Wa-me-gon-a-biew en que era demasiado tarde para ir allá; pero como tenían fe en las oraciones de Net-no-kwa, no se descuidaron en seguir sus indicaciones en cuanto amaneció.

El oso se hallaba en el sitio indicado y fue muerto sin dificultad. Era grande y gordo, pero Wa-me-gon-a-biew, que era de la caza, no recibió más que un trozo pequeño por la parte de nuestra familia; la vieja se irritó, porque si el oso no le había sido dado por el Gran Espíritu, si ella no había visto en sueños el sitio en que se le encontraría, por lo menos había seguido el rastro hasta el bosquecillo, al cual había dado la vuelta para asegurarse de que no había salido. Sospecho que con objeto de hacer creer sus entrevistas con el Gran Espíritu, empleaba algunas veces artificios de este género.

Nuestras privaciones nos obligaron a levantar el campo; después de acabar nuestro cuarto de oso, nos pusimos en camino para el río Colorado, esperando encontrar allí indios o caza por el camino. Yo había aprendido a coger conejos con lazo; cuando hubimos llegado a nuestro primer campamento, fui a tender varios lazos en la dirección que debíamos seguir al otro día. Después de la cena, que era generalmente nuestra única comida, no nos quedó más que una corta cantidad de grasa de oso helado, en una caldera cubierta con una piel. Estas provisiones formaron parte de la carga confiada a un trineo⁹ y partí adelantándome para visitar mis lazos; encontré en ellos un conejo, y queriendo dar a mi madre una sorpresa, lo escondí vivo en la caldera.

8 Basit-Hall habla de adornos de plata cuyo tamaño varía desde el de un reloj al de una sopera.

9 El Padre Lafitau, en sus costumbres de los salvajes americanos comparadas con las de los tiempos primitivos, t. 2, p. 220, da una nota muy larga e interesante acerca de los trineos de los indios.

Por la noche, a la hora de acampar, espíe el instante en que iba a preparar nuestra comida; yo esperaba ver al conejo saltar de su prisión; pero, con gran desconcierto mío, la grasa, derritiéndose a pesar del frío, había casi ahogado al animal. La anciana me reprendió severamente; pero después me ha referido más de una vez aquella aventura, riendo del espectáculo que le había presentado el interior de la caldera; también habló toda su vida de la conducta inhospitalaria de los indios a quienes acabábamos de dejar.

Después de algunos días de viaje, descubrimos huellas de cazadores, y fuimos por fin bastante afortunados para encontrar una cabeza de bisonte que habían dejado. Este inesperado socorro aplacó nuestra hambre; seguimos el sendero abierto por ellos, y llegamos a las orillas del río Colorado, donde encontramos una partida de amigos nuestros.

Era una partida numerosa de crees a las órdenes de un joven llamado Pequeño Asineboin y de su yerno Sin-a-peg-a-gun. Nos recibieron con mucha cordialidad, nos dieron de comer con abundancia y procuraron satisfacer todas nuestras necesidades. Dos meses después empezaron a escasear los bisontes y toda la caza, así que todos sufrimos hambre. Un día Wa-me-gon-a-biew y yo atravesamos los prados hasta la distancia de una jornada, para cazar a orillas de un arroyo llamado *Pond-river*. Allí encontramos un bisonte tan flaco y viejo que ya no le crecía el pelo: no pudimos comer más que la lengua. Una excursión tan larga nos había dejado sin fuerzas; el viento era recio y la nieve caía con violencia. En la gran extensión de llanura abierta delante de nosotros, no había más árboles que encinas pequeñas de la altura del hombro de una persona; nos fue preciso acampar bajo aquel escaso abrigo. Con mucha dificultad llegamos a formar una especie de hoguera de ramillas de aquellos árboles; cuando nuestro fuego, al cabo de algún tiempo, había secado el suelo, separábamos los tizones y los carbones para sentarnos sobre las cenizas calientes; así pasamos una noche en vela.

Al día siguiente, aunque se levantó viento, y el tiempo estaba peor que la víspera, volvimos a tomar el camino de nuestra cabaña. Era una gran jornada, y como estábamos debilitados por el hambre y el cansancio, era muy tarde cuando llegamos al término de nuestro viaje. Wa-me-gon-a-biew, menos rendido, se arrastraba delante; se volvió a mirarme, y entonces reconocimos uno y otro que teníamos el rostro helado: cuando llegamos a la vista de nuestra cabaña, como yo no podía andar, me dejó, y a poco rato vinieron unas mujeres a socorrerme. Nuestras manos y rostros estaban completamente helados, pero como íbamos bien calzados, los pies no habían sufrido.

El hambre continuó sintiéndose en el campo, y así se juzgó necesario separarse para seguir distintas direcciones. Net-no-kwa resolvió dirigirse con su familia al establecimiento de Mr. Henrig, que luego se ahogó en el río de Columbia. Entonces se hallaba establecido cerca del sitio en que se ha fundado después el establecimiento de Pembina; cazamos todo el resto del invierno con otros indios, para los comerciantes de pieles; y al llegar la primavera volvimos con los mismos compañeros al lago donde habíamos dejado las canoas; todo se hallaba en buen estado. Reuniendo lo que existía en nuestros *sunjegwuns* y lo que habíamos traído del río Colorado, poseíamos once fardos de pieles de castor, con cuarenta pieles cada uno y diez paquetes de otras pieles. Nuestra intención era venderlo todo en Mackinac.

Teníamos además un gran *sunjegwum* en el lago de la lluvia, en el que Net-no-kwa, confiando poco en la honradez del comerciante, había depositado pieles de valor a cierta distancia de su establecimiento. Este rico depósito, agregado a lo que traíamos, hubiera bastado para ponernos en la abundancia; pero el *sunjegwum* había sido violado; no quedaba un fardo, ni una piel. En casa del comerciante vimos un fardo que nos pareció había formado parte de nuestro depósito, pero nos fue imposible saber si habíamos sido robados por blancos o por indios. La anciana se irritó extraordinariamente, y no vaciló en atribuir el robo al comerciante.

Cuando llegamos a la casilla situada al otro lado de la caída grande, en el lago Superior, los hombres que estaban al servicio de los comerciantes nos invitaron a confiar nuestros fardos a sus carros; pero la anciana sabía que una vez en manos de los blancos le sería difícil o quizá imposible

recobrarlos; rehusó, pues, aquel servicio. Necesitamos algunos días para trasportar nuestras pieles, porque la anciana no quería seguir el camino de los comerciantes.

A pesar de todas esas precauciones, Mr. Mac-Gilberay y Mr. Shabboyea, tratándola con distinción y dándole un poco de vino, le hicieron aceptar una habitación para ella y sus fardos. Al principio trataron, por medio de insinuaciones afectuosas, de persuadirla a que vendiera sus pieles; pero viendo que estaba decidida a aguardarlas, apelaron a las amenazas. Un joven, hijo de Mr. Shabboyea, quiso cogerlas a viva fuerza; pero intervino el anciano y mandó a su hijo renunciar a su deseo, reprendiéndole por aquel acto de violencia.

Net-no-kwa, conservando así la posesión de sus pieles, se disponía a llevarlas a Mackinac, cuando vimos llegar, a la cabeza de una partida de indios, a un hombre que se llamaba Bit-te-gish-sho (el zigzag que hace el relámpago al surcar el cielo) y cuya residencia ordinaria era en Middle-Lake. Wa-me-gon-a-biew contrajo amistad con aquella familia. Terminados todos nuestros preparativos de viaje, y hallándose nuestros equipajes acomodados en los barcos, fue imposible encontrar a mi hermano. Le buscamos en todas direcciones, y sólo al cabo de algunos días nos dijo un francés que Wa-me-gon-a-biew se hallaba al otro lado con la familia de Bit-te-gish-sho. Me enviaron en su busca, pero no pude hacerle variar de resolución; sin saberlo nosotros, se había apasionado de una de las hijas del *Relámpago*.

La vieja, que conocía su carácter obstinado, se puso a dar gritos: «Si tuviera dos hijos, nos dijo ella, podría consentir en perder este; pero no tengo otro¹⁰ y debo ir con él.» Dio a la viuda hija de su hermana, y criada por ella desde su más tierna edad, cinco fardos de pieles de castor, uno de ellos en propiedad; los otros cuatro, y sesenta pieles de nutrias, debían ser llevados a Mackinac, y distribuidos según sus instrucciones. La viuda partió en la canoa de los comerciantes, entregó las pieles a Mr. Laponboise de la compañía del Noroeste, y tomó de él un recibo que se quemó más adelante en un incendio de nuestra cabaña, sin que Net-no-kwa ni nadie de la familia haya recibido jamás ni un penique en cambio de aquellas mercancías de gran valor.

La vieja, muy afligida por la mala conducta de su hijo, por sus proyectos tan contrariados y por las demás desgracias que le ocurrían, trató de buscar consuelos en el uso de los licores espirituosos. En un solo día cambió ciento veinte y cinco pieles de castor, muchos cueros de bisontes, y otros objetos por ron. Tenía la costumbre, cuando se embriagaba, de embriagar, si se lo permitían sus medios, a todos los indios de la inmediación. De todas nuestras riquezas, ganadas con tantos sudores y excursiones largas y penosas, no nos quedó más que un cobertor, tres barrilitos de ron, y los miserables vestidos que llevábamos. Ni en esta circunstancia ni en ninguna otra, pude ver el derroche de nuestras pieles y demás recursos con la indiferencia que los indios parece que experimentan siempre en semejantes circunstancias.

Partimos en seguida con Bit-te-gish-sho y algunos otros indios para el lago de los Bosques. Nos ayudaron a construir un barco y a pasar el lago. El frío nos sorprendió en el lago de los Bosques, y Net-no-kwa resolvió permanecer allí, aunque la mayor parte de nuestros compañeros se marchasen. Se descubrió que la pasión de Wa-me-gon-a-biew no era tan fuerte que no se pudiera romper, y verdaderamente es creíble que las maniobras de los comerciantes, ansiosos de apoderarse de nuestros fardos, contribuyeron tanto a lo menos como la conducta de aquel joven a impedir nuestra partida para el lago Hurón.

No tardamos en reconocer que no podíamos permanecer solos, tan escasos de provisiones, aproximándose el invierno. Nos dirigimos, pues, a la factoría del lago de la Lluvia, donde bajo la promesa de ciento veinte pieles de castor, obtuvimos un adelanto de mantas, vestidos, y otros objetos de primera necesidad. Allí nos encontramos con un indio llamado Waw-be-be-nais-sa, que nos propuso cazar para nosotros, y ayudarnos durante el invierno. Esta proposición fue aceptada con alegría; pero pronto advertimos que era un mal cazador, porque siempre traía yo más caza que él.

10 Esta exclamación de la vieja india prueba, en contradicción con todas las relaciones, que en las costumbres de los salvajes de América, el hijo adoptivo no es considerado por una mujer como enteramente igual al hijo que ha llevado en su seno.

9. El hambre en el desierto.

Cantos y sueño profético de una vieja india. Encantos. Hambre. Marcha difícil a través de los lagos, islas y pantanos. Comidas de calzado y de cortezas de árboles. Franceses hospitalarios.

Con las nevadas abundantes y los hielos, volvió a presentarse la miseria y el hambre; no podíamos matar alces ni coger castores con lazo, o por los procedimientos ordinarios, aunque no faltaban en el país. Cuando el hambre empezó a hacerse intolerable, la vieja acudió a su medio extremo de pasar una noche orando y cantando; por la mañana dijo a su hijo y a Wa-be-be-nais-sa:

—Id a cazar; el Gran Espíritu me ha dado caza.

Wa-me-gon-a-biew le respondió:

—Está el tiempo frío y en calma, es imposible acercarse a los alces.

—Yo puedo hacer alzarse al viento —replicó Net-no-kwa—; el tiempo está frío y en calma ahora, pero antes de la noche soplará viento fuerte; id, hijos míos, podéis estar seguros de traer caza, porque en un sueño he visto a Wa-me-gon-a-biew entrar con un castor y una pesada carga de carne sobre sus hombros.

Partieron por fin, después de atarse en la cabeza y en los frascos de la pólvora, saquillos que contenían amuletos que la vieja les había entregado, asegurándoles que con ellos el éxito era seguro. Poco después de su salida, se levantó viento Sur, soplando con fuerza, y la temperatura se suavizó. Hacia la noche, los cazadores volvieron cargados de carne de alces; Wa-me-gon-a-biew traía un castor como su madre había visto en sueños. Como el alce era muy grande y gorda, trasladamos nuestra cabaña al sitio en que había sido muerta. Pero aquel no fue más que un socorro temporal; mientras tanto matamos unos cuantos castores más.

Diez días después de aquella feliz cacería, ya no teníamos víveres. Un día, cazando el castor a poca distancia de nuestra cabaña, descubrí las huellas de cuatro alces; cogí una rama que habían mordido, y al volver se la eché delante a Waw-be-be-nais-sa, que estaba tendido junto al fuego, con su indolencia habitual.

—Mira eso, buen cazador —le dije—, y marcha a matarnos algunos alces.

Cogió la rama, la examinó algún tiempo, y me dijo:

—¿Cuántas son?

—Cuatro.

—Voy a matarlas.

Por la mañana muy temprano, siguió el rastro indicado por mí, y mató tres alces; era buen cazador cuando estaba para ello; pero la mayor parte del tiempo era tan perezoso, que prefería sufrir todos los extremos del hambre a ir a buscar caza, o a perseguir la que se había descubierto. Tuvimos entonces una temporada de abundancia, pero pronto volvió el hambre. Muchas veces se nos pasaban dos o tres días sin comer; entonces uno o dos conejos o bien un ave que matábamos, nos permitían sobrellevar nuestro sufrimiento algunos días más. Hacíamos todos los esfuerzos imaginables para excitar a Waw-be-be-nais-sa a tomarse un poco más de trabajo, porque sabíamos que como encontrara caza, rara vez se le escapaba; pero nos respondía generalmente: «Estoy muy pobre y muy enfermo.»

Wa-me-gon-a-biew y yo, creyendo que si alargábamos nuestras excursiones más que de ordinario podríamos encontrar alguna cosa, salimos una mañana muy temprano, y marchamos rápidamente todo el día; al acercarse la noche matamos un castor pequeño, y Wa-me-gon-a-biew me dijo: «Hermano mío, prepara un campamento y cuece un pedazo de nuestro castor; yo voy más lejos a ver si encuentro caza.» No tardó en volver cargado de carne, pues había muerto dos caribús. Al día siguiente nos levantamos muy temprano para arrastrar los dos caribús por el largo trecho que nos separaba de nuestra familia. Era una marcha superior a mis fuerzas: pero Wa-me-gon-a-biew se me adelantó, envió a la joven en mi auxilio, y llegué antes de la media noche.

La experiencia nos había demostrado lo peligroso que era para nosotros permanecer en un estado de aislamiento semejante; como aquellas nuevas provisiones nos permitían cambiar de residencia, resolvimos acercarnos a algún sitio habitado. La factoría más inmediata estaba en las orillas del lago de Agua Clara, distante una travesía de cuatro o cinco días; dejamos nuestra cabaña, y tomando únicamente nuestras mantas, un caldero, y los objetos más necesarios para nuestro viaje, nos dirigimos hacia la factoría. El país que debíamos atravesar estaba lleno de lagos, de islas y de pantanos; pero el hielo nos permitía seguir un camino recto.

Una mañana muy temprano, Waw-be-be-nais-sa, animado por una hambre excesiva, o por el ejercicio que se veía obligado a hacer, se puso a orar y a cantar. Por último dijo: «Hoy veremos caribús.» La vieja, cuyo carácter se había agriado un poco con aquella larga serie de privaciones, y que no miraba a Wawbe-be-nais como un cazador muy emprendedor, le respondió: «Los hombres no debieran decir: veremos caza hoy, sino la comeremos.»

Apenas anduvimos algunos pasos, vinieron hacia nosotros seis caribús; nos ocultamos en las malezas, y se acercaron a tiro de fusil; pero el arma de Wa-me-gon-a-biew no dio fuego, y al ruido del rastrillo huyeron todos. Waw-be-be-nais-sa disparó, e hirió a uno en un hombro; y sin embargo, por la noche, después de perseguirlos todo el día, volvieron los dos cazadores sin traer nada. Nuestra situación se iba haciendo tan desesperada, que tomamos el partido de abandonar parte de nuestros equipajes para acelerar nuestra marcha. Matamos también nuestro último perro, que estaba demasiado débil para poder seguirnos; la vieja no quiso comer de él; ignoro por qué.

Pocos días después, reconocimos que nos habíamos perdido, sin saber qué camino tomar, y demasiado débiles para caminar a la ventura. Net-no-kwa, que, en los casos extremos, parecía siempre menos abatida que el resto de la familia, eligió, como de ordinario, el sitio donde habíamos de acampar, nos trajo leña para mantener un gran fuego, se envolvió en su manta, y partió con su tomahawk en la mano; todos comprendíamos que iba a buscar el medio de salvarnos de nuestra miseria. Al día siguiente volvió y nos dijo: «Hijos míos; después de largas oraciones he dormido, la última noche, en un sitio solitario y distante; he visto en sueños el camino que había seguido, el sitio en que me había detenido, y a poca distancia el principio de un sendero que va todo derecho a la casa del comerciante. En mi sueño, he visto hombres blancos; no perdamos tiempo, el Gran Espíritu quiere conducirnos junto a un buen hogar.»

Un poco reanimados por la confianza y la esperanza que la vieja procuraba inspirarnos, partimos en seguida; pero, al llegar al término del sendero que había trazado, anduvimos largo tiempo sin descubrir ningún indicio humano. Unos le dirigían reconvenciones, otros se burlaban de ella, cuando por fin, con gran gozo nuestro, encontramos las huellas recientes de un cazador que había debido dirigirse hacia la factoría; y redoblando nuestros esfuerzos, llegamos por fin allá, dos días y una noche después de nuestra partida.

Allí encontramos al tratante que nos había abierto en el lago de la Lluvia un crédito de ciento veinte pieles de castor; como se disponía a partir, pagamos nuestra deuda, y nos quedaron veinte pieles que cambié por cuatro trampas. La anciana recibió también tres barrilillos de ron.

Después de un descanso de pocos días, volvimos a tomar el camino de nuestra última cabaña; al principio seguimos el ancho sendero de caza de los habitantes de la factoría. En el momento de separarnos de él, la vieja entregó toda su provisión de ron a Waw-be-be-nais-sa, diciéndole que siguiera el sendero de los cazadores hasta punto en que los encontrara; que cambiara aquel licor por carne, y que volviera a reunirse con nosotros; pero Waw-be-be-nais-sa abrió en el momento uno de los barriles y se bebió la mitad. A la mañana siguiente, sin embargo, se encontró en su estado natural, y partió con las instrucciones de la vieja; Wa-me-gon-a-biew le acompañó. Yo fui con las mujeres a esperarlos a un punto que se fijó para reunirnos; después de esperar un día, vimos volver a mi hermano cargado de carne, pero Waw-be-be-nais-sa no pareció; y sin embargo, su mujer y sus hijos se habían visto obligados el día antes a comerse su calzado.

Partimos nuestros víveres con aquella familia, que se marchó en seguida a buscar a su jefe; los cazadores nos invitaban por medio de Wa-me-son-a-biew a ir a vivir con ellos; pero era menester

ante todo, ir a recobrar lo que habíamos dejado en nuestra cabaña. Al volver de esta excursión, no nos detuvimos en el mismo sitio; hacía algún tiempo que nos manteníamos de cortezas de árboles, y sobre todo de una vid trepadora bastante común; así nuestras fuerzas estaban agotadas.

Wa-me-gon-a-biew no podía andar ya, y de todos nosotros, la vieja era la que parecía sufrir menos; podía ayunar cinco o seis días sin abatirse, y sólo por temor de que perecieran en su ausencia otros individuos de la familia, consintió en dejarme ir a pedir socorro a la factoría que creíamos menos distante del campamento de los cazadores. Era todo lo más un viaje de dos días de camino ordinario; pero, en el estado de debilidad en que yo me hallaba, era dudoso que pudiera llegar.

Partí muy de mañana; el tiempo estaba frío y el viento era fuerte; tenía que atravesar un gran lago, y allí, como el viento soplaba con violencia, sufrí mucho. Al llegar a la otra orilla antes de ponerse el sol, me senté para pasar la noche. En cuanto empecé a sentir un poco de frío, quise levantarme; pero me costó tanto trabajo conseguirlo, que me pareció imprudente descansar antes de llegar a la factoría. Como la noche no era oscura y el viento se había calmado, sufrí menos que durante el día; anduve toda la noche, y llegué a mi destino muy de mañana. En cuanto abrí la puerta, los blancos comprendieron por mi aspecto que estaba medio muerto de hambre, y me pidieron noticias de mi familia; a penas les di las explicaciones necesarias, cuando un francés muy andarín partió cargado de provisiones; pocas horas después de mi llegada oí la voz de Net-no-kwa que preguntaba: «¿Está aquí mi hijo?» Abrí la puerta y al verme manifestó la más viva satisfacción; no había encontrado al francés.

Poco después de mi partida, el viento se había hecho violento, y la anciana, pensando que no podría atravesar el lago, quiso seguir mis pasos; pero la nieve agitada por el viento los borraba, y llegaba a la factoría temiendo que yo hubiera perecido en el camino. Dos días después, Wa-me-gon-a-biew y el resto de la familia, socorridos por el francés, vinieron a reunírsenos; los indios, por su parte, creyendo que no podríamos llegar hasta ellos sin socorros que probablemente no podríamos proporcionarnos, habían enviado a Waw-be-be-nais-sa con provisiones al lugar de la primera cita. Llegó cerca de nuestro campamento poco después de mi partida; pero ya fuera de intento, ya por estupidez, no entró en él: se detuvo al alcance de la voz, y allí hizo una buena comida, cuyos restos se encontraron al pasar la familia.

10.

Primera embriaguez de Tanner.

Piernas torcidas, el jefe. El pequeño gavilán y la tortuga. Amputación india. Kosh-bin-ne-kait, el manco. Pa-bah-me-win, el portador. Un jefe otawaw. Pesca de doris. Gaviotas y cuervos marinos salados. Costumbres de los bisontes. Repudio indio.

Después de pasar algunos días con los blancos, partimos todos juntos a reunirnos con los indios. Su partida ocupaba tres cabañas, cuyo principal jefe era Wah-ge-kaut (piernas torcidas); los tres mejores cazadores eran Ka-kaik (el pequeño gavilán), Meh-ke-nauk (la tortuga), y Pake-kun-ne-ga-bo (el que vive en el humo); este último, sobre todo, era, en la época a que me refiero, un cazador muy distinguido. Algún tiempo después, recibió por accidente un tiro que le rompió un hombro; empeorándose la herida de día en día, suplicó a muchos indios y a todos los blancos que pudo encontrar, que le cortaran el brazo, o le ayudaran a amputárselo él mismo; pero todos se negaron.

Un día que se quedó solo en su cabaña, cogió dos cuchillos, uno de los cuales había afilado en forma de sierra, y con su mano derecha se cortó el brazo izquierdo que arrojó en seguida lejos de sí; a poco se durmió, y sus amigos le encontraron en aquel estado. Había perdido mucha sangre; pero a

poco tiempo se restableció, y a pesar de la pérdida del brazo, continuó siendo un gran cazador. Desde aquel accidente se le llamó de ordinario Kosh-kin-ne-kait (el manco).

Vivimos algún tiempo con los indios, siempre en la abundancia, aunque Waw-be-be-nais-sa no matara nada. Cuando la estación se hizo un poco más calurosa los dejamos; pero habíamos sufrido tanto por efecto del hambre durante el invierno anterior, que no podíamos pensar sin espanto en establecernos en cualquier punto distante, donde necesitaríamos mucha caza para vivir. A una jornada de distancia de la factoría, fue donde acampamos toda la primavera para cazar los castores.

Entonces teníamos con nosotros un hombre llamarlo Pa-bah-me-win (el portador); nuestra caza fue constantemente feliz. Maté veinte nutrias, muchos castores y otros animales. Un día, yendo a visitas mis trampas, vi algunos ánades en un estanque; cargué mi escopeta con perdigones, y empecé a arrastrarme para acercarme a ellos. Mientras me arrastraba por entre las malezas, un oso se alzó cerca de mí y trepó por un pino casi encima de mi cabeza; eché en seguida una bala en mi escopeta y tiré, pero mi arma reventó por la mitad del cañón, cuya parte superior fue lanzada a lo lejos, y el oso, al que probablemente no había tocado, trepó más arriba; cargué el resto de mi escopeta, apunté con cuidado, y el oso cayó a mis pies.

Durante nuestra estancia, reunimos gran número de fardos de pieles; como la pequeñez de nuestra cabaña no nos permitía guardarlas, íbamos de tiempo en tiempo a confiarlas a los tratantes. Cuando llegó la época de su partida, se llevaron nuestros fardos sin consentimiento nuestro; pero la anciana siguió sus pasos hasta el lago de la Lluvia, recobró todo lo que nos pertenecía, y se dejó persuadir a venderlo. Desde el lago de la Lluvia fuimos al lago de los Bosques donde Pa-bah-me-win nos dejó; allí también vino a reunírsenos Waw-be-be-nais-sa, y quiso volver con nosotros al lago de Lluvia; pero Net-no-kwa había oído hablar de un asesinato que cometieron allí unos parientes de aquel hombre; habrían tomado venganza en él, y no quiso exponerle a este peligro.

Volvimos pies atrás Net-no-kwa y yo, por invitación de un jefe ottawaw llamado Sah-muk, pariente suyo, mientras War me-gon-a-biew, las mujeres y los niños se dirigían al río Colorado. Sah-muk nos trató con mucha bondad; construyó y nos dio una gran canoa de corteza de árbol destinada al uso de los comerciantes de pieles, a quien se la vendimos por el precio de 100 dólares, que era entonces el precio corriente de estas canoas en el país. También nos dio una canoa pequeña para nuestro propio uso.

El río que desemboca en el lago de la Lluvia se llama Koche-che-se-bee (río del Manantial); tiene una cascada muy elevada a poca distancia del lago; allí cogía yo con el anzuelo muchos de esos peces que los franceses llaman *doris*¹¹. Un día, mientras pescaba la cascada arrastró un gran esturión, y cayendo en un bajío, no pudo escapar; lo maté con una piedra; y como era el primero que se había cogido en aquel sitio, Sah-muk celebró una fiesta con aquel motivo.

Poco tiempo después atravesamos el lago con una partida numerosa de ojibbeways. En el momento en que íbamos a dejarles y en que debían separarse en diferentes direcciones, todos se detuvieron para beber. En aquella orgía, nos quitaron todas nuestras provisiones; aquella fue la primera vez que me embriagué con los indios; cuando recobré mis sentidos, la anciana, que sin embargo había bebido más que yo, me reprendió mi conducta con mucha energía y prudencia.

Conociendo la miseria a que nos hallábamos reducidos, hice entrar a Net-no-kwa en nuestra canoa, que dirigí en seguida hacia un punto en que sabía que abundaba la pesca. Los ojibbeways no nos habían dejado ni una migaja de las provisiones, pero pronto cogí tres peces, y no se hizo sentir el hambre. A la mañana siguiente me detuve para almorzar en un sitio en que abundaba la pesca. Cogí primero un pez, y mientras la anciana lo cocía, pesqué cerca de un centenar.

Cuando íbamos a embarcarnos, pasaron algunas barcas de tratantes, y la anciana, que no se había repuesto todavía enteramente de su última embriaguez, les vendió nuestro pescado por ron; los tratantes continuaron pasando durante el día, pero yo oculté a Net-no-kwa una gran cantidad de pescado, a cambio del cual pude obtener un gran saco de grano y manteca. La anciana, cuando volvió en sí, aprobó mi conducta.

11 Este pez parece ser una *clupea*.

En medio del lago de los Bosques se eleva a bastante altura una isleta de peñascos casi sin árboles y sin matorrales; entonces estaba cubierta de gaviotas y cuervos marinos, de los cuales maté a palos un gran número; elegimos ciento veinte de los más gordos para acecinarlos, y nos los llevamos como provisiones de viaje. Desde allí nos dirigimos al río Colorado; bajándolo, tiré en la ribera a un oso enorme; lanzó gritos extraños, cayó al agua y desapareció.

En el sitio llamado en adelante Pembinah, donde el Nebeninnah-ne-sebee se lanza en el río Colorado, había existido una factoría; allí no encontramos blancos ni indios, y como no poseíamos abundancia de provisiones, continuamos nuestra marcha toda la noche, con la esperanza de tener muy pronto algún encuentro. Al día siguiente al salir el sol bajamos a tierra, y la anciana recogiendo leña descubrió algunos bisontes al través de los árboles; corrí allí en el momento y maté un macho; pero viendo que estaba muy flaco, me arrastré un poco más lejos y tiré a una hembra muy gorda, que fue a caer a cierta distancia en un prado abierto; un macho que la seguía me vio a trescientas o cuatrocientas toesas¹², y se lanzó contra mí con tal furor, que me pareció prudente retirarme al bosque. Pasamos todo el día en aquellos alrededores, y varias veces traté de acercarme a mi presa; pero el bisonte la guardaba tan bien, que al fin tuve que renunciar. En la estación del celo, no es raro ver a estos animales hacerlo así.

Al día siguiente encontramos a algunos traficantes y partimos con ellos nuestra caza. Sin más dilación ganamos el puesto de la pradera del río del Asine-boin, donde se encontraban Wa-me-gon-a-biew, Waw-be-be-nois-sa y los demás individuos de nuestra familia, de que nos habíamos separado hacía tanto tiempo.

Después de nuestra partida, Waw-be-be-nais-sa había repudiado a su primera mujer y tomado en su lugar a la sobrina de Net-no-kwa, a quien la anciana educaba desde su infancia, y trataba como a su propia hija. Al tener noticia de aquel hecho, Net-no-kwa reunió en la cabaña lo que pertenecía al recién casado, lo arrojó todo fuera y le dijo: «Ya que has pensado hacerme morir de hambre, no quiero tener nada de común contigo. Ve a cuidar solo de tus necesidades; es más de lo que puede hacer un mal cazador como tú; no quiero darte a mi hija.» Despedido así, estuvo algunos días sin parecer; pero Net-no-kwa, habiendo sabido que su primera mujer había tornado otro marido y que él carecía de todo, le volvió a recibir. Probablemente por temor de la anciana se hizo desde entonces menos mal cazador.

11.

La cabaña incendiada.

El tratante Aneel. Peligro de quedarse helado cazando. Caza de los alces. Falsedades de un cazador. Preceptos religiosos.

Aquel invierno cacé para un traficante llamarlo por los indios Aneel (el olmo). Como la estación se adelantara, y el frío se hiciese más vivo, encontré difícil procurarme tanta caza como había encontrado hasta entonces, y como el tratante exigía. Una mañana, muy temprano, hacia mediados del invierno, levanté un alce, le perseguí hasta la noche, e iba a alcanzarlo cuando me faltaron de repente las fuerzas; todos mis vestidos, a pesar del rigor del frío, estaban empapados en sudor. Muy pronto, al tratar de volver a nuestra cabaña, los sentí endurecerse y conocí que el hielo empezaba a apoderarse de mí; cuando a eso de media noche llegué al sitio donde había dejado por la mañana nuestra cabaña, ya no estaba. Sabía que la anciana tenía intención de cambiar de sitio, y también el punto a donde quería trasladarla; pero el día de la ejecución de su proyecto no había llegado a mi noticia.

12 Una toesa equivale a algo menos de dos metros. (Nota del editor digital.)

Siguiendo las huellas de mi familia, cesé muy pronto de sentir el frío, y experimenté esa sensación de soñolencia que, en este estado, precede ordinariamente al último grado de debilidad antes de la muerte; redoblé mis esfuerzos, y aunque apreciando muy bien el peligro de mi situación, formé con el mayor trabajo la resolución de no dejarme caer en tierra. En fin, perdí todo conocimiento durante un espacio de tiempo que no puedo determinar, y despertándome como de un sueño, vi que no había hecho más que dar vueltas en un círculo de veinte a veinticinco toesas lo más.

Cuando volví en mí, me puse a buscar mis huellas, y de repente vi una luz hacia la cual me encaminé; pero muy pronto volví a perder el conocimiento. Si hubiera caído, no hubiera vuelto a levantarme; volví a dar vueltas como la primera vez. Por último llegué a nuestra cabaña, y al entrar caí en tierra, pero no perdí el conocimiento. Aun recuerdo el resplandor de un fuego brillante que se reflejaba en el hielo que tapizaba nuestra morada; aun escucho a mi madre decirme que había hecho una gran lumbre esperando mi llegada, y que no suponiendo que la caza fuera tan larga, había creído que sabría su mudanza mucho antes de la noche. Un mes estuve sin poder salir; mi rostro, mis manos y mis muslos se me habían helado fuertemente.

El tiempo empezaba a suavizarse y la nieve a derretirse, cuando volví a cazar. Un día que iba siguiendo, en compañía de Waw-be-be-nais-sa, las orillas del Asineboin, descubrimos un rebaño de doscientos alces en un prado casi enteramente rodeado por el río; nos situamos los dos en el punto de unión con la tierra firme, en un espacio de unas doscientas toesas de ancho. Los alces asustados, no queriendo exponerse a pasar sobre el hielo, se pusieron a dar vueltas a la pradera; algunos pasaron a nuestro alcance, y matamos dos; en nuestra precipitación por acercarnos a ellos, avanzamos demasiado cerca del centro de la pradera, y el rebaño se dividió en dos bandas; la una quiso pasar el hielo, y la otra se escapó por las tierras altas; Waw-be-be-nais-sa persiguió la última, y yo me lancé al hielo.

Los alces, que estaban muy espantados, y se escurrían por aquella superficie tersa, se apretaron de tal manera unos contra otros, que su peso la rompió; y como trataran todos de salir del agua en la dirección de la orilla opuesta, se abrieron paso al través del hielo roto. Corrí hacia el rebaño, porque al ver que el agua no tenía la profundidad suficiente para ahogar a los alces, creí que podría coger todos los que matara. Gasté todas mis balas, maté dos con el cuchillo; pero en pocos instantes, los alces muertos en el agua fueron arrastrados bajo el hielo; no conservé mas que uno, herido en el momento que trepaba por la orilla; de aquel rebaño de cerca de doscientas cabezas sólo cuarenta habían quedado en nuestro poder. Waw-be-be-nais-sa se separó con el pretexto de ir a advertir a los traficantes, y les vendió los cuatro alces como su propia caza, aunque sólo había muerto dos.

Wa-me gon-a-biew, en aquella época, no se hallaba en estado de cazar; en una orgía de borrachera, se había quemado tan cruelmente que no se podía tener de pie. Pocos días después volví con Waw-be-be-nais-sa a la caza de los alces: había unos cuantos en la pradera, y pudimos acercarnos a corta distancia de ellos, arrastrándonos protegidos por una eminencia del terreno. Había un macho grande y grueso al que quise tirar; pero Waw-be-be-nais-sa me dijo: «No, hermano mío, podrías errarle; como es el mejor del rebaño, voy a matarlo, y tú tratarás de he rir a otro.» Elegí uno que estaba echado; hicimos fuego juntos, pero él erró el golpe, y yo apunté bien. El rebaño se dispersó; yo me puse a perseguirlo sin rematar a mi alce, y aun sin mirarle.

Continué mi caza todo el día, y maté otros dos alces, porque estaban tan cansados, que podía alcanzarlos fácilmente. Como llegara la noche, volví a nuestra cabaña, donde Waw-be-be-nais-sa había llevado un poco de carne. Le encontré refiriendo a la familia que había muerto un alce. «Me alegra, le dije, que hayas muerto uno, porque yo he muerto tres, y mañana tendremos abundancia.» Pero como me quedaban algunas sospechas, le llamé aparte, y me confesó que no había muerto nada, sino que la carne era del alce que yo había dejado. Luego fue a advertir a los tratantes que recogieran los tres alces, y se los vendió también como suyos.

La anciana, sabedora de esta conducta, le reconvino tan agriamente, que se vio obligado a dejarnos. Wa-me-gon-a-biew, que a la caída de las hojas había tomado por mujer a la hija de un ojibbeway, se fue por el mismo tiempo a vivir con su suegro. Nuestra familia se quedó, pues, compuesta de Net-no-kwa y yo, la niña Bahwetig, de un hijo de Taw-ge-we-ninne, Ke-zhik-o-we-ninne, que empezaba a salir de la infancia, y los dos niños pequeños. Me vi por primera vez solo para pasar el invierno con una familia a quien tenía que sostener sin auxilio alguno ajeno. Wa-be-be-nais-sa acampaba a una jornada de nosotros; yo había muerto durante la buena estación muchos castores y otros animales, de modo que teníamos víveres para algún tiempo; también estábamos bien provistos de mantas y vestidos.

Una mañana muy fría, que salía yo a cazar, me quité todos mis adornos de plata y los colgué en la choza; la anciana me preguntó el motivo, y le respondí que eran incómodos en un tiempo tan frío, y que además podía perderlos persiguiendo la caza. Me hizo algunas reconvenciones, pero insistí y salí. En el mismo instante se puso Net-no-kwa en camino para ir a visitar a Waw-be-be-nais-sa; su ausencia debía durar dos días; nuestra cabaña quedaba al cuidado de Skwah-chish (este era el nombre de la niña de Bahwetig) y de Ze-zhik-e-we-ninne.

Al volver por la noche muy tarde, después de una cacería larga y desgraciada, me encontré a los niños temblando y gritando junto a las cenizas de nuestra cabaña, incendiada por un descuido suyo. Todo se había consumido; mis adornos de plata, una escopeta, varias mantas y muchos vestidos se habían perdido; no nos quedaba más que un saco de medicina¹³ y un barrilito de ron que arrojé lejos de mí, desesperado al ver que el único objeto salvado nos era inútil y aun perjudicial. Quité en seguida a la pequeña su manta, y la envié a pasar la noche en la nieve, diciéndole que, ya que su descuido nos había dejado sin abrigo, justo era que ella sufriese más frío que los demás; el niño durmió a mi lado sobre las cenizas calientes.

A la mañana siguiente, muy temprano, volví a salir a caza, y como sabía lo que se iba a encolerizar la vieja al saber su desgracia, me arreglé de tal modo que no volví hasta la noche. Al acercarme al sitio donde había estado nuestra choza, le vi reprender y pegar a la niña. Cuando me acerqué, me preguntó por qué no la había muerto en cuanto vi nuestra cabaña reducida a cenizas.

—Puesto que no has querido matarla, voy a matarla yo.

—¡Oh, madre mía! ¡No me mates! Yo te pagaré todo lo que has perdido.

—¿Qué tienes que darme? ¿Cómo podrás pagarme? —dijo la anciana.

—Te lo dará el Manítú —respondió la niña—, el gran Manítú descenderá para recompensarte por no haberme muerto.

Carecíamos absolutamente de víveres, y estábamos casi desnudos; tomamos el partido de ir a la factoría de Ancel, a Ke-new-kan-nes-he-way-boant, donde obtuvimos un crédito del valor de un paquete de pieles de castores. Provistos de mantas y de vestidos, fuimos a reunirnos con Wa-me-gon-a-biew, que nos acompañó con su mujer hasta el punto donde se elevaba poco antes nuestra cabaña.

Empezamos a reparar nuestras pérdidas construyendo una choza de césped para abrigarnos mientras preparábamos el puk-kwi para un nuevo wigwam. Las mujeres manifestaban mucha industria en todas sus labores, y ninguna más que Skwah-shih; por la noche, cuando la oscuridad no me permitía cazar, les ayudábamos Wa-me-gon-a-biew y yo. En pocos días estuvo concluida nuestra vivienda, y mi hermano, después de matar tres alces, se volvió a su casa.

13 La palabra *medicina* se aplica en América a los remedios y a los amuletos. Según las costumbres de Net-no-Kwa, es probable que esta palabra se halle usada aquí en su doble acepción. Mr. de Chateaubriand emplea el término de *saco de medicina*. «Los indios, dice John Hunter, poseen en general, entre el número de las provisiones más esenciales de sus cabañas, cortezas, raíces y hierbas medicinales, y hasta en sus viajes, las de uso más frecuente forman parte de su equipaje. La mayor parte de las familias tienen su saco de medicina o saco sagrado, hecho de piel de castor o de nutria adornado con esmero, y que encierra los objetos necesarios a su arte médico y a su culto. El uso de estos sacos varía en las diferentes tribus; algunas veces están consagrados a un objeto único; otras la diversidad de su contenido los convierte en verdaderos *popurris*; pero siempre se los considera como sagrados, y no recuerdo un solo ejemplo de que hayan sido violados por manos profanas.»

La abundancia y el buen humor volvieron pronto. Una noche la anciana llamó a la niña y le preguntó si se acordaba de sus promesas; Skwah-shish no respondió, y Net-no-kwa aprovechó aquella ocasión para hacerle comprender la inconveniencia de servirse del nombre de la divinidad de una manera ligera e irreverente.

12. Un charlatán del desierto.

Recolección de azúcar de arce. Nieves y escarchas de primavera. Preparativos guerreros. Campaña perdida. Encuentro en el estanque de los castores. Hospitalidad. Aldea imaginaria. La pradera. El médico ventrílocuo.

Permanecemos en aquel punto hasta la primavera, y al principio de la estación del azúcar, nos dirigimos a Ke-new-kau-nesheway-boant. Suplicamos a los indios que residían allí nos dieran algunos árboles para nuestra recolección, y nos indicaran un sitio donde no crecía más que un corto número de arces de una vegetación muy pobre. Net-no-kwa, descontenta, no quiso quedarse allí. Después de dos días de marcha encontramos lo que buscábamos; los castores abundaban en los alrededores. Al terminar nuestra recolección de azúcar, Wa-me-gon-a-biew vino a visitarnos en la mayor miseria con su suegro y toda su numerosa familia. Nosotros nos hallábamos en estado de poder darles alguna cosa, pero la vieja Net-no-kwa, entregándoles diez pieles de castor de las mejores no pudo menos de decir: «Estos castores y otros muchos han sido muertos por mi hijo menor, el cual tiene mucha menos fuerza que tú y que Wa-me-gon-a-biew.» Y parecía que les hacía aquel obsequio con poca voluntad, lo cual pareció mortificar al anciano. Algunos días después nos dejaron para ir a buscar a los tratantes, y Waw-be-be-nas-sa vino a reunirse con nosotros en el momento en que íbamos a partir para la factoría de Mouse-River. Las hojas de los árboles habían brotado ya, y cogíamos esturiones en el río, cuando cayó una nevada que cubrió el suelo hasta la altura de la rodilla; después heló tan fuertemente que los árboles se rajaban como en medio del invierno. El río se heló y muchos árboles murieron.

En la factoría de Mouse-River, los asinebainos, los crees y los gibbeways se reunían de nuevo para ir a socorrer a los mandanes contra los a-gutch-a-ninne-wugs, pueblo que ya he citado. Me asaltó el deseo de acompañarlos, y dije a la anciana: «Quiero ir con mis tíos que van a reunirse con los mandanes.» Ella trató de disuadirme, y no pudiendo conseguirlo, me cogió mi escopeta y mis mocasines. Esta oposición no hizo más que animar mi ardor, y seguí a los indios descalzo y sin armas, esperando que alguno de ellos me prestaría socorro; pero me equivoqué, porque me rechazaban sin querer escuchar mis súplicas.

Irritado y descontento, vi que no me quedaba más remedio que volver y permanecer con las mujeres y los niños. No volví a pedir mi escopeta a la anciana, y cogiendo mis trampas dejé nuestra cabaña, y no volví a ella sino con una porción de pieles de castor suficientes para obtener en cambio otra escopeta; pero mi ardor belicoso se había apagado. La mayor parte de las mujeres que los guerreros habían dejado empezaban a carecer de víveres, y no sin grandes esfuerzos míos y de los pocos hombres jóvenes y viejos que se habían quedado, pudimos evitar el hambre.

Los guerreros volvieron después de haber hecho poco o nada; entonces nos separamos, y nuestra familia se dirigió hacia Elk-River (el río del Alce), acompañada de un pariente de Net-no-kwa, llamado Wan-zhe-gaw-maish-kun (el que anda a lo largo del río): aquel hombre tenía dos mujeres, una de las cuales se llamaba Me-sau-bis (plumón de pollo); lle vaba también consigo otro cazador distinguido, llamado Kau-wa-be-nit-to (el que los asusta a todos.) Desde Mouse-River nos encaminamos casi en derechura al Norte, y como teníamos seis caballos, nuestra carrera fue rápida; sin embargo, necesitamos muchos días para llegar al nacimiento del río del Alce. Allí se separó de nosotros Wau-zhe-gaw-maish-kum para una expedición guerrera por la parte del Misuri; pero Kau-

wa-be-nit-to se quedó y nos dio siempre la mejor parte de la caza; también me indicó un estanque y un dique de castores a cierta distancia.

Me dirigí a él una tarde, y descubrí bien pronto un sendero abierto por los castores al arrastrar malezas al estanque; me embosqué muy cerca, esperando ver pasar caza pronto; apenas me había colocado, cuando oí a poca distancia un ruido semejante al que hace una mujer preparando pieles: me alarmé un poco, porque como no conocíamos indios en aquel distrito, era de temer que hubiera acampado en las cercanías alguna tribu enemiga; pero, decidido a no reunirme a mi familia sin haber aclarado mis dudas, preparé mi escopeta y avancé con precaución por el sendero. Mi vista avanzaba hasta muy lejos delante de mí; apenas me adelanté un poco, cuando volviendo los ojos a un lado, vi en las malezas, cerca de mí, a un paso lo más del sendero, un indio desnudo cubierto de pinturas, tendido boca abajo y apuntando con su fusil como yo. En el mismo momento, sin saber lo que hacía, salté al otro lado del sendero, e iba a tirar, cuando me contuvo una gran risotada; todas mis aprensiones se disiparon, y el indio, levantándose, me dirigió la palabra en la lengua de los ojibbeways.

Había creído como yo, que no había en las cercanías más indios que su familia; y al venir de su choza, que estaba situada muy cerca del estanque de los Castores, se había quedado sorprendido al oír el paso de un hombre por las malezas. Me había visto antes que yo a él, y se había ocultado por no saber si era un amigo o un enemigo; después de algunos instantes de conversación, vino conmigo a nuestra cabaña, y Net-no-kwa reconoció en él a un pariente. Aquel hombre y su familia pasaron unos diez días con nosotros, y después fueron a acampar a cierta distancia.

Por segunda vez me veía amenazado de permanecer un invierno entero solo con una familia que mantener; pero, al sentirse los primeros fríos, siete cazadores naudoways, uno de los cuales era sobrino de Net-no-kwa, llegaron a Mo-ne-ong (Monte-real), y se decidieron a quedarse con nosotros. Al caer las hojas y empezar el invierno matamos muchos castores. Yo aventajé en la caza a cinco de los naudoways, y aunque tenía cada uno diez lazos y yo sólo seis, cogí siempre más castores que cada uno de ellos; los otros dos podían vencerme en casi todos los ejercicios.

En el curso del invierno recibimos en nuestro campo dos nuevos naudoways, que cazaban para la compañía llamada por los indios ojibbeways, Way-met-e-goosh-shewug (los chippeways franceses.) Poco tiempo después de su llegada, la caza escaseó y empezó a sentirse el hambre, por lo cual convenimos todos juntos en ir a la caza de bisontes. Por la noche todos los cazadores volvieron, excepto dos naudoways, un joven alto y un viejo pequeñito. Al día siguiente volvió el joven indio con una piel de bisonte recién preparada y un par de mocasines nuevos; nos refirió que había encontrado en su camino siete cabañas de crees, de los cuales le había costado mucho trabajo hacerse entender; pero que después fue recibido en una de aquellas chozas, donde le dieron de comer, le trataron bien y le hicieron pasar allí la noche. A la mañana siguiente dobló la piel de bisonte sobre que había dormido, y la iba a dejar, cuando le dijeron que se la regalaban; y una de las mujeres, advirtiéndole que sus mocasines no eran buenos, le entregó otros nuevos.

Esta hospitalidad es muy común en los indios que no han tenido sino muy pocas relaciones con los blancos, y es la primera virtud que los ancianos enseñan a los niños en las conversaciones de la noche; pero los naudoways estaban poco acostumbrados a aquel trato en las comarcas de donde venían.

Pocos instantes después volvió el viejo: nos dijo que había encontrado cincuenta cabañas de asineboinos, y que le habían hecho muy buena acogida; que aquellos indios tenían provisiones abundantes y costumbres hospitalarias. Aunque no traía prueba alguna de lo que decía, nos persuadió de que no podíamos hacer cosa mejor que ir a reunirnos con aquellos asineboinos. A la mañana siguiente, cuando nos disponíamos a seguirle nos dijo: «No estoy dispuesto todavía, tengo que componer primero mis mocasines.» Uno de los cazadores jóvenes, para evitar un retardo inútil, le dio un par de mocasines nuevos. Entonces dijo que quería cortar un pedazo de su manta para hacerse guantes; uno de nuestros compañeros tenía pedazos cortados y se los ofreció. El viejo entonces nos expuso otros varios motivos de dilación, cuyo resultado fue que todos le fueron

proveyendo de alguna cosa. Pero por último, empezamos a poner en duda su veracidad; algunos de los circunstantes, siguiendo sus huellas, reconocieron que no había ido lejos, ni encontrado indio alguno, comido nada después de su salida.

Las cincuenta cabañas de asineboinos no existían más que en la imaginación del viejo, por lo cual fuimos a buscar a los crees que el joven naudoway había encontrado. La casualidad nos hizo tropezar en nuestro camino con otra partida de la misma tribu; eran extranjeros para nosotros, pero preguntando por su jefe, fuimos a sentarnos a su hogar; las mujeres pusieron en seguida la caldera al fuego, y sacaron de un saco una sustancia desconocida de todos nosotros que excitó vivamente nuestra curiosidad. Servida nuestra comida, reconocimos que eran pececillos de una pulgada apenas de largos y todos de igual tamaño. En el momento de echarlos en la caldera, formaban juntos una masa compacta enteramente helada; aquellos pececillos, que desde entonces nos acostumbremos a coger y a comer, se encuentran en huecos que quedan abiertos sobre los estanques poco profundos, y se reúnen allí en tal abundancia, que se pueden coger a manos llenas por centenares.

Cuando acabó nuestra comida, la india, que parecía la principal mujer del jefe, examinó nuestros mocasines y nos dio a cada uno un par nuevos. Aquellos indios iban de viaje y nos dejaron muy pronto; entonces nos decidimos a formar un *sunjegwun* o depósito de los objetos que podrían estorbarnos, en una marcha larga, ir a las llanuras a la caza de los bisontes. Seguimos, pues, el sendero de los crees a quienes nos reunimos en la pradera.

Era a mediados de invierno; poco después, el joven naudoway que nos había guiado cayó enfermo; sus amigos suplicaron a un médico viejo de la partida de los crees, llamado Mukkwah (el oso), que trabajara en su curación. «Dadme, dijo el viejo, pieles de castor y emplearé mi arte en curarle.» Habíamos dejado nuestras pieles en depósito, y desde nuestra llegada no habíamos muerto mas que nueve castores; pero el médico aceptó, en lugar de la décima piel, un pedazo de paño igual, a lo menos en valor, y preparó su choza para recibir al enfermo, que se sentó sobre una estera junto a la lumbre. El viejo Muk-kwah, ventrílocuo, de un talento muy adocenado y médico de poca reputación, imitó diferentes sonidos lo menos mal que pudo, y quiso hacer creer a los circunstantes que aquellos sonidos salían del pecho del enfermo. Nos dijo, en fin, que reconocía el ruido de un mal fuego en el seno del naudoway, y poniendo una mano sobre su corazón, y la otra y la boca en su espalda, sopló y frotó algún tiempo hasta que cayó al suelo una bolita como por accidente; continuó todavía soplando y frotando, ya arrojando la bolita, ya rodándola entre sus manos, y por último la echó al fuego, donde ardió con un ligero chisporroteo semejante al de la pólvora húmeda.

Nada de esto me sorprendió, porque le había visto esparcir un poco de pólvora por el suelo donde había caído la bola. Advirtiéndolo sin duda que lo que había hecho no satisfacía a los naudoways, pretendió que había una serpiente en el seno del enfermo, y que no podía hacerla salir hasta el día siguiente. En aquella segunda sesión, después de varias precauciones parecidas y otras mojigangas del mismo género, enseñó una serpiente pequeña que aseguraba haber sacado del cuerpo del enfermo. Durante algún tiempo, tuvo puesta una mano en la parte del cuerpo de donde pretendía haber extraído la serpiente, esperando decía, a que se cerrara la abertura. No quiso destruir la serpiente y la guardó con cuidado, por temor, aseguraba, de que no se introdujera en algún otro indio. Esta superchería mal sostenida no produjo efecto alguno sensible en el enfermo y dio mucho que reír a los naudoways; pronto aprendieron a imitar sus diferentes sonidos, e hicieron de ello un objeto de burla y diversión. Algunos de los hombres más respetables y más sensatos de entre los crees, nos advirtieron que en lo sucesivo no nos fiáramos nunca de Mukkwah, que entre ellos pasaba por loco.

13. La pasión de la caza.

Derecho de caza. Canadienses hospitalarios. Arces de río. Escenas de embriaguez. Desafío a la caza de conejos. Ciento ochenta caballos robados. El caballo golpeado y la mujer abandonada.

En aquella época tuve algunas diferencias con un indio nadoway que cazaba para los ojibbeways, Way-me-ta-goo-she-wugs. Habiendo llegado a la comarca después que yo, su derecho de cazar en ella no era ciertamente mejor que el mío. Una o dos veces se había quejado de que yo recorría cantones que pretendía tener derecho de reservarse. Habiendo entonces descubierto una tropa de castores, tendí mis lazos a corta distancia y los dejé, según costumbre, hasta el día siguiente. Al volver por la mañana vi que aquel indio había seguido mis pasos, arrojado todas mis trampas a la nieve y colocado las suyas en el mismo sitio. No había cogido más que un castor y no vacilé en apoderarme de él, y siguiendo su ejemplo volví a colocar mis trampas. El negocio se hizo público bien pronto; pero todos los indios, hasta sus amigos los naudoways, se pronunciaron en contra suya y me prometieron su apoyo. En los negocios de esta naturaleza, las costumbres de la tribu hacen ley para los indios, y cualquiera que se aventura a separarse de ellas no puede esperar apoyo alguno. Es raro que la opresión o la injusticia, en negocios de derecho privado, de hombre a hombre, se haga sentir entre los indios.

Cerca de un mes permanecimos en la pradera antes de volver a la choza donde habíamos dejado a la anciana; en seguida fuimos a nuestra factoría de Elk-River. Yo me había separado de los naudoways y vivía solo con mi familia. En nuestra vecindad había una choza de Tuskwaw-go-mees del Canadá; la primera vez que los visité y que entré bajo su techo, ignoraba lo que eran. El hombre se acercó a mí, cogió mis sandalias, las hizo secar al fuego, y viendo que necesitaban una ligera reparación, se la encargó a un viejo; después me propuso ir juntos a caza mientras las componía. Mató varios castores y me los dio todos. Los buenos procederes de aquella familia no se desmintieron mientras permanecimos en su intermediación. Su lenguaje se parece al de los ojibbeways, sin más diferencia que la que se observa entre la de los crees y la de los muskegoes.

Cuando volvió la estación del azúcar, trasladé mi campo a dos millas más abajo del fuerte de Elk-River; los árboles de azúcar, llamados por los indios she-she-ge-ma-winzhs, son de la misma especie que los que se hallan comúnmente en los valles del alto Mississipi donde los blancos los llaman arces de río. Son grandes, pero están muy dispersos; y por esta razón establecimos dos campamentos, uno a cada lado del río. Yo me quedé solo en una orilla y la anciana en la otra con los niños. Mientras recogía el azúcar, maté un gran número de gansos, ánades, aves de otras especies, y castores. Cerca de mi campamento había un gran manantial salobre del que los tratantes hacían ordinariamente sal. Aquel manantial tiene cerca de treinta pies de diámetro; su agua es azul, y con las pértigas más largas no se le encontraba el fondo. Está situada muy cerca de Elk River, entre el Asineboin y el Sas-kaw-jawun, a uros veinte días de camino del lago Winnipeg. En aquella parte de la comarca hay muchos manantiales y lagos salados, pero no conozco ninguno de tanta consideración.

En aquel país encontré un blanco que se entretuvo mucho en mi compañía, y quiso persuadirme a que le siguiera a Inglaterra¹⁴; pero temí que me abandonara allí, y que no me fuera posible reunirme otra vez con mis amigos de los Estados Unidos, si existían aún; además me gustaba mucho la vida de cazador, ya como necesidad, ya como diversión, por lo que rehusé sus ofertas. En el número de los indios que se reunieron en la primavera cerca de la factoría, se hallaba nuestro viejo compañero y amigo Pe-shau-ba; todo el producto de las cazas del invierno y de los últimos días, toda la recolección del azúcar, todo lo que poseían los indios se cambió, como de

14 Algunos infelices chippeways, conducidos así a Inglaterra, se han presentado primero en algunos teatros, para ser luego abandonados a la caridad pública; un príncipe de la casa real acaba de hacerlos embarcar a sus expensas para el Canadá.

ordinario, en whisky. Cuando no quedó nada, la vieja Net-no-kwa fue a coger, detrás del hogar de la factoría, un barril de diez jarros que había escondido allí el año anterior.

Aquella larga orgía, acompañada de quimeras y desorden, fue seguida del hambre y de la miseria; algunos indios, para evitar el hambre que empezaba a sentirse, propusieron una especie de desafío entre todos los cazadores reunidos, a quien cogiera más conejos en un día. En aquella lucha vencí a Pe-shau-ba, uno de mis primeros maestros en el arte de la caza; pero él tenía una gran superioridad sobre mí cuando se trataba de perseguir animales grandes.

Desde la factoría tomamos por el río de los Cisnes y el Me-nau-ko-nos-keeg, el camino del río Colorado, y nos detuvimos en el camino para coger castores con lazo, ayudándonos un joven llamado Nan-ba-shish que se había unido a nosotros hacía algún tiempo; no tardé en descubrir huellas de indios, que debían seguir la misma dirección, con sólo dos días de delantera, y resolví hacer por alcanzarlos; dejando a la anciana y a mi familia con Nau-ba-shish, monté en mi mejor caballo y seguí las huellas por la pradera.

Después de algunas horas de marcha, reconocí un sitio en que se había elevado una cabaña la víspera, y mi caballo pasó por un tronco de árbol que atravesaba el sendero; de repente una gallina de prado¹⁵ se levantó de entre los pies de mi caballo, que se espantó, y me hizo caer sobre el tronco del árbol, de donde rodé al suelo; como tenía cogida la brida, me apoyó las dos manos en el pecho; pasé algunas horas sin poder montar a caballo, y cuando lo logré al fin, me decidí a continuar mi camino hacia los indios, de los cuales creía estar más cerca que de mi propia cabaña. Al llegar a ellos, no podía hablar; vieron que estaba herido, y me trataron con bondad. Aquella caída fue muy grave; nunca me he restablecido completamente.

Al ir a visitar a aquellos indios, llevaba por objeto principal saber noticias de Wa-nie-gon-a-biew, pero no le habían encontrado. Entonces me decidí a dejar a la anciana cerca del Me-nau-ko-nos-keeg, y a dirigirme solo al río Colorado. Tenía cuatro caballos, uno de los cuales, muy vivo y muy hermoso, pasaba por el mejor entre ciento ochenta, que acababa de quitar a los *indios falls*¹⁶ un pequeño ejército de crees, de asineboins y de ojibbeways. En aquella campaña de siete meses, los guerreros habían destruido una población, cogido ciento cincuenta cabelleras y algunos prisioneros.

Diez días después de salir del Me-nau-ko-nos-keeg con mi buen caballo, llegué a la factoría de Mouse-River. Allí supe que Wa-me-gon-a-biew estaba en Pembinah, a orillas del río Colorado. Mr. Mackee me dio un guía para llegar al nacimiento del río de Pembinah, donde encontré a Aneeb, tratante que ya le citado. A una jornada de camino de su factoría, encontré la cabaña del suegro de Wa-me-gon-a-biew pero mi hermano no estaba allí, y el viejo no me recibió muy cordialmente; vivía con una partida de crees que ocupaban cerca de cien chozas. Viendo que las cosas no iban como yo deseaba, pasé la noche en casa de un viejo cree, a quien conocía anteriormente.

Por la mañana me dijo aquel viejo: «Creo que matan a vuestro caballo; id a ver qué le hacen.» Corrí en la dirección que me indicaba; una porción de jóvenes y muchachos habían derribado a un caballo y le daban de golpes. Cuando llegué, unos le sujetaban por la cabeza, mientras otro, subido encima de él, le llenaba de golpes.

—Amigo mío —le dije—, baja de ahí.

—No quiero —respondió.

—Entonces te ayudaré yo.

Y tirándole de espaldas, arranqué la brida de las manos de los que sujetaban a mi caballo, y le volví a llevar a la cabaña de mi huésped; pero nunca se restableció de los golpes que había llevado.

Quise averiguar la causa de aquel maltrato tan inesperado, y supe que Wa-me-gon-a-biew, después de tener una contienda con su suegro, había abandonado a su mujer. En aquella cuestión habían sido muertos el caballo y el perro del anciano; sus amigos se vengaban a mis expensas. No

15 Es el *tetrao europasianus* de Carlos Bonaparte, especie de ortiga grande nuevamente descrita, y común en las fuentes del Misuri: varios viajeros la llaman impropriamente gallo de los matorrales.

16 No hemos descubierto ningún indicio acerca de estos indios. Las diferentes tribus con sus divisiones forman un catálogo inmenso.

me pareció toda la culpa de Wa-me-gon-a-biew: había tratado a su mujer como lo hubiera hecho cualquier otro indio, y sólo la había dejado porque el viejo no quería separarse de ella, y exigía que su yerno le siguiera a todas partes. Wa-me-gon-a-biew, más amigo de la independencia, había obrado en aquella ocasión de la manera mas pacífica, hasta el momento en que la familia de su mujer le había atacado.

Como me hallaba solo, temí que me siguieran y me maltrataran; pero no me sucedió nada de esto, y al siguiente día llegué a la cabaña que Wa-me-gon-a-biew ocupaba entonces con su segunda mujer. Su nuevo suegro, a quien yo conocía ya, se quedó muy sorprendido al saber que venía del Menau-ko-nos-keeg; aquella comarca es raro emprender solo un viaje tan largo.

Allí permanecí cuatro días cazando con mis amigos, y volví atrás con Wa-me-gon-a-biew y su mujer a ver a Net-no-kwa. Teníamos que detenernos en la aldea donde habían querido matar a mi caballo; el anciano se había alejado, pero al saber nuestra llegada, volvió al momento con sus hermanos. Pasamos la noche en una cabaña inmediata a la tienda del tratante. Quise velar, porque temía alguna nueva tentativa de robo o de maltrato, pero venció el cansancio y me dormí. La noche estaba ya muy adelantada, cuando Wa-me-gon-a-biew me despertó para decirme que el viejo había venido a quitarle su escopeta colgada encima de su cabeza, y que hallándose él entonces enteramente despierto y oculto bajo su manta, no había perdido de vista a su anciano suegro hasta el momento de salir de la cabaña. Le respondí que tenía bien merecido el perder su fusil, puesto que sufría que un viejo se lo quitase a sus propios ojos. Sin embargo, intenté, aunque en vano, hacer devolver aquella arma.

14. La caza.

Miseria y peligros. La grulla blanca. Encantos de la vida salvaje. El hombre helado. El viejo cazador. Costumbres del alce. Observaciones sobre el alce y el caribú.

Antes de llegar a Mouse-River, mi caballo se había puesto tan débil y tan flaco, que no podía llevar ni aun a la mujer de Wa-me-gon-a-biew. Hicimos alto dos días. Habíamos sufrido mucha hambre, porque desde hacía mucho tiempo nuestra caza se había reducido a un bisonte muy pequeño, cuando encontramos una pequeña partida de crees, a las órdenes de un jefe llamado O-ge-mah-wah-shish, es decir, el hijo del jefe. En lugar de socorrernos nos recibieron muy mal, y oí que hablaban de matarnos, a causa de una antigua contienda que habían tenido con los ojibbeways. No quisieron vendernos más que un tejón pequeño, y no nos descuidamos en alejarnos cuanto antes. Después de otros dos días de miseria, encontramos un ojibbeway llamado Wawb-uche-chawk (la grulla blanca), que acababa de matar un alce grande.

Vivimos un mes con aquel hombre, siempre en la abundancia y pasando las noches en su cabaña. Partimos juntos y no se separó de nosotros hasta Rush-lake-river¹⁷. La anciana se había alejado de la factoría, donde la dejé para ir a vivir con indios a una distancia de cuatro jornadas. Mis caballos habían sido abandonados y habían muerto a pesar de todas las recomendaciones que hice a Net-no-kwa. El caballo que acababa de llevarme al río Colorado había también muerto, y no me quedaba ni uno. Net-no-kwa, según toda apariencia, había renunciado a contarme entre su familia, y Wa-me-gon-a-biew me dejaba.

Permanecí algún tiempo solo cerca de la factoría; el tratante, Mr. Mac-Glees, fijó por último la atención en mí y me invitó a ir a vivir con él. Me habló tanto de dejar a los indios, que más de una vez estuve tentado a seguir su consejo. Pero siempre que pensaba en quedarme en la factoría,

¹⁷ El río del lago de los juncos.

experimentaba un invencible sentimiento de repugnancia¹⁸. Pasar todo mi tiempo en la caza era para mí una suerte tan envidiable, como insoportable me parecía la existencia monótona de los hombres empleados en las factorías.

En el manantial del Mo-nan-ko-nos-keeg, había una factoría que fui a visitar con cinco franceses y una mujer ojibbeway, enviados por Mr. Mac-Glees. No llevamos víveres más que para una comida, y todo se comió en la primera noche; hacia mediados del tercer día, llegamos a una pequeña ensenada de agua salada, donde vimos un hombre sentado en la cumbre de un montecillo inmediato. Nos acercamos a él, pero no respondió a nuestras preguntas, quisimos moverle y levantarlo; estaba tieso de frío, y cuando le soltamos, cayó como una masa completamente helada; su respiración no se había extinguido todavía; pero sus labios permanecían inmóviles, y presentaba todas las señales de la muerte. A su lado estaba su calderillo, un saquito con un eslabón y una piedra, una lezna y un par de mocasines. Ensayamos todos los medios posibles de volverle a la vida, pero inútilmente. Considerándole muerto, aconsejé a los franceses que le llevaran a la factoría para darle una sepultura conveniente; adoptaron mi opinión, y supe después que había cesado de respirar una o dos horas después de la partida.

Parece que le habían despedido de la factoría situada al nacimiento del río, porque era muy perezoso y no ganaba lo que comía. Desprovisto casi enteramente de víveres, se había dirigido a la cabaña de Wa-me-gon-a-biew, que le había dado de comer y le había ofrecido abundantes provisiones; pero lo había rehusado todo diciendo que no podía llevarlas. Estaba ya muy débil, y había necesitado dos días para arrastrarse hasta el sitio donde le encontramos, a muy poca distancia de su punto de partida. Desde allí me dirigí con la mujer ojibbeway a la cabaña de Wa-me-gon-a-biew.

Hacia un mes que cazaba con mi hermano, cuando Net-no-kwa, que me buscaba por todas partes, vino a reunirse con nosotros. Wa-me-gon-a-biew fue a cazar los castores en un cantón que le designé a orillas del Clam-River, y volví con Net-no-kwa a Me-nan-ko-nos-keeg a coger el azúcar. Formábamos una reunión de diez hogares, y acabada la recolección, fuimos todos juntos a la caza de los castores. En las cazas de esta especie, los productos se reparten algunas veces con igualdad, pero se convino que cada cual guardaría lo que hubiese muerto. En tres días reuní todas las pieles que podía llevar; pero en estas correrías largas y rápidas, apenas se pueden llevar provisiones consigo, y el hambre no tardó en hacerse sentir en toda la partida. La mayor parte de los hombres se pusieron como yo, sumamente débiles por falta de alimento, e incapaces de cazar un poco lejos.

Un día, cuando empezaba el hielo a derretirse en los estanques, descubrí en un estanque pequeño, a una milla del campo, las huellas recientes de un alce; las seguí y maté al animal. Como era el primero de su especie, se celebró y se devoró toda en un día.

Poco después se trasladaron todos los indios, en dos días de marcha, a la embocadura del río, donde Wa-me-gon-a-biew fue a reunírseles; su caza había sido más afortunada a las orillas del Clam-River. Nos quedamos a una milla del lago, cerca de la factoría, hasta que se vendieran todas las pieles, y mi familia, acompañada solamente de Wa-me-gon-a-biew, volvió a la embocadura del

18 «¿Por qué se encuentra tanto encanto en la vida salvaje? ¿Por qué el hombre más acostumbrado a ejercitar su pensamiento se olvida de todo alegremente en el tumulto de una cacería? Comer en los bosques, perseguir a los animales silvestres, construir su choza, encender su fuego, preparar uno mismo su comida cerca de una fuente es a la verdad un gran placer. Mil europeos han conocido este placer y lo han encontrado superior a todos los demás.» (Mr. de Chateaubriand, *Viaje a América*.)

«Es un hecho digno de notarse que los blancos, conducidos entre los indios, se aficianan sin reserva a sus costumbres y no las abandonan sino muy rara vez. He visto dos ejemplos de blancos que, al llegar a la edad viril, han renunciado a todas sus relaciones y a las costumbres de la vida civilizada, para adoptar las de los indios.» (John Hunter, p. 22.)

El gobernador Denonville escribía en 1683: «Los salvajes que se han acercado a nosotros no se han afrancesado, y los franceses que han vivido entre ellos con frecuencia han acabado por hacerse salvajes.»

Saint-John Creve Coeur, en sus *Cartas de un cultivador americano*, habla detalladamente de jóvenes blancos de las fronteras que van a reunirse con los salvajes. Sería muy largo citar todas las autoridades que dan fuerza a este argumento tan contrario a la civilización.

río. El trayecto era tan corto, que no hicimos entrar a los perros en las canoas; levantaron en la orilla un alce que se arrojó a nado en seguida; le perseguimos por el lago, y murió al salir del agua.

Por aquel tiempo encontramos a un viejo jefe ottawaw llamado Wi-se-to-tai-gun (el que tiene una campana) y más comúnmente Wa-ge-to-te: era un pariente de Net-no-kwa; tenía dos mujeres, y su familia ocupaba tres cabañas; uno de sus hijos tenía también dos mujeres. Pasamos juntos dos meses, y casi todas las mañanas me convidaba a cazar con él; al volver, me daba siempre la mejor parte, y aun algunas veces la totalidad de lo que había muerto; se tomó la incomodidad de enseñarme la caza del alce y de otros animales difíciles de alcanzar. Wa-me-gon-a-biew y su mujer nos dejaron entonces para dirigirse al río Colorado.

Los indios están persuadidos generalmente de que el alce, más diestro que ningún animal cuando se trata de su conservación, tiene, entre otras facultades, la de permanecer mucho tiempo debajo del agua. Dos hombres de la partida de Wa-ge-to-lah-gun, a quienes conocía perfectamente, y consideraba dignos de fe, volvieron una noche de caza, después de estar todo el día ausentes, y nos dijeron que habiendo perseguido un alce hasta un estanque pequeño, la vieron desaparecer en medio; eligiendo posiciones que les permitieran observar toda la superficie del agua, habían permanecido allí fumando y velando hasta caer la noche. Durante todo este tiempo no advirtieron movimiento alguno del agua ni ningún otro indicio de la posición del alce; por último, perdiendo toda esperanza de verla, se pusieron en camino.

Pocos instantes después de este relato, apareció un cazador aislado, cargado de carne fresca; aquel hombre refirió que habiendo seguido, durante algún tiempo, la huella de un alce, había llegado a las orillas de un estanque, donde había descubierto las pisadas de dos hombres, y que como todo indicaba que habían llegado a aquel punto casi al mismo tiempo que el alce, deducía que debían haberla muerto; no obstante, acercándose con precaución a la orilla, se sentó, y a poco rato vio al animal salir poco a poco de en medio del agua, que no era profunda, y encaminarse recta hacia él, que la mató en el estanque a muy corta distancia.

Los indios miran al alce como más prudente y más difícil de alcanzar que ninguna otra especie de caza. Es más vigilante y tiene los sentidos más finos que el bisonte y el caribú; es más ágil que el reno, más prudente y más listo que el antílope. En medio de la tempestad más violenta, cuando el viento y el trueno mezclan, sin intervalo alguno, sus largos mugidos al ruido continuo de una lluvia que cae a torrentes, si el pie o la mano del hombre rompe la menor rama seca en los bosques, el alce lo oye; no huye siempre, pero cesa de comer y espía todos los ruidos. Si en cosa de una hora el hombre no hace ningún ruido, ningún movimiento, el alce empieza a comer otra vez, pero no olvida lo que ha oído, y durante algunas horas su vigilancia es más activa.

Wa-ge-to-tal-gun, el jefe con quien vivíamos, aprovechaba todas las ocasiones de instruirme acerca de las costumbres de el alce y de los demás animales, y manifestaba un gran placer siempre que mis esfuerzos en la caza tenían buen éxito. Cuando llegó el momento de separarnos, convocó a todos los cazadores jóvenes para una expedición de un día; varios jóvenes fueron de la partida; en ella mató un alce macho muy grande y me lo regaló.

Entre el lago Winnipeg y la bahía de Hudson, la comarca es baja y pantanosa; aquella es la región de los caribús. Más al oeste, entre el Asineboin y el Sas-kow-jawun, está la comarca de las praderas donde viven los alces y los bisontes. Ni los alces ni los caribús¹⁹ pasan nunca por el territorio unos de otros.

19 Esta observación es idéntica a la que se ha hecho en Europa sobre los ciervos y los gamos.

15. Escenas de embriaguez.

Proposición de matrimonio. Tráfico, embriaguez y robo. La mujer embriagada. El ojibbeway descubierto. Alces forzados en la caza a pie por las nieves. Epizootia entre los castores. Ayuno por pundonor.

En los primeros días de la primavera volvimos a Me-nan-ko-nos-keeg por el camino del campamento que habíamos ocupado durante la recolección del azúcar; como no me gustaba la compañía de los indios durante sus escenas de embriaguez, quise disuadir a la anciana de acompañarlos a la factoría. Le hice presente cuán poco razonable era dar nuestras pieles a cambio de un licor no sólo inútil, sino pernicioso y envenenado, y por fortuna tuve bastante influencia sobre ella para que se dejara conducir sin dilación al campamento de caza que había ya elegido.

Fue a despedirse de Wa-se-to-te, y cuando volvió, conocí fácilmente por su aspecto que había pasado alguna cosa extraordinaria. Me hizo acercar y me dijo: «Hijo mío, ya ves que voy siendo muy vieja, que apenas puedo hacer nuestros mocasines, preparar nuestras pieles, conservarlas y ejecutar las demás faenas necesarias en una cabaña. Vas a ocupar tu lugar de hombre y de cazador. Conviene que tengas una mujer joven y fuerte, que cuide de todo lo que te pertenece y mantenga en buen orden tu cabaña. Wa-ge-to-te, que es un hombre de bien, respetado de todos los indios, quiere darte su hija; así ganarás un amigo y un protector poderoso, que podrá ayudarnos en los momentos difíciles, y yo quedaré libre de mucha pena y tormento por nuestra familia.»

Mucho tiempo me estuvo hablando en el mismo sentido, pero le respondí sin vacilar que no aceptaba. Apenas había pensado hasta entonces en casarme entre los indios, y sí se me ocurría con frecuencia el ir a buscar mujer entre los blancos antes de llegar a viejo. A todo evento le declaré que no podía casarme entonces con la mujer que me proponía. Insistió todavía, diciéndome que estaba ya hecho el trato entre ella y Wa-ge-to-te, y que la joven había dado su consentimiento. No tenía más remedio, me decía, que traer mi mujer a mi choza. Yo le respondí que si lo hacía así, no trataría ni consideraría a la hija de Wa-ge-to-te como mi mujer.

En esto estábamos la mañana de la víspera del día en que debíamos separarnos de toda la partida. No pudiendo entenderme con Net-no-kwa, salí muy temprano para cazar alces, y durante el día maté uno muy grueso. Al volver por la noche, solté mi carga de caza delante de la cabaña, y reconocí con cuidado el interior, determinado a irme a dormir a otra parte, si veía a la joven; pero no estaba.

A la mañana siguiente, Wa-ge-to-te vino a visitarme a mi choza, me expresó todo el interés que por mí sentían, y me dio consejos llenos de cordialidad, expresándome los deseos más benévolos. Net-no-kwa volvió en seguida a la carga, pero no cedí. Las proposiciones se renovaron varias veces, hasta que la joven encontró por fin marido.

Después de separarnos de Wa-ge-to-te y de su partida, nos dirigimos al acantonamiento de caza que había elegido, y pasamos solos gran parte del estío, siempre en la abundancia, porque maté muchos alces, castores y otros animales. A la caída de las hojas fuimos a la factoría de Me-nau-ko-nos-keeg; allí se encontraba Wa-zhe-kwaw-maish-koon que nos había dejado el año anterior; nos quedamos con él.

Como el tratante partía para su residencia de invierno, los indios, en gran número, se reunieron cerca del lago, a pocas millas de su factoría. Había traído una gran provisión de ron, y según el uso, permaneció acampado algunos días, para dejar a los indios tiempo de traficar y embriagarse a sus anchas, lo cual le causaba menos molestia en el campamento que en su casa. Yo tuve la previsión de proveerme, desde el primer momento, de algunos de los objetos más indispensables para pasar el invierno, tales como mantas y municiones.

Terminado nuestro comercio, la anciana ofreció al tratante diez hermosas pieles de castor; en cambio de este regalo acostumbrado, recibía todos los años un traje y adornos de jefe con un barril

de diez jarros de licores espirituosos. Cuando el tratante la envió a buscar para entregarle su regalo, estaba tan embriagada que no podía tenerse en pie; tuve que presentarme en su lugar. Yo había bebido un poco, y mi cabeza estaba poco segura: me puse el traje y los adornos, y después, cargándome el barril a las espaldas, lo llevé a nuestra cabaña, lo puse en el suelo y lo abrí de un hachazo. «Yo no soy, dije, de esos jefes que sacan el licor de la cuba por una abertura pequeña; que vengan a beber todos los que tengan sed.» Tomé, sin embargo, la precaución de ocultar parte de él en un barrilito y un caldero, entre todo tres jarros poco mas o menos. La anciana acudió con tres calderos, y en cinco minutos se bebió todo. Era la segunda vez que me embriagaba con los indios; aquel acto de intemperancia fue mucho más fuerte que el primero; hice muchas visitas a mi escondite, y permanecí embriagado dos días. Por último, cogí todo lo que había quedado en el caldero, y me fui a beberlo en compañía de Waw-zhe-kwaw-maish-koon, a quien llamaba hermano, por ser hijo de una hermana de Net-no-kwa. Él no estaba aun embriagado; pero su mujer, cuyos vestidos se hallaban cubiertos de adornos de plata, había bebido mucho y estaba tendida delante del fuego en un estado de insensibilidad absoluta.

Al sentarnos a beber entró dando traspiés un ojibbeway conocido nuestro y fue a caer al lado de la lumbre. La noche estaba muy avanzada, pero en todo nuestro campamento resonaba una ruidosa orgía; salimos mi compañero y yo a beber todo lo que quisieran darnos, y como no estábamos demasiado ebrios, tuvimos cuidado de ocultar en un rincón de la cabaña el resto de nuestro whisky, tapándolo de manera que no la viera el que entrara. Después de algunas horas de paseo, volvimos. La mujer continuaba tendida delante del fuego, pero todos sus adornos habían desaparecido. Corrimos a ver nuestro cántaro, y tampoco estaba allí. El ojibbeway que habíamos dejado delante del fuego había partido, y diferentes circunstancias nos hicieron sospechar que él era el autor del robo. Poco después supe había dicho que yo le había dado de beber. A la mañana siguiente, fui a su cabaña a pedirle mi cántaro, y dijo a su mujer que me lo trajera. Encontrado así el autor del robo, fue mi hermano a que le devolviera sus adornos. Aquel ojibbeway era hombre de grandes pretensiones y quería hacerse reconocer por jefe; pero su desgraciada tentativa le perjudicó mucho en el ánimo del pueblo; se habló de ella largo tiempo, y se le nombraba con desprecio.

La anciana Net-no-kwa empezó por fin a volver de su embriaguez. Me llamó y me preguntó si había recibido los presentes ordinarios del tratante. Al principio no quiso creer que hubiese yo dejado consumir todo el contenido del barril sin guardar nada para ella; convencida al cabo de que era verdad, y aun de que había estado embriagado dos días enteros, me reprendió severamente mi ingratitud, y me preguntó cómo había tenido valor para embriagarme. Los indios que estaban presentes y fueron testigos de su cólera, le hicieron presente que no tenía derecho para reprender una falta de que ella daba ejemplo. Su malhumor se calmó pronto a beneficio de cierta cantidad de ron que le ofrecieron entre todos, y volvió a caer en un estado completo de embriaguez.

Luego que se vendieron todas las pieles, concluyeron aquellas escenas con la última gota de ron, y, los indios empezaron a dispersarse en los países de caza. Fuimos con el tratante a su casa, donde dejamos nuestras canoas, y desde allí Waw-zhe-kwaw-maish-koon vino con nosotros a cazar en los bosques. Entonces no formábamos más que una sola familia, la mayor parte de la cual provenía de él, porque tenía muchos hijos de tierna edad. El frío comenzaba apenas y la nieve no tenía más que un pie de espesor, cuando empezamos a sentir los ataques del hambre. Encontramos una cuadrilla de alces, de los cuales matamos cuatro en un día.

Cuando los indios cazan los alces de esta manera, después de hacerlos levantar, los siguen a un paso que saben pueden sostener algunas horas. Aquellos animales espantados se adelantan al principio algunas millas, pero los indios, siguiendo sus huellas con paso igual, los vuelven a alcanzar, y el rebaño, haciendo un nuevo esfuerzo, desaparece otra vez una hora o dos. Poco a poco los van encontrando los cazadores cada vez con más frecuencia, hasta que cesan de perderlos de vista. Los alces se hallan entonces tan cansados, que no van ya más que al trote corto; a poco rato no hacen más que andar: entonces la fuerza de los cazadores está casi agotada; sin embargo aun pueden descargar sus fusiles contra el rebaño de alces; pero el ruido de los tiros da a aquellos

animales nueva fuerza, y es necesario hallarse bien dispuesto y decidido para poder tirar a más de uno o dos, a no ser que la nieve sea mucha. El alce, en su carrera, no alza bastante los pies del suelo; así, en las grandes nevadas, es alcanzado fácilmente²⁰. Hay indios, aunque en corto número, que pueden seguir a los alces en la pradera sin nieve ni hielo. El alce y el bisonte aventajan al reno en agilidad, y rara vez son alcanzados a la carrera por un hombre a pie.

Se saló la carne de los cuatro alces; pero el reparto se hizo con desigualdad, sin tener en cuenta la posición y las necesidades de nuestras familias. No me quejé; sabía muy bien que no era más que un pobre cazador, y había contribuido muy poco al resultado de la caza. Dediqué casi toda mi atención a coger los castores. Conocía más de veinte madrigueras en los alrededores, pero me quedé muy sorprendido al destruir sus cabañas, de encontrarlas casi todas vacías; por fin advertí que reinaba entre aquellos animales una enfermedad que se llevaba gran número de ellos. Encontré varios muertos o moribundos, en el agua, en el hielo o en la tierra; uno, después de cortar un árbol hasta la mitad, permanecía tendido sobre las raíces; el otro, sorprendido por la muerte al llevar una carga de madera a su cabaña, yacía junto a su carga. La mayor parte de los que abrí tenían la región del corazón encarnada y sangrienta; los que habitaban los grandes ríos y el agua corriente sufrieron menos. Los castores de los estanques y de los pantanos murieron casi todos. Desde aquel tiempo, los castores han sido mucho más raros que hasta entonces, en los alrededores del río Colorado y de la bahía de Hudson. No nos atrevimos a comer los animales muertos de aquella enfermedad, pero las pieles estaban bien.

El hambre se hizo sentir muchas veces mientras estuvimos en compañía de Waw-zhe-kwaw-maish-koon. Fui una vez a caza con él, después de una abstinencia forzosa de un día y una noche; encontramos una manada de alces, de los cuales matamos dos y herimos a otro, que fue necesario perseguir hasta la noche. Entonces, partimos las carnes, y las metimos entre la nieve; pero mi compañero no cogió ni un bocado para nuestro uso inmediato; sin embargo, estábamos lejos de nuestro campamento; y era demasiado tarde para pensar en volver antes del día siguiente. Yo sabía que él había ayunado tanto como yo, y aunque el hambre me hacía sufrir cruelmente, tuve vergüenza de pedirle de comer, y de dar a entender que no podía soportar la necesidad con el mismo valor que él. Por la mañana me dio un poco de carne, y sin tomar tiempo para cocerla, partimos a nuestro campamento. Cuando llegamos por la tarde, Net-no-kwa, al ver que no volvía con las manos vacías, me dijo: «Bueno, hijo mío, creo que habréis comido con buen apetito la noche pasada, después de nuestra larga abstinencia.» Le respondí que nada había comido, e hizo cocer en seguida una porción de lo que yo llevaba; nuestra parte duró dos días.

Yo conocía además los sitios que ocupaban otras dos manadas de castores que se habían librado de la epidemia reinante; les tendí mis trampas, y a la conclusión del segundo día, había cogido ocho, de los cuales ofrecí dos a Waw-zhe-kwaw-maish-koon.

16. El A-go-kwa.

20 «Cuando el sol empieza a tener bastante fuerza para derretir la nieve, como el hielo de la noche forma una especie de corteza en la superficie de aquella nieve derretida durante el día, el animal, que es pesado, la rompe con su pie ahorquillado, se hiere la pierna, y le cuesta trabajo salir de los agujeros que ha abierto. Fuera de este caso, y sobre todo cuando hay pocas nieves, es muy difícil acercarse a él.» (Charlevoix, *Diario*, carta 7). Parece, sin embargo, que el original de las relaciones antiguas es la alce, y no el alce.

Ozaw-wen-dib, la cabeza amarilla. La danza de la mediación. Viuda y huérfanos socorridos. El fratricidio. Los fantasmas indios. Aparición. Caballo dado por un fantasma. La ladera de la caza de los bisontes. La colina pedregosa. Casamiento indio. Recolección de arroz silvestre. Epidemia desconocida. Sordera. Pensamiento de suicidio. El suicidio entre los indios.

Durante aquel invierno vimos llegar a nuestro campamento al hijo del célebre jefe ojibbeway Wesh-ko-bug (el dulce) que habitaba en las orillas del lago Leech²¹. Aquel hombre era del número de los que, a pesar de su condición de hombres, los indios llaman mujeres. Existen varios en la mayor parte de las tribus indias, quizá en todas; comúnmente se les llama A-go-kwas²². Aquella criatura, llamada Ozaw-wen-dib (cabeza amarilla) contaba entonces como unos cincuenta años y había tenido varios maridos. No sé si me había visto, o si solamente había oído hablar de mí; pero no tardó en decirme que venía de muy lejos para verme y que esperaba vivir conmigo. Reiteró muchas veces sus ofertas, y sin desanimarse por una negativa, repetía sus repugnantes insinuaciones hasta el extremo de hacerme salir algunas veces de la cabaña.

La vieja Net-no-kwa, que le conocía perfectamente, se reía de mi turbación y de mi vergüenza, cuando Cabeza Amarilla renovaba sus persecuciones. Parecía casi que le animaba a permanecer en nuestra cabaña. El Ago-kwa manifestaba mucha destreza en las diferentes faenas mujeriles que habían ocupado toda su vida; en fin, desesperando del buen éxito de sus porfías, o impulsado por el hambre que reinaba con la mayor frecuencia en nuestra familia, Ozaw-wen-dib desapareció, y concebí la esperanza de verme libre de sus persecuciones; pero, a los tres o cuatro días, volvió trayéndonos carne salada, y nos dijo que había encontrado la partida de Wa-ge-to-lah-gun, y que tenía encargo del jefe para invitarnos a ir a reunirnos con él. Había sabido la conducta avara de Waw-zhe-kwawmaish-koon con nosotros, y el A-go-kwa me dijo en su nombre: «Sobrino mío, no quiero que permanezcáis matando caza con un cazador tan avaro que no quiere partir contigo. Venid a mi lado; ni tú ni mi hermana careceréis de nada que yo pueda daros.» Esta invitación llegaba muy a propósito, y partimos sin dilación.

La primera vez que acampamos, estaba yo encendiendo lumbre, cuando oí al A-go-kwa silbar llamándome desde el bosque. Al acercarme vi que tenía los ojos fijos en una pieza de caza, y reconocí un alce. Dos veces le tiré y dos veces cayó y se volvió a levantar; probablemente le apunté muy alto, porque al fin se escapó. La anciana me riñó con aspereza y me dijo que temía que nunca fuera buen cazador; pero al día siguiente, antes de la noche, llegamos al campamento de Wa-ge-to-te, donde pudimos satisfacer nuestro apetito. Allí me vi libre de las persecuciones del A-go-kwa, que se habían hecho intolerables. Wa-ge-to-te, que tenía ya dos mujeres, lo tomó por tercera. Esta introducción de un nuevo personaje en su familia inspiró algunas burlas, y produjo diversos incidentes cómicos; pero resultaron menos disputas y quejas que si hubiera sido mujer de veras.

La partida que nos recibía estaba compuesta de un gran número de indios, y la caza del país empezaba a agotarse; los mejores cazadores se venían con mucha frecuencia sin caza; pero un día me fui en compañía de uno que tenía como yo reputación de mal cazador y matamos más piezas que los otros. Los indios se reunieron entonces para el *meto* o danza de la *mediación*, ceremonia solemne, en que Net-no-kwa ocupaba siempre un puesto distinguido.

Empezaba a disgustarme de permanecer entre partidas numerosas de indios, porque siempre sucedía que se hacía sentir el hambre después de permanecer algún tiempo en un punto; tracé pues un sendero para mí solo, y fui a tender mis trampas a una manada de castores. Cuando participé a Wa-ge-to-te mi intención de dejarle, me dijo con una expresión marcada de interés, que me exponía a morir de hambre aislándome así a gran distancia; pero resistí a todas sus instancias y a todos sus razonamientos. Entonces quiso acompañarme hasta mis trampas, para asegurarse por sí mismo de si había escogido un sitio favorable y si podría sostener a mi familia. Encontramos un buen-castor

21 Lago Leech o de las Sanguijuelas, de Balbi.

22 Perrin, en la pág. 352 de su viaje a las dos Luisianas y al país de los salvajes del Misuri, da pormenores extraños acerca de esta costumbre extravagante de los salvajes.

cogido en el lazo, y después de darme muchos consejos y estímulos, Wa-ge-to-te se separó de mí, indicándome dónde le encontraría acampado, si la miseria volvía a presentarse en mi cabaña.

Mi familia acababa de aumentarse con una pobre vieja ojibbeway y dos niños; no tenían hombres que los mantuvieran, y Net-no-kwa los había recogido. A pesar de aquel aumento de carga creía más ventajoso aun vivir separado de cualquier otra partida; mis cacerías fueron muy afortunadas, y permanecimos solos hasta la estación del azúcar. Net-no-kwa quiso entonces volver a Me-nan-ko-nos-keg, mientras iba yo a la factoría del río Colorado a comprar varios objetos de primera necesidad. Hice un paquete de pieles de castor, y embarcándome solo en una canoa de pieles de bisontes, que apenas podía contenerme con mi equipaje, bajé el pequeño Sas-kaw-jawun.

Hay en las orillas de este río un sitio como quisieran los indios encontrarle siempre para sus campamentos; en una de las riberas se ve un hermoso desembarcadero; más arriba una pequeña llanura, un bosque espeso, y una ladera pequeña que se eleva súbitamente por detrás; pero aquel lugar tiene una historia de fratricidio, crimen tan inaudito, que el sitio en que fue cometido es considerado con terror. Ningún indio detendría su canoa en la playa de los dos hombres muertos; se teme aun más pasar allí la noche. Las tradiciones refieren que hace muchos años, habiendo acampado indios en aquel sitio, se armó una disputa entre dos hermanos, uno de los cuales mató al otro de una puñalada, y los testigos de aquella escena trágica hallaron el crimen tan horrible, que, sin vacilar dieron muerte al fratricida; la víctima y el asesino fueron enterrados juntos.

Al acercarme a aquel sitio, pensaba mucho en la historia de los dos hermanos, que, según mis noticias, eran parientes de mi madre. Había oído decir que si se acampaba sobre su sepulcro (y esto había sucedido muchas veces), salían de la tierra, y renovaban la disputa y el asesinato, o por lo menos atormentaban a sus visitantes y les impedían dormir. La curiosidad me impelía, y deseaba poder decir a los indios, no sólo que me había detenido, sino que había dormido en aquel sitio tan temible. El sol se ponía cuando llegué; saqué a tierra mi canoa, encendí lumbre, y después de cenar me dormí.

A los pocos momentos, vi a los dos muertos levantarse y venir a sentarse junto a mi hogar, enfrente de mí. Sus ojos estaban fijos atentamente en mi persona; no se sonreían ni decían nada; me levanté y fui a sentarme junto a ellos a la lumbre. En esta posición me desperté; la noche era sombría y tempestuosa; no vi hombre alguno, ni oí más sonido que el de los árboles agitados por el viento. Es probable que me volviera a dormir, porque volví a ver a los dos muertos; sin duda se hallaban de pie en la orilla del río, porque sus cabezas estaban al nivel de la tierra en que había yo encendido la lumbre. Sus ojos permanecían fijos en mí; a poco rato se levantaron uno después de otro y se volvieron a sentar enfrente de mí; pero esta vez se reían, me daban golpes con unas varas, y me atormentaban de varios modos. Quise hablarles y me faltó la voz; traté de huir, y mis pies no pudieron moverse; toda la noche la pasé en la mayor agitación. Entre otras cosas que me dijeron, uno de ellos me invitó a dirigir la vista a la ladera vecina; en ella vi un caballo trabado que me miraba. «Ve hermano, dijo, un caballo que os doy para vuestro viaje de mañana; cuando paséis por aquí, de vuelta a vuestra cabaña, podréis servirlos de él todavía y dedicarnos otra noche.»

Por fin amaneció, y no me quedé poco tranquilo al ver que aquellas terribles apariciones se desvanecían con las tinieblas. Pero mi larga residencia entre los indios, y los frecuentes ejemplos que conocía de sueños verificados, me hicieron pensar en el caballo que me habían dado. Me dirigí pues a la parte alta de la ladera, donde descubrí huellas y otras señales, y a poca distancia encontré un caballo que reconocí como perteneciente al tratante hacia cuyo domicilio me dirigía. Como había un trayecto de algunas millas que andar, yendo por tierra, desde aquel punto al Asineboin, abandoné mi canoa, cogí el caballo, y cargándole con mi equipaje, lo encaminé hacia la factoría, a donde llegamos al día siguiente. En todos mis viajes posteriores, evité cuidadosamente la playa de los dos Muertos, y el relato de mis visiones y de mis sufrimientos aumentó los terrores supersticiosos de los indios.

Al volver de la factoría del río Colorado, fui a establecerme a Nao-waw-gun-wadju (la ladera de la caza de los bisontes), cerca del Sas-kaw-jawun. Es una colina elevada, donde se descubrirían

probablemente minas, porque se ven en las rocas masas de un aspecto singular. Allí encontramos árboles de azúcar en abundancia, y un buen sitio para pasar la primavera. La caza era tan común y el sitio tan favorable, que resolví permanecer en él, en lugar de acompañar a los indios al lago de Agua clara, donde se reunían para embriagarse según su costumbre. Había hecho advertir a Wa-me-gon-a-biew, y vino a caballo a vernos. Por entonces maté el alce más magnífico que he visto jamás: era tan gordo, que, para trasportar su carne, hubo que cargar nuestros tres caballos, toda nuestra familia y nuestros perros.

Cuatro días después de su llegada, Wa-me-gon-a-biew, fue a ver a Wa-ge-to-te, sin darme parte de sus intenciones. Pocos días después volvió y me dijo que el objeto de su visita había sido ver a la joven que se me había ofrecido tantas veces en matrimonio, y preguntarme si mi intención era tomarla por mujer. Le respondí que no, y que estaba muy dispuesto a contribuir con todo mi poder al cumplimiento de su proyecto. Me suplicó volviera con él para destruir, en el ánimo de sus padres, toda idea de que yo me casaría en algún tiempo con su hija, y para acompañar a su nueva mujer cuando la condujera a nuestra cabaña.

Consentí en ello sin reflexión, y cuando hacíamos nuestros preparativos de partida, vi, en el ademán de Net-no-kwa, a pesar de que no decía nada, que nuestra conducta la mortificaba. Entonces me acordé de que era contrario al uso que los hombres llevaran ellos mismos sus mujeres a su familia²³, y manifesté a Wa-me-gon-a-biew que todo el mundo se burlaría de nosotros, si persistíamos en nuestro proyecto. «Mira, le dije, a nuestra madre; ella es quien debe buscarnos mujeres cuando las necesitamos, traérnoslas, y enseñarles nuestro sitio en la cabaña. Conviene que se hagan las cosas de ese modo.» La anciana escuchó sin duda con satisfacción mis palabras, y quiso inmediatamente ir a buscar a la hija de Wa-ge-to-te.

Cuando la traje, estábamos Wa-me-gon-a-biew y yo sentados en la cabaña. Mi hermano no le había dicho nada de sus intenciones; la anciana no le había dicho nada por el camino, y así fue que, al entrar, pareció que vacilaba, no sabiendo cuál de los dos hombres sentados delante de ella la había escogido por esposa. Net-no-kwa, viendo su apuro, le dijo que se sentara al lado de Wa-me-gon-a-biew, y le considerara como marido. Pocos días después, la condujo al lado de la otra mujer que tenía, y vivieron juntas en buena inteligencia.

A la caída de las hojas, fui con mi hermano y varias familias indias, a la recolección de arroz silvestre; tenía entonces poco más de veinte y un años. Mientras lo recogíamos y preparábamos, muchos de los que iban fueron atacados de una violenta enfermedad que empezaba por tos y ronquera, y algunas veces por hemorragias por la boca o nariz. En pocos días murieron algunos, y nadie quedó en disposición de cazar. Sin escapar enteramente del mal, mi ataque pareció desde luego menos violento que el de casi todos los demás.

Desde hacía algunos días se habían acabado los víveres en nuestro campamento; algunos niños que no habían sido atacados por el contagio, y algunos enfermos que empezaban a restablecerse, necesitaban comer. No había más que otro hombre en tan buen estado como yo, y estábamos ambos convalecientes, sin poder movernos; apenas podíamos montar en los caballos que nos traían los niños. Si hubiéramos podido andar, la tos estrepitosa y continua hubiera advertido a la caza nuestra presencia. En tan angustiosa situación, anduvimos vagando al azar por las llanuras, y tuvimos la suerte de matar un oso; incapaces de comer un bocado de la carne de aquel animal, la llevamos a nuestro campamento, donde fue repartida con igualdad entre todas las cabañas.

Continué mejorándome de día en día, y me consideraba como el primero restablecido; pronto fui a cazar alces; maté dos en menos de tres horas, y según el uso, llevé al campamento una carga completa de carne; estaba un poco acalorado y cansado, pero comí con gusto un pedazo que se preparó para mí, y no tardé en dormirme. A eso de media noche, me despertó un dolor violento; me parecía que me roían el interior de los oídos; llamé a mi hermano Wa-me-gou-a-biew, que no

23 «Los primeros pasos deben darlos las matronas; y no es común que se haga diligencia alguna por parte de los padres de la joven. No quiere esto decir que si alguna tarda mucho en ser buscada, no trabaje por bajo mano su familia para que se piense en ella, pero con mucho cuidado.» (Charlerois, *Diario*, cart. 19, t. 5, pág. 420.)

descubrió nada; el mal se hizo más grave por espacio de dos días enteros, y por último perdí el sentido completamente.

Cuando volví en mí, después de otros dos días, como he sabido después, me encontré sentado fuera de la cabaña; vi a los indios bebiendo en torno mío; un tratante había pasado por nuestro campamento, varios hombres disputaban; distinguí a Wa-me-gon-a-biew en un grupo muy animado, y le vi dar una puñalada a un caballo; pero de repente perdí todo conocimiento, y aquel estado de insensibilidad duró probablemente muchos días, porque no recuerdo nada de lo que pasó hasta el momento en que nuestra partida hizo sus preparativos de marcha.

Mis fuerzas no estaban enteramente destruidas, y cuando recobré el sentido, podía andar; reflexioné mucho en todo lo que había pasado desde que vivía entre los indios; en general, había estado contento con mi suerte desde que Net-no-kwa me había hecho entrar en su familia; pero miré aquella enfermedad como el principio de una desgracia que me perseguiría toda mi vida. Había perdido el sentido del oído; mis orejas estaban llenas de abscesos en supuración; sentado en la cabaña, veía el movimiento de los labios de todos, pero sin entenderles una palabra. Cogí mi fusil, y fui a cazar; pero los animales me descubrían antes que yo pudiera verlos, y si por casualidad veía un alce y quería acercarme, reconocía que mi destreza y mi fortuna me habían abandonado. Se me ocurrió que los animales mismos sabían que yo había quedado como un viejo inútil.

Bajo la influencia de aquellos penosos sentimientos, resolví acabar conmigo, no viendo otro medio de librarme de una miseria que me parecía inminente. Cuando llegó el momento de la partida, Net-no-kwa me trajo mi caballo a la puerta de nuestra choza, y me preguntó si me hallaba en estado de montarlo y de soportar el camino hasta el nuevo campamento; respondí que sí, y suplicándole que me diera mi escopeta, le dije que seguiría la partida a corta distancia; después, teniendo a mi caballo por la brida, vi a todas las familias de nuestra tribu pasar sucesivamente por delante de mí y alejarse. Cuando la última vieja con su pesada carga desapareció al extremo de la pradera que limitaba mi vista, me sentí aliviado de un gran peso; solté la brida de mi caballo y le dejé pastar en libertad; después armé mi fusil, y apoyándole en el suelo, coloqué la boca en mi garganta. Había puesto la baqueta de modo que le hiciera disparar; sabía que el rastrillo se hallaba en buen estado, y que había yo cargado el fusil uno o dos días antes. El tiro sin embargo no salió; el fusil no estaba cargado; mi frasco de pólvora y mi bolsa de balas tenían siempre municiones; uno y otra estaban vacíos aquel día; el cuchillo que llevaba habitualmente colgado de la correa de mi frasco de pólvora, no estaba en su sitio. Engañado en mis proyectos de suicidio, cogí el fusil a dos manos por el cañón, y lo arrojé lejos con todas mis fuerzas; monté en seguida en mi caballo, que, al contrario de sus costumbres y de lo que yo esperaba de él, se había quedado cerca de mí; no tardé en reunirme a mi familia, porque, sin duda, Net-no-kwa y Wa-me-gon-a-biew, sabedores de mis intenciones, no se habían alejado más que lo necesario para que no los viera, y se habían sentado a esperarme. Es probable que, en mis momentos de delirio, hablara yo de suicidarme, y habrían tenido cuidado de quitarme todos los medios más ordinarios y más fáciles para ejecutar esta voluntad.

El suicidio²⁴ no es raro entre los indios, los cuales para llevarlo a cabo emplean diferentes medios; se disparan arnas, se ahorcan²⁵, se ahogan, o se envenenan. Las causas que les impulsan a este acto de desesperación son también muy variadas. Algunos años antes de la época a que me refiero, había conocido en Mackinac, donde me hallaba con Net-no-kwa, a un joven ottawaw, de grande esperanza y ya muy considerado, que se mató de un tiro en el cementerio de los indios. Se había embriagado, y en la enajenación de espíritu causada por el licor, había desgarrado sus vestidos y manifestado tal violencia, que sus dos hermanas para impedirle hacer mal a los otros y a sí mismo,

24 El autor anónimo de la *Vista de las provincias de la Luisiana* dice, en contradicción con las observaciones de Tanner: «El suicidio, este acto de violencia y de desesperación, que engendran el disgusto de la vida y el peso de la desgracia, es bastante común entre las naciones más civilizadas, y por decirlo así, desconocido entre los salvajes.»

25 «Multi superstites bellorum, infamiam laqueo finierunt. (Tácito, *De Moribus Germanorum*.) [Muchos, habiéndose escapado de la batalla, acabaron su infamia ahorcándose.]

le habían tendido en su choza atado de pies y manos. A la mañana siguiente se despertó sereno; y cuando le desataron, entró en la cabaña de sus hermanas, inmediata al cementerio, cogió un fusil bajo pretexto de tirar a las palomas, y fue a matarse en medio de las sepulturas. Parece que al encontrarse atado cuando despertó, creyó haber cometido, en su embriaguez, algún acto deshonesto y no poder lavarse de él sino por medio de una muerte violenta. Desgracias y pérdidas de diferente naturaleza, algunas veces también la muerte de personas queridas, y aun contrariedades en asuntos de amor, pueden considerarse como las causas del suicidio entre los indios.

Reconvine a Wa-me-gon-a-biew su conducta conmigo, descargando mi fusil y quitándome las municiones; era probable, sin embargo, que todo aquello fuera obra de la anciana. Cuando fui recobrando algún tanto la salud, empecé a avergonzarme de mi tentativa, de la que mis amigos no me hablaban sin duda por delicadeza. Pero el sentido del oído no se restablecía, y necesité algunos meses para poder cazar como antes de mi enfermedad. No era de los que más habían sufrido con aquella terrible epidemia. Entre los indios que habían resistido al mal, unos quedaron sordos toda su vida; otros perdieron parte de su inteligencia; algunos, en el delirio causado por el sufrimiento, se arrojaban contra los árboles y las peñas, rompiéndose los brazos, y estropeándose de mil maneras. La mayor parte de los que sobrevivieron habían tenido flujos de oídos muy abundantes, o al principio hemorragias muy copiosas por la nariz. Esta enfermedad era enteramente nueva para los indios, así es que emplearon muy pocos remedios, si es que emplearon alguno.

17.

El juego entre los indios.

Viaje de Clarke y de Lewis a las montañas pedregosas. Juego del mocasin. Juego del beg-gasah. Apuesta del blanco. Mis-kwa-bun-o-kwa, la aurora. Nueva proposición de matrimonio. Presentimiento de una vieja india. La flauta de los indios. Casamiento y dote.

Yendo a la factoría de Mouse-River, supe que algunos blancos de los Estados Unidos habían venido allí a comprar diferentes objetos, para un partido de su nación que se hallaba entonces en la aldea de los mandanes. Sentí haber perdido aquella ocasión de ver compatriotas; pero, como me habían dado a entender que iban a formar en aquella aldea un establecimiento permanente, me consolé con la esperanza de encontrar alguna ocasión próxima para visitarlos. Después he sabido que aquellos blancos eran de la comitiva del gobernador Clarke y del capitán Lewis, que iban de camino para las montañas Rocosas y el océano Pacífico.

La caída de las hojas estaba ya muy adelantada, cuando nos dirigimos a Ke-nu-kau-ne-she-way-boant, donde abundaba la caza; resolvimos pasar allí el invierno. Allí, por primera vez, me entregué enteramente, con Wa-me-gon-a-biew y otros indios, a la pasión del juego, vicio casi tan funesto a aquellos pueblos como la embriaguez. Jugábamos especialmente al mocasín; en este juego el número de los jugadores es ilimitado, pero ordinariamente son pocos. Se necesitan cuatro mocasines; en uno de ellos esconde cualquiera de los dos partidos que juegan, un objeto convenido, tal como un palillo o un pedazo de paño. Los mocasines se colocan en una misma línea, y uno de los adversarios debe tocar dos con el dedo o con una varita. Si el primero que toca encierra el objeto escondido, pierde ocho tantos; si la prenda no está en el segundo, pierde tres tantos. Si no está en el primero, pero sí en el segundo, pierde dos tantos. Los crees juegan a esto de diferente modo; ponen sucesivamente la mano en cada mocasín, y no ganan a no ser que el objeto escondido se encuentre en el último; si está en el primero, pierden ocho tantos. Estos tantos tienen un valor convencional; algunas veces una piel de castor o una manta, vale diez tantos; un caballo o un buey, ciento; con los extranjeros juegan fuerte; entonces un caballo suele valer nada más que diez tantos.

Pero el juego del bug-sa-sauk o teg-ga-sah²⁶ es el que juegan con más pasión y el que trae más funestas consecuencias. Los beg-ga-sah-nuks son piezas de madera, de hueso y a veces de metal de algún caldero viejo. Un lado está pintado de negro y el otro brillante. Su número varía, pero nunca se toman más de nueve. Se ponen todos juntos en un gran vaso de madera o en una artesa destinada a este efecto. Los jugadores, divididos en dos equipos, a veces de veinte o treinta cada uno, se sientan a los dos lados o formando círculo. El juego consiste en golpear el borde de la vasija de modo que salten al aire todos los beg-ga-sah-nuks, y de la manera como caen en la artesa depende la ganancia o la pérdida. Si el golpe ha sido feliz hasta una cantidad determinada, el jugador repite como en el billar hasta que pierde; entonces sigue su vecino. Los dos partidos se animan pronto y muchas veces se arman riñas porque uno quiere arrancar a otro la vasija antes que éste se haya convencido de que ha perdido.

Los viejos y las personas sensatas son muy opuestos a este juego; Net-no-kwa no me había dejado entregarme a él hasta aquel invierno; al principio nuestro partido tuvo algunas ganancias; pero cambió la suerte y acabamos por perder cuanto poseíamos. Viendo que ya no nos quedaba nada, los gananciosos fueron a acampar a cierta distancia, y según costumbre metieron mucho ruido con su victoria. Cuando lo supe, reuní todos los hombres de nuestro partido, y para tratar de ganar lo que habíamos perdido y poner un término a aquellas insolentes alabanzas, les propuse ir a hacer una apuesta con nuestros adversarios. Tomamos prestados por consiguiente algunos objetos a nuestros amigos, y fuimos a visitar a los que se habían llevado nuestros despojos. Viendo que no llevábamos las manos vacías, consintieron en jugar con nosotros; esta vez el beg-ga-soh nos favoreció, y ganamos en una noche lo bastante para poder ofrecer a la mañana siguiente una buena puesta en una partida de tiro. Apostamos todo lo que teníamos; ellos no tenían muchas ganas, pero decentemente no podían rehusar. Colocamos un blanco a una distancia de cien varas; yo tiré el primero y mi bala dio muy cerca del centro; ninguno de nuestros adversarios se acercó; yo obtuve toda la victoria en aquel juego, y así ganamos la mayor parte de lo que habíamos perdido en todo el invierno.

La primavera se hallaba ya muy adelantada y estábamos haciendo nuestros preparativos de partida, cuando un anciano llamado O-zhusk-koo-kon (hígado de rata almizclada), uno de los jefes de los metais, vino a mi cabaña con una joven nieta suya, y los padres de aquella doncella. Era bonita y no tenía más de quince años; pero Net-no-kwa no quedó muy contenta de ella, así fue que me dijo: «Hijo mío, estas gentes no dejarán de atormentarte, si permaneces aquí; y como la joven no te conviene de ningún modo para mujer, te aconsejo que cojas la escopeta y te marches. Entretanto con la caza y no vuelvas hasta que haya pasado el tiempo suficiente para que conozcan que no aceptarás sus proposiciones.» Seguí el consejo, y O-zhusk-koo-kon pareció perder la esperanza de hacerme tomar por esposa a su nieta.

Poco tiempo después de mi vuelta, hallándome sentado una noche a la puerta de mi cabaña, vi a una joven de muy buen aspecto que se paseaba fumando. De tiempo en tiempo me miraba, y por último, se acercó a mí y me propuso fumar con ella; yo le respondí que no fumaba. «Rehusáis, replicó, porque no queréis tocar mi pipa.» Cogí la pipa y fumé un poco, cosa que nunca había hecho. Continuó hablando conmigo un rato y empecé a conocer que me agradaba. Después de aquel encuentro tuvimos frecuentes entrevistas, y poco a poco me sentí inclinado hacia ella.

Refiero estos pormenores, porque esta manera de hacer conocimiento se aparta de los usos de los indios; entre ellos, por general, un joven cuando se une a una muchacha de su propia tribu, no ha

26 «El juego de los huesos es un juego de azar; son negros por un lado y blancos por el otro, y se juega con ocho solamente. Se ponen en un plato que se coloca en el suelo, después de haber tirado los huesos al aire. El lado negro es el que vence; el número impar gana, y los ocho negros o blancos ganan doble, lo cual sucede pocas veces.» (Le Houtan, Mem. De la América, t. 2, página 111.)

Laffiau, t. 2, pág. 240, explica detalladamente el juego de los huesos, marcados por un lado de blanco y por otro de negro.

Charlevoix, t. 5, pág. 384 y siguientes, y t. 6, pág. 26 y sig., da curiosos pormenores acerca de los juegos de azar a que se entregan los salvajes americanos con una verdadera pasión.

tenido con ella ninguna relación íntima; no se han visto en la aldea, quizá la ha mirado alguna vez al pasar, pero es probable que no se hayan hablado nunca. El matrimonio es decidido por los parientes viejos, y cuando se comunica su intención a la joven pareja, es raro que se haga objeción alguna; los dos saben que si esta unión desagrada al uno o al otro, en cualquier tiempo podrán romperla.

Mis conversaciones con Mis-kwa-bun-o-kwa (la aurora), que este era el nombre de la mujer que me había ofrecido su pipa, dieron que decir muy pronto en la aldea. Un día, el viejo O-zhushk-koo-kon entró en mi cabaña, trayendo de la mano a una de sus infinitas nietas; había deducido del rumor público que, a ejemplo de los jóvenes de mi edad, tenía intención de tomar mujer. «Ve aquí, dijo, a Net-no-kwa, la más linda y mejor de toda mi posteridad, vengo a ofrecérsela a vuestro hijo.» Dicho esto, se fue, dejándola en la cabaña.

Aquella joven había sido siempre tratada por Net-no-kwa con una bondad particular, y pasaba en nuestro bando por una de las mejores proporciones. Net-no-kwa pareció encontrarse un poco turbada y al fin aprovechó una ocasión para decirme: «Hijo mío, la mujer que os ofrece O-zhushk-koo-kon es hermosa y buena; pero no debéis tomarla porque lleva en su seno un mal que la conducirá al sepulcro antes de un año; necesitáis una mujer fuerte y de buena salud; hagamos a esta joven un buen regalo como merece, y enviémosla otra vez con su padre.» La joven se volvió a marchar cargada de ricos regalos, y antes del año se cumplió la profecía de la anciana.

Entre tanto Mis-kwa-bun-o-kwa y yo nos sentíamos cada vez más inclinados uno al otro; sin duda que Net-no-kwa no desaprobaba mi conducta; yo no le decía nada, pero no podía ignorarlo, y muy pronto descubrí que lo sabía. Había yo pasado por primera vez gran parte de la noche al lado de mi amada; habiéndome deslizado muy tarde en mi cabaña me dormí. Al día siguiente, al rayar el alba, me despertó un golpe que me dieron en los pies.

«Arriba, dijo la anciana que estaba junto a mí con una varita en la mano, arriba joven, que vais a tomar mujer, andad a la caza; mas ganaréis en el concepto de la mujer que habéis elegido, si os ve traer muy temprano el producto de una buena cacería, que si os encuentra pavoneándoos en la aldea cuando se han ido todos los cazadores.» Nada tenía que responder, y salí armado de mi escopeta. Cuando volví al mediodía con toda la carga de alce que podía llevar, la eché a los pies de Net-no-kwa, diciéndole en tono áspero: «Ahí tenéis, anciana, lo que me habéis pedido esta mañana.» Quedó muy satisfecha y me hizo algunos elogios; de lo cual deduje que no estaba descontenta de mis relaciones con Mis-kwa-bun-o-kwa, y sentí mucha alegría al pensar que mi conducta obtenía su aprobación. Hay muchos indios que rechazan y desdeñan a sus parientes ancianos; pero, aunque Net-no-kwa se había puesto decrepita y enferma, yo sentía entonces y he sentido siempre hacia ella el mayor respeto.

Redoblé mi diligencia en la caza; casi siempre volvía temprano, o por lo menos antes de la noche, cargado de piezas, daba a mi traje toda la elegancia posible, y me paseaba por la aldea tocando algunas veces la flauta india o pe-be-own. Durante algún tiempo Mis-kwa-bun-o-kwa pretendió no quererme por marido; pero como mi ardor pareciera que empezaba a mitigarse, renunció completamente a aquella afectación; por mi parte, sentí que menguaba rápidamente de día en día mi deseo de llevar una mujer a mi cabaña; hice algunos esfuerzos para romper todas nuestras relaciones y no visitarla mas; cuando ella vio hacerse cada vez más evidente mi indiferencia, intentó, ya con reconvenciones, ya con lagrimas y súplicas, mover mi corazón; pero yo no dije a la anciana nada respecto a traerla a mi cabaña, y de día en día sentía menos inclinación a reconocerla públicamente por mi mujer.

Por aquel tiempo tuve que ir a la factoría del río Colorado y partí con un indio mestizo que pertenecía a aquel establecimiento; tenía un caballo muy ligero y la distancia que debíamos andar ha sido reconocida después por los plantadores ingleses en setenta millas. Montábamos alternativamente, y el que tenía que ir a pie corría asido a la cola del caballo. En un día se anduvo el camino. Al volver iba yo solo y sin caballo; quería hacer la carrera en el mismo tiempo, pero la oscuridad y el cansancio me obligaron a detenerme a diez millas de mi cabaña.

Cuando llegué al día siguiente, vi a Mis-kwa-bun-o-kwa sentada en mi sitio. Como me detuviera en la puerta, titubeando en entrar, bajó ella la cabeza; pero Net-no-kwa, con un tono áspero que no acostumbraba usar conmigo, me dijo: «¿Vas a volver la espalda a nuestra cabaña y a deshonrar a esta joven, que bajo todos conceptos vale más que tú? Todo lo que ha pasado ha sido por culpa tuya y no por la suya ni la mía. Hasta hoy habéis corrido tras ella por la aldea, ¿vais hoy a rechazarla como si ella os hubiera ido a buscar?» Las reconvenciones de Net-no-kwa no me parecieron enteramente injustas; además hablaba la inclinación. Entré y me senté junto a Mis-kwa-bun-o-kwa; de este modo quedamos hechos marido y mujer.

Durante mi viaje al río Colorado, la anciana Net-no-kwa, sin cuidarse de mi consentimiento, había hecho un convenio con los parientes de la joven y la había llevado a nuestra cabaña, persuadida de que no sería difícil hacerme aprobar su conducta. En la mayor parte de los matrimonios entre los jóvenes indios, las partes más interesadas son las que menos intervienen. El valor de los presentes que los padres de una joven tienen derecho a esperar²⁷ a cambio de su persona, disminuye a proporción del número de maridos que ha tenido.

18.

Usos guerreros de los indios.

Preparativos de guerra contra los sioux. Mala reputación de los muskegoes. La línea negra de los bisontes. La iniciación de los guerreros. Campamento de los indios. Operaciones adivinatorias. Recuerdos de los muertos. Autoridad de los jefes.

Cuatro días después de mi vuelta del río Colorado, partimos para los bosques. Nuestra tribu se componía de Wa-me-son-a-biew con sus dos mujeres, Waw-be-be-nais-sa, una mujer y varios niños, mi mujer y yo, Net-no-kwa y su familia. Dirigimos nuestra marcha hacia el río de Craneberry (el Pembinah), a cuyas orillas queríamos elegir un sitio conveniente para dejar acampar a las mujeres y niños mientras nosotros íbamos a dirigirnos a una expedición que se preparaba contra los sioux. Elegido el sitio, volvimos todos nuestros cuidados a la caza, a fin de poder dejar a nuestras familias bastantes víveres durante nuestra ausencia. Habiendo salido una mañana con tres balas solamente, erré dos veces a un excelente alce macho, por tirarle con demasiada precipitación; al tercer tiro lo herí en un hombro, y persiguiéndole logré alcanzarlo. Pero, como no tenía balas, cogí los tornillos de mi escopeta que sujeté con cuerdas; solo después de recibir otras tres balas de esta nueva especie cayó al fin el alce.

Habíamos muerto mucha caza y las mujeres se ocupaban en salarla, cuando deseosos de saber en qué estado se hallaba la partida de guerra reunida en Pembinah y cuándo se podría en marcha, montamos a caballo mi hermano y yo, dejando a Waw-be-be-nais-sa con nuestras familias. Encontramos cuarenta muskegoes dispuestos a partir al día siguiente. Muchos ojibbeways y crees se habían reunido también; pero parecían en general poco dispuestos a acompañar a los muskegoes, que no gozaban buena reputación entre ellos. Mi hermano y yo no teníamos mocasines, ni nada de lo que se lleva en tales casos. Wa-me-gon-a-biew fue de opinión de que debíamos volvernos a nuestras familias, e insistió particularmente en que podríamos partir con los ojibbeways a la caída de las hojas para otra expedición. Pero le dijo que por nada en el mundo quería perder la ocasión que se presentaba, y que por lo demás, podríamos tomar parte en ambas expediciones. A la mañana siguiente partimos con los muskegoes.

Al fin del segundo día de marcha, no nos quedaba ya provisión alguna y el hambre se hacía sentir. Al acostarnos por la noche en nuestro campamento con el oído contra la tierra, oímos un ruido que nos pareció debía ser de una manada de bisontes; cuando nos poníamos en pie no oíamos

²⁷ «Dotem non uxor marito, sed uxori maritus offert.» (Tácito, *De Moribus Germanorum*.) [La mujer no trae dote; el marido se la da.]

nada; y a la mañana siguiente no descubrimos bisonte alguno, aunque nuestro campamento dominaba una vasta extensión de pradera. Pero con los oídos contra el suelo, oímos todavía el ruido a la misma distancia que la víspera. Un destacamento de ocho hombres, del cual formé parte, se encaminó en la dirección indicada, y se designó un punto de reunión para pasar la noche y conducir los bisontes que matáramos. Partimos muy de mañana, y se pasaron algunas horas sin descubrir nada. Por fin divisamos una especie de línea negra que se dibujaba en el horizonte como una ribera baja vista de un lado a otro de un lago. Era un rebaño de bisontes descubierto a diez millas de distancia.

La estación del celo había empezado y el rebaño entero se agitaba en tumulto en medio de los combates de los machos. Al ruido causado por el rozamiento de las dos partes de su casco, cuando alzaban los pies del suelo, se agregaban los mugidos furiosos y repetidos de los bisontes, empeñados todos en sus terribles y sangrientas riñas. Sabíamos muy bien que nuestra aproximación no suscitaría entre ellos la alarma que hubiera producido en otra estación, y marchamos directamente hacia el rebaño. Al acercarnos matamos un bisonte herido, que no hizo esfuerzo alguno por escaparse. Tenía en los costados heridas donde se podía meter una mano.

Como sabíamos que la carne de los machos no es buena de comer en aquella estación, no queríamos matarlos, aunque nos hubiera sido fácil derribar un gran número. Apeámonos de los caballos quedándose unos a guardarlos y marchando los demás hacia el rebaño para escoger las hembras. Yo me había separado de mis compañeros, y adelantándome demasiado, me encontré en medio de los bisontes. Ninguna hembra se hallaba a mi alcance, cuando se pusieron los machos a reñir cerca de mí. En su furor no advertían mi presencia y se dirigieron hacia donde estaba con tal empuje, que alarmado por mi seguridad, busqué asilo en uno de los barrancos que abundan tanto en las zonas donde habitan estos animales y que ellos mismos hacen para revolcarse; pero continuaban dirigiéndose hacia el punto en que me hallaba, y tuve que hacer fuego para dispersarlos. No lo logré hasta después de matar cuatro. Aquellos tiros espantaron extraordinariamente a las hembras y pronto conocí que no mataría ninguna por aquel lado. Volví a buscar mi caballo y me fui a reunir a gran distancia con los indios que habían logrado matar una hembra muy gruesa. Pero como sucede ordinariamente en semejantes cacerías, todo el rebaño había luido a excepción de un macho que mantenía aun a los indios a cierta distancia cuando llegué.

«¿Sois guerreros, les dije, vais lejos de vuestro país a buscar a un enemigo y no podéis quitar la hembra a ese viejo bisonte que no tiene nada en las manos?» Al decir esto, marché derecho al bisonte que defendía a su hembra muerta, a poco más de cien varas de nosotros. No bien me vio dirigirme a él cuando se lanzó hacia mí con tal ímpetu que, viéndome en peligro con mi caballo, volví atrás apresuradamente. Los indios se rieron a su placer de mi derrota, pero no renunciaron a apoderarse de su presa. Llamando la atención al bisonte por varias partes y deslizándose hacia él, consiguieron matarle.

Mientras descuartizábamos la hembra, la manada no estaba lejos, y otra hembra vieja que los indios supusieron ser la madre, siguiendo el rastro de sangre, vino a arrojar sobre nosotros con gran furia. Los indios alarmados huyeron; la mayor parte no tenían sus armas a mano; pero yo había cuidado de volver a cargar mi escopeta y la tenía preparada. Tendido detrás y junto a los restos de la hija, esperé a la madre hasta una distancia muy corta y le tiré; se volvió, dio dos o tres saltos y cayó muerta. Teníamos ya carne de dos hembras gordas; era cuanto necesitábamos, y partimos al momento al lugar de la cita, donde encontramos a los demás compañeros; un gamo muerto por el camino había servido para entretener el hambre.

Entonces empecé a tomar parte en las ceremonias de lo que se podría llamar la iniciación de los guerreros. Las tres primeras veces que un hombre marcha a la guerra, las costumbres de los indios le someten a diferentes prácticas penosas de que pueden dispensarse los viejos guerreros. El joven guerrero debe teñirse siempre la cara de negro, llevar un sombrero o algún adorno en la cabeza, marchar detrás de los guerreros más antiguos, y nunca adelantárseles. Tampoco debe nunca rascarse con los dedos la cabeza ni otra parte ninguna de su cuerpo; y si tiene necesidad de hacerlo

emplea un palillo. La vasija en que come o bebe, el cuchillo de que hace uso, no deben ser tocados por nadie más. En estos últimos casos, las observaciones de los guerreros jóvenes son comunes a las mujeres en algunas tribus durante los primeros tiempos de la pubertad. El joven guerrero, por larga y fatigosa que sea la marcha, no debe beber, ni comer, ni sentarse durante el día; si hace alto un momento vuelve la cara hacia su país para que el Gran Espíritu pueda ver que desea volver a su cabaña.

Por la noche se observa cierto orden en el campamento. Si se encuentran ramajes en el sitio en que se hace alto, se plantan en tierra para rodear el campamento, al cual se da una forma cuadrada u oblonga, con un paso o puerta al extremo que da frente al país enemigo. Si no hay ramaje se forma el cercado con varitas o tallos de las yerbas que crecen en la pradera. Cerca de la puerta o entrada del campamento se aloja el principal jefe con los guerreros viejos. Siguen después por orden de edad y de reputación, los demás combatientes; y por último, en el fondo del campamento, los hombres de rostro ennegrecido que hacen sus primeras campañas.

Todos los guerreros, viejos y jóvenes, duermen con el rostro vuelto hacia su país natal. Por incómoda que sea su posición, por más cansancio que hayan sufrido, no deben bajo ningún pretexto cambiar de actitud; les está prohibido reposar dos juntos encima o debajo de una misma manta. En las marchas los guerreros nunca se sientan sobre la tierra desnuda; han de tener por asiento lo menos un poco de césped o ramas de árboles. Deben, en lo posible evitar mojarse los pies. Si se ven obligados a pasar por medio de un pantano o atravesar agua corriente, les está prescrito conservar sus vestidos secos, y cubrir sus piernas con hojas o con hierba al salir del agua. Nunca van por una senda trillada, si pueden evitarla; en el caso contrario se frotan las piernas con una preparación que llevan al efecto. Nadie debe pasar por encima de lo que pertenece a un guerrero, como su fusil, su manta, su tomahawk, su cuchillo, o su maza de guerra; ni sobre las piernas, las manos o el cuerpo de un hombre sentado o echado. Si esta regla ha sido violada por inadvertencia, aquel cuyos miembros, armas o muebles, fue objeto de la profanación, debe coger al hombre que ha infringido así los usos y tirarle al suelo. Este, aunque sea mucho más fuerte, se deja derribar. Las vasijas que llevan para sus comidas son ordinariamente tazas de madera o de corteza de abedul, marcadas en el centro. Los indios tienen señales que distinguen los dos lados; al ir beben siempre por uno y al volver siempre por el otro. A la vuelta, cuando no se hallan más que a una jornada de la aldea, cuelgan todas estas vasijas de los árboles, o las arrojan a la pradera.

Hubiera debido decir que en sus vivaques el jefe envía algunos de sus jóvenes guerreros a cierta distancia adelante a preparar lo que se llama el pushkwawgum-me-genahgun, pedazo de tierra desmontada, donde se practica el ko-zau-bun-zichegun, es decir, las operaciones adivinatorias que deben hacer descubrir la posición del enemigo. El lugar de la escena se dispone arrancando el césped en una superficie considerable, en forma de paralelogramo, y rompiendo la tierra con las manos de modo que quede muy menuda y movediza. En seguida se rodea de palos que impiden la entrada.

El jefe, informado de que todo está pronto, viene a sentarse en el extremo opuesto al país enemigo. Allí, después de cantar y hacer oración, coloca delante de sí, a la orilla del pedazo de tierra que puede compararse con la tabla de un jardín, dos piedrecillas redondas. Cuando ha permanecido algún tiempo solo, suplicando al Gran Espíritu que le muestre el sendero por donde debe guiar a los jóvenes, un pregonero, venido del campamento, se acerca a él, y volviendo atrás la mitad del camino, llama por sus nombres a los principales guerreros diciéndoles: «Venid a fumar.» Otros también, además de los que han sido llamados, pueden si quieren acercarse al jefe, y todos juntos examinar a la luz el resultado del ko-zau-bun-ziche-gun. Las dos piedras colocadas por el jefe al extremo de la tabla de tierra, han rodado hasta el borde inferior, y según la especie de sendero trazado por ellas sobre la tierra movediza se decide la dirección que se ha de seguir.

En aquel lugar de adivinación las ofrendas de vestidos, de granos y de cualquier otra naturaleza que los jefes y los guerreros llevan para los sacrificios, son expuestas todas las noches sobre un poste, con sus jebi-ugs, o recuerdos de amigos que no existen. Estos últimos deben ser

arrojados sobre el campo de batalla, o si es posible escondidos en las entrañas desgarradas de los enemigos muertos en el combate. Si un guerrero ha visto morir a un hijo favorito, lleva, si puede, bien un vestido, bien un juguete de aquel hijo, o mas frecuentemente un rizo de sus cabellos que debe arrojar sobre el campo de batalla.

Los exploradores que preceden a toda partida guerrera en el país enemigo, cuando examinan las cabañas y campamentos abandonados, recogen y conservan cuidadosamente todos los juguetes abandonados por los niños, tales como arcos pequeños o algún pedazo de flecha rota. Si conocen un hombre que haya perdido a su hijo, se los enseñan diciéndole: «Vuestro hijo está en tal parte; le hemos visto jugar con los hijos de los enemigos. ¿Queréis ir a verle?» El desgraciado padre toma casi siempre el juguete, lo mira algún tiempo, se pone a dar gritos y quiere marchar al combate. Un jefe indio, al entrar en campaña, no tiene sobre sus guerreros más poder que su influencia personal²⁸. Es, pues, preciso que emplee toda especie de medios para excitar y sostener su ardor.

19. Expedición malograda.

Profeta muskegoe. El jebi. Ta-bush-shah, el embrollón. Leyes de guerra violadas. Lucha oratoria. Deserción contagiosa. Costumbres del puerco-espín. El gamo rojo. Vendetta india. Regalo peligroso. Singular costumbre de cambio. Osa blanca. Caza de los osos. El lago de la Joroba del Bisonte.

A-gus-ko-gaut, el jefe muskegoe que acompañábamos entonces, se proclamaba el mismo profeta del Grande Espíritu, como el que apareció entre los shawanees algunos años después. Poco tiempo antes había perdido a su hijo, y llevaba un *jebi* que quería dejar en el campo de batalla; esta resolución daba nueva fuerza a su deseo de alcanzar a los enemigos.

No tardó en reunírsele un refuerzo de veinte hombres al mando de Ta-bush-shah (el embrollón). Era un ojibbeway de carácter inquieto y ambicioso, y no podía sufrir que otro que él dirigiera una expedición contra los sioux. Se decía que temía, sobre todo, ver oscurecidos sus hechos bizarros por las proezas de un pueblo tan mal mirado como los muskegoes. Sin embargo, no pareció oponerse en manera alguna a nuestra empresa, y dijo que venía a prestar auxilio a sus hermanos los muskegoes. A-gus-ko-gaut no podía ignorar los sentimientos y los procedimientos de Ta-bush-shah; no obstante, le recibió con las mayores apariencias de placer y cordialidad.

Después de varios días de marcha, como atravesáramos extensas praderas, llegamos a tener tal sed, que fue preciso violar algunas de las leyes de guerra. Los principales indios conocían el país y sabían que debía haber agua a pocas millas de distancia; pero la mayor parte de los guerreros viejos que iban a pie, estaban rendidos de calor y de cansancio. En tan extremada situación fue preciso que los guerreros de a caballo marcharan a la ventura en busca de agua. Wa-me-gon-a-biew y yo éramos de este número. Se convino en hacer ciertas señales para indicar a nuestro pequeño cuerpo de ejército la dirección que debía seguir cuando descubriéramos el agua. Yo fui uno de los primeros que encontraron un sitio en que se podía apagar la sed; pero antes que hubieran llegado todos, los sufrimientos de algunos eran ya excesivos. Los que habían llegado al manantial dispararon tiros toda la noche, y los rezagados llegaron por fin en distintas direcciones. Algunos vomitaban sangre y otros se hallaban en un completo delirio.

Cerca de aquella fuente un anciano llamado Ah-tek-oons (el pequeño caribú), hizo un ko-zau-bunzichegun o adivinación, y anunció en seguida que en cierta dirección había una partida numerosa de guerreros sioux que marchaban directamente hacia nosotros; que si queríamos volver a derecha o izquierda, llegaríamos a su país sin ser inquietados, y podríamos sorprender a las mujeres

²⁸ «La autoridad de un jefe indio dista mucho de ser despótica: su principal poder depende de sus circunstancias personales.» (Cooper, los Puritanos de América.)

en las aldeas; pero que si los dejábamos llegar a nosotros y atacarnos, nos sacrificarían hasta el último. Ta-busch-shah pareció prestar una fe sin reserva a aquella predicción; pero el jefe muskegoe y la mayor parte de sus guerreros no quisieron creerla.

Sin embargo, se oyeron algunas murmuraciones; varios indios hablaron muy alto de abandonar a A-gus-ko-gaut y de volver a su país; pero pasaron algunos días sin más acontecimiento que el encuentro por nuestros exploradores de un indio aislado, el cual echó a huir en cuanto los vio; se supuso que debía ser un guerrero sioux. Una mañana llegamos cerca de un rebaño de bisontes, y como nos faltaban víveres, se dispersaron varios jóvenes cazadores a perseguirlos. Desde el encuentro del indio no marchábamos más que de noche, y permanecíamos ocultos durante el día; pero en aquella circunstancia los muskegoes dejaron a sus jóvenes guerreros perseguir a los bisontes en medio del día y sin precaución; todo el día se estuvieron disparando tiros.

En nuestro campamento reinaba la abundancia, y todo respiraba aire de fiesta; los guerreros se habían reunido para comer en comunidad. Acabada la comida, Ta-bush-shah se levantó y dijo en alta voz: «Muskegoes, vosotros no sois guerreros; habéis venido muy lejos de vuestro país para atacar a los sioux. Centenares de vuestros enemigos se hallan cerca de aquí, y no podréis encontrar ni uno a no ser que vengan a caer sobre nosotros y a matarnos.» Después de decir estas palabras anunció la resolución de abandonar un ejército tan mal conducido, y de volver a su país con sus veinte hombres. Es probable que el único objeto de su viaje fuera aprovechar una ocasión para desorganizar la partida de A-gus-ko-gaut.

Luego que habló, Pe-zhew-o-ste-gwon (la cabeza del gato salvaje), orador del jefe muskegoe, le replicó: «Ya vemos claramente por qué nuestros hermanos los ojibbeways y los crees, no querían partir con nosotros del río Colorado. Vosotros estáis cerca de vuestro país, y os importa poco encontrar a los sioux ahora o a la caída de las hojas; pero nosotros venimos de muy lejos, llevamos con nosotros y hemos llevado mucho tiempo a los que fueron nuestros amigos y nuestros hijos; no podemos depositarlos sino en el campamento de nuestros enemigos. Bien sabéis que en un cuerpo como el nuestro, y tan numeroso como lo es hoy, si un solo guerrero vuelve atrás, los otros le siguen uno a uno hasta que no queda nadie; y por esto habéis venido a reuniros con nosotros. Vais a arrastrar a nuestros jóvenes guerreros para obligarnos a volver sin haber combatido.» Apenas acabó de hablar, cuando Ta-bush-shah sin responder una palabra se levantó y volviendo la cara hacia su país, se puso en marcha con sus veinte hombres.

Aquella defección pareció indignar a los jóvenes muskegoes, y varios de entre ellos hicieron fuego sobre los ojibbeways que se alejaban; estos quisieron contestar, pero su jefe, siempre prudente, supo sostener aquel primer movimiento, y su apariencia de generosidad produjo mucho efecto entre hombres que iban a hacerse enemigos peligrosos. A-gu-ko-gaut y los principales muskegoes permanecían sentados en silencio, y los jóvenes guerreros se pusieron unos tras otros a seguir las huellas de los ojibbeways. Wa-me-gon-a-biew siguió el torrente, y en el momento de su partida, me senté yo a pocos pasos del jefe. Durante la mayor parte del día A-gus-ko-gaut y sus fieles guerreros permanecieron inmóviles en el sitio en que habían oído el discurso de Ta-bush-shah; pero por último el viejo jefe, viendo su tropa reducida de sesenta hombres a cinco, no pudo contener sus lágrimas.

Al ver aquel espectáculo me acerqué a él y le dije que si quería continuar su marcha yo le acompañaría aunque nos quedáramos los dos solos. Los otros tres guerreros, como sus amigos particulares, estaban prontos a seguirle; pero me dijo que temía no hacer gran cosa con tan pocas fuerzas, y que si los sioux llegaban a descubrirnos seríamos muertos infaliblemente. Así se abandonó la expedición y cada cual pensó en volver por el camino más fácil y más pronto, sin pensar más que en su seguridad y conveniencia. No tardé en reunirme a Wa-me-gon-a-biew, y con otros tres hombres formamos una partida para volver juntos; elegimos una dirección distinta de la que llevaban las demás; la caza abundaba y así no se sintió el hambre.

Una mañana muy temprano, envuelto en mi manta, me hallaba tendido en un profundo sendero de bisontes, que conducía a través de una pradera a una pequeña ensenada, cerca de la cual

estábamos acampados. La caída de las hojas estaba muy adelantada y las hierbas de los prados, atacadas por el hielo hacía mucho tiempo, se hallaban enteramente secas; para no quemar el césped habíamos encendido la lumbre en medio del sendero; los demás indios ya en pie se hallaban a la derecha o izquierda del sendero, preparando nuestra comida, cuando nos llamó la atención un ruido extraño, y vimos un puerco-espín que venía hacia nosotros a paso lento y torpe.

Varias veces había oído hablar de la imbecilidad de este animal sin haber sido nunca testigo de ella. Se adelantó sin fijar la atención en los objetos que le rodeaban, hasta que metió la nariz en la lumbre: entonces, enderezándose sobre sus patas delanteras, se mantuvo tan cerca de la llama que ésta, empujada hacia él por el viento, le quemaba los pelos de la cabeza, y así se mantuvo algunos instantes, abriendo y cerrando los ojos con aire estúpido. Por fin, un indio cansado de verle allí le dio en la cabeza con un trozo de alce que tenía ensartado en una rama para asarle; otro le mató de un golpe con el tomahawk, y comimos parte de su carne que era muy buena. Entonces me contaron los indios, y yo mismo he visto después, que un puerco-espín, comiendo la hierba de noche a orillas de un río, no advierte la presencia del hombre, aun cuando le pongan delante un poco del alimento que busca; lo recibe y lo come tranquilamente. Cuando lo cogen no muerde ni araña; toda su defensa consiste en sus púas. Los perros no se determinan a atacarle sino muy rara vez, y cuando lo hacen suelen encontrar la muerte o a lo menos graves heridas y crueles sufrimientos.

En cuatro días de camino llegamos al río del Gran Bosque, que nace en una montaña, corre mucho tiempo al través de la pradera, desaparece en una extensión de diez millas y va a desaguar en el río Colorado. Más abajo del punto en que desaparece bajo la pradera, toma otro nombre; pero es sin duda alguna el mismo río. En sus orillas matamos un gamo rojo²⁹ de la especie común en Kentucky; este animal se encuentra rara vez en el Norte.

Cuando me reuní con mi familia no me quedaban más que siete balas. Como no había en las inmediaciones ningún traficante, me era imposible renovar mi provisión. Sin embargo, maté una veintena de gamos y alces. Muchas veces cuando se hiere a un gamo o a un alce, la bala no atraviesa de parte a parte, y puede servir aun otra vez.

Como la estación se hallaba muy adelantada fui a la factoría de Mouse River a buscar algunas provisiones, y allí Wa-me-gon-a-biew tomó el partido de vivir separadamente. Ne-no-kwa quiso continuar en mi compañía. Cuando íbamos a separarnos encontramos cerca de la factoría algunos individuos de una familia de crees, que en época muy remota había tenido disputas con los antepasados de Wa-me-gon-a-biew. Formaban parte de una gran partida enteramente extraña para nosotros y demasiado numerosa para que pudiera la lucha ser igual. Tuvimos conocimiento de su proyecto de matar a Wa-me-gon-a-biew, y como no podíamos evitar el hallarnos más o menos a su discreción, creímos deber conciliarnos su buena voluntad o a lo menos comprar su tolerancia con algún presente.

Teníamos dos barriles de whisky y se los dimos a la partida, y uno en particular al jefe de la familia que había amenazado a Wa-me-gon-a-biew. Cuando empezaron a desocuparlos un indio, con todas las apariencias de gran cordialidad, invitó a mi hermano a beber y quiso beber con él. A los pocos instantes empezó aquel hombre a dar señales de embriaguez; yo le había observado; apenas había bebido y era completamente dueño de sí mismo. Fácilmente comprendí sus proyectos, y resolví proteger, hasta donde estuviera en mi mano, a Wa-me-gon-a-biew contra las asechanzas de sus enemigos. Con la esperanza de conciliarnos la amistad de aquella familia de crees, habíamos encendido nuestra lumbre cerca de la suya; viendo que mi hermano estaba demasiado embriagado para esperar de él la menor discreción le llevé a nuestro campamento.

Apenas le había depositado debajo de su manta, cuando me vi rodeado por la familia enemiga armada de fusiles y puñales. Oí hablar de matar a Wa-me-gon-a-biew. Por fortuna nuestro presente había trastornado casi todas las cabezas, excepto la del hombre de quien he hablado, que me parecía el más temible de todos. Dos indios se acercaban a dar de puñaladas a Wa-me-gon-a-biew, pero me

29 Samuel Hearne, en el t. 2, p. 176 de la relación de su viaje, describe con bastantes pormenores el we-was-kish o gamo rojo, el animal más estúpido de la raza de los gamos.

arrojé delante de ellos y se lo impedí. Entonces me cogieron por los brazos y no les opuse resistencia alguna; sabía que en el momento de herirme debían soltarme cada uno con una mano, y entonces pensaba escaparme. Había empuñado fuertemente con la mano derecha y tenía oculto en el fondo del cobertor un cuchillo grande y fuerte. Pocos instantes después de sujetarme, el indio que me había asido por el lado izquierdo cogió su cuchillo para clavármelo en el costado; pero su compañero, algo ebrio, advirtiéndolo que había dejado caer el suyo, le rogó que esperara a que lo hubiera encontrado para ayudarlo a concluir conmigo, y entonces soltó mi mano derecha y corrió a buscar lo que necesitaba.

Este era el momento que esperaba yo; me desasí dando una sacudida, e hice brillar a los ojos del otro indio la hoja de mi cuchillo. Estaba libre y podía salvar mi vida huyendo; pero sabía que abandonar a Wa-me-gon-a-biew en el estado en que le habían puesto, hubiera sido entregarle a una muerte cierta, y resolví no dejarle en aquella crítica posición.

Los indios parecieron por un momento admirados de mi resistencia y de mi fuga; no lo fueron menos de verme levantar a mi compañero embriagado, y de dos o tres saltos colocarlo en una canoa pronta a partir. Apenas empleé un momento en atravesar la distancia que separaba su campamento de la factoría. ¿Por qué no tiraron sobre mí mientras el resplandor del fuego les permitía distinguirme? No lo sé; quizá les intimidó algo el verme tan bien armado, tan activo y tan dueño de mi razón. Esta última circunstancia me daba una ventaja evidentemente sobre la mayor parte de ellos.

Poco tiempo después de esta escena, Wa-me-gon-a-biew me dejó, según su primera intención, y fui a establecerme en una orilla del Asineboin. Hacia pocos días que me hallaba allí, cuando recibimos la visita de A-ke-wah-zains, hermano de Net-no-kwa, y algún tiempo después vimos un día a un indio de edad avanzada que remontaba el río en una canoa pequeña. A-ke-wah-zains le reconoció en el momento por el padre de los hombres que habían amenazado reciente mente la vida de Wa-me-gon-a-biew. El anciano, oyéndose llamar, vino prontamente, y comprendimos que ignoraba lo que había pasado entre sus hijos y nosotros. A-ke-wah-zains, al contárselo, se animó hasta tal punto y cobró tal exceso de rabia, que me costó mucho trabajo impedir que acabara en el acto con aquel pobre viejo indefenso. Tuve que dejarle apoderarse de una parte del ron que había traído su enemigo, y ayudé a este último a escaparse inmediatamente, porque sabía cuán poco seguro se iba a encontrar entre nosotros, en cuanto su licor empezara a producir efecto.

La misma noche, A-ke-wah-zains me ofreció su fusil que era corto y ligero en cambio del mío que era largo, de buen peso y perfecto. Poco dispuesto me hallaba a aquel arreglo sin conocer bien la diferencia de las dos armas, y Net-no-kwa no era de aquella opinión; pero no pude decidirme a una negativa contraria a los usos de los indios de la comarca.

Por entonces, maté una osa vieja enteramente blanca. De sus cuatro cachorros, uno era como ella blanco, otro rojo parduzco y dos negros. Por el tamaño y demás cualidades, se parecía al oso negro común; pero no tenía negra más que la piel de los labios. La piel de esta especie es muy hermosa, y sin embargo los traficantes la estiman menos que la roja³⁰. La osa vieja era poco feroz, y la maté sin trabajo; dos de los cachorros fueron muertos en la madriguera, y los otros dos treparon a un árbol. Acababa de derribarlos a tiros, cuando vi llegar dos hombres atraídos por el ruido de mis descargas. Traían mucha hambre; los conduje a mi cabaña, les di de comer, y distribuí a cada uno de ellos un pedazo de carne en el momento de su partida. Al día siguiente, tiré a otro oso sobre un álamo pequeño, y tuve ocasión de conocer lo malo que era el fusil que me había dado A-ke-wah-zains, porque disparé quince tiros sin resultado; tuve que trepar al árbol y tirar al oso en la cabeza a bocajarro para poder matarlo.

Pocos días después, al levantar un alce, levanté también tres osos pequeños, que treparon a un árbol. Tiré a estos y cayeron dos; pero como podían estar heridos únicamente, me lancé hacia el

30 «Los osos rojizos son malos, vienen desvergonzadamente a atacar a los cazadores, en lugar de los negros, que huyen. Los primeros son más pequeños y más ágiles que los últimos.» (La Hontau, *Memorias de la América* t. 2, p. 40.) Buffon da muchos detalles acerca de las variedades de colores entre los osos de una misma especie.

árbol. Apenas llegué, cuando vi a la madre venir corriendo por el lado opuesto. Levantó al cachorro que había caído más cerca de ella, y apoyándose sobre el cuarto trasero, lo cogió en sus brazos como una mujer lleva a su hijo. Le miró un momento, olfateó el agujero de la bala que le había dado en el vientre, y viendo que estaba muerto, lo arrojó y corrió derecha a mí rechinando los dientes y manteniéndose en pie. Todo esto pasó con tal rapidez, que apenas había podido volver a cargar mi fusil; no tuve más tiempo que el necesario para alzarlo y disparar a bocajarro. Jamás comprendí mejor la necesidad de una costumbre india que rara vez se me olvidaba; después de descargar el fusil, lo primero que debe hacerse es volver a cargar.

Durante un mes de permanencia, a pesar del mal estado de mi fusil, maté veinticuatro osos y diez alces. Habiendo juntado de este modo mucha grasa que no podíamos comer, visité un *sunjegwun* que había hecho después de matar los veinte alces con las siete balas, y deposité allí mis nuevas provisiones. Cuando empezó a escasear la caza me trasladé a aquel sitio con mi familia para vivir allí de nuestras provisiones hasta la primavera; pero Wa-me-gon-a-biew, su familia y otros varios indios habían violado el *sunjegwun*, y lo encontré completamente vacío. Reducido así al temor de una miseria próxima, me vi obligado a ponerme a perseguir a los bisontes. Felizmente el rigor del invierno empujó a los animales hacia los bosques, y en pocos días maté gran número de ellos; entonces se me unió Wa-me-gon-a-biew y otros varios indios.

Estábamos acampados en un grupo de árboles de la pradera; una noche, la anciana y algunas otras personas de nuestra familia soñaron que había un oso cerca de nuestra choza; al día siguiente lo busqué y lo encontré en su guarida. Le hice fuego, y esperé un momento a que se disipara el humo de la pólvora; viéndole entonces tendido en el fondo, me bajé con la cabeza por delante para sacarlo; mi cuerpo cubría la entrada de la guarida e interceptaba la luz. No advertí que estaba vivo hasta el momento de poner la mano sobre él; se levantó y quiso saltar sobre mí. Huí lo más velozmente que pude, pero me seguía tan de cerca, que en la carrera sentía yo el calor de su aliento; hubiera podido cogerme, pero no lo intentó. Yo había podido tomar mi fusil al salir de su madriguera, aunque me perseguía tan de cerca, y en cuanto creí haber ganado un poco de terreno, disparé hacia atrás un tiro que rompió la mandíbula al oso, y le dejó muerto al poco rato.

Desde aquella prueba, tomé más precauciones, y no entré jamás en la guarida de un oso sin haberme asegurado de su muerte. Hacia fines del invierno, los bisontes se hicieron tan comunes en los alrededores, que los matábamos a flechazos, y cogíamos algunos de los más jóvenes con lazos corredizos de cuero.

En la estación del azúcar, fuimos a cazar los castores a Pe-kau-kau-ne-sah-kie-gun (el lago de la joroba del bison), a dos jornadas del nacimiento del Pembinah. Nuestras mujeres nos acompañaron, y la anciana Net-no-kwa quedó recogiendo el azúcar con los niños. Queríamos matar bastantes castores para poder comprar cada uno un buen caballo que nos llevara a la expedición contra los sioux, el verano siguiente. En diez días maté cuarenta y dos castores grandes y hermosos, y Wa-me-gon-a-biew casi otro tanto. En seguida nos dirigimos a la factoría de Mouse-River.

Mr. Mackie me había prometido venderme un caballo muy hermoso de gran alzada que había visto ya; muy descontento me quedé al saber que lo había cedido a la compañía del Noroeste, y le dije que, supuesto que el caballo se había dirigido al Noroeste, los castores seguirían la misma dirección. Pasé pues a la otra orilla y compré una gran yegua torda por treinta pieles de castor. Bajo ciertos aspectos, era tan buena montura como la otra; pero no me gustaba tanto. Wa-me-gon-a-biew compró también un caballo de los indios, y fuimos a reunirnos a Net-no-kwa en el río del Gran Bosque; pero había partido para el río Colorado, a donde la seguimos.

20. Religión de Waw-be-no.

Ironía india. Pundonor indio. Tambor y sonaja de los indios. Juglar americano. Salamandra vegetal. Celos de cazador. Creencias de los indios sobre el trueno. Entrada en campaña. Adivinación nocturna. Ojibbeways muertos. Caballos robados. El Trueno rojo. El poste de los prisioneros. La montaña jefe. El ánade negro. Grito de guerra. Deserción. Contribución de guerra. Vuelta de una campaña sin resultados.

Permanecimos algún tiempo cerca de la embocadura del Asineboin. Muchos indios se habían reunido en torno nuestro, y entre otros, varios parientes de mi mujer; yo no los había visto. Entre ellos se encontraba uno de sus tíos, indio tullido, que no andaba hacía muchos años. Le habían dicho que yo era un blanco, y de esto deducía que no podría cazar. Cuando vio a mi mujer le dijo:

—Hola, hija mía, ¿mata alguna caza vuestro marido?

—Sí —respondió ella—, cuando un alce o un gamo ha perdido su camino o quiere morir, si se le pone al paso, mi marido no suele errarle.

—¿No ha ido a cazar hoy? —replicó él—; si mata alguna pieza, yo iré a buscarla, la traeré, y me daréis la piel para hacerme mocasines.

Él hablaba de broma, pero yo le di, en efecto, la piel de un alce que maté aquel día. Como mis cacerías continuaron siendo felices, repartí caza a todos los parientes de mi mujer, y no volví a oír sus burlas.

Poco tiempo después, como empezara a escasear la caza, creímos conveniente separarnos en distintas direcciones. Yo subí a lo largo del Asineboin hasta una distancia de diez millas, y allí encontramos, bajo el mando de un hombre llamado Po-ko-taw-ga-maw (el pequeño estanque), dos chozas habitadas por indios, parientes de mi mujer. En el momento de nuestra llegada, la mujer del jefe estaba cocinando una lengua de alce para su marido, que aun no había vuelto de la caza; inmediatamente nos la dio, y no se habría limitado a esto, si no hubiera llegado su marido. Desde aquel momento no nos dieron nada más, aunque nuestros niños gritaban que tenían hambre y había en la cabaña víveres en abundancia. Era demasiado tarde y yo estaba demasiado cansado para cazar; sin embargo no quise permitir a las mujeres comprar carne como deseaban.

Al primer resplandor del crepúsculo, cogí mi fusil, y en pie, a la puerta de mi cabaña, dije en voz alta: «¿Es Po-ko-taw-ga-maw el único que puede matar alces?» Mi mujer salió en aquel momento, y me presentó un pedazo de carne salada, diciéndome que su hermana lo había ocultado para dárselo. Muchos indios habían salido ya de sus cabañas, y a su vista arrojé el pedazo de carne a los perros exclamando: «¿Es regular ofrecer semejante alimento a mis hijos cuando abundan los alces en los bosques?»

Antes de mediodía, había ya muerto dos alces grandes, y había vuelto a mi choza con una pesada carga de carne fresca. En poco tiempo maté un gran número de bisontes, y nos dispersamos para salar la carne antes de dejar a nuestras familias, y marchar contra los sioux. En seguida fuimos a los bosques a buscar buenas pieles de gamos y de alces para los mocasines. Las pieles de los animales que viven en las praderas abiertas son blandas y no hacen buen cuero.

Un día que íbamos atravesando las praderas, al volvernos por casualidad, vimos a cierta distancia un hombre cargado de fardos y que llevaba además dos grandes ta-wa-e-gun-nums, o tambores usados en las ceremonias del Waw-be-no. Buscamos la explicación de aquello en los ojos de nuestras mujeres, y muy pronto reconocimos en el viajero que se acercaba, a Pich-e-to, uno de los parientes inhospitalarios que acabábamos de dejar. El semblante de Shaw-shish, la joven bahwetig, revelaba algún conocimiento de las intenciones de Pich-e-to.

En aquel tiempo, el waw-be-no estaba de moda entre los ojibbeways; pero los ancianos y los hombres más estimados lo han considerado siempre como una religión falsa y peligrosa. Las ceremonias del waw-be-no se diferencian esencialmente de las del metai, y van acompañadas

ordinariamente de mucha licencia y desorden. El ta-wa-e-gun, que sirve de tambor en aquella danza, no se parece al woin-ah-keek o me-ti kwaw-keek, usado en el metai. El primero está hecho de un cerco de madera como el tambor de los soldados; el segundo no es más que un pedazo de tronco de árbol ahuecado por medio del fuego, con una piel atada encima del me-zhe-gwun, y se diferencia también por su construcción del instrumento empleado en el metai.

En el waw-be-no, hombres y mujeres bailan y cantan juntos; hay sobre todo muchos juegos y mojigangas. Los iniciados toman en la mano, y algunas veces en la boca, carbones encendidos o piedras enrojadas al fuego; otras veces tienen en la palma de sus manos mojadas pólvora que, seca por los carbones o por las piedras, produce al fin una explosión. A veces, también, uno de los principales actores de un waw-be-no coloca delante de sí un caldero que retira hirviendo de la lumbre; antes de que haya podido enfriarse, mete sus manos en el fondo y saca una cabeza de perro o de cualquier otro animal, después desgarrá con los dientes aquella carne caliente todavía, cantando y bailando como un loco al rededor del caldero. Devorado este manjar, rompe y tira los huesos, siempre cantando y bailando.

Los indios saben sufrir los efectos del fuego y de las sustancias ardientes: quisieran hacer creer a los ignorantes que poseen un poder sobrenatural; pero toda su magia consiste en el conocimiento de ciertas hierbas³¹ cuya preparación hace insensibles al fuego las partes sobre las que se aplica. Las plantas que usan son el waw-be-no-wusk y el pe-zhe-ke-wusk. La primera crece en abundancia en la isla de Mackibac, y los habitantes de los Estados Unidos la llaman *yarrow* (mil hojas); la otra se encuentra en las praderas: las mezclan y las trituran o mascan juntas, para frotar con ellas sus manos y sus brazos. El waw-be-no-wusk o *yarrow*, en cataplasma, es un remedio excelente para las quemaduras; los indios lo usan mucho. La mezcla de las dos plantas da a la piel, hasta a la de los labios y la lengua, una asombrosa facultad de resistir los efectos del fuego.

Pich-e-to nos alcanzó al fin e hizo alto con nosotros. La vieja Net-no-kwa no dejó pasar mucho tiempo para informarse de sus proyectos; cuando vio que no se extendían más que a la joven Bah-wetig, dio su consentimiento, y los casó en el instante mismo. A la mañana siguiente, Waw-he-be-nais-sa, que había venido conmigo, así como Wa-me-gon-a-biew, a la embocadura del Asineboin, mató un alce macho, y yo maté un gamo. Por aquel tiempo empecé a modificar mi manera de cazar; resolví, aunque debiese costarme mucha fatiga, asegurar en lo posible toda pieza a que hubiera de tirar. Tomada esta determinación, me hice mucho más cuidadoso en mi manera de acercarme a los animales, y procuré no hacer fuego nunca sino a buen alcance. Adopté este partido en la primavera; cacé mucho y maté un gran número de animales durante el estío; en todo este tiempo, no erré dos tiros. Se necesita mucha destreza y precaución para matar los alces en todas las estaciones, y particularmente en el estío.

Como empezaba a tener la reputación de buen cazador, Waw-be-be-nais-sa concibió celos de mis triunfos; muchas veces, en mi ausencia, entraba en mi choza y encorbaba mi fusil, o se lo llevaba con pretexto de que estaba componiendo el suyo, y me le devolvía doblado o estropeado de algún modo.

En los primeros días de primavera estallaron violentas tempestades. Una noche, Pich-e-to, asustado de la violencia de la tormenta, se levantó y ofreció tabaco al trueno, suplicándole que cesara de retumbar. Los ojibbeways y los otawaws creen que el trueno es la voz de ciertos seres

31 «Entre estas plantas, hay una que merece una atención particular, y es la que emplean en destruir o moderar la acción del fuego. Por la relación que me habían hecho de ella, pedí a un salvaje que me la enseñara; en seguida me trajo dos raicillas con algunas hojas. Curioso de verla usar, temiendo que me engañara, le presenté un pedazo, invitándole a que hiciera uso de él. Se lo metió en la boca, lo mascó un momento y en seguida se frotó bien las manos. Hecho esto me pidió carbones, le di sucesivamente tres, los más encendidos que encontré; los apagó unos después de otros frotándolos ligeramente, sin experimentar el menor dolor y sin que su piel sufriera alteración alguna. Después le metí algunos en la boca; los inflamó con el soplo, y teniéndolos entre los dientes, los fue mascando poco a poco sin apariencia alguna de dolor. Tres veces repitió este experimento, asegurándome que si hubiera tenido mayor cantidad de aquella raíz, haría cosas que me parecerían mucho más extraordinarias.» (Perrin du Lac, *Viaje a las dos Luisianas*.) Charlevoix da igualmente detalles muy extensos acerca de esta extraña propiedad de un jugo vegetal.

animados que llaman An-nim-me-keegs. Unos los consideran como hombres, otros dicen que tienen más semejanza con aves. No se sabe a punto fijo si reconocen una conexión indispensable entre el ruido del trueco y el relámpago que le precede; creen que el relámpago es un fuego, y muchos de ellos afirman que escarbando la tierra al pie de un árbol que acaba de ser herido por el rayo, se debe encontrar una bola de fuego. Muchas veces la he buscado sin encontrarla; he reconocido la huella del rayo a lo largo de la madera, casi hasta la punta de una raíz; pero en el punto donde concluía, nunca he encontrado cosa particular en la tierra.

Después de la última tempestad de que acabo de hablar, vimos por la mañana un olmo aun ardiendo, que había herido el rayo la noche anterior. Los indios tienen un terror supersticioso a este fuego, y ninguno de ellos quiso ir a traer parte de él para reemplazar el nuestro que la lluvia había apagado; yo me decidí, y lo traje aunque no sin cierta aprensión. Tenía menos motivos de temor que los indios, sin hallarme no obstante enteramente libre de los terrores que los persiguen siempre.

Después de matar y salar mucha caza, construimos un sunjégwun para depositar en él los víveres necesarios a nuestras mujeres durante nuestra ausencia. Mis preparativos de viaje no estaban aun terminados, cuando una partida de guerra de doscientos sioux cayó sobre nosotros y mató algunos hombres, una pequeña partida de asineboinos y de crees, se había ya puesto en marcha para el país de los sioux, y habiendo encontrado por casualidad la huella de estos doscientos hombres, los había espiado algún tiempo desde bastante cerca para ver mas de una vez la cabeza de grulla de que se servía el jefe, en lugar de piedra redonda, en el Ko-sau-bun-zitch-e-gun, o adivinación nocturna, a fin de descubrir la posición del enemigo.

Aquella pequeña partida de crees y asineboinos no había tenido valor para caer sobre los sioux; pero había enviado mensajeros a los ojibbeways por un camino apartado. Estos hombres se habían dirigido a la choza de un jefe ojibbeway que cazaba al frente de su tribu; aquel jefe desdeñó tomar medidas de prudencia: retirándose inmediatamente al fuerte del Tratante, hubiera evitado el peligro que le amenazaba. Hizo sin embargo algunos preparativos de partida; pero su mujer anciana, celosa de otra más joven, que estaba entonces en favor, le dirigió reconvenciones sobre la preferencia que daba a aquella: «Me perseguís, respondió él, hace mucho tiempo con vuestros celos y vuestras quejas; pero no oiré más en adelante. Los sioux están cerca de aquí, y voy a esperarlos.» Se quedó, pues, y continuó cazando.

Una mañana muy temprano, trepó a un árbol próximo a su choza para descubrir a los bisontes en la pradera, y al querer bajar fue muerto por dos jóvenes sioux que se habían escondido entre unos avellanos por la noche. Es probable que hubieran podido caer más pronto sobre él, y que los detuvo el miedo; pero ya se oía el galope de los caballos, y apenas habían podido salir de la choza los indios que vivían bajo el mismo techo que el jefe, cuando llegaron los doscientos sioux a caballo. Uno de los exploradores era tío de Wall-ne-tah³², hoy día jefe muy conocido de los yanktongs³³, y la partida iba conducida por su padre. Wah-ne-tah formaba también parte de la expedición, pero no tenía aun toda la fama que ha conquistado después. El combate continuo durante el resto del día; todos los ojibbeways, en número de veinte, fueron muertos, a excepción de Aisanse, hermano del jefe, dos mujeres y un niño.

Mr. H..., traficante en Pembinah, dio a los ojibbeways un gran barril de pólvora, y cien libras de balas para que fueran a hacer la guerra a la partida que había muerto al jefe, su suegro. Cuatrocientos hombres se pusieron en campaña: estos eran cien asineboinos, unos trescientos entre crees y ojibbeways, y algunos muskegnes. Desde el primer día de nuestra partida de Pembinah, desertaron unos cien ojibbeways; en la noche siguiente, muchos asineboinos siguieron este ejemplo robando gran número de caballos; cuatro de ellos pertenecían a Wa-me gon-a-biew y a mí. Fue una gran desgracia para mí, porque contando con hacer aquella expedición a caballo, no llevaba más

32 El nombre de este jefe distinguido está escrito *Wanotan*, en la relación de la segunda expedición del mayor Long. Esta ortografía da una idea tan inexacta de la pronunciación de aquel nombre, como la que el retrato grabado en la obra da de la fisonomía del personaje. (Nota de John Tanner.)

33 Mr. Balbi cita esta tribu de los Sioux en la pág. 1003 de su *Compendio de Geografía*.

que siete pares de mocasines. Fui a buscar a Pe-shan-ba, jefe del bando de los ottawaws, de que formaba yo parte, y le dije que quería ejercer represalias sobre el corto número de asineboinos que habían quedado con nosotros; pero no quiso consentir en ello, arguyéndome con mucha razón que nuestras disensiones intestinas, animadas de aquel modo por mí, ocasionarían contiendas, cuyo resultado sería la ruina de todos los proyectos de nuestra partida.

Su opinión, cuya justicia en interés de todos conocía yo muy bien, no cambiaba en nada mis agravios particulares. Me dirigí sucesivamente a cada uno de los ottawaws y a algunos ojibbeways, que tenía por amigos, para persuadirles a que me ayudaran a quitar los caballos a los asineboinos. Nadie quiso prestarse a ello, excepto un joven, llamado Gish-kan-ko, pariente del que me había tenido en cautividad en mi infancia. Consintió en vigilar conmigo a los trece asineboinos que habían quedado en nuestra partida, y ayudarme, si se presentaba la ocasión, a quitarles sus caballos. Pocos días después, vi una mañana a ocho de aquellos hombres permanecer hasta muy tarde en un campamento, y conjeturé que iban a desertar. Llamé a Gish-kan-ko para espiarlos conmigo, y cuando se hubieron puesto en camino la mayor parte de los ojibbeways, vimos a aquellos asineboinos montar a caballo y encaminarse hacia su país.

Iban bien armados; como sabíamos que nos sería imposible quitarles los caballos por la violencia, marchábamos sin armas detrás de ellos. Uno se detuvo, dejando a la partida marchar adelante, y se apeó para hablarnos; pero todos ellos se mantuvieron bien prevenidos a fin de impedirnos ejecutar nuestro designio. Empleamos las súplicas, y viendo al fin que no había esperanza, les dije que sus cinco compañeros, que quedaban en nuestro campamento, correrían peligro. Esta amenaza, lejos de producir ningún buen efecto, únicamente les decidió a enviar en el momento un mensajero, en el más veloz de sus caballos, para advertir a aquellos hombres que se guardaran de mí. Volvímonos a pie a reunirnos con nuestro reducido cuerpo de ejército, y aproveché la primera ocasión de ir a visitar a los cinco asineboinos que habían quedado con nosotros; pero, advertidos de nuestra llegada, huyeron con sus caballos.

Cerca de un lago próximo al río Colorado, encontramos colgado de un árbol, en los bosques, el cuerpo de un joven sioux llamado el *Trueno rojo*. Seguíamos entonces la huella del enemigo, que se retiraba después de matar a nuestro jefe, y que aquel joven acompañaba; los ojibbeways echaron al suelo el cadáver, le dieron de puñadas y puntapiés, y acabaron por arrancarle la piel del cráneo. Pe-shan-ba prohibió a todos los jóvenes de su partido unirse a los ojibbeways en aquellos ultrajes indignos de verdaderos hombres. Un poco más lejos encontramos un poste de prisioneros donde nuestros enemigos habían atado a varios cautivos, y supimos así que algunos de nuestros amigos habían sido cogidos vivos. Las huellas de la partida estaban frescas aun, es decir, que no estábamos más que a dos o tres jornadas.

A nuestra llegada al lago Traverse, nuestra fuerza se había reducido a ciento veinte hombres, tres de ellos asineboinos mestizos, una veintena de crees, otros tantos ottawaws, y todo el resto de la nación de los ojibbeways. Muchos de nuestros compañeros habían sido desanimados por adivinaciones desfavorables, y entre otros Pe-shan-ba, desde la primera noche después de nuestra partida de Pembinah. Nos dijo que había visto en sueños los ojos de los sioux como soles; por todas partes descubría siempre a los ojibbeways antes de que estuvieran bastante cerca para herirlos; había visto también a nuestra partida volver sana y salva; pero añadía que, a la izquierda del lago Traverse, opuesto a nuestro camino, había observado chozas de sioux aisladas que iría a visitar a su vuelta.

Al oeste de aquel lago, a dos jornadas de camino, se eleva una montaña llamada O-ge-mah-wud-ju (la montaña Jefe), y cerca de ella la aldea a que pertenecía la banda armada cuyas huellas seguíamos. Al acercarnos a aquella montaña íbamos cada vez más alerta, ocultándonos casi siempre en el bosque durante el día, y marchando de noche. Cuando llegamos por fin a una distancia de pocas millas, hicimos alto en medio de la noche, esperando los primeros resplandores del crepúsculo, hora ordinaria de los ataques de estas ocasiones, el jefe se halla vestido en traje de los indios. Hallándose la noche muy avanzada, un guerrero de gran reputación, llamado el *Ánade*

negro, tomó su caballo por la brida y se dirigió hacia a aldea, permitiéndome acompañarle. Al rayar el día llegamos a la loma que nos ocultaba a la vista del enemigo. El Ánade negro, alzando la cabeza con precaución, vio dos hombres que se paseaban a poca distancia de él; entonces, bajando un poco de la colina, agitó su manta de una manera convenida para hacer seña de acudir a los ojibbeways.

En seguida se despojaron de todos los vestidos, y en un momento apareció toda la banda desnuda a los pies del Ánade negro; los guerreros marcharon luego silenciosamente, pero con rapidez, hasta la cresta de la colina, y se detuvieron a la vista de la aldea. A aquel aspecto, los dos hombres, lejos de huir, vinieron a nosotros con aire deliberado, y vimos detenerse delante de los jefes a dos hombres de nuestra partida: en el último alto, nos habían dejado sin prevenir a nadie, para ir a reconocer la posición del enemigo; pero encontraron el campamento abandonado desde hacía muchas horas, y cuando llegamos, se entretenían en ahuyentar los lobos que venían a buscar los restos de los víveres.

Al verlos lanzó toda la tropa el *sas-sah-kwi* o grito de guerra; este grito, muy fuerte y penetrante, intimida y abate a los débiles, pero anima a los guerreros que se preparan a combatir; también he podido observar que produce un efecto sorprendente sobre los animales. He visto un bisonte asustado de este ruido hasta el punto de caer sin poder levantarse ni hacer resistencia alguna; el oso se espanta tanto a veces, que huye de su guarida o cae de un árbol, sin acertar a ponerse en salvo.

Los jefes que nos guiaban no quisieron renunciar a sus proyectos, y seguimos día por día las huellas recientes de los sioux. Siempre encontrábamos, en los sitios de sus campamentos, el lugar de su *ko-sau-bun-zitch-e-gun*, cuyo aspecto nos demostró que estaban exactamente instruidos de nuestra marcha. Reinaba entonces entre nuestros jóvenes guerreros una propensión manifiesta a desertar; los jefes se esforzaban en prevenirla colocando algunos hombres de confianza de centinela en los campamentos y en las marchas; pero esta medida que se emplea con mucha frecuencia está muy lejos de producir buenos resultados; más bien parece que aumenta el número de desertiones, quizá porque los jóvenes guerreros no pueden soportar ninguna especie de violencia: así se manifestaron cada vez más inquietos y agitados, cuando pasamos el nacimiento del río de San Pedro, siempre en persecución de los sioux. Los traficantes tienen hacia la parte superior del curso de este río, un fuerte en que los sioux se habían refugiado. A una jornada de distancia de aquel punto, el temor y la indecisión se manifestaron en toda la partida. Los jefes hablaron de enviar guerreros jóvenes a examinar la posición del enemigo; pero ninguno se ofreció para aquella misión.

Permanecemos algún tiempo sin avanzar ni retroceder, y se aprovechó aquella ocasión para remediar las necesidades de algunos que carecían de mocasines u otros objetos de primera necesidad. Todo el que formando parte de una expedición de guerra, se encuentra desprovisto de mocasines, pólvora y balas, o de cualquier otro objeto igualmente necesario, coge en la mano una muestra de lo que le falta, o si es un par de mocasines, coge uno y se pasea en el campamento, deteniéndose algunos minutos delante de los que cree que le pueden socorrer. No tiene que decir nada, porque comúnmente los que poseen en abundancia aquello que necesita, se hallan dispuestos a dárselo. Si no lo logra, el jefe de la partida va examinando a todos uno por uno, y toma los objetos necesarios de aquello que están mejor provistos. En estas ocasiones, el jefe se halla vestido en traje de combate, acompañado de dos o tres jóvenes guerreros.

Después de parar dos días cerca del fuerte de los traficantes, retrocedimos todos; pero, no renunciando del todo a nuestros primeros proyectos, volvimos a los alrededores de la montaña Jefe, donde esperábamos encontrar algunos de nuestros enemigos. Teníamos tan gran número de caballos, y nuestros jóvenes guerreros recorrían la campiña con tanta negligencia y ruido, que no había probabilidad de aproximarnos a ellos: así no nos detuvimos mucho tiempo cerca de la montaña. En nuestra retirada, atravesando las llanuras, descubrimos que éramos seguidos por una partida de unos cien sioux.

En las orillas del Gauneroway, río considerable, que toma su origen en la montaña Jefe y va a desembocar en el río Colorado, a algunas jornadas del lago Traverse, Pe-shan-ba tuvo una disputa con un ojibbeway, llamado Ma-me-no-guaw-sink, con motivo de un caballo que yo quité a unos crees, amigos de los ojibbeways, que mucho tiempo antes me habían robado el mío. Aquel hombre, habiendo muerto a un cree, buscaba una ocasión de hacerse amigos en aquel pueblo. Un día que íbamos Pe-shan-ba y yo a poca distancia del grueso de nuestra partida, y que yo conducía el caballo de que me había apoderado, Ma-me-no-guaw-sink se acercó a nosotros con algunos amigos y reclamó el caballo; pero Pe-shan-ba, preparando su fusil, le puso el cañón sobre el pecho y le intimidó de tal manera con sus reconvenciones y sus amenazas, que no se atrevió a insistir. Los ottawaws, en número de diez, hicieron alto, y con Pe-shan-ba siempre a su cabeza, se colocaron en la retaguardia para evitar toda nueva disputa relativa a aquel caballo. Ninguno de ellos parecía dispuesto a sufrir que lo dejase.

Cuatro hombres de nuestra expedición fueron en seis días desde la montaña Jefe a Pembinah; pero el grueso de la partida, aunque estábamos casi todos montados, empleó diez días en aquel camino. Uno de los cuatro era un viejo ottawaw de Wan-gun-uk-kezze o el *Árbol torcido*. Al llegar a Pembinah, supe que mi familia había partido para la embocadura del Asineboin. Habiéndose dispersado completamente nuestra tropa, y separándose de mí en Pembinah todos mis amigos particulares, mi caballo fue robado durante la noche. Supe quién le había cogido: el que había sido acampaba a corta distancia, y desde por la mañana me puse en marcha, con mis armas, para recobrar mi caballo; pero encontré a Pe-shan-ba, que sin decir una palabra acerca de la cuestión, comprendió mi proyecto y me prohibió formalmente ir más lejos.

Pe-shan-ba era bueno y tenía en su partida gran influencia. Hubiera podido desobedecer sus insinuaciones, pero no quise, y me volví con él. No tenía ya mocasines, y estaba tan vivamente irritado por la pérdida de mi caballo, que no podía comer. Al llegar al término de mi excursión, a dos jornadas de Pembinah, estaba rendido de cansancio, tenía los pies hinchados y desollados, y encontré a mi familia hambrienta. Mi ausencia había durado tres meses; tres meses de marchas largas y penosas sin resultado alguno.

Hube de ir a cazar al instante, y sin embargo, mis pies habían padecido tanto, que me costaba gran trabajo sostenerme; pero tuve la fortuna de matar un alce en cuanto salí a la mañana siguiente de mi llegada. Aquel mismo día, se cubrió la tierra de dos pies de nieve; lo que me permitió matar caza en abundancia.

21. Costumbres del desierto.

Dialecto de los Asineboinos. Robo de caballos. Costumbre singular. Interior de una familia de asineboinos. Hospitalidad. Oso gris. Disputas. Caballo robado en represalias. Cobardía de un indio.

Poco tiempo después de mi vuelta supe que los asineboinos se habían alabado de haberme quitado mi caballo, Como hiciera mis preparativos para ir a recobrarlo, un ojibbeway que había intentado frecuentemente disuadirme de toda tentativa de este género, me dio un caballo, bajo condición de renunciar a mis proyectos; así no hablé más de ello en algún tiempo.

Después de pasar el invierno en la embocadura del Asineboin, fui a recoger armas en las orillas del río del Gran bosque. Allí me dijeron que los asineboinos se alababan todavía de haberme quitado mi caballo; y conseguí al fin por la persuasión, que Wa-me-gon-a-biew me acompañara en una excursión que emprendí para recobrarlo. En cuatro días de marcha llegamos a la primer aldea asineboin, a diez millas de la factoría de Mouse River. Aquella aldea se componía de unas treinta cabañas de pieles. Fuimos descubiertos antes de llegar, porque los asineboinos, como son una banda

rebelde de los sioux aliada a los ojibbeways, temen sin cesar ser atacados por su antigua nación, y tienen siempre vigías que espían la aproximación de los extranjeros. La contienda que produjo la separación de esta banda de los Bwoir-nugs o *tostadores*, como los ojibbeways llaman a los sioux, había tenido por causa una disputa relativa a una mujer y no databa entonces de muchos años. Actualmente viven entre ellos tantos crees y ojibbeways, que casi todos entienden la lengua de estos, y sin embargo su dialecto se diferencia mucho; es casi literalmente el de los sioux.

Entre los que nos salieron al encuentro, estaba Ma-me-no-kwaw-sink, aquel mismo que había tenido una disputa a propósito de mí con Pe-shan-ba, pocos meses antes; al acercarse nos preguntó qué veníamos a hacer.

—A recobrar —le dije—, los caballos que nos han robado los asineboinos.

—Más vale que os volváis por donde habéis venido —nos respondió—; porque si vais a la aldea, vais a dejar allí el pellejo.

Sin hacer caso de sus amenazas, pregunté por Ba-gis-kun-nung, cuya familia nos había robado los caballos: me respondieron que no sabían de él a punto fijo; pero añadieron que, después de volver la partida de guerra, Ba-gis-kun-nung y sus hijos se habían ido a la residencia de los mandanes, y no habían vuelto aun. Al llegar a la residencia de los mandanes, el antiguo propietario de mi yegua la había reconocido y recobrado del hijo de Ba-gis-kun-nung, el cual para indemnizarse, había robado un caballo negro muy hermoso, y había huido: no se había oído hablar más de él después de aquella desaparición.

Wa-me-gon-a-biew, desanimado, intimidado quizá por aquel recibimiento, quiso disuadirme de ir más lejos, y al ver que sus consejos no me movían, se volvió solo a su familia. Yo no me desanimé, y prefería visitar todas las aldeas, todos los campamentos de los asineboinos a volver sin mi caballo. Fui a la factoría de Mouse-River donde, habiendo expuesto los motivos de mi viaje, me dieron dos libras de pólvora, treinta balas, varios cuchillos y diferentes objetos con instrucciones acerca del camino que debía seguir hasta la aldea más próxima. Al atravesar una pradera muy extensa vi en el suelo, bastante lejos de mí, una cosa que parecía un tronco de árbol; como sabía que no podía haberlos en aquel sitio, a menos que los hubieran traído, creí que sería más bien un vestido o un cuerpo de hombre muerto en viaje o en la caza.

Me acerqué con precaución, y advertí por fin que era un hombre tendido boca abajo, con un fusil en la mano, acechando a los gansos silvestres; su atención se dirigía en sentido opuesto a mí, y estaba ya muy cerca de él sin que me hubiera descubierto, cuando se levantó y tiró a una bandada de gansos. Me arrojé en seguida sobre él; el ruido de las campanillas y de las joyas de plata que llevaba sobre mí le reveló mi proximidad, pero le sujeté sin darle tiempo para hacer resistencia, ni cargar su fusil; viéndose cogido, gritó: «Asineboin.» Yo respondí: «Ojibbeway.» Uno y otro nos alegramos al ver que podíamos tratarnos como amigos; pero la diferencia de nuestros dialectos no nos permitía conversar; le hice seña de sentarse en el suelo junto a mí, y se sentó. Le di un ganso que había muerto poco antes de encontrarle, y luego que descansamos un rato, le hice comprender que quería acompañarle a su cabaña.

En dos horas de marcha llegamos a su aldea, y entró delante de mí en el hogar de su familia. Al entrar detrás de él, vi a un anciano y una anciana cubrirse la cabeza con sus mantas, mientras mi guía se deslizaba inmediatamente dentro de una celdilla en que sólo cabía una persona para ocultarse del resto de la familia; su mujer le llevó su comida a aquella habitación separada, desde la cual, sin dejarse ver, hablaba con los que estaban en la cabaña; cuando quería salir, su mujer advertía a los ancianos, que se cubrían la cabeza, y lo mismo sucedía cuando volvía.

Esta costumbre se observa estrictamente por los hombres casados entre los asineboinos, y según tengo entendido, entre los bwair-nugs o dah-ko-tahs, como se llaman ellos mismos; es sabido que existe también entre las omowhows del Misuri. No se limita a las relaciones de los hombres con los padres de sus mujeres; se extiende hasta los tíos, y es un deber igual del marido y de los parientes de la mujer el evitar con cuidado el verse unos y otros. Si un hombre entra en una choza donde se halla su yerno, éste se cubre el rostro hasta que aquel se va. Los jóvenes, mientras

permanecen en la familia de sus mujeres, tienen una cabaña pequeña distinta en lo interior, o una parte de la cabaña separada del resto por esteras o pieles suspendidas; la joven pasa en ella la noche: de día, es el solo medio de comunicación entre los que no pueden verse. Es muy raro, si es que alguna vez sucede, el que un hombre pronuncie el nombre de su suegro; sería considerado como una acción indigna y una falta de respeto. Esta costumbre no existe en manera alguna entre los ojibbeways, que la consideran como una locura muy incómoda.

Los habitantes de aquella cabaña me trataron con mucha bondad. El grano es sumamente raro en aquella comarca; tenían muy poco de reserva; lo cocieron y me lo dieron. El joven les refirió cuánto le había yo asustado en la pradera, y se rieron todos de muy buena gana. Aquella aldea se componía de veinte y cinco cabañas; sin embargo, pesar de todas mis preguntas, no pude saber por nadie dónde se encontraba entonces Ba-gis-kun-nung. Había otra aldea a una jornada de distancia aproximadamente; no tardé en encaminarme allí, con la esperanza de ser más afortunado en mis pesquisas.

Casi al fin de mi camino, vi volar gansos, y maté uno que fue a caer en medio de una partida de asineboinos. Viendo entre ellos un hombre muy viejo y de aspecto miserable, le hice seña de recogerlo y guardarlo; pero antes de hacerlo, se acerco para expresarme su gratitud de una manera muy nueva para mí. Puso sus dos manos sobre mi cabeza y las pasó varias veces por la larga cabellera que cubría mis hombros, dirigiéndome en su lengua frases que yo no comprendía. Fue en seguida a recoger el ganso, y volvió a invitarme, por medio de señas que comprendí sin dificultad, a vivir bajo su techo, mientras permaneciera en la aldea. Mientras preparaba nuestra comida, fui de cabaña en cabaña, examinando todos los caballos; pero no encontré el mío. Algunos jóvenes me acompañaban, y sus disposiciones parecían amistosas; sin embargo, cuando tomé el camino de la aldea inmediata, vi a uno de ellos, montado en un buen caballo, partir como para anunciarme.

Cuando llegué a aquella aldea, nadie fijó la atención en mí, y ni aun pareció que me habían visto. Nunca había tenido relación alguna con aquella banda de asineboinos; y conocí muy bien que se les había prevenido contra mí. Su jefe, a quien llamaban Kab-oge-maw-wet Asineboin (el jefe asineboin), era un cazador distinguido. Poco tiempo después, sus guerreros, viendo que no volvía de la caza tras una ausencia mucho más larga que de costumbre, siguieron su huella y lo encontraron muerto en la pradera; había sido atacado y vencido por un oso gris.

Viendo que no tenía que esperar un trato hospitalario de aquella banda, no entré en ninguna cabaña, y me limité a espiar a los caballos, entre los cuales esperaba reconocer al mío. Había oído hablar mucho de la velocidad y hermosura de un caballo perteneciente al jefe, lo reconocí bien pronto en la descripción que me habían hecho de él. Llevaba yo debajo de mi cobertor un ronزال, y con la mayor destreza se lo eché al cuello a aquel caballo, y desaparecí volando más bien que corriendo. La irritación que me había causado la conducta inhospitalaria de los habitantes de aquella aldea, me impulsó instantáneamente a aquel acto que no tenía nada de premeditado. Cuando empezamos, el caballo y yo, a perder la respiración, me detuve para mirar atrás. Las cabañas de los asineboinos apenas se veían como manchas en una pradera lejana.

Se me ocurrió el pensamiento de que hacía mal en llevarme así el caballo favorito de un hombre que nunca me había hecho mal alguno, aunque me había rehusado los deberes ordinarios de la hospitalidad con un extranjero. Salté a tierra y dejé libre al caballo; pero en el momento, vi correr al galope treinta o cuarenta asineboinos que me había ocultado una pequeña eminencia del terreno. Ya estaban muy cerca de mí, y no tuve tiempo más que para huir a un grupo de avellanos que estaba próximo. Continuaron algunos momentos buscándome en todas direcciones, y entre tanto pude ocultarme mejor. Por fin, se apearon y se dispersaron en busca mía. Algunos pasaron muy cerca de mí; pero mi escondite era tan bueno, que podía ver todos sus movimientos sin exponerme a ser descubierto. Un joven se desnudó completamente como para un combate, entonó su canto de guerra, dejó su fusil, y con una simple maza en la mano, vino derecho hacia el sitio en que me había refugiado. No estaba más que a veinte pasos de mí, yo tenía el fusil preparado y le apuntaba al corazón, cuando se volvió atrás. No es probable que me descubriera; pero la idea de ser observado

por un enemigo invisible, armado de un fusil, y cuya posición no podía reconocer sino con mucha desventaja, debió hacer vacilar su resolución. Me buscaron inútilmente hasta la noche; entonces se volvieron hacia la aldea con el caballo del jefe.

Yo me volví inmediatamente con mi familia, gozoso de haber escapado de aquel peligro, y andando noche y día llegué la tercera noche a la factoría de Mouse-River. Los traficantes me dijeron que era una locura no haberme traído el caballo del jefe; habían oído, decían, ponderarlo mucho y me lo hubieran pagado muy bien.

En una aldea de asineboinos, a veinte millas de aquella factoría, tenía yo un amigo llamado Be-na (el faisán), a quien al pasar había suplicado que durante mi ausencia procurara encontrar mi caballo o a lo menos descubrir la residencia actual de Ba-gis-kun-nung. Fui a verle, y me hizo entrar en seguida en una choza habitada por dos ancianas; por las aberturas de aquella choza me señaló la que habitaba Ba-gis-kun-nung y sus cuatro hijos. Sus caballos pastaban alrededor, y en uno de ellos reconocimos el hermoso caballo negro que habían recibido de los mandanes en cambio del mío. Wa-me-gon-a-biew había estado en la factoría y había vuelto a esperarme en aquella aldea en la morada de los hijos de un hermano de Taw-ga-we-ninne, que eran por consiguiente sus primos, y mantenían con él las más amistosas relaciones. Había hecho ofrecer a Ba-gis-kun-nung un buen fusil, un traje de jefe, y todo lo que llevaba consigo, a cambio del caballo. Le reprendí vivamente aquel paso, diciéndole que si Ba-gis-kun-nung hubiera aceptado tales presentes, habría resultado para mí el doble apuro de recobrar un caballo y todos los objetos dados en cambio.

Fui casi en el instante a buscar a Ba-gis-kun-nung, y le dije:

—Necesito un caballo.

—No tengo ninguno que daros —me respondió.

—Entonces yo os quitaré uno.

—Y yo os mataré.

A estas palabras volví a la cabaña de Be-na, e hice mis preparativos para partir muy temprano a la mañana siguiente. Be-na me dio una piel de bison para que me sirviera de silla, y una anciana me vendió una correa que me sirviese de ronzal en lugar del que había dejado en el caballo del jefe. Pasé la noche en la cabaña de nuestros primos, y muy de mañana, dispuesto a partir, volví a la cabaña de Be-na que aun dormía. Tenía yo un buen cobertor nuevo, que extendí sobre él sin hacer ruido alguno, y me puse en marcha con Wa-me-gon-a-biew.

Al acercarnos a la cabaña de Ba-gis-kun-nung, vimos a su hijo mayor sentado en el umbral, guardando los caballos. Wa-me-gon-a-biew quiso disuadirme del proyecto de llevarme uno, puesto que no podíamos hacerlo sin ser vistos, y que teníamos razón para creer que había medidas violentas preparadas contra nosotros. Resistí a su opinión, pero consentí únicamente en ir a dejar vuestros equipajes a una distancia de doscientas varas de nuestro camino, desde donde volveríamos a tomar el caballo. Cuando me hube desembarazado de mi carga, Wa-me-gon-a-biew, viéndome firme en mi resolución, echó a correr adelante, y yo volví precipitadamente hacia la aldea. Al verme el hijo de Ba-gis-kun-nung se puso a gritar con todas sus fuerzas. Solamente distinguí las palabras de *Wah-kah-towah*, y de *shoonk-tongah* (ojibbeway y caballo). Yo suponía que gritaba: «Un ojibbeway se lleva un caballo.» Respondí: «Kah-ween-gwautch ojibeway» (no es un ojibbeway del todo). La aldea se puso en un instante en movimiento. En el ademán de la mayor parte de los que se reunían en torno mío, no veía ninguna determinación formal de intervenir en lo que pasaba; pero había cierto estímulo en el continente de mi amigo Be-na y de un gran número de crees que le rodeaban. La familia de Ba-gis-kun-nung era la única que manifestaba una hostilidad manifiesta.

Yo estaba agitado hasta el punto de no sentir a mis pies tocar la tierra; pero creo que no estaba asustado. Después de poner la correa al caballo negro, vacilé en montarlo, porque aquella acción debía privarme un momento del uso de mis armas, y exponerme a un ataque por detrás. Pero, recordando que toda apariencia de indecisión tendría entonces un efecto muy desfavorable, quise saltar sobre el caballo; mas el salto fue tan grande, que fui a caer al otro lado cuan largo era, con el fusil en una mano y el arco y las flechas en otra. Me levanté rápidamente mirando a mi alrededor

para observar los movimientos de mis enemigos. Todo el mundo reía a carcajadas, excepto la familia de Ba-gis-kun-nung. Cobré alguna confianza y monté resueltamente a caballo. Comprendía que si tuvieran intención de atacarme, lo habrían hecho en el momento de mi caída, y no cuando podía oponer una resistencia peligrosa. Las risas cordiales de los indios me probaban también que mi tentativa no tenía nada de ofensiva para ellos.

Al volver la brida vi a Wa-me-gon-a-biew proseguir su carrera como un pavo asustado; ya se hallaba casi fuera del alcance de mi vista. Al reunirme con él le dije: «Hermano mío, debéis estar cansado; voy a prestaros mi caballo» y fuimos caminando juntos. Al cabo vimos venir dos jinetes de la aldea en persecución nuestra. Wa-me-gon-a-biew, alarmado, se disponía a huir y a dejarme solo resolver la dificultad como pudiera; pero viendo su intención, le dije que bajara del caballo; así lo hizo y siguió corriendo a todo correr.

Cuando los dos hombres estuvieron a cosa de media milla de mí, volví la brida y me detuve haciéndoles cara. Ellos se detuvieron también, y yo mirando en torno mío, vi que Wa-me-gon-a-biew se había escondido en las zarzas. Conservamos nuestras posiciones los dos jinetes y yo hasta cerca de mediodía. Los habitantes de la aldea se hallaban situados en gran número en una pequeña colina inmediata a las cabañas, para ver lo que pasaba.

Cansados por fin de su inacción, los dos hijos de Ba-gis-kun-nung se separaron, y vinieron hacia mí cada uno por su lado. Yo me mantuve en guardia contra su proyecto evidente de dividir mi atención para dispararme un tiro con más seguridad. Dos veces se acercaron a mí, y después, para cortarme la retirada, fueron a apostarse entre mi posición y Wa-me-gon-a-biew. Empezaba a cansarme de su conducta pusilánime, y lanzando mi caballo al galope, corrí derecho a ellos; entonces echaron a huir en dirección a la aldea. En aquella ocurrencia encontré a Wa-me-gon-a-biew más cobarde que de ordinario. Afortunadamente los jefes y los hombres de consideración del bando a que pertenecía Ba-gis-kun-nung estaban encantados de mi empresa; aquel hombre y sus hijos pasaban por malos y perturbadores: de otro modo nunca hubiera podido llevarla a cabo sin auxilio ninguno de parte de Wa-me-gon-a-biew.

Volví a emprender en seguida mi camino, y mi hermano salió al mismo tiempo de su escondite. Aquella noche encontramos la cabaña de nuestro viejo Waw-so, que había vivido mucho tiempo cerca de Pe-shan-ba. Tuve cuidado de esconder en los bosques el caballo robado, y encargué a Wa-me-gon-a-biew que no dijera a Waw-so nada de lo que yo había hecho. Pero, en medio de la noche, cuando me quedé dormido, se puso a referir todos los acontecimientos de la víspera, y al llegar a mi caída me despertaron las carcajadas del anciano.

A la mañana siguiente volvimos a ponernos en camino para Ko-te-kwaw-mi-ah-me-se-be, donde estaba mi familia. Entonces poseía yo dos caballos, y encontrando a un amigo que no tenía, le prometí uno; pero como no se encaminaba a su casa, aplazó el tomarlo hasta su vuelta. En aquel intervalo el caballo que yo le destinaba murió de un arrebato de sangre, y no me quedó más que el negro llamado por mí Man-dun. Yo lo quería mucho, pero cuando aquel hombre volvió no pude prescindir de dárselo. Mi mujer gritó, y a mí me costó un gran sentimiento el separarme de aquel precioso animal.

22. El Gran Espíritu.

La montaña de la Tortuga. Indios en campaña. Carestía. Trofeo sin combate. Ofrendas de guerra. Tesoro descubierto. Revelación de la voluntad del Gran Espíritu. Preceptos de la religión de los Shauneses. El apretón de manos del profeta. Asesinato de perros. La carne del Profeta. Prácticas minuciosas. Mejora en las costumbres públicas.

Tres meses después, los crees enviaron tabaco a los ojibbeaways, para animarlos a que se unieran como ellos a los mandanes, e ir a atacar a algunos Boir-Nugo, en el país del Misuri. Ba-gis-kun-nung hizo me advirtiesen al mismo tiempo que me aconsejaba no me reuniese a la expedición. Esto era una amenaza de atentar a mi vida si volvía a verle, pero no le hice caso. Gasté seis días en llegar a la montaña de la tortuga, donde los crees se reunían en gran número. Al cabo de un mes de espera, vi llegar a Wa-ge-to-te, que acudía a la cita con sesenta hombres. Allí nos reunimos a él en número de ocho, y dimos cuantas provisiones teníamos a aquel hombre y a su partida, que hacía algún tiempo carecían de víveres. Pronto nos vimos reducidos a las mismas privaciones, y después de tres días de marcha se eligieron veinte guerreros jóvenes para ir a la caza de los bisontes. Wa-ge-to-te insistió en que partiese con ellos, pero me negué. Repitió varias veces este consejo, y por fin quitándome mi morral de la espalda me dijo: «Ahora, sobrino, puedes partir; me llevaré tu bagaje hasta que te unas con nosotros.» Poco tuve que andar, pues fui bastante afortunado para matar un corzo. Los indios se echaron sobre él como perros hambrientos; a los pocos minutos no quedaban ni los huesos y con todo escasamente la mitad de aquella muchedumbre que se moría de hambre pudo probarlo.

Los veinte hombres destacados volvieron sin haber muerto una pieza; la mayoría de mis compañeros se debilitaron, de tal modo que muchos se quedaron atrás imposibilitados de andar. Por espacio de muchos días nos alimentamos únicamente con raíces de me-tus-koo she-men, planta alimenticia que los ingleses llaman *baya* y los franceses tubérculos. Estaba a punto de desfallecer, cuando una noche, mientras dormían todos, un anciano, pariente de mi mujer, vino a despertarme y me puso en la mano un poco de *pemucicán*, que guardaba con el mayor cuidado. Este socorro tan a tiempo, me permitió llegar a la montaña de la Tortuga, a donde me acompañó sólo la mitad de la partida de Wa-ge-to-te; de los que no pudieron seguirnos varios se volvieron a sus familias, de los otros nada supimos.

Los asineboinos y los crees, a quienes suponíamos encontrar en el lugar de la cita, hacía dos días que habían partido; pero siguiendo sus huellas los alcanzamos al poco tiempo cuando ya volvían de la expedición. Nos refirieron que habían llegado a la aldea de los mandanes a tiempo que una partida de sioux iba a atacarlos. El jefe mandane les dijo así que se presentaron. «Amigos míos; esos sioux han venido a apagar mi fuego, ignoran que estáis aquí, y ya que no se han puesto en marcha contra vosotros, ¿por qué ha de correr vuestra sangre en nuestra querella? Quedaos en mi aldea, y veréis que somos hombres, y que no necesitamos ayuda cuando vienen a atacarnos a nuestra puerta.» La aldea mandana estaba circunvalada con una empalizada de estacas; los sioux combatieron todo el día junto a ella; por fin se negoció un armisticio, y el jefe mandane dirigiéndose a los sioux, sin salir de su empalizada les dijo: «Abandonad la aldea, o vais a ver que caen sobre vosotros nuestros amigos los ojibbeways, que habiendo descansado, están ya dispuestos y son infatigables.» Los sioux contestaron: «Eso es una fanfarronada para disimular vuestra cobardía; no hay con vosotros tales ojibbeways, y aunque los tuvieseis a centenares, no les tendríamos miedo. Los ojibbeways son mujeres, y si abundasen en la aldea esa, sería una razón más para penetrar en ella.» Irritados con estas injurias los asineboinos se lanzaron a atacar a los sioux, que al verlos huyeron en desorden.

A pesar de la pequeña parte que los ojibbeways tomaron en el combate, conquistaron varias cabelleras escarpadas en la jornada; una de ellas tocó en suerte a nuestro jefe Wa-ge-lo-te, aun

cuando sólo se había aproximado al lugar de la batalla, y se llevó a su país su trofeo. Al volver a la montaña de la Tortuga, sufríamos los rigores del hambre, y varios no podían continuar la marcha. Fue preciso detenernos; sólo cuatro hombres teníamos bastante fuerza y resolución para probar a cazar. Uno era un anciano llamado Gitch-e-wes (la morada del gran castor), dos guerreros jóvenes y yo; el anciano estaba muy animoso y tenía una confianza completa en matar alguna caza. «Cuando era niño, nos dijo, en una ocasión en que no había comido en tres días, el Gran Espíritu se me apareció y me dijo: *He oído tus gritos, y no quiero oírte gritar ni quejarte tan frecuentemente; pero si alguna vez te ves expuesto a morir de hambre, llámame, te escucharé y te daré algo.* Nunca, continuó el anciano, he reclamado el cumplimiento de esta promesa; pero he pasado toda la noche orando y cantando, y estoy seguro de que la bondad del Gran Dios, no me negará la primera cosa que le pido.» Salimos juntos al rayar el alba y nos separamos para cazar. Todo el día lo pasé andando sin encontrar una pieza; mas como estaba tan débil sólo pude recorrer muy poco terreno. Volví tarde, y encontré a los dos guerreros que tampoco fueron más felices que yo: todos empezaban a desesperarse. El anciano Gitch-e-wes aun no había vuelto; ya bien entrada la noche volvió agobiado con el peso de una gran carga de caza. Fui elegido para preparar y repartir equitativamente lo que había traído. Al día siguiente nos dirigimos al sitio donde había muerto un alce y pronto devoramos sus restos.

Próximo a este sitio Wa-me-gon-a-biew descubrió muchos objetos abandonados por una banda de asineboinos, como sacrificio de medicina. Lo que se deja con esta intención se llama mete-sas-sa-ge-witch-egun, o puk-ketch-e-gun-nun, y la primer tribu amiga que lo encuentre puede tomarlo; pero las ofrendas hechas para asegurar el éxito de una guerra deben dejarse en el sitio en que han sido depositadas; se las llama sa-sa-ge-witch-e-gun.

Wa-me-gon-a-biew, habiendo trepado a un árbol, para indicar al instante su descubrimiento a los indios, tardó tanto en bajar, que todas las mantas, los pedazos de tela, en fin todos los objetos de valor ya tenían dueños nuevos. Fácil fue conocer su disgusto aunque dijo pocas palabras; fue a sentarse aparte sobre un tronco, y allí, meneando con los pies un montón de hojas secas, encontró un caldero de cobre, boca abajo, y que ocultaba muchas ofrendas de gran valor; por esta vez no llamó a nadie, se lo apropió todo y su parte fue la mejor.

Desde este sitio hasta donde me esperaba mi familia no cacé nada; llegué medio muerto de hambre y en mi cabaña reinaba la misma enfermedad; al día siguiente tuve la suerte de matar un corzo, y con él pudimos vivir unos días en la abundancia.

En la época que habitamos cerca del río del gran Bosque, oímos hablar de un hombre famoso, de la nación de los sawneses, que había tenido una revelación de la voluntad del Gran Espíritu. Cazando un día en la pradera, a mucha distancia de mi cabaña, vi venir a mi encuentro a un extranjero: al pronto temí fuese un enemigo; pero cuando ya estuvo cerca conocí por su traje que era un ojibbeway: sin embargo, en todo su aspecto había mucho de original y raro: me instó que me volviese a casa, sin darme ninguna razón, sin mirarme y sin querer darme explicaciones. Creí que estaba loco, mas le acompañé a mi cabaña; luego que hubimos fumado, estuvo sin hablar gran rato; por fin me dijo que venía a verme de parte del profeta de los sawneses.

«De aquí en adelante nunca se apagará el fuego de tu hogar. En verano e invierno, de día y de noche, en la tormenta y en la calma ten presente que la vida en tu cuerpo y el fuego en tu hogar son una misma cosa y llevan la misma fecha. Si dejas apagar tu fuego tu vida se apagará en el mismo instante. Tampoco tendrás perros. No maltratarás ni a hombre, ni a mujer, niño, ni perro. El profeta mismo vendrá a darte un apretón de manos; le precedo para advertirte que es la voluntad del Gran Espíritu la que te comunica y prevenirte que la conservación de tu vida depende de una obediencia ciega a todas horas. Ya nunca deberás embriagarte, robar, mentir ni atacar a tus enemigos. En tanto que obedezcamos con fe los mandatos del Gran Espíritu, los sioux no podrán vernos aunque vengan a nuestro país. Seremos felices porque nos protegerá el Gran Espíritu.»

Escuché atentamente su perorata y le contesté que no creía que nos muriésemos todos porque se apagara nuestro fuego: que en muchas ocasiones era imposible no castigar a los niños, y por

último, siendo nuestros perros útiles para la caza, no creía que el Gran Espíritu tuviese empeño en arrebatárnoslos. Siguió hablando hasta muy entrada la noche y al cabo se acostó en mi choza. Al día siguiente me desperté el primero, y siendo que el fuego se había apagado, le llamé para que viese cuantos muertos había. Como estaba preparado contra el ridículo que yo quería encontrar en su doctrina, me contestó que era porque aun no había yo recibido el apretón de manos del profeta, y que su visita no tenía otro objeto que prepararme a tan importante suceso, e instruirme de antemano en las obligaciones que iba a contraer al recibir en mi mano la del profeta. No estaba muy tranquilo con mi incredulidad: los indios en general admitieron la doctrina de aquel hombre con mucha humildad y temor. La zozobra y el recelo se retrataban en todos los semblantes. La mayor parte mataron sus perros y procuraron conformarse con los mandatos de aquel nuevo predicador que moraba con nosotros.

Según mi costumbre invariable en todas las ocasiones importantes fui a ver a los tratantes, plenamente convencido de que si la Divinidad tenía que comunicar algo a los hombres, de seguro empezaría por los blancos. Los tratantes pusieron en ridículo con palabras despreciativas la idea de una nueva revelación de la voluntad divina transmitida por un pobre sawnese, y esto me confirmó en mi incredulidad. No obstante no me atreví a convenir públicamente en esto con los indios; pero me negué a matar mis perros, y no manifesté mucha exactitud en cumplir las otras prácticas. Había adoptado gran parte de sus ideas, pero todas no me parecían admisibles.

El enviado del profeta permaneció algún tiempo entre los indios, y se captó de tal modo los ánimos de los principales, que se fijó día para adoptar solemne y públicamente su doctrina y se preparó al intento una cabaña. Cuando entramos en ella vimos una cosa cubierta con una manta, cuyo aspecto y dimensiones tenían una forma humana. Al lado estaban dos jóvenes, que nos dijeron nunca se separaban; durante la ceremonia nadie se acercó ni levantó la cubierta tendida sobre aquel objeto misterioso. Cuatro collares de habas secas y enmolecidas eran las señales visibles de tan importante misión.

Después de una arenga larga que estableció y recomendó a la atención del auditorio los puntos principales de la nueva revelación, se presentaron con gran ceremonia a cada uno de los asistentes los cuatro collares de habas, hechos, decían, con la carne del profeta. Era preciso tomar uno a uno los collares e introducirlos suavemente por la mano: esto se llamaba recibir un apretón de manos del profeta, y se consideraba como un solemne compromiso de obedecer sus órdenes y reconocer que su misión emanaba del Ser Supremo. Todos los indios que tocaron las habas habían ya matado sus perros; arrojaron sus bolsitas de medicina y se manifestaron dispuestos a todas las prácticas exigidas por ellos.

Ya llevábamos mucho tiempo de estar reunidos, y como éramos tantos, el hambre empezó a hostigarnos; el terror y la agitación se retrataban en todos aquellos rostros que abrumaba la melancolía; los más activos se habían vuelto indolentes, y el valor de los más animosos parecía enteramente enervado. Fui a cazar con mis perros, pues no permití se matasen y con su ayuda hallé y maté un oso. A mi vuelta dije a los indios que todo lo predicado de parte del Gran Espíritu era absurdo, porque se oponía a nuestra conservación. No me hicieron caso y vivieron como pudieron; únicamente se reprimió la embriaguez dos o tres años; mas gradualmente se borró aquella impresión y volvieron a regir los antiguos hábitos: se concluyó por despreciar al profeta sawnese y hoy los indios le tienen por impostor y bribón.

23. Las dentelladas.

Peligros y temores de la frontera. Noche de terror. Los sioux. El viejo alce. Cazadores cegados por la nieve. Terror pánico. Orgías. Las dos narices cortadas. Proyectos de suicidio.

Ya que se hubo calmado la agitación producida por aquel suceso y los mensajeros del profeta se marcharon para visitar otras tribus más distantes, me encaminé con una numerosa partida de indios a la caza de los castores hacia los brazos superiores del río Colorado. No sé si nos había infundido ánimo la promesa del profeta de hacernos invisibles a los sioux; pero lo cierto es que nunca nos habíamos aventurado a estar tan cerca de su país. En aquella frontera, donde ni unos ni otros nos habíamos atrevido a cazar antes, encontramos multitud de castores; en un mes, sólo con mis trampas cacé ciento. Mi familia se componía de diez personas, entre ellas seis niños huérfanos, y aunque estaba solo para cazar y armar mis trampas, pude mucho tiempo atender a su subsistencia. Por último los castores escasearon y tuve que tirar a un corzo; mi familia había perdido la costumbre de oír tiros y a la detonación salieron de la cabaña y se fugaron al bosque creyendo que un sioux me había hecho fuego.

Tuve que armar mis trampas más lejos y visitarlas una vez al día. No soltaba la escopeta, y si tenía que hacer algo la empuñaba con una mano y con la otra trabajaba. Por el día dormía algunos ratos, y por las noches rondaba alrededor de mi cabaña. Como llegó a faltarme caza, tenía que ir a los bosques a buscar alces, y en un día maté cuatro, que despellejé sin soltar la escopeta. Estando con el último oí un tiro a doscientas varas de distancia.

Sabía que me había aproximado a la frontera de los sioux más que ningún ojibbeway, y no conocía a nadie de esta tribu por aquellos contornos; sospeché, pues, que sería un sioux, y creyendo que me habría oído le llamé, mas no recibí respuesta. Estuve con más vigilancia que antes y al oscurecer me encaminé a mi cabaña, deslizándome con el mayor silencio y precaución. Al día siguiente me aventuré a reconocer el sitio donde había oído el tiro, y distinguí las huellas de un ojibbeway, que habiendo disparado a un oso y persiguiéndolo con mucho ardor no me había oído.

A poco rato encontré muchas huellas, y conocí que estaba a corta distancia de un campamento fortificado de ojibbeways. Por tres veces los jefes de aquella banda me enviaron mensajeros para advertirme que mi posición era muy expuesta y peligrosa; mas a pesar de sus vivas instancias no podía resolverme por mi repugnancia a vivir dentro de un sitio fortificado: sólo cuando observé las huellas de algunos sioux que habían venido a reconocer mi recinto, me determiné a buscar un asilo al lado de los ojibbeways. La noche que precedió a mi marcha, fue noche de terror, y en la que sufrimos cuantos horrores pueden sentir los indios. Había informado a mi familia de lo que pasaba, y no dudaba que hubiese en aquellos contornos alguna partida; por eso esperábamos que antes del día nos atacasen.

Ya llevábamos más de media noche y ninguno había dormido, cuando de pronto oímos un ruido a corta distancia; los perros parecían aterrados y dije a mis hijos que ya había llegado la hora de morir juntos. Me situé a la puerta de la cabaña, y levantándola un poco, saqué el cañón de la escopeta, pronto a recibir al enemigo: oía muy claro el ruido de los pasos; pero como la noche era muy oscura no podía descubrir nada. Por fin una forma pequeña y negra, del tamaño de la cabeza de un hombre, avanzó con lentitud y en línea recta a mi cabaña: entonces comprendí cómo obra el miedo sobre los órganos de la vista. Al acercarse aquel objeto me parecía a veces que tomaba las proporciones de un hombre, y que inmediatamente volvía a su verdadera proporción. Convencido definitivamente de que era un animal pequeño, salí y reconocí un puerco-espín que maté con mi tomahwac. El resto de la noche se pasó en vela, y al amanecer me refugié en el campamento fortificado.

A mi llegada los jefes tuvieron consejo y enviaron a dos jóvenes a recoger los utensilios que quedaran en mi cabaña; mas yo sabía que los sioux estaban en acecho en los contornos, y temiendo

que si los jóvenes morían o eran maltratados, sus amigos no dejarían de atribuirme su desgracia, les tomé la delantera por un atajo, resuelto a sufrir la suerte de ellos. Encontré que nada faltaba en la cabaña, y no fuimos hostilizados cuando volvimos con los efectos al fuerte.

De cuando en cuando los sioux se acercaban a nuestro campamento, pero nunca se atrevían a atacarnos. A la entrada de la primavera los ojibbeways partieron en un mismo día, y yo tuve que quedarme, porque me había comprometido con un tratante, a la sazón ausente, a suministrarle algunos paquetes de pieles que aun no había reunido. Los jefes me demostraron que casi valía tanto que yo mismo me matase, puesto que los sioux no dejarían de saber la partida de los otros guerreros y vendrían a atacarme en cuanto me quedase solo. Estas advertencias tristes y alarmantes subían de punto con los numerosos ejemplos que me referían de hombres, mujeres y niños asesinados por los sioux en aquel sitio: mas me era preciso quedarme.

Por la noche cerré lo más sólidamente que pude las entradas del campamento, y después de encargar a mi familia guardase el mayor silencio, me puse de centinela. La noche no estaba muy adelantada cuando, a la luz de la luna que brillaba con todo su esplendor, vi a dos hombres que se dirigían en línea recta a la entrada ordinaria, y encontrándola cerrada recorrieron el contorno de las fortificaciones examinándolas. El miedo me incitaba a disparar sobre ellos sin hablarles; pero, recordando que podían no ser sioux, me aproveché de una ocasión favorable para amenazarlos con mi escopeta sin exponer mi persona. Eran el tratante que aguardaba y un francés. Me apresuré gozoso a introducirlos en el campamento, y con aquel refuerzo se pasó tranquilamente el resto de la noche; al día siguiente nos pusimos en marcha con nuestros bagajes siguiendo las huellas de los ojibbeways.

Mi intención no era reunirme a aquella partida, por eso me fui a vivir algún tiempo con mi familia sola en los bosques; más adelante me reuní con algunos ojibbeways del río Colorado, bajo las órdenes de un jefe llamado Be-gwa-is (el que corta la cabaña del castor). Hacía varios días que todos los cazadores de aquella tribu tenían empeño de matar un alce, viejo macho, que tenía entre ellos reputación de astuto y vigilante. La primera vez que fui de caza lo vi sin poder matarlo; pero cacé otro; al día siguiente me puse a perseguirlo, resuelto a alcanzarlo si era posible. Auxiliado por el temporal y el viento conseguí matarlo. Esto, que debía atribuirse en su mayor parte al azar y a circunstancias independientes de mis previsiones, me dio gran fama y los indios alabaron mi experiencia, reconociéndome por el cazador más hábil de su banda.

Pronto salimos unos doce conducidos por Be-gwa-is a cazar los castores al país de los sioux; nuestras mujeres se quedaron a retaguardia. En esta cacería todos mis compañeros enfermaron de la vista, pues casi cegaron por el reflejo de la nieve; mientras estuvieron así cacé solo y los mantuve. Ya que se derritió la nieve, se aliviaron, y entonces nos dividimos en tres grupos iguales; uno de estos fue atacado por los sioux junto al río Bufalve (el río del Bisonte); mataron un ojibbeway y a otro que hirieron le hicieron prisionero.

Por una casualidad accidental me había herido yo mismo con un tomahwac en el tobillo y no podía andar aprisa. Mis compañeros se llenaron de terror pánico suponiendo que los sioux estaban cerca de nosotros, y sin cuidarse de mí se alejaron con la mayor presteza. La primavera no estaba muy adelantada; todo el día estuvo lloviendo y nevando, por la noche sopló el viento del noroeste y se heló el agua. Seguí de lejos a mis compañeros, y cuando los alcancé por la noche, ya tarde, los encontré medio muertos en su rancho, pues como discípulos del profeta no se habían atrevido a encender fuego. Wa-me-gon-a-biew estaba entre ellos y no era el último en abandonarme a la menor apariencia de peligro. Al otro día por la mañana el hielo estaba bastante espeso para permitirnos pasar el río, y como esta helada había venido tras el calor sufrimos mucho. Después de descansar cuatro días en el sitio donde nuestras mujeres recolectaban el azúcar, volvimos al país de los sioux. En esta caminata encontramos a los dos indios que se habían salvado del ataque de nuestros enemigos, y en su aspecto demostraban las señales de la mayor miseria y hambre.

Encontramos también un tratante americano, cuyo nombre he olvidado, pero que me trató con muchas atenciones. Me instó a que me separase de los indios y volviese con él a los Estados

Unidos. Era pobre, poseía pocas pieles y tenía mujer e hijos: me dijo además que el gobierno y el pueblo serían generosos conmigo, y que él me ayudaría con todo su poder; pero rehusé sus ofertas, pues preferí quedarme con los indios, sin renunciar a la intención de abandonarlos en su día. Supe por él que varios parientes míos habían llegado hasta Mac-kinac para saber noticias mías; le dicté una carta que se encargó de remitirles. Al separarse de nosotros nos dio, a Wa-me-gon-a-biew y a mí, una canoa para cada uno, y añadió varios regalos de mucho valor.

En nuestra marcha hacia el río Colorado, Wi-ong-je-chenen, a quien habíamos confiado la dirección de nuestra caravana, aparentó estar alarmado. Íbamos por un largo riachuelo que entra en el río Colorado, y vi que miraba con inquietud a ambas orillas, observando con la mayor atención todos los indicios de la proximidad de hombres; no nos dijo una palabra, circunstancia rara entre los indios en iguales circunstancias; por la noche, cuando me vio probar a encender lumbre para nuestro rancho, se levanto, se tapó con su manta, y se alejó sin proferir una palabra. Le seguí con la vista, hasta que le vi elegir un sitio donde se escondió completamente, dominando una gran extensión de terreno. Comprendí la causa de su conducta e imité su ejemplo con mis compañeros. Por la mañana nos reunimos y nos aventuramos a encender un poco de fuego para el almuerzo. Apenas llenamos el caldero y lo pusimos sobre la llama, descubrimos a los sioux en una eminencia distante una media milla a retaguardia. En el acto vertimos el caldero sobre el fuego y echamos a huir. A alguna distancia nos fortificamos y, armé mis trampas.

Entre los regalos que me había hecho el tratante americano había un barrilito con diez y seis cuartillos de ron y siempre lo llevaba a la espalda. Wa-me-gon-a-biew y los demás indios me pedían con instancias que les diese a probar un poco, pero se lo negué firmemente, diciéndoles que a nuestra vuelta los ancianos y los jefes beberían con nosotros. Un día lo dejé olvidado, y al volver de armar mis trampas, los encontré borrachos y riñendo unos con otros; se lo habían bebido casi todo. Comprendí el peligro de nuestra posición, y no pude menos de alarmarme al ver que estábamos imposibilitados de defendernos de un ataque: procuré apaciguarlos y casi me cuesta la vida.

Mientras separaba a dos hombres, otro anciano me tiró una puñalada a los riñones que evité no sé cómo. Estaban encolerizados conmigo porque les había llamado cobardes, que se escondían como conejos en sus madrigueras, sin atreverse a salir a pelear o cazar. Luego que desaparecieron los temores volvimos a cazar juntos y con tan buen éxito que en poco tiempo llenamos de pieles una canoa; volví a olvidar el barril otro día y se repitió la misma escena de embriaguez.

Terminada nuestra cacería partimos juntos: al acercarnos al río Colorado se oyeron muchos disparos y mis compañeros suponiendo eran los sioux huyeron a campo través; apenas distábamos una jornada de nuestras familias; como me quedé solo resolví no abandonar la canoa, continué el viaje y al cuarto día entraba sano y salvo en mi cabaña.

Era ya la época de que los indios se reuniesen en Pembinah para vender las pieles y embriagarse según costumbre; tan luego como llegué a mi rancho, varios de ellos se pusieron en marcha yendo por tierra, y encargando la conducción de las canoas cargadas a las mujeres. Traté de disuadir a Wi-me-gon-a-biew y a mis más íntimos amigos de tomar parte en aquellas orgías ruinosas; pero no me hicieron caso. Todos se marcharon antes que yo; mi marcha fue lenta, cacé por el camino y preparé las carnes; por eso cuando llegué a Pembinah encontré a casi todos mis compañeros borrachos desde hacía algunos días. Unos indios me avisaron que había ocurrido una desgracia a Wa-me-gon-a-biew.

Apenas había llegado mi hermano, entró en una cabaña donde un joven, hijo de Ta-bus-sis, estaba maltratando a una anciana: Wa-me-gon-a-biew le cogió del brazo. El anciano Ta-bus-sis, que entraba borracho, equivocando probablemente la intención de mi hermano, le asió por los cabellos y le cortó las narices a dentelladas: armóse una jarana. A un indio le arrancaron medio carrillo; hubo varios heridos. En aquella confusión Be-gwa-is, jefe anciano que siempre nos había estimado, entró y creyó oportuna su intervención. Wa-me-gon-a-biew, que había notado la pérdida de su nariz, levantó las manos sin mirar, cogió la cabellera de la cabeza que topó más cerca, y le arrancó la nariz de una dentellada; esta nariz era la de nuestro amigo Be-gwa-is. Calmada la rabia de Wa-me-gon-a-

biew, al reconocerlo, exclamó: «Ay primo mío!» Be-gwa-is era hombre apacible y cariñoso; conoció el error de Wa-me-gn-na-biew, y no manifestó cólera ni resentimiento contra al autor de su mutilación; sólo dijo: «Soy viejo, y no se burlarán de mí mucho tiempo por la pérdida de mi nariz.»

En cuanto a mí, sentí contra Ta-bus-sis un resentimiento tanto más violento, cuanto que me parecía se había aprovechado de esta ocasión para satisfacer un rencor antiguo. Al instante entré en la cabaña de mi hermano y me senté a su lado; su rostro y vestidos estaban llenos de sangre. Estuvo un rato sin hablar, y cuando lo hizo conocí que había recobrado sus facultades intelectuales. «Mañana, me dijo, lloraré con mis hijos; al día siguiente iré a buscar a Ta-bus-sis; moriremos juntos, porque no quiero vivir para ser objeto de burla.» Le contesté que le ayudaría en todas sus tentativas contra la vida de Ta-bus-sis, e hice mis preparativos para cumplir mi promesa; pero un poco de reflexión en ayunas, y el día que pasó llorando con sus hijos, disuadieron a Wa-me-gon-a-biew de sus proyectos violentos. Se resignó, como Be-gwa-is, a sufrir su desgracia lo mejor posible.

24.

Holocausto materno.

Expiación y venganza. Cobardía de un indio. Riña nocturna. Quejas contra los blancos. Abnegación maternal. Combate. Un guerrero solo contra una partida. Presentimientos. Proyectos. Un misionero. El indio bautizado. El duelo entre los indios. Rivalidad de caza.

A los pocos días de tan sangrienta orgía, Ta-bus-sis fue atacado de una aguda enfermedad; le devoraba una fiebre ardiente y quedó demacrado espantosamente; parecía un cadáver. Por último remitió a Wa-me-gon-a-biew dos calderos y varios regalos de gran valor, con este mensaje. «Amigo mío, te he puesto disforme, y tú me has puesto malo. Sufro mucho, y si muero mis hijos sufrirán aun más. Te envío esos regalos para que me dejes vivir.» Wa-me-gon-a-biew le contestó por su mensajero. «No te le pongo enfermo, y no puedo volverte la salud, ni quiero tus regalos.» Siguió un mes enfermo, hasta que se le cayeron los cabellos; entonces empezó a convalecer, y cuando se halló restablecido partimos a la pradera: allí nos separamos unos de otros en diversas direcciones y distancias.

Después de nuestras cazas de la primavera determinamos marchar contra los sioux, y se formó una corta partida entre nuestros vecinos; Wa-me-gon-a-biew y yo los acompañamos. Pronto se nos agregó Wa-ge-tote con sesenta hombres, y a los cuatro días de marcha llegamos a una aldehuela donde había ido a vivir Tabus-sis. Contiguo a su cabaña establecimos nuestro rancho. Al ir a marchar le vimos presentarse desnudo, pintado y adornado como para la guerra, y empuñando sus armas. Vino con lentitud hacia nosotros y con aire irritado; pero ninguno comprendió claramente su intención hasta el momento en que le vimos apoyar el cañón de su escopeta sobre la espalda de Wa-megon-a-biew. «Amigo mío, le dijo, hemos vivido mucho tiempo, y nos hemos atormentado, nos hemos hecho demasiado daño. Te han suplicado de mi parte que te contentases con la enfermedad que me habías dado, pero no quisiste. El mal que me estás causando me hace la vida insoportable; es preciso que muramos juntos.» Un hijo de Wa-ge-to-te y otro joven, viendo la intención de Ta bus-sis, le presentaron la punta de sus flechas cada uno por su lado; pero no manifestó reparar en ello. Wa-me-gon a-view, acobardado, no se atrevió a levantar la cabeza.

Ta-bus-sis hubiera querido batirse con él a muerte y con armas iguales; pero no tuvo valor para aceptar el partido. Desde este lance estimé menos aun a Wa-me-gon-a-biew; tenía menos valor y generosidad que los demás indios. Ni Ta-bus-sis ni ninguno de los suyos se unieron a nuestro partido.

Proseguimos nuestra marcha, errantes de un lugar a otro, y en vez de ir en derecha contra nuestros enemigos, pasamos la mayor parte del estío entre los bisontes. A la caída de las hojas me volví a Pembinah. Desde aquí trate de ir al cuartel de invierno del tratante que me había propuesto

ayudarme a volver a entrar en los Estados. Supe entonces la guerra entre los Estados Unidos y la Gran Bretaña, tuve noticia de la toma de Mackinac, y esto me quitó los deseos de pasar la frontera donde combatían las dos naciones.

Cuando llegó la primavera hubo un levantamiento general de los ojibbeways del río Colorado hacia el país de los sioux. La intención real, o al menos la aducida era cazar y no atacarlos. Marché con una cuadrilla numerosa, a las órdenes de Es-ense, cuyo hermano, Wa-ge-to-ne, era hombre de gran prestigio. Ya llevábamos unas cien millas río arriba cuando hallamos un tratante, Mr. Hanie, que nos dio un poco de ron. Entonces ocupaba en comunidad con varios hombres, parientes de mi mujer, y con sus familias, una cabaña grande en la que había tres hogares. Sería media noche y dormía, cuando sentí que un hombre me cogía la mano y me atraía hacia él. A favor de una pequeña llama que aun ardía en el hogar, reconocí en la aparición amenazadora que se me presentaba el rostro colérico de Wa-ge-to-ne, hermano de Es-ense, nuestro jefe. «He prometido solemnemente, me dijo, que si venías a este país, no vivirías; ponte en pie, y disponte a contestarme.»

Se dirigió en seguida a Wau-ze-gwn, que dormía junto a mí, y le hizo las mismas amenazas con igual insolencia. Pero en todo este tiempo, un anciano, pariente mío, llamado Ma-nuge, acostado a poca distancia, había comprendido la causa de su visita y le aguardaba de pie, cuchillo en mano: Wa-ge-to-ne al llegar a él recibió una respuesta significativa. Volvió a mí, sacó su cuchillo y me amenazó con una muerte pronta. «Eres un extranjero, me dijo, uno de esos hombres que han venido en gran número de países lejanos a mantenerse con sus hijos de lo que no les pertenece. Te han echado de tu patria, y has venido entre nosotros, porque eres muy débil e indigno de tener una cabaña y una patria para ti. Has visitado nuestros mejores cazaderos, y en todas partes, has destruido todos los animales que el Gran Espíritu nos había dado para subsistir. Aléjate de aquí, y no sigas más tiempo comiendo a nuestra costa, de lo contrario tomaré tu vida.»

Le contesté que no iba al país que tratábamos de explorar con la intención sola de cazar castores; pero que aun siendo así, tenía los mismos derechos que él y bastante fuerza para apoyarlos. Ya empezaba esta cuestión a acalorarse, cuando el anciano Ma-nuge terció, y armado con su cuchillo, echó fuera de la cabaña a Wa-ge-to-ne, medio borracho. Pasó mucho tiempo sin verle, y su hermano nos dijo que no diésemos valor a sus palabras.

En este rancho se nos reunió un mensajero que Muk-kud-da-be-na-sa (el pájaro negro), otawaw de Wau-gun-uk-ke-sie (el árbol torcido), enviaba a anunciar a los hombres de su nación que había llegado del lago Hurón para conducirlos por aquel país. Dimos media vuelta y cada uno se dispersó por donde quiso, hasta que sólo quedó Wa-ge-to-ne que se reunió a un pelotón de ojibbeways procedentes del lago Leech. Parte de ellos se detuvieron junto al río del Arroz silvestre, y ocuparon el campamento fortificado de que ya he hablado. Allí se pusieron a cazar y armar trampas, y como andaban dispersos y sin precaución, apareció en los contornos una partida de sioux.

Es-ense, el jefe, volvió una tarde después de una cacería feliz, pues había muerto dos corzos. Al día siguiente su mujer y su hijo menor fueron a descuartizar la caza. Ya estaban lejos de la cabaña, cuando el niño descubrió a corta distancia a los enemigos, y dijo a su madre: «Ahí vienen los sioux.» La mujer sacó un cuchillo, cortó el cinturón que ajustaba la manta al cuerpo del niño, y le dijo que corriese a todo trance a la cabaña: en seguida cuchillo en mano corrió al encuentro de los que avanzaban.

El niño oyó varios disparos y no se volvió a saber de su madre. Corrió mucho tiempo, y viéndose perseguido muy de cerca perdió la razón: llegó al campamento en estado de enajenación mental; los sioux venían a unas cincuenta varas detrás. Vomitó sangre algunos días y en un año que vivió ya no recobró su salud.

Varios ojibbeways cazaban en otras direcciones del sitio en que la mujer de Es-ense había encontrado a los guerreros sioux; así que estos se alejaron del campamento, salieron unos jóvenes y reconocieron que los sioux seguían las huellas de los cazadores. Por un atajo llegaron dos a participarlo a Es-ense a tiempo que los sioux trepaban para dispararle; trabóse un combate que duró

mucho tiempo sin pérdida alguna por ambas partes. Por último, salió herido un ojibbweay en una pierna, y sus compañeros retrocedieron un poco para facilitarle los medios de retirarse detrás de un matorral; mas este movimiento no se les ocultó a los sioux: uno de ellos siguió al guerrero sin que le viesen, lo mató y le quitó su cabellera y medalla. La víctima era el hijo predilecto de Es-ense. El vencedor ostentó sus trofeos ante los ojibbeways dirigiéndoles insultos y amenazas. El desgraciado padre, irritado al contemplar los despojos de su hijo, salió de su escondite, mató un sioux, le cortó la cabeza y la enseñó triunfante a sus enemigos. Los ojibbeways, animados con el valor de su jefe, avanzaron y los sioux huyeron.

Otro individuo muy estimado de los ojibbeways, y que se llamaba también Ta-bus-sis, había estado cazando con un compañero en otra dirección. Al oír los disparos se volvió al campamento: casi al mismo tiempo llegó un indio, y dio parte de la acción empeñada con el jefe. Ta-bus-sis tenía dos caballos hermosos, se encaró con un amigo y le dijo: «Be-na, creo que eres hombre, ¿quieres montar un caballo mío e iremos a ver qué hace Es-ense? ¿No sería una vergüenza dejarle batirse sin procurar llevarle algún refuerzo? Aquí hay más de cien compañeros nuestros que tiemblan dentro de estas murallas, en tanto que nuestro hermano se bate como un hombre, ayudado solamente por cuatro o cinco guerreros jóvenes.»

Dicho esto siguieron las huellas de los sioux hasta un sitio donde varios de ellos estaban descansando junto a una hoguera; se acercaron arrastrándose, pero no creyendo la ocasión favorable para tirarles, fueron a emboscarse entre la nieve, en el camino que los sioux tenían que andar. La noche no era muy oscura; cuando los enemigos pasaron por la emboscada, Ta-bus-sis y Be-na se incorporaron y dispararon; en seguida Be-na huyó según estaba convenido. Al cabo de una larga carrera, viendo que no le perseguían, se detuvo para escuchar, y una gran parte de la noche estuvo oyendo de vez en cuando disparos y la voz vibrante de Ta-bus-sis que lanzaba su grito de guerra cambiando rápidamente de posición.

De repente se oyeron varios disparos a un tiempo, los sioux lanzaron exclamaciones como si hubiese sucumbido su enemigo y todo volvió a quedar en silencio. En este combate los ojibbeways perdieron tres individuos de su tribu, la mujer y el hijo de Es-ense y Ta-bus-sis. Los indios, según su costumbre en tales casos, dijeron que éste había presentido la muerte que le aguardaba; pues la noche anterior al entrar en su casa, fastidiado por los celos de su mujer le había dicho: «Gruñe, gruñe, vieja, pues te escucho por última vez.»

Aquel mismo día, según después supimos, los guerreros que habían partido del lago Leech, y a quienes se uniera Wa-ge-to-ne, asaltaron cuarenta cabañas de sioux en la gran pradera donde se habían batido dos días, siendo considerable el número de muertos por ambas partes. Wa-ge-to-ne era el más apto para destruir una cabaña de sioux.

Wa-ka-ze, hermano de Muk-kud-da-be-na-sa, encontró a estos otawaws en el lago Winipeg, al volver del río del Arroz silvestre. Había pasado diez años en las montañas y quería volver a su patria. En el trascurso de su larga carrera había habitado entre blancos y sabía perfectamente cómo ganarse la vida con ellos. Me dijo que mi suerte sería más propicia entre los hombres de mi raza, pero que no podría llegar a tratante porque no sabía escribir. Como no me gustaba sujetarme a un trabajo asiduo, no podía hacerme labrador; no había pues más que una posición en armonía con mis inclinaciones, y ésta era la de intérprete.

Entre otras cosas nos refirió que había llegado un misionero a los otawaws de Wau-gun-uk-ke-zie, y a los establecimientos de los indios contiguos a los lagos, que los exhortaba a renunciar a su religión y adoptar la de los blancos. Con este motivo nos contó la anécdota del indio bautizado, que después de su muerte fue a presentarse a la puerta del cielo de los hombres blancos, y pidió entrada; pero el jefe de la guardia le dijo que los pieles rojas no eran admitidos allí. «Vete al Oeste, allí están las poblaciones y distritos de caza de tus semejantes que han vivido en la tierra antes que tú.» El indio se marchó, mas cuando llegó a las poblaciones de los de su raza, el jefe se negó a recibirle y le dijo: «Te has avergonzado en vida de nosotros, has adorado los dioses de los blancos, vete a su aldea, a él le toca acogerte.» Así se vio rechazado de ambas partes.

Wa-ka-ze era el hombre más distinguido de nuestra partida, y debía dirigir nuestros movimientos; sin embargo, fuera apatía, fuera consideración hacia mí, decidió que no solo él sino toda la banda estarían bajo mi dirección todo el invierno. No teníamos más objeto que atender a nuestra subsistencia, y como yo estaba reconocido por un excelente cazador, y conocía el país mejor que nadie de ellos, aquella elección era muy política.

En conformidad de mis disposiciones, fuimos a pasar el invierno a las orillas del Be-gui-onus-ko, que entra en el río Colorado, a diez millas por la parte superior de Pembinah. En aquella época había mucha caza en sus riberas. Allí vivimos con gran abundancia y a gusto; por eso Wa-ka-ze se aplaudía a menudo de la sagacidad que le había inducido a elegirme para dirigir los movimientos de su partida. Al cabo de algún tiempo, Wa-me-gon-a-biew habló de asesinar a Wa-ca-ze, porque era pariente aunque lejano del hombre que hacía algunos años había muerto a su padre Taw-ga-we-nine.

Me negué a unirme a él y a ayudarlo en modo alguno en aquella empresa; pero a pesar de mis advertencias, entró un día cuchillo en mano en la cabaña de Wa-ca-ze, amenazando matarle. A su entrada, Muk-kud-da-be-na-sa, hermano de Wa-ca-ze, adivinó su intención, detuvo el golpe y le provocó a un combate singular, que no aceptó según costumbre. No solamente reprendí a Wa-me-gon-a-biew su infame conducta, sino que propuse a Wa-ca-ze el expulsarlo de la banda, y de no mirarlo como hermano; aquel hombre tan humano como justo no quiso ser causa de una discordia y le perdonó su ofensa.

Uno de los hijos de Wa-ka-ze tenía fama de ser el mejor cazador entre todos los indios de nuestra banda, y entre él y yo hubo una rivalidad amistosa todo el tiempo que moramos allí. O-ge-ma-wenine, así se llamaba, mató diez y nueve alces, un castor, y un oso; yo maté diez y siete alces, cien castores, y siete osos; pero él fue mirado como cazador más diestro, porque el alce es, entre todos los animales, el más difícil de matar.

Tuvimos caza abundante hasta el momento en que una banda de ojibbeways, numerosos y hambrientos, vinieron a reunirse con nosotros. Por fortuna matamos cuatro osos y los distribuimos entre los necesitados. Creímos conveniente dispersarnos; me marché con otros tres y acampamos a dos jornadas. Un día uno de mis compañeros se disparó un tiro involuntariamente: la bala le atravesó el sobaco y le hirió en la cabeza. A pesar de estas heridas aun vivió veinte días en estado de estupor e insensibilidad. Los indios atribuyeron a presentimiento el haberse separado de los demás.

25.

Correspondencia india.

Medicina de caza. Figurillas de animales. Sortilegio. Funerales. Guerra entre los blancos. Muerte de un jefe. El dedo encorvado. Rivalidad nacional. Revelación nueva de la voluntad del Gran Espíritu. El lago del Espíritu. Predicciones realizadas. Ojibbeways asesinados. Cultivo del trigo. Invasión de lobos.

Poco tiempo después, el hambre nos redujo a tal extremo, que juzgamos necesario recurrir a una medicina de caza. Como O-ge-ma-wenine y yo éramos los mejores cazadores de la banda, Nagich-e-gum-me nos envió a cada uno una bolsita de cuero, que contenía ciertas raíces pulverizadas y mezcladas con pintura roja, para aplicarla sobre las figuritas de los animales que queríamos matar.

En esta especie de caza, se emplean, a lo menos en lo que respecta al uso de la medicina, los mismos medios que en las ocasiones en que un indio quiere causar a otro una enfermedad. Se prepara una figurita que representa el hombre, mujer o animal sobre el que se quiere probar el poder de la medicina. Si se desea causar la muerte, se pincha, con un instrumento agudo, la parte que representa el corazón, y se aplica un poco la medicina. La imagen que se usa para este objeto, se

llama muzi-ne-nen, y el mismo nombre designa las figuritas de hombre o mujer; unas veces son de corteza de árbol groseramente trazadas, y otras de madera.

Partimos muy confiados del buen resultado; pero Wa-ka-ze nos siguió y habiéndonos alcanzado a alguna distancia nos encargó que recelásemos de la medicina que nos había dado Na-gich-e-gum-me, porque nos causaría desgracias y miserias, no al pronto, sino a la hora de la muerte. No la usamos, y como matamos algunas piezas, Na-gich-e-gum-me creyó haber contribuido con la eficacia de su medicina al éxito de nuestra caza. Viendo que el hambre nos amenazaba seriamente, me separé de la banda para vivir solo, bien convencido de que podría así sostener a mi familia. Wa-ka-ze y el pájaro negro se fueron al lago Winipeg, de donde no volvieron, aunque los esperaba.

Terminada mi caza, hacia la época acostumbrada de las reuniones de la primavera, bajé por el Be-gui-o-nus-ko, para visitar los tratantes del río Colorado. La mayor parte de los indios se habían puesto en marcha antes que yo: una mañana, al pasar por delante de uno de nuestros frecuentes campamentos, vi sobre la ribera un palo clavado en el suelo y en la punta un pedazo de corteza de árbol. Examinándolo de cerca, distinguí el dibujo de una serpiente de cascabel y de un cuchillo cuyo mango tocaba a la serpiente, mientras la punta atravesaba a un oso que tenía la cabeza inclinada. Cerca de la serpiente estaba trazada una hembra de castor, y una de sus tetas tocaba a la serpiente.

Todo esto se había trazado para mí, y de este modo supe que Wa-me-gon-a-biew, que tenía por tótem la serpiente de cascabel (se-se-gua) había muerto a un hombre cuyo tótem era un oso (muk-kwa). El asesino no podía ser más que Wa-me-gon-a-biew, porque claramente se indicaba que era el hijo de una mujer que tenía por tótem al castor, y positivamente era el de Net-no-kwa. Como pocos de nuestra banda tenían al oso por tótem, no dudaba que la víctima fuese un joven llamado Ke-za-zons. La cabeza inclinada del oso indicaba que estaba muerto y no herido.

Esta noticia no me disuadió de proseguir mi viaje, antes lo apresuré y llegué a tiempo para asistir al entierro del joven que mi hermano había muerto. Wame-gon-a-biew se presentó y cavó él mismo un foso para dos cadáveres. Los amigos de Ke-za-zons depositaron en él su cuerpo. Entonces Wa-me-gon-a-biew se quitó sus vestidos, menos el interior; después se puso a la orilla del foso y cogiendo su cuchillo, lo presentó por el mango al pariente más cercano del difunto. «Amigo mío, le dijo, he muerto a tu hermano; ya ves que he cavado un foso suficiente para dos hombres; estoy pronto a dormir con él.»

El primero, el segundo y por último todos se negaron a tomar el cuchillo que les fue ofrecido. Los parientes de mi hermano eran poderosos, y el temor que inspiraban le salvó la vida. Ke-za-zons le había insultado llamándole nariz cortada. Al ver que ningún varón pariente del joven quería vengar en público su muerte, Wa-me-gon-a-biew les dijo. «No me molestéis en adelante; lo que he hecho lo volveré a hacer, si alguno de vosotros se atreve a dirigirme tales insultos.»

Después de visitar al tratante en el río Colorado, me puse en camino, con intención de pasar a los Estados Unidos; pero en el lago Winnipeg supe que duraba la guerra entre los Estados y la Gran Bretaña, siéndome por lo tanto muy difícil pasar la frontera; me detuve pues en este sitio y se me reunieron Pe-sau-ba, Wau-ze-kwan y varios otros que formaban entre todos la población de tres cabañas. Wau-so, el antiguo compañero de Pe-sau-ba, había muerto accidentalmente en la caza. Vivimos reunidos en la abundancia y el contento; pero Pe-sau-ba, a quién afectaba mucho la muerte de su amigo, cayó enfermo. Se persuadió que se acercaba su muerte y nos hablaba de ella muchas veces.

Un día me dijo: «Mi muerte está próxima; no te entristezcas porque te dejo, no te parezcas a las mujeres; pronto me seguirás.» Se puso los vestidos nuevos que le había dado, salió de la cabaña, miró al sol, al cielo, al lago, las colinas lejanas, después volvió a entrar y se sentó con mucha calma en su sitio acostumbrado; a los pocos instantes dejó de existir.

Después de la muerte de Pe-sau-ba, quise probar a ir a los Estados-Unidos; pero Wau-ze-kwau me lo estorbó. Pasé con él el resto del invierno y en la primavera fuimos a Ne-boue-se-be (río Muerto). Allí sembramos grano y permanecemos todo el verano. A la caída de la hoja, recolectado el grano, volvimos a los cantones de caza.

Un anciano ojibbeway, llamado el dedo encorvado, vivía en mi cabaña hacía más de un año y en todo este tiempo no había muerto una sola pieza. Cuando fui a perseguir a los bisontes me siguió y llegamos a dar vista a un numeroso rebaño. Entonces el anciano me armó una querella sobre mi derecho a cazar en aquellos cantones. «Vosotros los otawaws, dijo, no debéis cazar en esta parte del país. No puedo vigilaros a todos, pero tú, al menos, estás en mi poder, y si no te marchas a tu país, estoy dispuesto a matarte.»

Esta amenaza no me causó efecto, y le desafié a que me hiciese algún mal. Después de dos horas de disputa, se marchó arrastrándose para acercarse a los bisontes a tiro. A poco rato, dos jóvenes que habían oído la querella escondidos entre los matorrales, se me reunieron. El anciano, después de errar tres tiros, se volvió a la cabaña, avergonzado de su insolencia conmigo y de su mal éxito. Avancé con mis compañeros y matamos muchas hembras.

Pocos días después, al volver de caza, encontré a todos los que habitaban mi cabaña en el mayor abatimiento. Entre ellos se encontraba un hombre, llamado Chik-a-to, a quien casi no conocía. Tanto él como los demás estaban aturdidos, como si hubiesen recibido malas noticias. Pregunté a mi mujer la causa de aquello y no me contestó. Por fin, después de reiteradas preguntas, Wau-ze-kwau contestó con la mayor seriedad y con voz solemne que el Gran Espíritu había bajado nuevamente.

«¡Con que ya ha vuelto otra vez! dije yo; viene muy a menudo hace algún tiempo; pero supongo sabremos lo que nos tiene que decir.» La ligereza e irreverencia con que hablaba de estas cosas ofendió mucho a los indios y de común acuerdo determinaron no decirme nada, que por cierto maldito lo que me importó.

Llegó la primavera y una vez reunidos en la factoría de Pembinah, los jefes mandaron construir una gran cabaña y en ella convocaron a todos los hombres, para recibir algunas advertencias sobre la revelación de la voluntad del Gran Espíritu. El mensajero de esta revelación era Manito-o-gezie, hombre de poco crédito pero muy conocido de casi todos los ojibbeways de aquel país. Cerca de un año había estado ausente y pretendía que en este tiempo había visitado la morada del Gran Espíritu, quien le había dado sus instrucciones. Varios tratantes me dijeron que había estado en San Luis del Misisipi.

Es-ense se encargó de explicarnos el objeto de la reunión; primero cantó, luego rezó, y por último nos refirió detalladamente los pormenores de la revelación hecha a Manito-o-gezie. Como la anterior, esta revelación tenía una tendencia a humanizar a los indios y mejorar su condición.

Llegado el día de partir de la factoría, Es-ense nos invitó a varios para que lo acompañásemos a Man-eto-sa-gi-e-gun (lago del Espíritu), su habitación ordinaria; pero me negué a unirme a él, porque deseaba quedarme en un país donde había animales cuyas pieles me convenían. Aceptaron su oferta diez hombres, entre ellos Wa-ge-to-te y Gi-a-ge-git, y le siguieron acompañados de muchas mujeres. Un joven, amigo de Es-ense, llamado Se-gun-ons (el ciervo), antes de separarse de nosotros en Pembinah, predijo que le matarían en el lago del Espíritu; hizo otras varias predicciones y todas se cumplieron día por día.

Tanta confianza tomaron los indios y tanta impresión causó en ellos la relación de los peligros que dijo amenazaban a los que fuesen, que Wa-me-gon-a-biew y otros se alarmaron y se volvieron. El último que volvió fue Match-e-tons, joven insustancial y embustero: nos refirió que los peligros que amenazaban a Es-ense y a su banda le habían hecho tal sensación, que desertó por la noche, y que a la mañana siguiente, a pesar de su marcha forzada, había oído disparos de los sioux en dirección del campamento. No dimos gran crédito a la relación de aquel hombre y esperamos más noticias con la mayor inquietud; por último, los jefes enviaron a veinte guerreros para saber lo que hubiese de cierto.

Al llegar al lugar donde acampara Es-ense, vieron que toda la banda había sido asesinada. Delante del campamento yacía el cuerpo de Se-gun-ons, el joven que había predicho el ataque antes de la partida de Pembinah; junto a él habían muerto varios guerreros de su edad; un poco mas allá, a retaguardia, se veía el cuerpo vigoroso de Es-ense cubierto de flechas. En el campamento la tierra

estaba sembrada de cadáveres de mujeres y niños; a corta distancia se encontró muerto un sioux, sentado y cubierto con puk-kui, o esteras que habían sido de las cabañas de los ojibbeways. Solo Match-e-tons se había salvado, y los indios sospecharon que se había fugado durante el combate y no la noche anterior, según contara. Así pereció Es-ense, el último hombre de los notables en su época entre los ojibbeways del río Colorado. Nuestra aldea se convirtió en un lugar desolado con la pérdida de tantos hombres.

Después de este suceso nos fuimos a Ne-bo-ue-se-be a pasar el verano y sembrar grano: Saguau-ko-senk, anciano otawaw, amigo mío, fue el primero que introdujo el cultivo del trigo entre los ojibbeways del río Colorado.

Al caer las hojas, cuando volvimos a las comarcas de la caza, era tal el número de los lobos, que me mataron el caballo y algunos perros. Un día que con toda mi familia había ido a recoger la carne de un alce que había muerto, al volver a mi cabaña vi que los lobos habían entrado en ella y sacado pieles, correas y cuantas cosas de cuero habían podido coger. Mataba muchos; pero con todo me hostigaban. Entre ellos había uno viejo que asustaba a mis perros, y después que los hacía huir, buscaba algo que comer: siempre se burlaba de mis ataques, hasta que por fin un día lo dejé muerto de un tiro: la mitad del pelo le faltaba.

26.

Despotismo de un tratante.

Apodos indios. Falta de concurrencia. Castores de plata. Riña con un tratante. Violencias y raterías.

Mr. Henry había estado en Pembinah unos diez años haciendo el tráfico; le sucedió un tal Mr. Mackenzie, que estuvo muy poco tiempo y vino a relevarle Mr. Wells, apellidado por los indios Gase-moan (un barco) por la obesidad de su persona. Construyó a orillas del río Colorado, junto a la embocadura del Asineboin, una fortaleza capaz de sostener un sitio. La compañía de la bahía de Hudson no poseía por entonces ningún establecimiento en aquella comarca, y los indios pronto conocieron las ventajas que habían tenido durante la concurrencia de las dos compañías.

Mr. Wells nos convocó a la entrada del invierno y dio a los indios diez galones de ron y un poco de tabaco, advirtiéndoles que no les fiaría una aguja; si le traían pieles las compraría, o les daría en cambio los objetos que necesitaran para alimentarse o abrigarse en la estación rigurosa. No estuve presente cuando les hizo esta proposición, y al manifestármela y darme parte de los regalos, los deseché formalmente y reproché a mis compañeros su cobardía en someterse a tales condiciones.

Hacía muchos años que la costumbre era recibir un crédito a la caída de las hojas; pues en esta estación se carecía de todo, ¿y cómo podríamos vivir sin la ayuda de los tratantes en el invierno? A los pocos días fui a ver a Mr. Wells y le dije que era un pobre que tenía una familia numerosa y estaba solo para alimentarla; que sin duda iba a sufrir mucho, si antes no me moría, y por tanto que me concediese un crédito que siempre había recibido en aquella época.

No escuchó mis súplicas y me dijo con malos modos que saliese de su casa. Entonces puse delante de él en una mesa ocho castores de plata de los que gastan las mujeres en sus adornos: el año anterior me habían costado doble de lo que valía una manta; le pedí otra en cambio de ellos, y le supliqué que a lo menos los tuviese en prenda hasta que le trajese pieles. Cogió las alhajas y me las tiró a la cara, diciéndome que no volviese a poner los pies en su casa. Aun no habían empezado los fríos grandes y me puse a cazar inmediatamente; maté varios alces, cuyas pieles preparó mi mujer para hacernos vestidos, puesto que por entonces no podíamos contar con mantas ni telas de lana, a que nos habían acostumbrado los otros tratantes.

Seguí cazando con suerte, y a la mitad de la estación fría supe que Mr. Hanie, agente de la compañía de la bahía de Hudson, había llegado a Pembinah. Fui a verle inmediatamente y me fio todo lo que le pedí; importaba setenta pieles. De allí me marché al río del Ratón almizclado, donde estuve cazando el resto del invierno, matando muchas martas, castores, nutrias y otros animales.

Al empezar la primavera avisé con unos indios a Mr. Hanie, que teniendo reunidas muchas pieles, iría a pagarle a la embocadura del Asineboin. Cuando llegué a la cita aun no había llegado Mr. Hanie, y me detuve a esperarle frente a la factoría de Mr. Wells. Un francés anciano me alojó en su casa: coloqué mis pieles en el cuarto que me destinó para dormir. Mr. Wells supo mi llegada y me envió tres recados para que fuese a verle. Por fin cedí a las instancias de su cuñado y pasé con él el río.

Mr. Wells se mostró satisfecho de mi visita, me trató con mucha galantería, ofreciéndome vino y todo lo que hubiese en su casa: sólo acepté un poco de tabaco. De pronto vi que sus franceses entraban con mis paquetes de pieles, y los descargaban ante mis ojos en la alcoba de Mr. Wells, quien cerró la puerta y tomó la llave. En el acto su galantería y agasajos se concluyeron. Al pronto no hablé; pero estaba en la mayor incertidumbre, porque no podía sufrir la idea de quedar insolvente con Mr. Hanie, y de verme despojado de mis bienes por la violencia y sin permiso mío. Anduve acechando alrededor de la casa, y aproveché una ocasión para introducirme en la alcoba, a tiempo que Mr. Wells sacaba una cosa de un cofre: quiso echarme, empujándome hacia la puerta, pero era más fuerte que él.

Ya en esta situación no vacilé en apoderarme de mis paquetes; me los quitó, se los arrebaté, y en la lucha se rompieron las cuerdas y sembramos de pieles el suelo. Mientras las recogía tomó una pistola, la montó y la asestó contra mi pecho. Me quedé unos instantes paralizado, persuadido de que iba a matarme, pues le veía acometido de un acceso de rabia violenta: por fin le cogí la mano, que separé de mi pecho, sacando de mi cinto el cuchillo empuñado con mi mano derecha sin soltar la suya. Cuando se vio de repente en mi poder, llamó a su mujer, luego a su intérprete y les dijo que me echasen de su casa. El intérprete le contestó que él mismo podía hacerlo. Los franceses que acudieron se negaron también a ayudarle.

Al ver que no podía intimidarme, volvió a recurrir a los halagos: me ofreció partir conmigo, dejándome la mitad de las pieles para los agentes de la bahía de Hudson. «Siempre has trabajado para el Noroeste, ¿por qué desertas ahora a la bahía de Hudson?» Dicho esto se puso a contar las pieles y hacer dos montones: pero le dije que no se molestase; porque estaba determinado a no dejarle una. Que puesto que no había querido fiarme y me había echado de su casa como si fuera un perro, no le daría ni un pelo. Que era un cobarde, pues ni aun valor había tenido para matarme.

Fatigado de la lucha fue a sentarse a alguna distancia y oía claramente los latidos de su corazón: después salió a pasearse por delante de su casa; recogí mis pieles, en cuya operación me ayudó el intérprete; me las eché al hombro y las llevé a la canoa pasando por delante de él; en seguida atravesé el río y volví a casa del anciano francés.

Al otro día Mr. Wells, mejor inspirado, manifestó renunciar a sus proyectos de violencia. Me envió a su intérprete para ofrecerme su caballo si quería olvidar lo que había pasado. El caballo era de gran valor. «Dile, le contesté, que es un chiquillo que riñe y hace las paces en el mismo día; pero que yo no soy así. Que tengo un caballo: que me llevaré mis pieles y no olvidaré nunca que me apuntó con su pistola y no tuvo valor para matarme.»

Al día siguiente uno de los empleados de la compañía del Noroeste llegó de la factoría de Mouse-River, y al parecer, informado de lo que había pasado, dijo que me quitaría las pieles. En vano el tratante quiso disuadirle. Al mediodía el anciano francés, mirando por la ventana, me dijo: «Amigo mío, parece que vas a perder tus pieles: cuatro hombres bien armados se dirigen a este sitio; estoy seguro que nada tiene de amistosa su visita.»

Al oír esto coloqué mis paquetes en el centro de la habitación y me senté encima, con una trampa de castor en la mano. El empleado entró acompañado de tres jóvenes y me pidió mis pieles.

—Qué derecho —le contesté—, alegas para pedirmelas?

—Tienes una deuda conmigo, contestó.

—¿Cuándo he tomado prestado a la compañía del Noroeste sin haberle pagado en la época convenida?

—Hace diez años que tu hermano Wa-me-gon-a-biew recibió de mí unos adelantos, a cuenta de los cuales sólo me ha entregado diez pieles, me debe el resto, y confío en que vas a pagármelo.

—Bien, serás satisfecho; pero a tu vez me pagarás los cuatro paquetes de pieles de castor que te enviamos en la gran remesa. Tu billete ya sabes que se quemó en el incendio de mi cabaña, y nunca has dado el valor de un alfiler por las ciento sesenta pieles de castor.

Viendo que nada conseguía, y conociendo la justicia que me asistía, quiso recurrir a la fuerza; mas no le sirvió y se volvió al fuerte sin haber podido cogerme una sola piel.

Por entonces supe que Mr. Hanie aun tardaría en llegar y me marché a esperarle al Río Muerto, donde maté cuatrocientos ratones almizclados. Por fin vino y me contó que al pasar en su canoa por delante del fuerte de Mr. Wells, éste había salido a perseguirlo; pero que no se había atrevido a atacarle. Le conté a mi vez lo que con él me había sucedido: satisface mi deuda, y con el resto de mis pieles aun saqué varios regalos, entre ellos una escopeta de mucho valor. Después de la partida de Mr. Hanie subí por el río y encontré a Mr. Wells. No tenía caza fresca y me pidió; no pude dársela, porque no la llevaba; mas él lo atribuyó a que no quería. Andando el tiempo volvió a enviarme su caballo, que no admití: estando en Pembinah me lo volvió a enviar, pero tampoco lo recibí. A pesar de mis negativas, me dijeron que persistía en que aquel caballo era mío, y habiendo muerto a los tres años los demás tratantes me afirmaron que podía reclamar el caballo, pero como no le quise, se lo dieron a un anciano francés. Después de su muerte volví a comerciar según costumbre con la compañía del Noroeste, lo que no habría hecho si hubiera vivido. Aunque me hubiese herido mortalmente le odiaría menos que al ver que no se había atrevido a disparar cuando me puso el cañón al pecho.

27.

El profeta antropófago.

Nueva revelación del Gran Espíritu. Escena nocturna de terror. Sueño. Cantos grabados sobre corteza de árbol. El nuevo enviado del Gran Espíritu. Salvaje incrédulo. El profeta que se comió a su mujer.

Por entonces vino a Pembinah Es-ke-buk-ke-ko-sa, jefe del lago Leech; le acompañaban cuarenta guerreros jóvenes; nos invitó a que fuésemos con él para saber detalles de la nueva revelación hecha por el Gran Espíritu a Manito-o-gezik. Reunidos todos una noche en una cabaña grande construida al efecto, íbamos ya a bailar, divertirnos y oír el discurso del jefe, cuando de pronto y casi a un tiempo sonaron dos tiros en dirección de la compañía del Noroeste. Sólo había en ella dos franceses que habían llegado aquel día. Los ancianos se miraron unos a otros con aire dudoso e inquieto. Varios dijeron: «Los franceses están matando lobos.» El jefe contestó: «Conozco las escopetas de los sioux.»

Estaba muy oscura la noche: los jóvenes corrieron a las armas y salieron al punto; con ellos salí. Algunos se enredaron en los matorrales y no podían andar deprisa. Encontré el sendero y anduve a la cabeza, pero de pronto pasó rápidamente una figura oscura por delante de mí, y oí al mismo tiempo la voz del Pato negro que dijo: «Soy un hombre. (Nen-dow-en-nen-ne). Había oído hablar de su valor y resolví seguirle.

Cuando estuvimos a un tiro del fuerte se puso a saltar a derecha e izquierda, y con una marcha tortuosa y rápida llegó a la puerta. Seguí su ejemplo y le vi salvar la entrada de la fortaleza con tal ímpetu que la planta de sus pies se elevó más de dos varas del suelo. Dentro del recinto percibimos una casa por cuya ventana y puerta salía un gran resplandor. El Pato negro llevaba sobre las

espaldas una piel de bison, cuyo color oscuro le facilitó pasar por delante de la ventana sin que el hombre que estaba de centinela dentro le viese; pero mi manta blanca me descubrió y ya la boca de la escopeta amenazaba mi cabeza, cuando el Pato negro se abrazó con el francés asustado, que me tomaba por un sioux e iba a disparar sobre mí.

El otro francés, las mujeres y los niños estaban acurrucados en un rincón dando alaridos. Supimos que el más valiente, el que estaba de centinela a la ventana, había llevado su caballo a darle agua fuera del fuerte, y apenas asomó a la puerta el caballo fue muerto por dos hombres ocultos que estaban próximos. El francés había creído al pronto que éramos los matadores de su caballo. El Pato negro, que estaba emparentado con una de las mujeres que había en el fuerte insistió en que se viniesen a nuestro campamento; pero como llegaron más guerreros, nos decidimos a velar toda la noche en el fuerte.

Luego que fue de día, descubrimos las huellas de dos hombres que habían pasado el Pembinah: el resto de la partida se había quedado oculta en la otra orilla. Estos dos guerreros eran el célebre Wa-ne-ta, jefe yanktong, y su tío. Se habían emboscado a la entrada del fuerte con intención de hacer fuego sobre quien entrase o saliese. Sus disparos habían herido el caballo del francés y los dos habían huido hacia el río sin saber si habían muerto un animal o una persona. En cuanto nos enteramos de que aquella partida de sioux no era numerosa, muchos guerreros quisieron salir en su persecución, pero el jefe nos dijo: «No, hermanos, Manito-n-gezik me ha enviado a deciros que no marchemos contra nuestros enemigos. ¿No es evidente que el Gran Espíritu nos ha protegido? Si los sioux se hubiesen acercado a la cabaña en que estábamos de fiesta y sin armas, ¿no hubieran podido matarnos? Pero les ha cegado hasta el punto de confundir a un caballo con un ojibbeway. Siempre será lo mismo con tal que obedezcamos las órdenes que hemos recibido.»

Empezaba a tener alguna inquietud por mi familia que había dejado en la cabaña y temía que los sioux al retirarse tropezaran con ella. «Ve, me dijo el jefe cuando le hablé de mi recelo, pero no temas que los sioux hayan causado el menor daño a tu familia. Celebro que vayas para que traigas tu bolsa de medicina, y advertirte lo que hay que hacer con ella.

Cuando volví, ya tranquilizado sobre mi familia, se verificó la ceremonia de la revelación, y esta vez, en lugar de collares de habas, fue un círculo de madera para la cabeza, y que sólo en circunstancias dadas se había de usar: por lo demás los preceptos fueron los mismos que anteriormente.

Al empezar la primavera me puse en marcha para reunirme con el anciano Sa-goian-ko-senk: pasamos el verano juntos y la caza empezó a escasear a la entrada del invierno. No nevaba aun, mas las heladas eran tan abundantes que nuestros pasos resonaban en la tierra y las piezas huían: tanto se prolongó este estado de cosas, que el hambre nos hostigó y tuve que acudir a una medicina de caza. Canté y oré la mitad a de la noche y me fui a dormir. Aparecióseme en sueños un joven que me dijo: «No llores, mira esas huellas en dirección a Oriente, son dos alces que te doy.» Se marchó y al levantar la manta de la puerta vi que nevaba.

No tardé en despertarme, y temiendo volver a dormirme llamé al anciano y nos pusimos a fumar: luego preparé las figuritas de los animales que iba a matar y al rayar el día salí de mi cabaña; mucha nieve cubría el suelo. Seguí la dirección del sueño y antes del mediodía vi las huellas de los dos alces, los cuales maté; eran macho y hembra, muy gordos.

Las canciones de la medicina de caza se refieren a la religión de los indios: estos las graban en cortezas de árboles o tablitas, expresando las ideas por medio de figuras emblemáticas, como en las comunicaciones de las que ya he hablado.

Dos años antes de lo que acabo de referir, un individuo de nuestra banda llamado Es-kan-bawis, tan pacífico como insignificante y mal cazador, quedó viudo: sus hijos empezaron a tener hambre. Como la muerte de su mujer había ido acompañada de circunstancias extrañas, se volvió taciturno; lo que atribuimos a su carácter débil. Un día reunió a los jefes y les anunció solemnemente que el Gran Espíritu le había favorecido con una revelación. Les enseñó una bola de tierra, de unas cinco pulgadas de diámetro, pintada de rojo, que el Gran Espíritu le había dado para

que pusiese al mundo a imitación de ella. Que todo lo viejo debía regenerarse y a él estaba encomendada tal obra.

Yo siempre había tenido mala opinión de aquel hombre; pero ahora me indignó su pretensión de querer pasar por el mensajero favorito del Gran Espíritu. Traté de desacreditarle, mas adquirió tal ascendiente sobre los indios que fue inútil cuanto hice, y sin embargo años atrás por poco le matan por infame, pues en un hambre que afligió a la tribu se había comido a su primera mujer, lo que horrorizó a todos.

28. Los saludos indios.

Cultivo de trigo. Embriaguez e incontinencia de un profeta. Establecimientos de los escoceses en el río Colorado. Los intérpretes y los empleados de la frontera. Costumbres de los colonos escoceses. Epidemia introducida por los europeos. Guerra contra los sioux. La escopeta rota. Ceremonias para saludarse. Antiguas enemistades resucitadas. Juegos de niños y riña sangrienta.

Después de estos acontecimientos nos dirigimos a la isla en el lago de los bosques, donde habíamos resuelto plantar trigo en vez de cultivar nuestros campos antiguos del Río muerto. Por el camino acampamos algunos días para recolectar azúcar; luego nos fuimos a ver a los tratantes, dejando a Es-ka-baw-wis con nuestras mujeres. Al volver de la factoría percibimos a una mujer que corría a más no poder, perseguida por un hombre. Creímos al pronto que los sioux estaban asesinando a nuestras mujeres e hijos; pero al acercarnos vimos al pretendido profeta que dejaba de perseguir a la mujer de Gis-ko-ko y vino a nosotros, poniéndose a beber el ron que los indios traían.

Al llegar al campamento nos dijo la mujer que varias veces la había requerido y siempre había deseado cogerla sola; que al salir por un caldero le había perseguido tenazmente salvándose, gracias a nuestra llegada. Esto no perjudicó a la influencia de Eskaw-ba-wis: al contrario se le dio la mayor parte del ron, que bebió con tal ansia que a media noche entró en mi cabaña completamente borracho y desnudo: esta aparición me hizo reír por largo rato.

Desde allí fuimos al lago de los bosques donde es tuve cazando un mes, y me volví a mi cabaña, dejando a los indios trabajando en preparar terreno para sembrar trigo.

Por aquel tiempo vinieron a establecerse unos cien escoceses al río Colorado, bajo la protección de la compañía de la bahía de Hudson. Entonces vi por primera vez una mujer blanca. A los pocos días me contraté al servicio de la compañía, y Mr. Hanie me envió con Mr. Mess, intérprete, y varios otros a la caza de los bisontes: estos animales distaban del establecimiento y los escoceses sufrían mucho con la carestía de víveres. Tuve la suerte de matar dos a corta distancia, y su carne se llevó a la factoría; yo me fui a cazar más lejos. Pronto se me reunieron cuatro empleados y veinte trabajadores, cuyo encargo era traer a la cabaña los bisontes que mataba; desde allí se llevaban en carros al establecimiento. Maté en cuatro meses unos cien bisontes; pero la mayor parte se consumió en mi cabaña, y sólo entregué a Mr. Hanie cuarenta, por los que me dio trescientos cincuenta dólares.

Nunca olvidaré a los labradores escoceses; son los hombres mas groseros y brutos que he conocido. Nunca se veían hartos; comían como perros hambrientos y de sobremesa siempre reñían: los empleados los ponían en paz zurrándoles; pero volvían siempre a lo mismo.

Mr. Hanie y el gobernador enviado por la compañía de la bahía de Hudson me propusieron hacerme construir una casa y contratarme a su servicio: aplacé mi aceptación, porque me parecía dudoso que su ensayo de colonización se consolidase. Varios indios de los que se quedaron en el lago de los Busques vinieron a pasar el invierno conmigo y se volvieron a la primavera. Aun me detuve algún tiempo en el río Colorado.

Llegó por entonces Wa-ge-to-te que venia de Me-no-ze-tau-nong, y me traía noticias de mis suegros. Habían muerto varios hijos suyos y me llamaban para consolarse en su soledad. Así me habló Wa-ge-to-te delante de todos, mas cuando nos quedamos solos me dijo: «No creas que te van a recibir tus suegros cariñosamente; al contrario, te achacan la muerte de sus hijos, pues dicen que les has dado alguna medicina para matarlos. Ten por seguro que te llaman para matarte.» A pesar de esta advertencia me puse en camino, persuadido de que si no iba los confirmaría en sus sospechas.

Había comprado una camisa a un escocés y me la puse al marchar; a ella atribuyo la enfermedad de la piel que tuve, enfermedad dolorosa y tan violenta que me obligó a detenerme a orillas del Be-gwi-o-nus-ko. Allí estuve un mes, y en casi todo este tiempo sin poder moverme. En cuanto llegué, coloqué mi cabaña lo más cerca posible del río: como no podía andar, me tendí en la canoa y desde allí pescaba para mi familia. Solía estar tres o cuatro días sin moverme en la canoa, y por la noche me cubría con una estera. Mi mujer, aunque bastante enferma, no dejó de poder andar. Cuando me hallé un poco aliviado probé muchos remedios, pero sólo me sirvió una disolución de pólvora, con la que me untaba las úlceras, que eran muy grandes. Esta enfermedad introducida por los escoceses se extendió entre los indios y causó la muerte a muchos.

Después que me curé subí por el Be-gwi-o-nus-ko hasta una laguna del mismo nombre, en cuyas orillas me detuve para cazar. Estando allí vi un día entrar en mi cabaña a cuatro jóvenes de nuestra aldea: en uno de ellos, pintado de negro, reconocí a mi cuñado. La pena de haber visto morir a sus tres hermanos le había determinado a abandonar a su padre e ir en busca de alguna partida de guerreros para exponer noblemente una vida que le era insoportable. Los otros tres jóvenes no habían querido dejarle partir solo y se habían ofrecido voluntariamente a acompañarle. Le regalé mi caballo, y me fui a pasar una temporada en el lago de los Bosques en compañía de mi suegro. Como era la época en que las ocas pierden las plumas y no pueden volar, matamos muchas.

A los cuatro días de caza, dije a mis suegros que me marchaba porque no podía consentir que mi hermano anduviese solo sin estar yo a su lado para protegerle. Me temía que Wa-me-gon-a-biew maltratase a aquel joven, a pretexto de que era pariente, aunque lejano, del hombre que había herido a su padre. Mi suegro al oír mi resolución y los motivos en que la apoyaba quiso acompañarme. Al llegar al río Colorado supimos que Wa-me-gon-a-biew le había quitado el caballo que yo le había dado, y trataba de matarlo. Fui a buscarlo al punto, armamos una jarana y si no hubiera terciado la anciana Net-no-kwa, habríamos venido a las manos.

Convinimos en que iríamos todos a unirnos a los crees y asineboinos para marchar contra los sioux; avisé a mi hermano que durante la campaña se guardase de Wa-me-gon-a-biew. Al marchar del río Colorado éramos unos cuarenta; pero este número se aumentó al atravesar las aldeas de los crees y asineboinos; así es que antes de llegar a la montaña de la Tortuga pasábamos de doscientos. Un día que acampamos junto a una aldea de crees, Wa-me-gon-a-biew y los principales jefes tuvieron un festín, y aquel se puso a hablar de mi cuñado; como sus palabras me disgustasen me salí a pasear.

Cuando presumí que ya estarían acabando volví, y al notar la expresión de interés visible que en todas las fisonomías se retrataba, comprendí al instante que había sucedido alguna cosa extraordinaria. Me puse a buscar al joven cuya suerte me interesaba y habiéndole visto tranquilo me volvía, cuando observé que mi escopeta nueva hecha pedazos estaba en manos de un anciano que se afanaba en componerla. No tuve dificultad en comprender la causa de la rotura de la escopeta, en un momento en que tanto iba a necesitarla; así es que en el primer momento de cólera cogí el cañón y me abalancé a Wa-me-gon-a-biew; pero Wa-ge-to-te se interpuso, desaprobando como los demás jefes semejante acción.

A pesar de la pérdida de mi escopeta no quise volverme atrás, y armado con el cañón a manera de maza o lanza marché con los demás. A los dos días llegamos en número de cuatrocientos a la montaña de la Tortuga. Éste era el sitio señalado para reuniones y según nuestros cálculos no esperábamos hallar a muchos; ¡cuál sería nuestra sorpresa al encontrar mil guerreros entre crees, asineboinos, y ojibbeways!

Hicimos alto a corta distancia y los jefes tuvieron una conferencia para arreglar el ceremonial del saludo. Es costumbre entre las partidas que se juntan para una expedición, que al reunirse haya varios disparos, brincos, alaridos, y todo lo que ocurre en una batalla, haciendo de este modo un simulacro. En esta ocasión, como las partidas eran tan numerosas, los jefes juzgaron prudente separarse de las formas ordinarias. Match-a-to-ge-wub (varias águilas en reposo) jefe principal, dispuso que sus hombres se quedarían en las cabañas, y que veinte guerreros de nuestra tribu saludarían a su campamento simulando el ataque de una aldea.

Se construyó una gran cabaña para que la derribaran a escopetazos. Fui uno de los veinte elegidos al efecto, porque había comprado una escopeta de un indio que se había separado de nosotros. A costa de agotar todas mis fuerzas pude seguir a mis compañeros, corriendo, saltando, disparando y aullando. A pesar de cuatro descansos, cuando derribamos la cabaña estaba rendido. Un individuo de nuestra partida que imprudentemente y sin permiso se metió en la aldea al tiempo de la escaramuza, salió maltratado y casi en cueros: como se había expuesto por gusto, y aquella acogida más tenía de honrosa que de vergonzosa no pudo quejarse.

La primera noche que estuvimos reunidos, mataron a dos ojibbeways; a la noche siguiente dos caballos de los asineboinos; a la otra noche tres caballos. Cuando se reúnen tantos hombres y de lejanos países, necesariamente se avivan antiguas enemistades, y no es extraño que los jefes no puedan evitar la efusión de sangre, porque su influencia es muy débil. Aunque al ponerse en marcha eligen jefes, les obedecen en tanto que la voluntad de éstos no está en contradicción con la suya.

En nuestra partida había hombres que habían hecho un año de marcha, así es que habían venido con sus mujeres; había doscientas cabañas para alojar. A los pocos días de nuestra reunión en la montaña, un cree del fuerte de la pradera me adoptó por individuo de su familia, apoderándose de mi equipaje e invitándome a vivir en su cabaña: me llamaba sin cesar *Neje* (amigo mío) y me trató con el mayor cariño. Muchos guerreros que como yo no poseían cabaña, fueron admitidos del mismo modo en las familias que las tenían.

No habrían pasado muchos días, cuando unos niños armaron jugando una especie de combate; por desgracia en uno de los partidos se hallaban sólo los niños de los asineboinos, y en el otro los de los crees y ojibbeways: acudieron a auxiliar a los bandos niños de más edad, luego adolescentes, después los guerreros, y un juego infantil se convirtió en una lucha sangrienta. Match-a-to-ge-wab se metió en medio de los combatientes: Wa-ge-to-te y los otros jefes se interpusieron también; pero los guerreros no repararon en ellos; el ardor que los animaba se volvió rabia, y los jefes tuvieron que retirarse jadeantes y magullados. De pronto en medio de la pelea se alzó una aparición. Era un anciano de cabellos como la nieve, tan encorvado por la edad que andaba apoyado en dos palos: más parecía un perro que un hombre, y su voz era tan débil que no se le oía; pero a su aspecto, todos los asineboinos se detuvieron y cesó el combate. Sólo dos hombres entre todos los heridos sucumbieron en el acto; pero muchos lo estaban tan gravemente, que fue necesario enviarlos a su país. Si los combatientes hubieran tenido las armas a mano, sus resultados habrían sido más funestos. A pesar de mis reiteradas preguntas sobre el anciano, nada saqué en limpio, pues que ni aun su nombre me dijeron, y los informes eran tan vagos como extraños.

29. Campaña infructuosa.

Marcha guerrera. La pradera incendiada. Vuelta de una campaña. Caballo muerto. La ley del talión entre los indios. Grandes fríos. El perro sentenciado. El hijo dos veces robado. Naufragio. Las bayas azules. Extraño atentado de una suegra con el yerno. Hijos abandonados por su madre.

En la tarde que siguió a este altercado, los jefes recorrieron todo el campamento para hablar a los guerreros: se redujeron todas las alocuciones a decirles que en vez de perder el tiempo en degollarnos mutuamente, al día siguiente nos pondríamos en marcha para el país de los sioux. Levantamos el campo, pero quedamos reducidos a la mitad: el resto se había vuelto atrás. La caída de las hojas estaba muy adelantada: a dos jornadas de la montaña de la Tortuga se levantó un frío agudo, acompañado de una violenta tempestad de lluvia y nieve. Perecieron dos caballos, y por poco hay muchas desgracias; mas como los ojibbeways llevaban sobre las espaldas un *puk-kui* de corteza, suficiente para cubrir tres hombres, todos se apresuraron a socorrer a los otros guerreros, y casi todo el ejército quedó resguardado.

Luego que pasó la tormenta me avisaron que Bagis-kun-nung me buscaba con motivo del caballo que le había quitado. «Bueno, contesté, creo que Ba-gis-kun-nung tiene aun dos caballos. Si viene a fastidiarme por el que le cogí, le cogeré otro.» A medio día llegó; pero Wa-ge-to-te y otros varios amigos míos estaban prontos a evitar toda tentativa de violencia. Se acercó a mí a tiempo que estaba asando un tasajo, permaneció unas dos horas de pie, mirándome con aire severo y sin proferir una palabra; en seguida se marchó como había venido.

Dos días después, doscientos asineboinos volvieron la espalda: al marcharse fueron insultados por los que quedaban, pero no hicieron mella los insultos en su resolución. La desertión iba en aumento todos los días, y los jefes para evitarla colocaron a retaguardia cincuenta jóvenes de los mas determinados; pero esta medida no produjo efecto.

Dos jornadas antes de la aldea que íbamos a atacar, ya sólo quedábamos unos cuatrocientos, y al día siguiente pocos querían seguir a Match-a-to-ge-wab. Se puso en camino a la hora acostumbrada, y marchó solo a la cabeza; mas viendo que nadie le seguía, a cosa da una milla se sentó en la pradera. De vez en cuando uno o dos guerreros se le reunían; pero por uno que avanzaba, retrocedían veinte. Me había quedado con mi cuñado en el campamento para ver en qué paraba aquello, y cuando vimos que de cuatrocientos hombres veinte únicamente seguían a su jefe, nos unimos a él.

Apenas habíamos dado algunos pasos, uno de los asineboinos que se volvían, prendió fuego de intento a la pradera, y esta circunstancia nos obligó a volvernos, excepto el jefe y dos hombres. Llegó a la aldea de los sioux, y estuvo en acecho dos días, mas viéndose descubierto, se dio a huir sin haber intentado una sorpresa. Los sioux siguieron nuestras huellas y avanzaron hasta darnos vista, pero sin inquietarnos, y nos reunimos a nuestras familias sin ningún contratiempo. Así terminó aquella expedición guerrera, para la cual se habían hecho tantos preparativos y de la que se esperaban grandes resultados. En la retirada, Ke-ma-wun-nis-kung cogió el caballo del asineboin que incendió la pradera, zurró a éste, que ni siquiera opuso resistencia.

A nuestra llegada a Pembinah, hubo, según costumbre de todas las tribus que vuelven de la guerra, una orgía completa; tomé parte en ella, pero no me embriagué del todo. Después de beber un poco, oí que un indio se burlaba de que Wa-me-gon-a-biew me hubiese roto la escopeta; había prestado mi cuchillo, mas delante del fuego había un palo puntiagudo que acababa de servir de asador; me apoderé de él y corrí a la cabaña de Wa-me-gon-a-biew; a la puerta estaba un caballo, le metí en los ijares el palo repitiendo las palabras que su amo dijo cuando me rompió la escopeta: el caballo cayó, mas no murió hasta el día siguiente.

Debía volver al lago de los Bosques con otros cinco guerreros; uno de ellos, el de más suposición, al saber el suceso se intimidó y huyó por la noche en una canoa. Ni me quise ir con él ni salir de madrugada, porque no creyera Wa-me-non-a-biew que me infundía miedo. Permanecí en mi cabaña hasta que le vi, como también a Net-no-kwa, y después que en su presencia me despedí de todos mis amigos, me marché a los bosques donde me esperaban mis compañeros. Wa-mu-gon-a-biew no se quejó de la pérdida de su caballo, y es probable se diera por satisfecho, por que un indio siempre aguarda mal por mal; esto es muy propio de las costumbres de los salvajes, y el hombre que no sabe vengarse pierde para ellos el aprecio.

En Muskeg (la laguna), nos sorprendió una nevada horrorosa acompañada de un frío intenso: los árboles se desgajaban con el peso de la nieve; pero como el agua de los pantanos no estaba bastante helada para permitirnos andar por ella, resultó que nos costaba mucho trabajo avanzar, pues las Canoas casi no podían moverse. Hambrientos y extenuados de fatiga estábamos sentados deliberando sobre lo que nos tendría más cuenta hacer, cuando vimos venir del lago de los Bosques a unas indias que con mucha ligereza traían a rastras sus canoas por el agua, la nieve y el hielo, que les llegaba a las rodillas; eran mi suegra, mi mujer y las de dos compañeros más.

Los otros tres continuaron su camino hacia el lago donde estaban sus familias. Nuestras mujeres se rieron a costa nuestra, y nos dijeron que nos habían tomado por unas pobres viejas, y no por guerreros, al vernos sentados y tiritando en las canoas, que no podíamos mover ni arrastrar, y todo por miedo a un poco de agua y hielo. Nos traían trigo, pescado y otros víveres. Nos volvimos con ellas al último campamento, y después de descansar unos días marchamos al río Colorado para pasar el invierno.

Allí aun no había nieve, aunque el hielo era muy espeso, lo que dificultaba el cazar; nos vimos reducidos a la mayor miseria. Por fin un día vi un alce; conseguí ponerme a tiro, y ya iba a disparar cuando uno de mis mejores perros que había dejado en la cabaña, acudió corriendo y lo espantó. Volví a la cabaña, y llamando al perro a la puerta, le dije que por culpa suya mis hijos no tenían que comer; dicho esto lo maté y nos lo comimos.

Como otras familias sufrían también las mismas privaciones, se trató de disponer una medicina de caza; el resultado fue que maté un alce, y habiendo nevado abundantemente nos vimos libres del temor de perecer de hambre. No por eso reinó la abundancia; en una de mis cacerías seguí las huellas de un oso; por espacio de tres días mis perros y yo le acosamos, pero en vano: mis vestidos estaban destrozados y rabiaba de hambre. Me volví a mi cabaña con sólo ocho faisanes. Mis compañeros entonces se marcharon, y yo solo encontré bastante caza para mi familia. Al principio de la primavera vinieron a reunírseme los amigos, y nos volvimos a nuestra aldea del lago de los Bosques.

Grandes desgracias me aguardaban en casa. Tengo que referir un suceso importante, anterior a la época en que estoy, y que había olvidado. Fue poco tiempo después de la muerte de mi amigo Pesa-sau-ba; me hallaba en los campos de trigo junto a Río Muerto; un ojibbeway del lago Colorado, llamado Gi-a-ge-wa-go-mo, vino, y en ausencia mía, en mi misma cabaña, robó un hijo mío de unos seis años. Al volver yo, mi mujer me contó lo que había pasado: corrí al punto a alcanzarle y lo logré a una jornada de distancia; entonces, sin pedirle permiso, cogí uno de sus caballos para traer a mi hijo, amenazándole con no dejar impune otra vez tal atrevimiento. Cuatro meses más tarde cubría la tierra una gran nevada, y al volver a mi cabaña me anunciaron el segundo rapto de mi hijo por el mismo. Me incomodé en extremo, y habiéndome informado del caballo que montaba, escogí el mejor de los míos para perseguirle. Habían levantado el campo, pero siguiendo sus huellas los alcancé.

Al acercarme a ellos vi a Gi-a-ge-wa-go-mo y Na-na-bus, que me esperaban escondidos entre los matorrales a retaguardia de su tribu. Antes de llegar a tiro les apostrofé para que supiesen que los había descubierto: monté mi escopeta, y dispuesto a disparar los rebasé. Mi hijo estaba en medio de la tribu; sin desmontar lo alcé del suelo y lo coloqué delante de mí: después a galope me volví a buscar a los dos indios. Gi-a-ge-wa-go-mo tenía a su caballo por la brida.

Al llegar a ellos dejé a mi niño en el caballo, y apeándome herí al caballo de Gi-a-ge-wa-go-mo, dándole dos puñaladas con un cuchillo que a propósito llevaba; me apuntó, e iba a disparar; pero me lancé a él y le arranqué la escopeta de las manos: me amenazó con matarme el caballo en cuanto encontrara otra arma de fuego: a estas palabras le presente su escopeta diciéndole que matase a mi caballo; mas no se atrevió. Entonces le recordé mi amenaza anterior y añadí que le perdonaba la vida para ver si se atrevería en adelante a robar ningún hijo mío.

Cuando volví a mi rancho casi no creían mis amigos que hubiese muerto a su caballo, pero no me vituperaron por ello: el mismo Gi-a-ge-wa-go-mo no lo llevó a mal, o al menos no se dio por sentido, y ya no volvió a molestarme. Seguí cultivando mi campo, mas el astuto Es-kau-ba-nis indispuso a los indios contra mí, y por evitar desazones determiné ausentarme. Ya se acercaba mi partida cuando un accidente vino a interrumpir mis proyectos. Estaba un día subido sobre un árbol grande, cortándole las ramas, y ya que había echado la mayor parte al suelo quise trepar más alto para cortar la cima; pero varias ramas superiores chocaron con la copa de otro árbol, y al rechazo lanzaron contra mi pecho la rama que acababa de cortar: al golpe caí aturdido de una altura elevada y me desmayé; cuando volví en mi acuerdo no se me oía, y necesité mucho tiempo para que los indios comprendiesen por señas que lo que pedía era agua: tres veces me desmayé al querer llegar a mi cabaña. Tenía rotas varias costillas, y pasaron muchos días antes de que pudiese ponerme en pie. El doctor Mac-Lauglin, tratante en el lago de la Lluvia, sabedor de mi estado, envió a Mr. Tace para que me llevase a su casa en el lago del Pescado Blanco. Por espacio de mucho tiempo tuve vómitos de sangre, y cada vez que me movía sentía en el interior del cuerpo una especie de calor líquido. En el lago de la Lluvia me trataron con mucho esmero y cariño tanto Mr. Tace como los otros empleados de la compañía del Noroeste. Hacia el fin del invierno siguiente me sentí más aliviado; pero cuando la primavera trajo los calores recaí, y me encontré en estado de no poder cazar.

Subiendo las corrientes del río del lago de la Lluvias zozobraron las canoas, y pude nadar hasta la orilla llevando auestas a mis hijos: también zozobró la de Mr. Tace, pero se salvaron todos. A los pocos días de esta avería llegamos al comercio del doctor Mac-Lauglin. Este caballero me dio en su casa una habitación donde mis hijos me asistieron por algún tiempo; pero sentía la tristeza de la soledad y determiné volver al lago de los Bosques, donde se había quedado mi mujer: creía que ya no tendría que sufrir los disgustos que me suscitara Es-kau-ba-uis.

No me recibieron tal como imaginaba; mas a pesar de todo, permanecí en la aldea hasta que se sembró el grano. En seguida fuimos a recolectar y secar las bayas azules que abundan en aquel país: siguió después la cosecha del arroz silvestre y luego la del trigo, con lo que se pasó el estío.

A poco de haber caído las hojas, recaí otra vez; no podía restablecerme de las resultas de mis fracturas. Por aquel tiempo hubo una epidemia entre los indios. Un día que estaba acostado, pues ni aun podía ponerme de pie, y las mujeres trabajaban en el campo, entró de pronto en mi cabaña mi suegra con un biello y empezó a darme porrazos en la cabeza: no podía oponerle la menor resistencia, y procuré disponerme a morir; de repente dejó de apalearme sin motivo aparente, y como me había cubierto la cabeza con la manta, no sufrí tanto como temía. Había hecho aquello inducida por los consejos de Es-kau-ba-wis, y como también influían en mi mujer, mi situación era muy triste, unida a mi imposibilidad de atender a la subsistencia de mi familia. Poco a poco recobré la salud, a pesar de tantos contratiempos, y al fin pude acompañar a unos indios, que iban en busca de un tratante.

Me embarqué con mis hijos en una canoa pequeña; mi mujer y mi suegra nos seguían en la grande, que llevaba los equipajes y provisiones. Desde el primer día se quedaron atrás, pues los hombres nos dimos prisa para llegar antes al sitio donde debíamos acampar. Corté y clave estacas para mi cabaña; pero como las mujeres no llegaban, ni tenía esteras ni provisiones, al día siguiente me dio vergüenza confesar a los indios que no tenía que comer, y dejé que mis hijos llorasen de hambre: por amor propio no quise acampar con ellos.

Comprendiendo que mi mujer había querido separarse de mí, no la esperaba, y tomé la determinación de marcharme un poco más allá del campamento; maté un cisne, que se comieron

mis hijos. El tiempo se ponía frío, y tenía mucho que andar; pero temía que los indios me sorprendiesen. Acosté a mis hijos en el fondo de la canoa y los cubrí lo mejor que pude con una piel de bison. Arreciaba el viento y el agua entraba en mi frágil embarcación: como helaba y mis hijos estaban mojados, sufrían mucho los pobrecillos: yo mismo estaba tan entumecido, que no pudiendo gobernar la canoa, dejé que se estrellase contra un escollo próximo al sitio donde quería desembarcar. Afortunadamente no había gran profundidad, y rompiendo el hielo no muy espeso, logré transportar a tierra a mis hijos; allí pensé morir de frío con ellos: la leña estaba húmeda, y no había medios para secarme. Vaciando mi frasco de pólvora, encontré entre la masa mojada algunos granos secos, con los que encendí lumbre, y nos salvamos. Al día siguiente Mr. Sayre, cuyo comercio no estaba distante, supo mi situación, o al menos le informaron los indios que me había extraviado, y envió en busca mía varios hombres, que me ayudaron a llegar a su casa. Allí tomé un crédito para mi familia entera, pues no sabía si mi mujer vendría tarde o temprano a reunírseme.

El jefe de aquel distrito, cuyo permiso para cazar había obtenido anteriormente, procuró disuadirme de la idea de ir a pasar el invierno en aquella soledad; mas todo fue inútil, partí con mis hijos y sufrí mucho, pues no sólo tenía que atender a la subsistencia de mis hijos, sino también a componer mis vestidos y los suyos: de día cazaba, y de noche remendaba; muy pocos ratos me entregué al sueño.

30. Adopción india.

Fuerza de una nutria. Rivalidad entre los blancos de las dos compañías. Hambre. Preparativos para una ausencia larga. Tratantes de las dos compañías. Viaje a Detroit. Encuentro de Kis-ko-ko. Recuerdos y detalles de familia. Asesinato. Justicia india. Funerales. El asesino adoptado por la madre de la víctima.

Ya cercana la primavera, volvimos al lago de los Bosques, que aun estaba helado cuando llegamos a sus riberas. Me hallaba un día de pie en la orilla con mis compañeros, cuando vi venir sobre el hielo una nutria; muchas veces había oído decir a los indios que el hombre más vigoroso no podría matar sin un arma a una nutria: los cazadores más experimentados me lo habían afirmado, pero dudaba, y quería hacer la experiencia. Cogí la nutria, y por espacio de más de una hora agoté todos mis esfuerzos, sin poder matarla: la golpeé, la pisoteé, me puse sobre ella, todo en vano: probé a ahogarla con mis manos, pero encogía el cuello, y al través de mis dedos aspiraba; conocí que sin armas no podía matarla. Después de hecho, me lancé en persecución de un oso; en esta cacería perdí un perro que se dejó coger y que mató inmediatamente el oso; a poco sucumbió él también.

Ya suele estar muy avanzada la primavera cuando el lago de los Bosques se deshíela; al llegar a mi aldea, los indios que encontré rabiaban de hambre; por fortuna, mi canoa iba llena de víveres, que distribuí en seguida. Al otro día, se me presentó mi mujer con su madre, se echó a reír, y volvió a vivir conmigo como antes.

En la época del cultivo de los campos, los tratantes de la compañía del Noroeste enviaron mensajeros con regalos a todos los indios, invitándoles a que se uniesen con ellos para atacar el establecimiento de la compañía de la bahía de Hudson, en el Río Colorado. Tan repugnantes me parecían estas querellas entre hombres de una misma raza, que no quise tomar parte. Se reunieron bastantes indios y se cometieron muchas atrocidades y asesinatos. Se incendió el establecimiento del Río Colorado, y se estacionó un destacamento de indios para rechazar con las armas a cuantos quisiesen penetrar por aquel distrito, si venían como agentes de la compañía de Hudson.

Por mi parte, pasé el verano cazando y cultivando mis campos, ínterin que la guerra continuaba con gran encarnizamiento. Tras varios combates, vinieron a un arreglo, se formó un

proceso a la europea, y después de varios castigos, quedaron casi en el mismo estado que antes de empezar las hostilidades.

Entre tanto el invierno avanzaba, y viéndonos amenazados de morir de hambre, los hombres se decidieron a ir en busca de los rebaños de bisontes, que debían estar muy lejos; yo resolví quedarme, y esta idea fue aprobada por otro cazador diestro, que no auguraba bien del proyecto de ir a buscar los bisontes. Los dos, pues, nos quedamos, y en poco tiempo matamos cinco alces, cuya carne, distribuida entre las mujeres y niños, alivió algún tanto el hambre que sufrían. Los expedicionarios se volvieron más hambrientos de lo que salieron, porque sólo habían matado un bison. Redoblé mis esfuerzos en la caza y apenas alcanzaba a sostener a mi familia. Aquel país, con su terreno estéril e inhospitalario, produce tan poco, que los habitantes necesitan la mayor actividad para prolongar su vida; por lo general, el término de la carrera del malo o del buen cazador, es morir de hambre. Viendo esta situación tan penosa, determiné pasar a los Estados Unidos a ver al mismo tiempo a mis parientes, si quedaban algunos. Procuré cazar algunos días, y acopiando víveres para que durante mi ausencia no careciese mi familia de alimento, tomé una canoa pequeña, y partí solo a Mackinac: en el lago de la Lluvia encontré a Mr. Giasson y otros varios agentes de la compañía de la bahía de Hudson. Todos me dijeron que no estaría muy seguro si me cogían los agentes de la compañía del Noroeste: con estas advertencias, me marché a ver a Mr. Tace, quien me hospedó por espacio de veinte días, llevándome en su canoa hasta fuerte Guillermo; desde allí me embarqué para Makinac. En este puerto, el mayor Putuff, agente de los Estados Unidos, me dio una canoa, algunas provisiones y una carta para el gobernador Cas en Detroit. Se ató mi canoa a una goleta donde me embarqué: cinco días duró la travesía.

Cuando salté en tierra, iba mirando a todas partes; por último, vi a un indio, a quien inmediatamente pregunté quién y de dónde era. Me contestó:

—Otall-llall de Sogenong.

—¿Conoces a Kis-ko-ko?

—Es mi padre.

—¿Dónde está Manito-o-gezik, su padre y tu abuelo?

—Murió en la última caída de las hojas.

Le insté para que fuese a buscar a su padre y me le trajera, pero no quiso venir. Al día siguiente andaba por las calles, y vi a un indio viejo, a quien al punto fui a hablar; volvió la cabeza al ruido de mis pasos, y después de examinarme con alguna inquietud varios instantes, me tendió los brazos. Era Kis-ko-ko, que en nada se parecía a cuando me hizo prisionero muchos años antes. Me preguntó sobre todo lo que me había ocurrido desde que nos habíamos separado. Le rogué me condujese a casa del gobernador Cas; pero se negó, demostrando cierto temor. Viendo que no lo podría recabar de él, hice que me enseñaran la morada del gobernador; con la carta en la mano, quise entrar en ella; pero el centinela de la puerta me lo impidió; afortunadamente el gobernador estaba sentado en el patio; le enseñé la carta y dio orden al soldado de que me dejara pasar. En cuanto leyó la carta, me dio su mano, y con auxilio de un intérprete, habló largo rato conmigo. Mandó venir a Kis-ku-ko, quien confirmó todas las circunstancias de mi cautividad y permanencia de dos años entre los Otawaws de Sogenong.

Luego me dijo no era cierto que mi familia hubiese perecido en la segunda expedición de Manito-o-gezik, según me habían hecho creer, presentándome como prueba el sombrero de mi hermano, que me enseñaron, y el cual se le había caído al huir.

El gobernador me dio vestidos por valor de 70 dólares y me alojó en casa de un intérprete, a una milla de distancia: debía esperar que se reuniesen varios indios y blancos en Santa María, para desde allí con seguridad trasladarme a casa de mis parientes. Cansado de esperar dos meses me marché por fin con Be-ne-sa, hermano de Kis-ko-ko, y ocho indios más: no habiéndoselo participado al gobernador Cas, no llevé provisiones. Mucho sufrimos, en particular por el hambre. Los indios que nos encontraban, aunque llevaban abundantes provisiones, no nos daban la menor cosa. Por fin llegamos al sitio de la reunión y allí, si bien no habían aun venido los indios,

encontramos a una persona encargada de distribuir víveres. A los diez días que estábamos en aquel sitio, un joven indio que llevaba como agregado, se fue a un rancho de potaatomios, los cuales, apenas habían llegado, se entregaron a una orgía. A media noche me lo trajeron completamente ebrio; uno de los que le acompañaban me dijo: «Ten cuidado de ese joven; ha hecho una trastada.»

Desperté a Be-ne-sa para que encendiera lumbre y a la luz de la llama vimos al joven de pie, cuchillo en mano, y el brazo y los vestidos cubiertos de sangre. Los indios no podían acostarle, se lo mandé yo, y obedeció al punto: no me di por entendido de nada por entonces. Al día siguiente, y después de dormir la mona, no conservaba ningún recuerdo de lo sucedido la noche anterior; nos dijo que creía haberse emborrachado; que sentía apetito e iba a disponer comida. Quedó asombrado cuando le dije que había muerto a un hombre; demostró gran pesar y corrió inmediatamente a ver al que había asesinado. Este infeliz aun respiraba: era un joven que estaba borracho tendido en tierra y no había mediado ninguna disputa; probablemente el asesino no había sabido quién era su víctima. Los parientes del herido no dijeron una palabra al agresor; pero el intérprete del gobernador le reconvinó duramente.

Todos sabían que el herido no se curaría; cuando volvió a nuestro campamento el joven, le dimos los regalos que habíamos reunido; volvió con ellos y poniéndolos al lado de la víctima, dijo a los parientes que le rodeaban: «Amigos míos; sabéis que he muerto a este hombre, hermano vuestro; pero lo hice sin saber lo que hacía y sin tener odio contra él. Ha pocos días vino a mi campamento y le recibí con el mayor cariño: la borrachera me volvió loco; mi vida es vuestra. Soy pobre; vivo con unos extranjeros que se alegrarían en devolverme a mi familia; por eso me han dado estas bagatelas para vosotros. Aquí tenéis mi vida y estos regalos. Tomad lo que queráis, mis amigos no se quejarán.

Dicho esto se sentó delante del herido, la cabeza inclinada entre las manos, aguardando el golpe fatal. Entonces la madre de víctima se adelantó un poco y le dijo: «Ni yo ni mis hijos queremos tu vida; pero no puedo prometerte que te salvaré del resentimiento de mi marido, ausente en la actualidad. Con todo acepto tu regalo, y emplearé en tu favor toda mi influencia. Estoy convencida de que ni por odio ni adrede ha sucedido esta desgracia; pues ¿por qué había de llorar también tu madre?» Recibió los regalos y el gobernador Cas se alegró de este resultado pacífico.

Al día siguiente murió el herido; varios hombres de nuestra tribu ayudaron al joven a cavar la fosa; terminados los preparativos se verificó el entierro y la madre llamó al agresor y le dijo: «Joven, aquel que fue mi hijo me era muy querido y recelo que le voy a llorar mucho tiempo; sería feliz si quisieras ser mi hijo en lugar suyo, amarme y cuidarme como él: no temo más que a mi marido.» El joven, agradeciendo la solicitud con que le había salvado la vida, aceptó al punto esta adopción. Costumbre que entre los indios se observa, llegando a ser tan queridos los adoptados como los muertos.

31.

La familia Tanner.

Habitantes del Kentucky. Eduardo Tanner. Los dos hermanos. Vestidos de los blancos. Lucía Tanner. Regreso a los indios. La segunda mujer. Mackinak. El Arrozal. Navegación penosa. Expedición del Mayor Long. Compañía americana de pieles. Trabajo entre los blancos. Hijos negados a su padre. Golpe de estado de un capitán americano. Asesinato. Padre abandonado. Tratante francés. Mujer culpable. Tanner intérprete.

Prontos a separarnos, el gobernador Cas me invitó a comer; en la reunión hubo algunos caballeros que me hicieron brindar, y al dejar la mesa no pude ir con paso firme a mi cabaña: después supe que lo habían hecho para ver si tenía la misma propensión que los indios a los licores, y estando ebrio me entregaría como ellos a excesos desordenados; mas como no perdí el juicio, me

comporté con mesura. El gobernador me dio en efectos por valor de 120 dólares, y como mi viaje era largo compré un caballo por 80 dólares en géneros. En la reunión había dos hombres del Kentucky que conocían a mis parientes y uno en particular desde niño había vivido con la familia de una de mis hermanas. Me puse en camino con estos dos hombres, porque mi salud no era muy buena. A los pocos días ya no pude andar y tuve que detenerme en casa de un pobre que vivía a orillas del río; me cuidó lo mejor que pudo hasta la llegada de un sobrino mío que me enviaban mis amigos del Kentucky. Por él supe que mi padre había muerto en 1811, tres meses después del gran terremoto que arruinó a Nueva Madrid. Me informó como pudo de otras particularidades relativas a mis parientes que aun existían.

Nuestro viaje fue muy penoso hasta Cincinnati, donde nos detuvimos para descansar unos días. Desde allí bajamos el Ohio en una barca. La fiebre me acometía diariamente y durante el ataque teníamos que parar. Pedíamos hospitalidad en las casas; en unas nos echaban dándonos con la puerta en las narices; en otras nos acogían con solicitud: debo advertir que unas y otras estaban habitadas por blancos. Por fin me repuse y llegué a donde vivían los hijos de mi hermana. Pasé una noche en casa de un sobrino llamado Juan; desde allí fui a casa de otro hermano suyo, donde estuve un mes enfermo. Mis parientes recibieron entonces una carta y me hicieron comprender que venía dirigida a mí; pero, aunque me la leyeron repetidas veces, no comprendí una palabra. Desde mi llegada había estado enfermo y no había tiempo ni gusto para aprender o para hacerme entender por señas: vino otra segunda carta y en ella comprendí que mi hermano Eduardo, cuyo nombre no había olvidado, había ido a buscarme al río Colorado. Pedí al punto un caballo para ir a reunirme con él, y aunque al principio parientes y vecinos trataron de disuadirme salí en su busca. En el camino sufrí muchísimo a causa de la fiebre; mas por último, a dos jornadas de Detroit, encontré a un hombre que llevaba una pipa de sioux. Su gran semejanza con mi padre llamó mi atención; traté de detenerle; pero no reparó en mí y siguió adelante. Cuando llegué a Detroit supe efectivamente que era mi hermano. El gobernador no me dejó marchar en su busca, porque me dijo que le darían noticias mías y volvería. Fundada era esta opinión, pues a los tres días llegó. Largo tiempo me tuvo estrechado entre sus brazos; como no sabía una palabra de inglés, hubimos de hablarnos por medio de un intérprete: luego me cortó los cabellos que tenía largos a estilo indio. Visitamos juntos al gobernador Cas, quien me felicitó porque había abandonado el traje indio; pero los vestidos de los blancos no me convenían mucho, pues me hallaba más holgado con los de los indios.

Quise persuadir a mi hermano que me acompañase a mi residencia del lago de los Bosques; pero al contrario, insistió en llevarme a su casa, allende el Mississipí, y por fin partimos juntos. El comandante militar del fuerte Wayne nos acogió cariñosamente: nuestro viaje fue muy agradable. A los cuarenta días llegamos a la casa de mi hermano, a unas quince millas de Nueva Madrid. Otro hermano mío habitaba a corta distancia. Ambos me acompañaron hasta el cabo Girardeau donde residían dos de mis hermanas. Desde allí, en compañía de unos seis parientes míos, nos dirigimos al Kentucky, donde vivían otros muchos en las aldeas de Salem y Princetown.

Mi hermana Lucía había soñado la víspera de mi llegada, que me veía venir a través de un bancal de trigo que circundaba su casa. Tenía diez hijos; parientes, deudos, vecinos, acudieron para presenciar mi entrevista con mis hermanas. Aunque no pudimos entendernos, derramamos abundantes lágrimas y los asistentes no pudieron contener las suyas. Mi cuñado Jeremías Ruker quiso ver si en el testamento de mi padre había alguna disposición en mi favor; pero no halló ninguna cláusula que se refiriese a mí: mi madrastra me dio 137 dólares. Hízose una colecta a mi favor entre todos mis parientes y reuní 500 dólares en metálico; mi hermano Eduardo, que con su esposa me había acompañado, temiendo que este dinero me expusiese a algún peligro no quiso abandonarme.

Desde Jackson nos fuimos a San Luis, donde vimos al gobernador Clark, que había auxiliado a mi hermano en las pesquisas para buscarme; nos recibió con la mayor cortesía y nos ofreció todos los recursos que juzgásemos necesarios para mi proyecto de traer a mi familia del país de los indios. Mi hermano quería acompañarme y llevar muchos hombres con que ayudarme a sacar de allí a mis

hijos; pero fui un día a ver al gobernador Clark, y le dije que disuadiese a mi hermano de la idea de acompañarme, porque me estorbaría en la empresa en lugar de favorecerme. Al fin entre el gobernador y yo pudimos convencerle y partí solo; después de un viaje bastante penoso por las fatigas y la fiebre que volvió a acometerme, llegué al seno de mi familia, que se encontraba buena; mas a los pocos días uno de mis hijos cayó enfermo y murió de sarampión, enfermedad muy fatal en aquella época para los indios; también los otros enfermaron, pero pude salvarlos. Empezaron a escasear los víveres y eché mano de una medicina de caza: su resultado me fue satisfactorio como siempre. A la entrada del invierno fui al río Colorado a cazar bisontes y preparar su carne. En cuanto empezó la primavera me puse en marcha para los Estados. Diez años antes de esta época me había separado de mi primera mujer; pero las instancias de los indios y en particular las necesidades de mi posición me habían obligado a tomar otra, de la que tenía tres hijos: los otros de la primera no estaban en aquella sazón en la aldea; como la segunda se negó a seguirme, cogí los tres niños y partí sin ella. En el lago de la Lluvia vino a reunírseme y consintió en acompañarme hasta Makinak.

En este punto el coronel Boyd, agente de la compañía, me propuso recibirme a su servicio para ocuparme en su fragua; mas como este trabajo no me convenía, lo rechacé. Me dio para el viaje cien libras de harina, la misma cantidad de tocino, un poco de whisky y tabaco. Me dio además una carta para el doctor Wolkot, agente en Chicago, y marché en una canoa con un hombre. Dos jornadas antes de llegar a Chicago encontramos varios indios que nos dieron noticias muy fatales sobre el estado de las aguas del Illinois; entonces mi mujer y varios que me acompañaban no quisieron seguirme y continué mi camino. En Chicago me acometió de nuevo la fiebre: sin embargo, en los ratos que me dejaba cacé mirlos en los arrozales, y con ellos se mantenían mis hijos y un indio viejo llamado Gos-sa-kuau-uau (el fumador). Restablecido ya, seguimos nuestra marcha por el río Illinois; pero no habiendo bastante agua para sostener la canoa que iba muy cargada, tuve que hacer un arreglo con un potawtomio, que pasaba por allí, y el cual por una manta y otras frioleras se encargó de llevar en sus caballos mi equipaje y mis hijos unas sesenta millas, hasta la embocadura del An-num-nun-ne-se-be o río del Ocre Amarillo, donde ya hay bastante agua para las canoas. Miedo me daba confiarle mis hijos y mi equipaje que valía algo; pero el viejo indio me decía que tenía trazas de honrado. Al poner a los niños a caballo me dijo: «Dentro de tres días estaré en la embocadura del An-num-mun-ne, y allí te aguardaré.» Sin hablar más nos separamos: el viejo y yo seguimos remolcando nuestra canoa con la mayor fatiga. Las orillas de este río son extensas praderas propias para caballos y carros; a nuestra llegada al sitio de la cita encontramos al potawtomio que había cumplido lealmente.

Volvimos a embarcarnos todos y nos detuvimos en el fuerte Clark, construido en una lengua de tierra entre dos lagos; los indios le llaman Ka-ga-gun-miug (el Istmo); allí encontré amigos y parientes por las familias de mis mujeres. A tres millas de este punto vi a un individuo, el cual, al pasar por delante me gritó: «Eh, amigo, ¿te gusta la caza?» Le dije que sí y dirigí mi embarcación hacia él; cuando llegué me dio un gamo hermoso y en seguida se marchó sin querer recibir nada; pero después de muchas instancias le hice admitir un poco de pólvora, algunas balas y piedras de chispa, a lo que quedó muy agradecido. Por aquel tiempo, habiéndome mojado un día, recaí con la calentura, y al ver lo postrado que estaba creí que iba a morir y di las instrucciones necesarias al viejo para que llevase mis hijos al gobernador Clark, en quien confiaba que los entregaría a mis parientes. Contra toda mi esperanza me restablecí prontamente y pude seguir la marcha, llegando por fin al fuerte San Luis, donde el gobernador Clark me recibió con la mayor benevolencia, extendiendo su protección al viejo indio que tan fielmente me sirviera y a quien facilitó los medios de volverse a su país. En San Luis me detuve para que hicieran vestidos a mis hijos, y luego me dirigí en mi canoa al cabo Girardeau: en los días que en este punto estuve detenido tuve ocasión de hablar con varias personas de la expedición del mayor Long, que volvían de las montañas; esto era en 1820, un año después de mi primer llegada al Ohio en 1819. Habían transcurrido desde mi rapto por Manito-o-ge-rik y Kis-ko-ko hasta el momento de mi salida del lago de los Bosques en la primavera de 1819, treinta años cabales; fui, pues, hecho prisionero en 1789. Pasé cuatro meses con

mis hermanas en Jackson; visité en seguida a los demás parientes, y en esta caminata murió uno de mis hijos.

Determiné partir a Mackinac para emplearme como intérprete con el coronel Boyd, y cuando llegué supe con harto disgusto que ya había recibido a otro. Viéndome sin ocupación me contraté con Mr. Stewart, agente de la compañía americana, para acompañar a los tratantes entre los indios, con el sueldo anual de 225 dólares y los vestidos que necesitase. Puse a mis hijos en la escuela y marché con algunos franceses a la expedición. Mi ninguna práctica en esta ocupación me hizo sufrir muchos disgustos; baste decir que en quince meses que estuve al servicio de la compañía sólo dormí trece noches bajo techado; tan activas y laboriosas eran mis faenas. En el contrato había una cláusula por la que se me permitía ir a ver a mis hijos al río Colorado, para ver si podía traérmelos: eran tres, dos niñas y un niño que no me habían visto desde que salí por primera vez del país de los indios. Supe que los hombres de la tribu donde estaban, habían jurado matarme si me presentaba a reclamar mis hijos: con todo, en cuanto pude me fui a visitar aquella tribu, y me dirigí a la cabaña del jefe que me recibió con amistad. Allí estuve algún tiempo con mis hijos; pero observé que los indios no me permitirían llevármelos. Pude inducirlos a que vinieran a acamparse cerca del fuerte del río Colorado; una vez allí les pedí mis hijos, pero me los negaron resueltamente. Acudí al comandante del fuerte, al capitán Bulger, quien les invitó a pasar a su casa, y acudieron los principales en unión de mis hijos. Entonces el capitán mandó traer varios regalos por valor de 100 dólares y les habló así: «Hijos míos, he mandado poner aquí delante de vosotros, una pipa llena de tabaco, no para que supongáis que quiero comprar de vosotros, en provecho de este hombre, el derecho de tomar lo que le pertenece, sino para manifestaros que confío en que atenderéis a lo que os voy a decir. En cuanto a ese hombre, viene y os habla no solamente en su nombre, sino también en nombre de vuestro abuelo, que está mas allá de las aguas, y del Gran Espíritu, entre cuyas manos estamos todos, del Gran Espíritu que le ha dado estos hijos. Por lo tanto, sin causarle más disgusto, debéis devolverle su familia y aceptar estos regalos como recuerdo de la buena inteligencia que existe entre nosotros.»

Los indios consultaron entre sí; ya iban a negarse, mas vieron que la casa estaba cercada por hombres armados, y comprendiendo la intención, aceptaron los regalos y devolvieron mis hijos. Su madre, aunque vieja, manifestó deseos de acompañarlos y consentí. Mi hijo, que ya tenía edad para manejarse por sí, prefirió quedarse con los indios, y como ya no era tiempo de educarle y formarle para un nuevo modo de vivir, dejé a su elección lo que le conviniese. En los cuatro primeros días de viaje nos acompañaron varios indios; después seguí con mis dos hijas y su madre. En la travesía llegué a una aldea de siete cabañas, donde vivía un joven llamado Ome-zugut-oons, azotado hacía pocos días de orden de Mr. Cote, por no sé qué delito: sabedor de mi llegada vino a verme. Entabló relaciones conmigo y pretendió que éramos parientes; se embarcó en su canoa y siguió viajando con nosotros. No me parecía que llevaba muy buenas intenciones; pero no habiéndole dado nunca motivo de queja, no podía recelar lo que aconteció. Un día que me había tirado al agua para desencallar mi canoa, recibí un balazo que me hirió el costado derecho y el brazo, al mismo tiempo vi que huía el agresor, quise perseguirle y haciendo andar la canoa llegué a tierra: al saltar en ella caí desmayado. Cuando volví en mi acuerdo estaba solo; miré al río y en lontananza descubrí la canoa en que iban mis hijas y su madre. Entonces examiné mis heridas; mi brazo estaba atravesado, y la bala que en dirección del pulmón había entrado no había salido: creí que no había remedio para mí. Empecé a sentir una sed devoradora y no tuve más arbitrio que echarme al agua para saciarla: con la humedad sentí reanimarse mis fuerzas; me curé el brazo poniéndome unas vendas que hice de mi camisa. Procuré quedarme aquella noche a la orilla por si pasaba algún barco y en él acogerme.

Al día siguiente pasó Mr. Stewart, de la compañía de Hudson, y al punto fui admitido en su barca: inmediatamente referí lo sucedido y recorrimos toda la travesía a ver si descubríamos huellas de mis hijas. Al llegar a la factoría de la compañía del Nordeste hallé a mis hijas y a su madre, que habían sido detenidas por sospechas. No bien me divisó la madre quiso huir, mas se lo estorbaron:

mis hijas me refirieron entonces que había formado un complot con mi asesino y que a ella debía lo ocurrido: los tratantes me dijeron que pronunciase la sentencia que quisiera contra aquella mujer culpable; pero me contenté con hacer que la echasen del fuerte y no volviera a acordarse de nosotros. No sé si por intrigas suyas o porque me acechaban, lo cierto es que a los pocos días me robaron mis hijas y fueron a poder de Kau-ben-tus-kwau-nau, uno de los jefes de nuestra aldea. Tuve que renunciar por entonces a recobrarlas, y queriendo restablecerme fui a pasar el invierno a Mackinak con mis hijos menores. Allí viví con ellos empleado como intérprete por el coronel Boyd, hasta que el año de 1828 marché a Nueva York a contratar la publicación de mis Memorias. A mi vuelta hacia el Norte, Mr. Schoolcraft, agente en Santa María, me colocó como intérprete y desde entonces vivo allí con mi familia. Tres hijos míos existen aun entre los indios; sé que las hijas se vendrían si pudieran; mi hijo se ha apasionado por la vida de cazador y no piensa en volver. Espero hacer un esfuerzo y recobrar a mis hijas.

32. Apéndices.

Fiestas.

Para los indios aquel que da muchas fiestas o el que en el idioma de sus canciones hace pasear continuamente al pueblo, es mirado como un gran hombre; por eso cuando abunda la caza, se suceden las fiestas unas a otras. Antes que los blancos introdujeran entre ellos las bebidas espirituosas, su reunión para estas fiestas era la principal distracción que tenían en los intervalos de paz y reposo. Sus fiestas principales son las siguientes:

El *Meté-ue-koon-de-uin*. Fiesta de la medicina, cuya celebración forma parte de su gran ceremonia religiosa el *Meté*. Además de las canciones que en esta fiesta se entonan, también los ancianos les predicán sermones en los que les dan preceptos de moral; los que no están borrachos parece que escuchan atentos.

Wen-je-ta-ue-koon-de-nin. Fiesta destinada a conseguir sueños. Esta fiesta puede celebrarse en cualquier tiempo y no exige condiciones especiales del que convida o de sus huéspedes. La palabra *uen-je-ta* significa verdadero o general.

Wen-da-uas-so-nin. Fiesta de la imposición de nombres. Estas fiestas se celebran sobre todo para poner nombre a los niños, y los convidados tienen obligación de comerse todo lo que les ofrece el invitante, sea poco o mucho; dicen que los halcones y otras aves de rapiña nunca se comen en dos veces la presa.

Menis-se-no-ue-koon-de-nin. Fiesta de la guerra. Se celebra antes de entrar en campaña, o durante la marcha. No pueden ser los asistentes none, y hay que comerse entero el animal que se destina al festín; si hay proporción se sirve un vaso de grasa de oso que beben como agua.

Giche-ue-koon-de-nin. Fiesta grande. Pocos en cada tribu son los que pueden celebrarla por ser muy costosa; los animales se han de cocer enteros.

Wau-bun-no-ue-koon-de-nin. Fiesta de Waubeno. Se celebra por la noche, con gran ruido y muchos desórdenes; hay iluminación y todo lo que se requiere para estos casos.

Je-bi-nau-ka-nin, Fiesta de los muertos. El festín se celebra sobre los sepulcros de los amigos que han muerto. Encienden una hoguera, y cada convidado va echando en la lumbre un pedazo de todo lo que come. El humo y el olor dicen los indios que atrae al *jebi*, y come con ellos.

Che-ba-koo-che-ga-nin. En un día de la primavera y en otro del otoño, todo buen cazador tiende su bolsa de medicina a espaldas de su cabaña, y obsequia a sus vecinos en honor de la medicina. Esta fiesta está reputada por tan solemne e importante como la del *Meté*.

O-skin-ne-ge-ta-ga-nin (Fiesta del joven cazador), puede llamarse la fiesta de los primeros frutos: se celebra cuando un joven en sus ensayos de caza mata por la primera vez un animal de cada especie: los indios observan esta costumbre con gran cuidado.

Ayunos y sueños.

Casi desde la infancia se enseña a los indios de ambos sexos a ayunar, cuya costumbre concluye con el matrimonio. Por la mañana ofrecen los padres a los niños en una mano el desayuno, en otra mano un pedazo de carbón; si aceptan el carbón, queda satisfecho el padre, y prodiga mil elogios a su hijo. La facultad de soportar un ayuno prolongado, es un título a la consideración general, y por lo tanto muy codiciado: por eso acostumbran a los niños a sufrir mucho tiempo la falta de alimento. Algunas veces ayunan tres, cinco, siete, y aun diez días, sin tomar en todo este tiempo más que algunos sorbos de agua, bien escasos. En estos ayunos se pone mucha atención a lo que sueñan, y según lo que indican los sueños, los padres forman su opinión sobre el porvenir del hijo. Soñar con lo que se ve por el aire, como pájaros, nubes, cielo, es una cosa favorable, y si el niño empieza a referir sus sueños referentes a éstos objetos, sus padres le interrumpen, diciéndole: «No hables más.» Los chicos conservan estas impresiones, y obran con arreglo a ellas toda la vida.

La creencia de las comunicaciones, por los sueños, con seres superiores al hombre, ni es particular de este pueblo, ni de esta época. Cuanto más ignorantes son los hombres, tanto más dispuestos están a pensar que son objeto de la atención y solicitud de sus divinidades. Creen en la existencia del alma después de muerte física, como lo prueban los respetos que tributan a los muertos, fundándose para ello en que los amigos que se han separado pueden conocer y apreciar el valor de los obsequios que les hacen después de su partida.

En el gran consejo que se celebró en la pradera del Perro, el año 1833, un jefe sioux que había acudido, murió de fiebre biliosa. Era muy distinguido en su nación, y como había venido de muy lejos, obedeciendo al gobierno que le llamaba, el comandante militar de aquel puesto creyó estaba obligado a tributarle los últimos deberes de un guerrero. Los hombres de la tribu se habían reunido en torno de su cadáver, en la cabaña donde murió; cuando llegó la escolta, levantaron el féretro: entonces todos en coro entonaron una especie de *requiem*, cuya traducción es la siguiente: «Hermano, no te aflijas: la senda por donde caminas es por la que nosotros hollaremos también, y todos los hombres nos seguirán en ella.» Fueron repitiendo este cántico hasta llegar al sitio de la sepultura.

La costumbre de cuidar al *jebi*, o memoria del muerto, es una cosa que indica sensibilidad y ternura; pues, aunque hayan podido consolarse de su falta, nunca olvidan el tributo que creen necesario para el descanso del que ya no existe.

Totems.

Los indios de la raza algonquina reciben cada uno de su padre un *tótem* o apellido. Nadie puede alterar su *tótem*. Como este distintivo se trasmite de un hombre a sus hijos y a los prisioneros que adopta, es evidente que, a imitación de las genealogías de los hebreos, estos totems deben suministrar una enumeración completa de los orígenes de todas las familias. Esta institución es igual a la de nuestros apellidos; pero los deberes de amistad y hospitalidad son más severos que entre nosotros, y lo mismo la prohibición de grados de parentesco. Entre los indios es un gran crimen que un hombre se case con una mujer que tenga el mismo *tótem* que él; y hay casos en que los parientes más cercanos han asesinado al marido por infractor de esta regla. Además, aun cuando pertenezcan a dos bandos rivales, deben los de un mismo *tótem* si se encuentran tratarse como hermanos y miembros de una misma familia.

En cuanto al origen de esta institución, no hay tradición que lo fije, y los indios exponen que fue el Creador quien les dio *tótem*, al principio del mundo. Por lo demás ninguna tribu de las que no pertenecen a la raza algonquina, tiene semejante *tótem* o distintivo.

Astronomía.

Poco o nada hay que decir con respecto a esta materia en tribus que ni aun escriben su idioma. Tocante al sol y a la luna, tienen una fábula parecida en su mayor parte a la de Apolo y Diana entre los griegos. También aquí son hermanos, y lo mismo que en Grecia, la luna arrebató a un joven que estaba dormido, con el que estuvo casada hasta que éste deseó volver a la tierra. ¿Quién ha inventado esta fábula? ¿Los americanos la inculcaron a los griegos o viceversa? Aclárelo el que pueda.

Por las fases de la luna miden el tiempo. Prestan muy poca atención a los demás cuerpos celestes, y sólo tienen nombres para la estrella de la mañana, la del Norte, y la osa mayor. En cuanto a los cometas, tienen la misma opinión que los blancos, los creen anuncios de desgracias. Los ojibbawais los llaman *estrella brillante*; los menomonios *fuego que ve*; y otros *fuego que tiene cabellera*. Cuando ven un eclipse de luna dicen que se muere, y disparan tiros para curarla de la enfermedad que la aqueja. Llamen a las auroras boreales danzas de los muertos, y su opinion, aunque poética, es pueril.

Mímica y poesía.

Árido asunto vamos a tratar en un pueblo que, no teniendo lengua escrita, no puede perpetuar las creaciones del genio, ni fijar para el porvenir acontecimientos notables: los americanos no poseen archivos que ofrecer a la investigación de los europeos. Como no cultivan su idioma, en sus arengas los oradores procuran hacerse entender con la vehemencia de los gestos y el calor de la acción. Con todo, estudiando detenidamente el giro de sus frases, y la pobreza de su idioma, se encuentra gran analogía con la gran familia asiática, a la que debemos nuestras opiniones religiosas: no hay duda que proceden del mismo origen, aunque hasta ahora el filósofo marche con poca luz en el camino de la investigación. En lo que todos están ciertos, es en que los indígenas de las regiones centrales de la América del Norte, son de la misma raza que los peruanos, mejicanos y natchez, entre los cuales se ha conocido un parentesco irrecusable con los habitantes de Grecia e Italia, como también casi toda la población de la India que adora a Brahma. En las metamorfosis que las tradiciones indias prestan a muchos árboles, plantas y otros objetos, se ve una semejanza notable con las supersticiones romanas.

La poesía de los indios, suponiendo que la tengan, es el lenguaje del alma y la expresión de la pasión. Si todo lo que se eleva sobre el estilo familiar, si todo lo que se canta o puede cantarse es poesía, entonces hay que convenir en que están dotados de mucha poesía, y de muchos poetas. Todo lo que les choca fuera de las cosas ordinarias de la vida, les excita una expresión particular. Desconocen el metro, la rima, el arte y la elegancia, la proporción y la armonía de los períodos; pero acompañan su poesía con cierta modulación de voz, que puede en rigor considerarse como un cántico. En todas las circunstancias de la vida desahogan su corazón cantando: aun cuando están ebrios acuden a la poesía.

El método de delineación, con el cual ayudan a su memoria a retener y reproducir sus composiciones, manifiesta tal vez uno de los primeros ensayos que conducen a la lengua escrita, y prueban que las ciencias no han penetrado aun en aquel país.

CLÁSICOS DE HISTORIA

<http://clasicoshistoria.blogspot.com.es/>

- 490 Alphonse Daudet, *Tartarín de Tarascón*
- 489 Gustave de Beaumont, *Estado Unidos en 1831: Esclavitud, racismo, religión, tribus indias...*
- 488 William Jay, *Causas y consecuencias de la guerra de 1847 entre Estados Unidos y Méjico*
- 487 Manuel Gil Maestre, *El anarquismo, hechos e ideas*
- 486 Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*
- 485 Richard F. Burton, *Peregrinación a La Meca y Medina*
- 484 Romualdo Nogués, *Aventuras y desventuras de un soldado viejo natural de Borja*
- 483 Vicente de la Fuente, *La sopa de los conventos*
- 482 John Leech, *Grabados de la Historia cómica de Roma*
- 481 José García de León y Pizarro, *Memorias*
- 480 Gustavo Adolfo Bécquer, *Desde mi celda. Veruela. Costumbres de Aragón*
- 479 Washington Irving, *Cuentos de la Alhambra*
- 478 Manuel de Galhegos, *Obras varias al real palacio del Buen Retiro*
- 477 Évariste Huc, *Recuerdos de un viaje a la Tartaria, el Tíbet y la China en 1844, 1845 y 1846*
- 476 Rafael Torres Campos, *Esclavitud e imperialismo en el África árabe*
- 475 Rosendo Salvado, *Memorias históricas sobre la Australia*
- 474 Juan Fernández de Heredia, *Libro de los fechos et conquistas de la Morea*
- 473 *Crónica del rey de Aragón Pedro IV el Ceremonioso*
- 472 Plinio el Joven, *Cartas. Libro I al IX*
- 471 Thomas Macaulay, *Revolución de Inglaterra*
- 470 Manuel Fraga Iribarne, *Razas y racismo*
- 469 Juan Bautista Pérez, *Parecer sobre las planchas de plomo que se han hallado en Granada*
- 468 G. Lenotre, *Historias íntimas de la Revolución Francesa*
- 467 Pierre Gaxotte, *La España de los años treinta. Artículos de «Je suis partout»*
- 466 Lucio Marineo Sículo, *Crónica de Aragón*
- 465 Gonzalo de Céspedes, *Excelencias de España y sus ciudades*
- 464 Plinio el Joven, *Panegírico de Trajano y correspondencia con el emperador*
- 463 *Auca de l'Estatut de Catalunya*
- 462 Thomas Macaulay, *Constructores del imperio británico en la India*
- 461 *Los ilustrados y la esclavitud*
- 460 José Pascasio de Escoriaza, *La esclavitud en las Antillas*
- 459 Alonso de Sandoval, *Mundo negro y esclavitud*
- 458 Claudio Claudiano, *Elogio de Serena*
- 457 *Concilio IV de Toledo (año 633)*
- 456 Pedro Bosch Gimpera, *España, Para la comprensión de España, y otros textos*
- 455 Ramón Menéndez Pidal, *Lenguas y nacionalismos. Artículos y polémicas*
- 454 Charles Van Zeller, *Guerra civil en España. Esbozos y recuerdos*
- 453 Antonio Pirala, *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista (6 tomos)*
- 452 Plinio el Viejo, *Hispania antigua en la Naturalis Historia*
- 451 Benvenuto Cellini, *Su vida escrita por él mismo en Florencia*
- 450 *Propaganda y doctrina. Editoriales y otros textos de la revista Escorial (1940-1942)*
- 449 Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*
- 448 Nuño de Guzmán, *Jornada de Nueva Galicia y otras cartas*
- 447 Alfredo Chavero, *Explicación del lienzo de Tlaxcala*
- 446 Ramón Menéndez Pidal, *Tres artículos sobre Bartolomé de las Casas*

- 445 Américo Vespucio, *Tres cartas sobre el Nuevo Mundo*
 444 Publilio Siro, *Sentencias*
 443 Aulo Gelio, *Noches áticas*
 442 Tito Lucrecio Caro, *De la naturaleza de las cosas*
 441 Aurelio Prudencio Clemente, *Psicomaquia o Pelea de las Virtudes y los Vicios*
 440 Luciano de Samósata, *Historias verdaderas*
 439 Concepción Arenal, *La cuestión social*
 438 Benjamin Constant, *De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos*
 437 Emilio Mola Vidal, *Memorias de mi paso por la Dirección General de Seguridad*
 436 Manuel García Morente, *Idea de la Hispanidad*
 435 Vaclav Schaschek y Gabriel Tetzl, *Viaje de León de Rosmital por España en 1466*
 434 Andrea Navagero, *Viaje por España 1524-1528*
 433 Georg von Ehingen, *Viaje por España en 1457*
 432 Francesco Guicciardini, *Relación de España 1512-1513*
 431 Santiago Ramón y Cajal, *Patriotismo y nacionalismos. Textos regeneracionistas*
 430 Julián Ribera, *Lo científico en la historia*
 429 Juan Gálvez y Fernando Brambila, *Ruinas de Zaragoza en su primer sitio*
 428 Faustino Casamayor, *Diario de los Sitios de Zaragoza*
 427 Georges Desdevises du Désert, *Ideas de Napoleón acerca de España*
 426 Wenceslao Fernández Flórez, *Columnas de la República 1931-1936*
 425 Berman, Low y otros, *Antes de la catástrofe. Caricaturas políticas en Ken 1938-1939*
 424 Dolores Ibárruri "Pasionaria", *Artículos, discursos e informes 1936-1978*
 423 Gregorio Marañón, *Artículos republicanos 1931-1937*
 422 Emil Hübner, *La arqueología de España*
 421 Alexandre de Laborde, *Grabados del Voyage pittoresque et historique de l'Espagne*
 420 Pompeyo Trogo, *Los asuntos de España*
 419 Frederick Hardman, *Escenas y bosquejos de las guerras de España*
 418 Fustel de Coulanges, *Alsacia alemana o francesa, y otros textos nacionalistas*
 417 Theodor Mommsen, *A los italianos (la guerra y la paz)*
 416 Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua. Estudio sobre el culto, el derecho y las instituciones*
 415 *Historia Augusta. Vidas de diversos emperadores y pretendientes desde el divino Adriano...*
 414 Anténor Firmin, *La igualdad de las razas humanas (Fragmentos)*
 413 Fermín Hernández Iglesias, *La esclavitud y el señor Ferrer de Couto*
 412 José Ferrer de Couto, *Los negros en sus diversos estados y condiciones*
 411 *Textos antiguos sobre el mito de las edades: Hesíodo, Platón, Ovidio, Virgilio, Luciano*
 410 Tertuliano, *Apologético*
 409 Flavio Arriano, *Historia de las expediciones de Alejandro*
 408 Luciano de Samósata, *Cómo ha de escribirse la Historia*
 407 Vasco de Quiroga, *Información en derecho sobre algunas Provisiones del Consejo de Indias*
 406 Julián Garcés, Bernardino de Minaya y Paulo III, *La condición de los indios*
 405 Napoleón Colajanni, *Raza y delito*
 404 Ángel Pulido, *Espanoles sin patria y la reza sefardí*
 403 Ángel Pulido, *Los israelitas españoles y el idioma castellano*
 402 George Dawson Flintner, *Examen del estado actual de los esclavos de la isla de Puerto Rico*
 401 Vicente de la Fuente, *Historia de las sociedades secretas antiguas y modernas en España*
 400 Francisco Guicciardini, *Historia de Italia... desde el año de 1494 hasta el de 1532 (2 tomos)*
 399 *Anti-Miñano. Folletos contra las Cartas del pobrecito holgazán y su autor*
 398 Sebastián de Miñano, *Lamentos políticos de un pobrecito holgazán*
 397 Kenny Meadows, *Ilustraciones de Heads of the people or Portraits of the english*
 396 *Grabados de Les français peints par eux-mêmes (2 tomos)*

- 395 *Los españoles pintados por sí mismos* (3 tomos)
- 394 Ramón de Mesonero Romanos, *Memorias de un setentón natural y vecino de Madrid*
- 393 Joseph-Anne-Marie de Moyriac de Mailla, *Histoire generale de la Chine* (13 tomos)
- 392 Fernando de Alva Ixtlilxochitl, *De la venida de los españoles y principio de la ley evangélica*
- 391 José Joaquín Fernández de Lizardi, *El grito de libertad en el pueblo de Dolores*
- 390 Alonso de Ercilla, *La Araucana*
- 389 Juan Mañé y Flaquer, *Cataluña a mediados del siglo XIX*
- 388 Jaime Balmes, *De Cataluña (y la modernidad)*
- 387 Juan Mañé y Flaquer, *El regionalismo*
- 386 Valentín Almirall, *Contestación al discurso leído por D. Gaspar Núñez de Arce*
- 385 Gaspar Núñez de Arce, *Estado de las aspiraciones del regionalismo*
- 384 Valentín Almirall, *España tal cual es*
- 383 *Memoria en defensa de los intereses morales y materiales de Cataluña* (1885)
- 382 José Cadalso, *Defensa de la nación española contra la Carta Persiana... de Montesquieu*
- 381 Masson de Morvilliers y Mariano Berlon, *Polémica sobre Barcelona*
- 380 Carlo Denina, *¿Qué se debe a España?*
- 379 Antonio J. de Cavanilles, *Observaciones sobre el artículo España de la Nueva Encyclopedia*
- 378 Eduardo Toda, *La vida en el Celeste Imperio*
- 377 Mariano de Castro y Duque, *Descripción de China*
- 376 Joseph de Moyriac de Mailla, *Cartas desde China* (1715-1733)
- 375 Dominique Parennin, *Sobre la antigüedad y excelencia de la civilización china* (1723-1740)
- 374 Diego de Pantoja, *Relación de las cosas de China* (1602)
- 373 Charles-Jacques Poncet, *Relación de mi viaje a Etiopía 1698-1701*
- 372 Thomas Robert Malthus, *Ensayo sobre el principio de la población*
- 371 Víctor Pradera, *El Estado Nuevo*
- 370 Francisco de Goya, *Desastres de la guerra*
- 369 Andrés Giménez Soler, *Reseña histórica del Canal Imperial de Aragón*
- 368 *Los juicios por la sublevación de Jaca en el diario "Ahora"*
- 367 Fermín Galán, *Nueva creación. Política ya no sólo es arte, sino ciencia*
- 366 Alfonso IX, *Decretos de la Curia de León de 1188*
- 365 *Codex Vindobonensis Mexicanus I. Códice mixteca*
- 364 Sebastián Fernández de Medrano, *Máximas y ardidés de que se sirven los extranjeros...*
- 363 Juan Castrillo Santos, *Cuatro años de experiencia republicana 1931-1935*
- 362 Louis Hennepin, *Relación de un país que... se ha descubierto en la América septentrional*
- 361 Alexandre Olivier Exquemelin, *Piratas de la América*
- 360 Lilo, Tono y Herreros, *Humor gráfico y absurdo en La Ametralladora*
- 359 Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*
- 358 *Revolución y represión en Casas Viejas. Debate en las Cortes*
- 357 Pío Baroja, *Raza y racismo. Artículos en Ahora, Madrid 1933-1935*
- 356 Diego de Ocaña, *Ilustraciones de la Relación de su viaje por América del Sur*
- 355 Carlos de Sigüenza y Góngora, *Infortunios de Alonso Ramírez*
- 354 Rafael María de Labra, *La emancipación de los esclavos en los Estados Unidos*
- 353 Manuel de Odriozola, *Relación... de los piratas que infestaron la Mar del Sur*
- 352 Thomas Gage, *Relación de sus viajes en la Nueva España*
- 351 De la Peña, Crespí y Palou, *Exploración de las costas de la Alta California* (1774-1799)
- 350 Luis de Camoens, *Los lusíadas*
- 349 Sabino Arana, *Artículos de Bizkaitarra* (1893-1895)
- 348 Bernardino de Sahagún, *Las ilustraciones del Códice Florentino*
- 347 Felipe Guamán Poma de Ayala, *Ilustraciones de la Nueva Crónica y Buen Gobierno*
- 346 Juan Suárez de Peralta, *Noticias históricas de la Nueva España*

- 345 Étienne de la Boétie, *Discurso de la servidumbre voluntaria*
 344 Tomás de Mercado y Bartolomé de Albornoz, *Sobre el tráfico de esclavos*
 343 Herblock (Herbert Block), *Viñetas políticas 1930-2000*
 342 Aníbal Tejada, *Viñetas políticas en el ABC republicano (1936-1939)*
 341 Aureger (Gerardo Fernández de la Reguera), *Portadas de "Gracia y Justicia" (1931-1936)*
 340 Paul Valéry, *La crisis del Espíritu*
 339 Francisco López de Gómara, *Crónica de los Barbarrojas*
 338 *Cartas de particulares sobre la rebelión de Cataluña (1640-1648)*
 337 Alejandro de Ros, *Cataluña desengañada. Discursos políticos*
 336 Gaspar Sala, *Epítome de los principios y progresos de las guerras de Cataluña*
 335 *La Flaca. Dibujos políticos de la primera etapa (1869-1871)*
 334 Francisco de Quevedo, *La rebelión de Barcelona ni es por el huevo ni por el fuero*
 333 Francisco de Rioja, *Aristarco o censura de la Proclamación Católica de los catalanes*
 332 Gaspar Sala y Berart, *Proclamación católica a la majestad piadosa de Felipe el Grande*
 331 François Bernier, *Nueva división de la Tierra por las diferentes especies o razas humanas*
 330 Cristoph Weiditz, *Libro de las vestimentas (Trachtenbuch)*
 329 Isa Gebir, *Suma de los principales mandamientos y devedamientos de la ley y sunna*
 328 Sebastian Münster, *Cosmographiæ Universalis. Mapas y vistas urbanas*
 327 Joaquim Rubió y Ors, *Manifiestos catalanistas. Prólogos de Lo gayter del Llobregat*
 326 Manuel Azaña, *La velada en Benicarló. Diálogo de la guerra en España*
 325 François Bernier, *Viajes del Gran Mogol y de Cachemira*
 324 Antonio Pigafetta, *Primer viaje en torno del Globo*
 323 Baronesa D'Aulnoy, *Viaje por España en 1679*
 322 Hernando Colón, *Historia del almirante don Cristóbal Colón*
 321 Arthur de Gobineau, *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*
 320 Rodrigo Zamorano, *El mundo y sus partes, y propiedades naturales de los cielos y elementos*
 319 Manuel Azaña, *Sobre el Estatuto de Cataluña*
 318 David Hume, *Historia de Inglaterra hasta el fin del reinado de Jacobo II (4 tomos)*
 317 Joseph Douillet, *Moscú sin velos (Nueve años trabajando en el país de los Soviets)*
 316 Valentín Almirall, *El catalanismo*
 315 León Trotsky, *Terrorismo y comunismo (Anti-Kautsky)*
 314 Fernando de los Ríos, *Mi viaje a la Rusia Sovietista*
 313 José Ortega y Gasset, *Un proyecto republicano (artículos y discursos, 1930-1932)*
 312 Karl Kautsky, *Terrorismo y comunismo*
 311 Teofrasto, *Caracteres morales*
 310 Hermanos Limbourg, *Las muy ricas Horas del duque de Berry (Selección de las miniaturas)*
 309 Abraham Ortelio, *Teatro de la Tierra Universal. Los mapas*
 308 Georg Braun y Franz Hogenberg, *Civitates orbis terrarum (selección de los grabados)*
 307 Teodoro Herzl, *El Estado Judío*
 306 *Las miniaturas del Códice Manesse*
 305 Oliverio Goldsmith, *Historia de Inglaterra. Desde los orígenes hasta la muerte de Jorge II.*
 304 Sor Juana Inés de la Cruz, *Respuesta de la poetisa a la muy ilustre sor Filotea de la Cruz*
 303 *El voto femenino: debate en las Cortes de 1931.*
 302 Hartmann Schedel, *Crónicas de Nuremberg (3 tomos)*
 301 Conrad Cichorius, *Los relieves de la Columna Trajana. Láminas.*
 300 Javier Martínez, *Trescientos Clásicos de Historia (2014-2018)*
 299 Bartolomé y Lucile Bennassar, *Seis renegados ante la Inquisición*
 298 Edmundo de Amicis, *Corazón. Diario de un niño*
 297 Enrique Flórez y otros, *España Sagrada. Teatro geográfico-histórico de la Iglesia de España.*
 296 Ángel Ossorio, *Historia del pensamiento político catalán durante la guerra... (1793-1795)*

- 295 Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español*
- 294 Julián Ribera, *La supresión de los exámenes*
- 293 Gonzalo Fernández de Oviedo, *Relación de lo sucedido en la prisión del rey de Francia...*
- 292 Juan de Oznaya, *Historia de la guerra de Lombardía, batalla de Pavía y prisión del rey...*
- 291 Ángel Pestaña, *Setenta días en Rusia. Lo que yo vi*
- 290 Antonio Tovar, *El Imperio de España*
- 289 Antonio Royo Villanova, *El problema catalán y otros textos sobre el nacionalismo*
- 288 Antonio Rovira y Virgili, *El nacionalismo catalán. Su aspecto político...*
- 287 José del Campillo, *Lo que hay de más y de menos en España, para que sea lo que debe ser...*
- 286 Miguel Serviá († 1574): *Relación de los sucesos del armada de la Santa Liga...*
- 285 Benito Jerónimo Feijoo, *Historia, patrias, naciones y España*
- 284 Enrique de Jesús Ochoa, *Los Cristeros del Volcán de Colima*
- 283 Henry David Thoreau, *La desobediencia civil*
- 282 *Tratados internacionales del siglo XVII. El fin de la hegemonía hispánica*
- 281 Guillermo de Poitiers, *Los hechos de Guillermo, duque de los normandos y rey de los anglos*
- 280 Indalecio Prieto, *Artículos de guerra*
- 279 Francisco Franco, *Discursos y declaraciones en la Guerra Civil*
- 278 Vladimir Illich (Lenin), *La Gran Guerra y la Revolución. Textos 1914-1917*
- 277 Jaime I el Conquistador, *Libro de sus hechos*
- 276 Jerónimo de Blancas, *Comentario de las cosas de Aragón*
- 275 Emile Verhaeren y Darío de Regoyos, *España Negra*
- 274 Francisco de Quevedo, *España defendida y los tiempos de ahora*
- 273 Miguel de Unamuno, *Artículos republicanos*
- 272 *Fuero Juzgo o Libro de los Jueces*
- 271 Francisco Navarro Villoslada, *Amaya o los vascos en el siglo VIII*
- 270 Pompeyo Gener, *Cosas de España (Herejías nacionales y El renacimiento de Cataluña)*
- 269 Homero, *La Odisea*
- 268 Sancho Ramírez, *El primitivo Fuero de Jaca*
- 267 Juan I de Inglaterra, *La Carta Magna*
- 266 *El orden público en las Cortes de 1936*
- 265 Homero, *La Ilíada*
- 264 Manuel Chaves Nogales, *Crónicas de la revolución de Asturias*
- 263 Felipe II, *Cartas a sus hijas desde Portugal*
- 262 Louis-Prosper Gachard, *Don Carlos y Felipe II*
- 261 *Felipe II rey de Inglaterra, documentos*
- 260 Pedro de Rivadeneira, *Historia eclesiástica del cisma de Inglaterra*
- 259 Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades* (6 tomos)
- 258 Joaquin Pedro de Oliveira Martins, *Historia de la civilización ibérica*
- 257 Pedro Antonio de Alarcón, *Historietas nacionales*
- 256 Sergei Nechaiev, *Catecismo del revolucionario*
- 255 Álvaro Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios y Comentarios*
- 254 Diego de Torres Villarroel, *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras*
- 253 *¿Qué va a pasar en España? Dossier en el diario Ahora del 16 de febrero de 1934*
- 252 Juan de Mariana, *Tratado sobre los juegos públicos*
- 251 Gonzalo de Illescas, *Jornada de Carlos V a Túnez*
- 250 Gilbert Keith Chesterton, *La esfera y la cruz*
- 249 José Antonio Primo de Rivera, *Discursos y otros textos*
- 248 *Citas del Presidente Mao Tse-Tung (El Libro Rojo)*
- 247 Luis de Ávila y Zúñiga, *Comentario de la guerra de Alemania... en el año de 1546 y 1547.*
- 246 José María de Pereda, *Pedro Sánchez*

- 245 Pío XI, *Ante la situación social y política (1926-1937)*
- 244 Herbert Spencer, *El individuo contra el Estado*
- 243 Baltasar Gracián, *El Criticón*
- 242 Pascual Madoz, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España...* (16 tomos)
- 241 Benito Pérez Galdós, *Episodios Nacionales* (5 tomos)
- 240 Andrés Giménez Soler, *Don Jaime de Aragón último conde de Urgel*
- 239 Juan Luis Vives, *Tratado del socorro de los pobres*
- 238 Cornelio Nepote, *Vidas de los varones ilustres*
- 237 Zacarías García Villada, *Paleografía española* (2 tomos)
- 236 Platón, *Las Leyes*
- 235 Baltasar Gracián, *El Político Don Fernando el Católico*
- 234 León XIII, *Rerum Novarum*
- 233 Cayo Julio César, *Comentarios de la Guerra Civil*
- 232 Juan Luis Vives, *Diálogos o Linguæ latinæ exercitatio*
- 231 Melchor Cano, *Consulta y parecer sobre la guerra al Papa*
- 230 William Morris, *Noticias de Ninguna Parte, o una era de reposo*
- 229 Concilio III de Toledo
- 228 Julián Ribera, *La enseñanza entre los musulmanes españoles*
- 227 Cristóbal Colón, *La Carta de 1493*
- 226 Enrique Cock, *Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592*
- 225 José Echegaray, *Recuerdos*
- 224 Aurelio Prudencio Clemente, *Peristephanon o Libro de las Coronas*
- 223 Hernando del Pulgar, *Claros varones de Castilla*
- 222 Francisco Pi y Margall, *La República de 1873. Apuntes para escribir su historia*
- 221 *El Corán*
- 220 José de Espronceda, *El ministerio Mendizábal, y otros escritos políticos*
- 219 Alexander Hamilton, James Madison y John Jay, *El Federalista*
- 218 Charles F. Lummis, *Los exploradores españoles del siglo XVI*
- 217 Atanasio de Alejandría, *Vida de Antonio*
- 216 Muhammad Ibn al-Qutiyya (Abenalcotía): *Historia de la conquista de Al-Andalus*
- 215 *Textos de Historia de España*
- 214 Julián Ribera, *Bibliófilos y bibliotecas en la España musulmana*
- 213 León de Arroyal, *Pan y toros. Oración apologética en defensa del estado... de España*
- 212 Juan Pablo Forner, *Oración apologética por la España y su mérito literario*
- 211 Nicolás Masson de Morvilliers, *España (dos versiones)*
- 210 *Los filósofos presocráticos. Fragmentos y referencias (siglos VI-V a. de C.)*
- 209 José Gutiérrez Solana, *La España negra*
- 208 Francisco Pi y Margall, *Las nacionalidades*
- 207 Isidro Gomá, *Apología de la Hispanidad*
- 206 Étienne Cabet, *Viaje por Icaria*
- 205 Gregorio Magno, *Vida de san Benito abad*
- 204 Lord Bolingbroke (Henry St. John), *Idea de un rey patriota*
- 203 Marco Tulio Cicerón, *El sueño de Escipión*
- 202 *Constituciones y leyes fundamentales de la España contemporánea*
- 201 Jerónimo Zurita, *Anales de la Corona de Aragón* (4 tomos)
- 200 Soto, Sepúlveda y Las Casas, *Controversia de Valladolid*
- 199 Juan Ginés de Sepúlveda, *Demócrates segundo, o... de la guerra contra los indios.*
- 198 Francisco Noël Graco Babeuf, *Del Tribuno del Pueblo y otros escritos*
- 197 Manuel José Quintana, *Vidas de los españoles célebres*
- 196 Francis Bacon, *La Nueva Atlántida*

- 195 Alfonso X el Sabio, *Estoria de Espanna*
- 194 Platón, *Critias o la Atlántida*
- 193 Tommaso Campanella, *La ciudad del sol*
- 192 Ibn Battuta, *Breve viaje por Andalucía en el siglo XIV*
- 191 Edmund Burke, *Reflexiones sobre la revolución de Francia*
- 190 Tomás Moro, *Utopía*
- 189 Nicolás de Condorcet, *Compendio de La riqueza de las naciones de Adam Smith*
- 188 Gaspar Melchor de Jovellanos, *Informe sobre la ley agraria*
- 187 Cayo Veleyo Patérculo, *Historia Romana*
- 186 José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*
- 185 José García Mercadal, *Estudiantes, sopistas y pícaros*
- 184 Diego de Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe político cristiano*
- 183 Emmanuel-Joseph Sieyès, *¿Qué es el Tercer Estado?*
- 182 Publio Cornelio Tácito, *La vida de Julio Agrícola*
- 181 Abū Abd Allāh Muhammad al-Idrīsī, *Descripción de la Península Ibérica*
- 180 José García Mercadal, *España vista por los extranjeros*
- 179 Platón, *La república*
- 178 Juan de Gortz, *Embajada del emperador de Alemania al califa de Córdoba*
- 177 Ramón Menéndez Pidal, *Idea imperial de Carlos V*
- 176 Dante Alighieri, *La monarquía*
- 175 Francisco de Vitoria, *Relecciones sobre las potestades civil y ecl., las Indias, y la guerra*
- 174 Alonso Sánchez y José de Acosta, *Debate sobre la guerra contra China*
- 173 Aristóteles, *La política*
- 172 Georges Sorel, *Reflexiones sobre la violencia*
- 171 Mariano José de Larra, *Artículos 1828-1837*
- 170 Félix José Reinoso, *Examen de los delitos de infidelidad a la patria*
- 169 John Locke, *Segundo tratado sobre el gobierno civil*
- 168 Conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*
- 167 Miguel Asín Palacios, *La escatología musulmana de la Divina Comedia*
- 166 José Ortega y Gasset, *España invertebrada*
- 165 Ángel Ganivet, *Idearium español*
- 164 José Mor de Fuentes, *Bosquejillo de la vida y escritos*
- 163 Teresa de Jesús, *Libro de la Vida*
- 162 Prisco de Panio, *Embajada de Maximino en la corte de Atila*
- 161 Luis Gonçalves da Câmara, *Autobiografía de Ignacio de Loyola*
- 160 Lucas Mallada y Pueyo, *Los males de la patria y la futura revolución española*
- 159 Martín Fernández de Navarrete, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*
- 158 Lucas Alamán, *Historia de Méjico... hasta la época presente* (cuatro tomos)
- 157 Enrique Cock, *Anales del año ochenta y cinco*
- 156 Eutropio, *Breviario de historia romana*
- 155 Pedro Ordóñez de Ceballos, *Viaje del mundo*
- 154 Flavio Josefo, *Contra Apión. Sobre la antigüedad del pueblo judío*
- 153 José Cadalso, *Cartas marruecas*
- 152 Luis Astrana Marín, *Gobernaré Lerroux*
- 151 Francisco López de Gómara, *Hispania victrix (Historia de las Indias y conquista de México)*
- 150 Rafael Altamira, *Filosofía de la historia y teoría de la civilización*
- 149 Zacarías García Villada, *El destino de España en la historia universal*
- 148 José María Blanco White, *Autobiografía*
- 147 *Las sublevaciones de Jaca y Cuatro Vientos en el diario ABC*
- 146 Juan de Palafox y Mendoza, *De la naturaleza del indio*

- 145 Muhammad Al-Jusaní, *Historia de los jueces de Córdoba*
- 144 Jonathan Swift, *Una modesta proposición*
- 143 *Textos reales persas de Darío I y de sus sucesores*
- 142 Joaquín Maurín, *Hacia la segunda revolución y otros textos*
- 141 Zacarías García Villada, *Metodología y crítica históricas*
- 140 Enrique Flórez, *De la Crónica de los reyes visigodos*
- 139 Cayo Salustio Crispo, *La guerra de Yugurta*
- 138 Bernal Díaz del Castillo, *Verdadera historia de... la conquista de la Nueva España*
- 137 *Medio siglo de legislación autoritaria en España (1923-1976)*
- 136 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los varones ilustres de la ciudad de Roma*
- 135 *Códigos de Mesopotamia*
- 134 Josep Pijoan, *Pancatalanismo*
- 133 Voltaire, *Tratado sobre la tolerancia*
- 132 Antonio de Capmany, *Centinela contra franceses*
- 131 Braulio de Zaragoza, *Vida de san Millán*
- 130 Jerónimo de San José, *Genio de la Historia*
- 129 Amiano Marcelino, *Historia del Imperio Romano del 350 al 378*
- 128 Jacques Bénigne Bossuet, *Discurso sobre la historia universal*
- 127 Apiano de Alejandría, *Las guerras ibéricas*
- 126 Pedro Rodríguez Campomanes, *El Periplo de Hannón ilustrado*
- 125 Voltaire, *La filosofía de la historia*
- 124 Quinto Curcio Rufo, *Historia de Alejandro Magno*
- 123 Rodrigo Jiménez de Rada, *Historia de las cosas de España*. Versión de Hinojosa
- 122 Jerónimo Borao, *Historia del alzamiento de Zaragoza en 1854*
- 121 Fénelon, *Carta a Luis XIV y otros textos políticos*
- 120 Josefa Amar y Borbón, *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*
- 119 Jerónimo de Pasamonte, *Vida y trabajos*
- 118 Jerónimo Borao, *La imprenta en Zaragoza*
- 117 Hesíodo, *Teogonía-Los trabajos y los días*
- 116 Ambrosio de Morales, *Crónica General de España* (3 tomos)
- 115 Antonio Cánovas del Castillo, *Discursos del Ateneo*
- 114 *Crónica de San Juan de la Peña*
- 113 Cayo Julio César, *La guerra de las Galias*
- 112 Montesquieu, *El espíritu de las leyes*
- 111 Catalina de Erauso, *Historia de la monja alférez*
- 110 Charles Darwin, *El origen del hombre*
- 109 Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*
- 108 Bartolomé José Gallardo, *Diccionario crítico-burlesco del... Diccionario razonado manual*
- 107 Justo Pérez Pastor, *Diccionario razonado manual para inteligencia de ciertos escritores*
- 106 Hildegarda de Bingen, *Causas y remedios. Libro de medicina compleja.*
- 105 Charles Darwin, *El origen de las especies*
- 104 Luitprando de Cremona, *Informe de su embajada a Constantinopla*
- 103 Paulo Álvaro, *Vida y pasión del glorioso mártir Eulogio*
- 102 Isidoro de Antillón, *Disertación sobre el origen de la esclavitud de los negros*
- 101 Antonio Alcalá Galiano, *Memorias*
- 100 *Sagrada Biblia* (3 tomos)
- 99 James George Frazer, *La rama dorada. Magia y religión*
- 98 Martín de Braga, *Sobre la corrección de las supersticiones rústicas*
- 97 Ahmad Ibn-Fath Ibn-Abirrabía, *De la descripción del modo de visitar el templo de Meca*
- 96 Iósif Stalin y otros, *Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.*

- 95 Adolf Hitler, *Mi lucha*
- 94 Cayo Salustio Crispo, *La conjuración de Catilina*
- 93 Jean-Jacques Rousseau, *El contrato social*
- 92 Cayo Cornelio Tácito, *La Germania*
- 91 John Maynard Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*
- 90 Ernest Renan, *¿Qué es una nación?*
- 89 Hernán Cortés, *Cartas de relación sobre el descubrimiento y conquista de la Nueva España*
- 88 *Las sagas de los Groenlandeses y de Eirik el Rojo*
- 87 Cayo Cornelio Tácito, *Historias*
- 86 Pierre-Joseph Proudhon, *El principio federativo*
- 85 Juan de Mariana, *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón*
- 84 Andrés Giménez Soler, *La Edad Media en la Corona de Aragón*
- 83 Marx y Engels, *Manifiesto del partido comunista*
- 82 Pomponio Mela, *Corografía*
- 81 *Crónica de Turpín (Codex Calixtinus, libro IV)*
- 80 Adolphe Thiers, *Historia de la Revolución Francesa* (3 tomos)
- 79 Procopio de Cesárea, *Historia secreta*
- 78 Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*
- 77 Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*
- 76 Enrich Prat de la Riba, *La nacionalidad catalana*
- 75 John de Mandeville, *Libro de las maravillas del mundo*
- 74 Egeria, *Itinerario*
- 73 Francisco Pi y Margall, *La reacción y la revolución. Estudios políticos y sociales*
- 72 Sebastián Fernández de Medrano, *Breve descripción del Mundo*
- 71 Roque Barcia, *La Federación Española*
- 70 Alfonso de Valdés, *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*
- 69 Ibn Idari Al Marrakusi, *Historias de Al-Ándalus* (de Al-Bayan al-Mughrib)
- 68 Octavio César Augusto, *Hechos del divino Augusto*
- 67 José de Acosta, *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*
- 66 Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*
- 65 Julián Juderías, *La leyenda negra y la verdad histórica*
- 64 Rafael Altamira, *Historia de España y de la civilización española* (2 tomos)
- 63 Sebastián Miñano, *Diccionario biográfico de la Revolución Francesa y su época*
- 62 Conde de Romanones, *Notas de una vida* (1868-1912)
- 61 Agustín Alcaide Ibieca, *Historia de los dos sitios de Zaragoza*
- 60 Flavio Josefo, *Las guerras de los judíos.*
- 59 Lupercio Leonardo de Argensola, *Información de los sucesos de Aragón en 1590 y 1591*
- 58 Cayo Cornelio Tácito, *Anales*
- 57 Diego Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*
- 56 Valera, Borrego y Piralá, *Continuación de la Historia de España de Lafuente* (3 tomos)
- 55 Geoffrey de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania*
- 54 Juan de Mariana, *Del rey y de la institución de la dignidad real*
- 53 Francisco Manuel de Melo, *Historia de los movimientos y separación de Cataluña*
- 52 Paulo Orosio, *Historias contra los paganos*
- 51 *Historia Silense, también llamada legionense*
- 50 Francisco Javier Simonet, *Historia de los mozárabes de España*
- 49 Anton Makarenko, *Poema pedagógico*
- 48 *Anales Toledanos*
- 47 Piotr Kropotkin, *Memorias de un revolucionario*
- 46 George Borrow, *La Biblia en España*

- 45 Alonso de Contreras, *Discurso de mi vida*
- 44 Charles Fourier, *El falansterio*
- 43 José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*
- 42 Ahmad Ibn Muhammad Al-Razi, *Crónica del moro Rasis*
- 41 José Godoy Alcántara, *Historia crítica de los falsos cronicones*
- 40 Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles* (3 tomos)
- 39 Alexis de Tocqueville, *Sobre la democracia en América*
- 38 Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación* (3 tomos)
- 37 John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*
- 36 *Guía del Peregrino (Codex Calixtinus)*
- 35 Jenofonte de Atenas, *Anábasis, la expedición de los diez mil*
- 34 Ignacio del Asso, *Historia de la Economía Política de Aragón*
- 33 Carlos V, *Memorias*
- 32 Jusepe Martínez, *Discursos practicables del nobilísimo arte de la pintura*
- 31 Polibio, *Historia Universal bajo la República Romana*
- 30 Jordanes, *Origen y gestas de los godos*
- 29 Plutarco, *Vidas paralelas*
- 28 Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España*
- 27 Francisco de Moncada, *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*
- 26 Rufus Festus Avienus, *Ora Marítima*
- 25 Andrés Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*
- 24 Pedro Antonio de Alarcón, *Diario de un testigo de la guerra de África*
- 23 Motolinia, *Historia de los indios de la Nueva España*
- 22 Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*
- 21 *Crónica Cesaraugustana*
- 20 Isidoro de Sevilla, *Crónica Universal*
- 19 Estrabón, *Iberia (Geografía, libro III)*
- 18 Juan de Biclaro, *Crónica*
- 17 *Crónica de Sampiro*
- 16 *Crónica de Alfonso III*
- 15 Bartolomé de Las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*
- 14 *Crónicas mozárabes del siglo VIII*
- 13 *Crónica Albeldense*
- 12 *Genealogías pirenaicas del Códice de Roda*
- 11 Heródoto de Halicarnaso, *Los nueve libros de Historia*
- 10 Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del almirante*
- 9 Howard Carter, *La tumba de Tutankhamon*
- 8 Sánchez-Albornoz, *Una ciudad de la España cristiana hace mil años*
- 7 Eginardo, *Vida del emperador Carlomagno*
- 6 Idacio, *Cronicón*
- 5 Modesto Lafuente, *Historia General de España* (9 tomos)
- 4 *Ajbar Machmuâ*
- 3 *Liber Regum*
- 2 Suetonio, *Vidas de los doce Césares*
- 1 Juan de Mariana, *Historia General de España* (3 tomos)